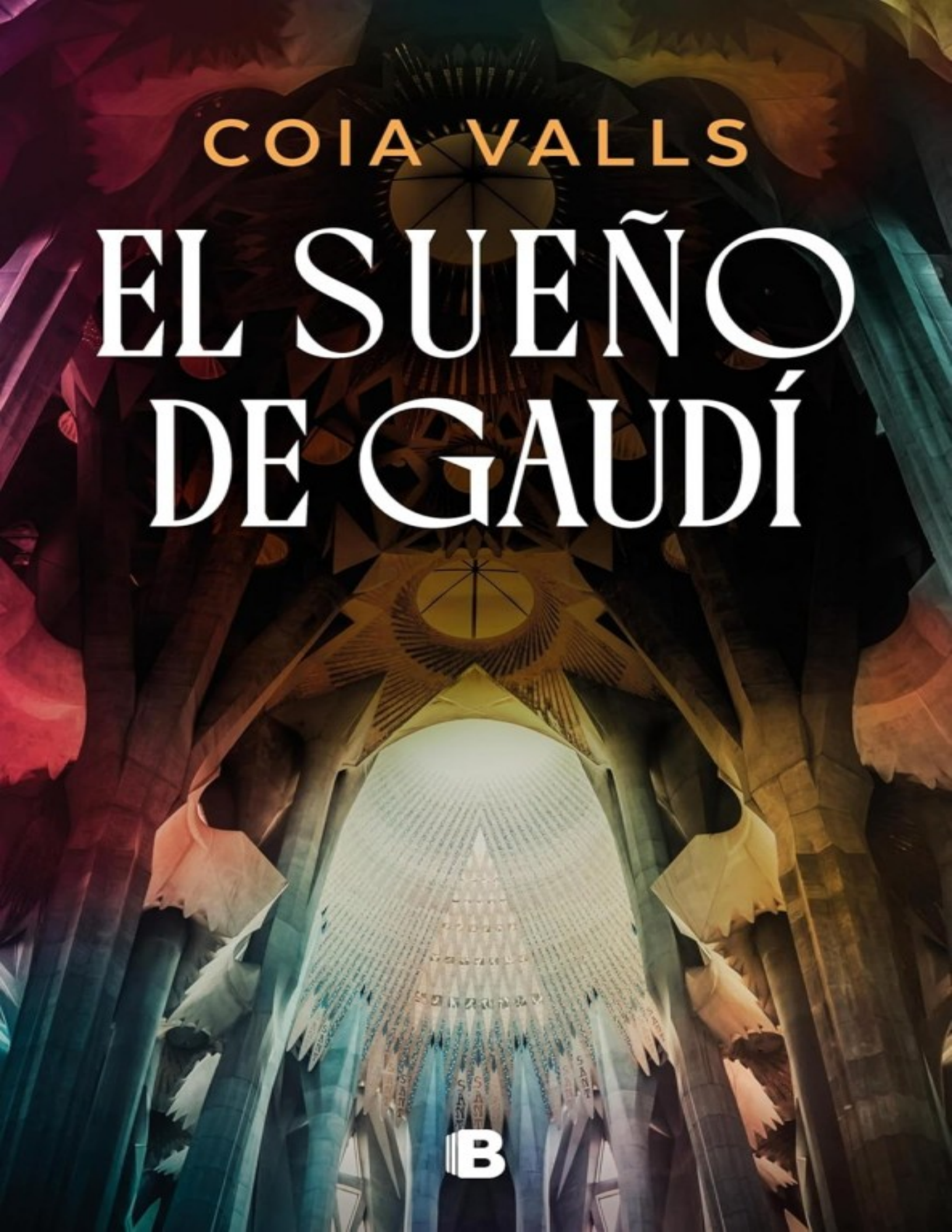

COIA VALLS
EL SUEÑO DE GAUDÍ

El sueño de Gaudí

Coia Valls

A la memoria de Maria Loras Solé,
mi madre

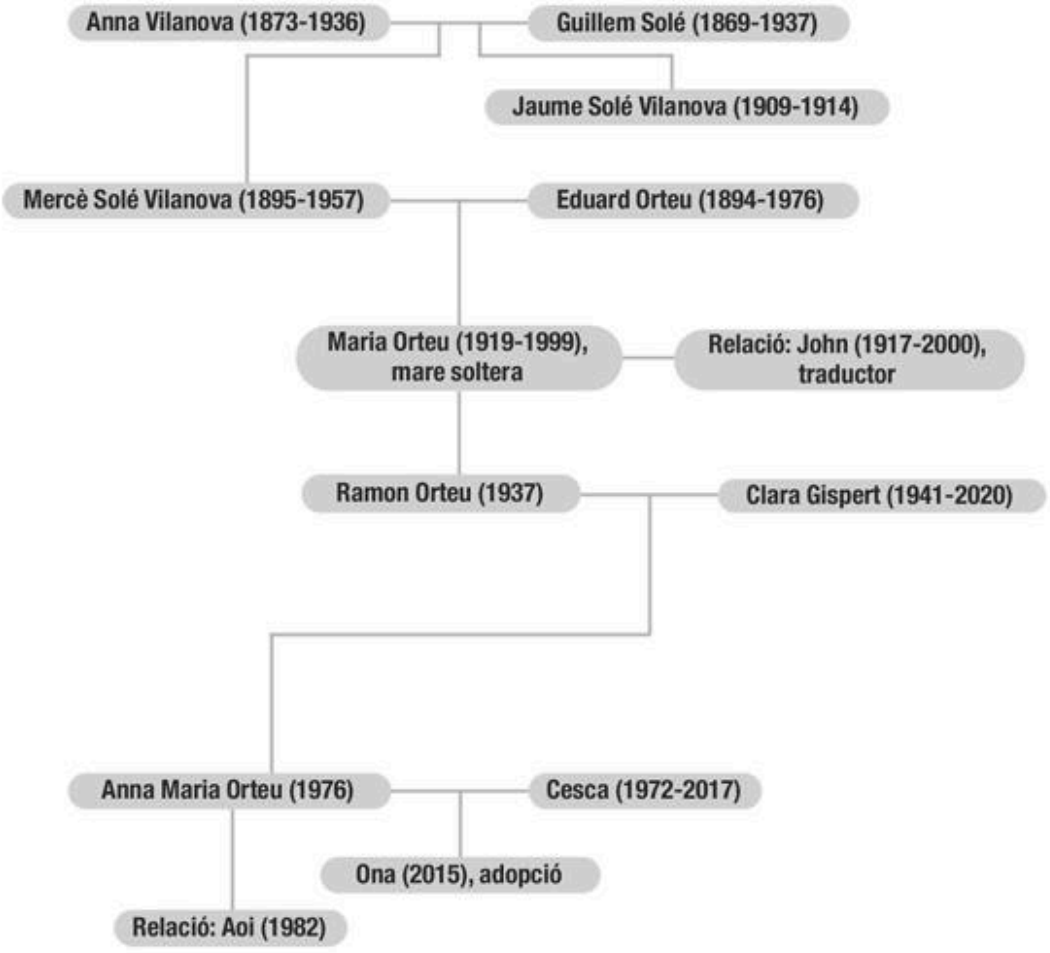
Los grandes templos nunca son obra de un solo arquitecto. Son obra de un tiempo y de un espíritu colectivo.

ANTONI GAUDÍ

Construir es colaborar con la tierra, imprimir una marca humana en un paisaje.

MARGUERITE YOURCENAR

Árbol genealógico



Primera parte

Solo aquello que es lento llega a tener alma.

MARÍA ZAMBRANO

Habitar es resistir sin renunciar a la belleza.

JOSEP MARIA ESQUIROL

Barcelona, 2026

Las manos de mi padre tiemblan sobre el álbum. Con el pulgar acaricia el borde de una fotografía; el papel cede un poco, como si quisiera desprenderse. Me mira, pero el nombre se le escapa.

—¿Quién es? —pregunta.

Le respondo con calma. Asiente. Durante unos segundos, el rostro recupera su lugar y vuelve a la imagen como quien regresa a casa.

Me agacho a su lado y le pongo una mano en el hombro. En el regazo tiene la caja de los recuerdos: fotos, recortes de periódico, cartas. De vez en cuando me muestra una imagen y me pregunta por los rostros. Le respondo con los nombres, uno a uno. Los repite como quien vuelve a aprender una canción. Hay instantes así: breves, nítidos, suficientes.

Salgo al rellano y me detengo ante el espejo. Hoy no es un gesto automático. Me busco, como si detrás de mis ojos quedara un rastro antiguo. A mi madre le decían que tenía los ojos de su abuela; a mí también. Miel con reflejos verdes. No es superstición: es una manera de mirar el mundo que pasa de una mirada a otra.

Pienso en todas las miradas que se han detenido a contemplar la basílica antes que la mía. Manos que han trabajado la piedra, que la han acariciado, que han encontrado consuelo. He pasado años adentrándome en sus entrañas para entenderla más allá de lo que se ve. No busco solo datos, busco lo que calla.

Fuera, diciembre enciende guirnaldas frías sobre la ciudad. Y este año, una cruz se alzará sobre Barcelona, por encima de farolas y luces de fiesta, y abrirá un nuevo capítulo para el templo.

Es el sueño de Gaudí.

Regreso junto a mi padre. Señala otra fotografía. Me pregunta quién aparece en ella. Vuelvo a decirle los nombres. Sonríe con esa timidez suya y en los ojos le baila una sombra de desconcierto que no intento disipar. Cuando se desvanece, volvemos a empezar. Entiendo que la pregunta regresará como un eco en una casa vacía. Por eso cada página que me muestra es una llave que, sin saberlo, me entrega.

He comprendido que la Sagrada Familia no es solo una obra que se contempla, sino un depósito vivo de memoria. La piedra habla, los detalles retienen voces. Lo que se borra dentro de mi padre, aquí parece arraigar. Él busca nombres; yo se los recuerdo. En ese movimiento, los dos nos sostenemos.

Escribo dos palabras en la libreta para que no desaparezcan antes de salir de casa. Me miro un instante al espejo. No busco rasgos; busco continuidad. La historia se ha ido posando sobre nosotros en capas finas de papel de seda. No pesa. En la capa que me toca, estamos mi padre, con el álbum abierto, y yo, poniendo palabras a sus silencios.

Cerramos el álbum. Él se queda con la caja en el regazo. Le acaricio los dedos. Sonríe. Me devuelve un gesto que reconozco.

Respiro. Cojo el abrigo. Antes de salir, miro por la ventana: la ciudad se enciende y, al fondo, el templo espera. Hay días en los que pienso que también yo soy solo un puente, una voz que traslada, de una orilla a otra, lo que no quiere perderse.

Abro la puerta. El frío me llega limpio. Camino. Barcelona tiene prisa; yo hoy no.

I

El encargo

Barcelona, 1883

1

La calle Princesa se extendía fría y húmeda bajo la luz amortiguada de un atardecer de invierno. Tras una llovizna suave e irregular que había humedecido levemente el suelo, los reflejos de los faroles de gas se mezclaban con las sombras de los transeúntes que volvían a casa. Algunos lo hacían nerviosos, con aspecto cansado y la ropa mojada; otros, sin tanta prisa, llevaban el paraguas colgado del brazo. Joan Martorell, arquitecto de prestigio, avanzaba por la calle con el paso sosegado de quien ya ha cumplido muchos objetivos. Su silueta se recortó a contraluz en una hornacina iluminada un instante antes de que la llama de un farol lo revelara por completo. Con sus cincuenta y tres años bien llevados, vestía una levita de lana gruesa, de color oscuro y perfectamente entallada. Un sombrero de ala ancha lo protegía del viento frío.

Aflojó el paso para dar una moneda a un viejo mendigo resguardado bajo el portal de una fonda y, después, siguió calle abajo, esquivando los charcos.

Al llegar al número 8, se detuvo ante el escaparate de la Librería-Imprenta Viuda de Pla. Una hilera de libritos de oraciones, estampas y recordatorios se alineaban para mostrar sus cubiertas ilustradas con motivos religiosos. Había también algunos carteles, y uno de ellos ofrecía el servicio de impresión de novenas.

Dentro le aguardaba Josep Maria Bocabella, el librero inquieto que había impulsado la Sagrada Familia, promotor también de la Asociación Espiritual de Devotos de San José. Estaba previsto que el templo expiatorio se financiara exclusivamente con donativos del pueblo.

La puerta se abrió con un chirrido suave y, de inmediato, lo envolvió un calor acogedor. En la librería, la luz amarillenta de las lámparas de gas revelaba estanterías de roble macizo cargadas de volúmenes ordenados con esmero. El olor a papel y tinta se mezclaba con el de la madera antigua y creaba un ambiente casi sagrado.

—Bienvenido, señor Martorell. —La voz de Bocabella resonó en la estancia con un tono cordial.

Era un hombre acostumbrado a tratar con figuras ilustres. Su bigote frondoso, ya bastante blanco, contrastaba con la levita negra de tejido austero que completaba con un chaleco discreto y unos pantalones de corte burgués. Colgado del bolsillo, llevaba un reloj de cadena que relucía sutilmente a la luz de la tienda.

A unos pasos de distancia, el padre Josep Manyanet lo observaba con una sonrisa contenida. Nada más verlo entrar, se levantó de la

silla. Luego, con un gesto instintivo, se alisó la sotana negra, ceñida a la cintura por una faja del mismo color, y se quitó el sombrero, inclinando levemente la cabeza en señal de bienvenida.

—Le esperábamos, maestro Martorell —dijo alargándole la mano.

—Un placer verle, mosén —respondió mientras Bocabella le ofrecía un asiento junto a una mesita, en la que había varios planos y libros abiertos.

La conversación fluyó con naturalidad. Se habían reunido para hablar de la continuación del templo. El sueño de Bocabella no pasaba por un buen momento y había que encontrar una solución cuanto antes. Fue el propio librero quien tomó la palabra.

—Queridos amigos, la obra no puede estar parada ni un día más. Se lo debemos a los miles de socios y fieles que han confiado en nosotros. Hablamos de gente humilde que se ha quitado el pan de la boca para contribuir a su construcción. Hicimos la parte más difícil, comprar los terrenos. Nos ha costado veinte años de luchas y esfuerzos. La dimisión de Villar ha sido una calamidad, pero de ningún modo debe hacernos retroceder en nuestro objetivo.

El arquitecto asentía con la cabeza a medida que Bocabella hablaba. Al terminar la intervención del librero, se quitó las gafas con un gesto cansado y las dejó sobre el mostrador. Era consciente de que le tocaba mover ficha.

—Sé que le debo una explicación, estimado Bocabella —dijo mirándolo con sinceridad—. Aceptar su propuesta para ponerme al frente de la construcción de la Sagrada Familia era muy muy tentador. Agradezco infinitamente la confianza que la Junta Constructora del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia depositó en mi persona, pero, por el afecto que le tengo, me gustaría

compartir con usted los motivos que me han llevado a declinar el encargo.

Martorell tomó el pliego de pergaminos que llevaba bajo el brazo y, tras repasar los bordes con los dedos, continuó:

—En primer lugar, mi agenda ya está bastante llena. Sabe usted mejor que nadie, padre Manyanet, que tengo en marcha diversos proyectos, entre los que se encuentra la iglesia de las Salesas, y asumir una obra de tal envergadura habría sido excesivo incluso para mí.

Dicho esto, se apoyó ligeramente en el mostrador y bajó la voz. No quería que el librero pensara que todo era una cuestión de trabajo.

—Además, la Junta Constructora… —prosiguió, esta vez dirigiéndose al librero—. Bien, ya conocen el revuelo por el que dimitió Villar. Quieren abaratar costes, trabajar con materiales a los que no estoy habituado. Esta obra no solo exige talento arquitectónico, sino también una paciencia infinita para gestionar las tensiones internas. Y, francamente, no me veo con fuerzas para lidiar con ello.

Tras esta confesión, el arquitecto se puso de nuevo las gafas y sonrió, pero en su gesto había una sombra de cansancio. Sabía que el librero no estaría de acuerdo con sus palabras. Incluso podrían resultar ofensivas. Por eso añadió:

—Si he de ser sincero, nos hacemos mayores. Hablo de mí y de mi esposa. Su salud ya no es la de antes, y le he robado mucho tiempo, absorto entre planos y andamios.

Hizo una breve pausa para que Bocabella lo asimilara. Después, muy decidido, reanudó su discurso.

—Quiero que quede claro que no me desentiendo. ¡En absoluto! Me tendrá a su disposición para todo aquello en lo que buenamente pueda serle útil.

—Pero su recomendado, ese tal Gaudí… ¿Qué sabemos en realidad? Es muy joven, apenas tiene experiencia.

—Créanme, es brillante. Diseñó una vitrina preciosa el mismo año de su graduación. Se la encargó la guantería Comella, y cuando el señor Eusebi Güell, que está muy al tanto de los avances artísticos, la vio en la Exposición Universal de París, se enamoró de ella. Dice que Gaudí tiene un estilo propio y un futuro prometedor.

—No dudo del buen criterio del señor Güell, pero una vitrina no tiene la misma envergadura que un templo. Me gustaría estar seguro de que…

—De veras que no recomendaría a este joven talento si no fuera merecedor de mi confianza —lo interrumpió amablemente Martorell —. ¿Ha oído hablar de Manel Vicens i Montaner?

—Francamente, no.

—Es un importante corredor de bolsa que le ha encargado la construcción de su casa de veraneo en Gràcia. Pero no se preocupe: será el propio Gaudí quien despeje todas sus dudas. Me he permitido la libertad de citarlo aquí mismo, si no hay inconveniente, claro. De hecho, diría que está a punto de llegar.

Martorell alzó la vista hacia el reloj de pared, un modelo de madera oscura, sobrio pero elegante, con números romanos y un péndulo que oscilaba con una precisión imperturbable. Las agujas marcaban casi las siete en punto. Volvió la mirada a Bocabella y añadió con una sonrisa discreta:

—No suele hacerse esperar.

El librero se irguió instintivamente. Aunque no lo admitiría, sentía cierta curiosidad por el joven arquitecto del que tanto se hablaba. Se disponía a preguntar algún detalle más, pero unos pasos firmes, que resonaron muy cerca, lo detuvieron.

Fuera ya era noche cerrada cuando se abrió de nuevo la puerta, en cuyo hueco se perfiló la figura de un hombre de unos treinta años.

Antoni Gaudí cruzó el umbral y, por contraste con la penumbra exterior, pareció casi una aparición. Llevaba un traje claro, poco habitual en la época, que resaltaba con la calidez de la librería. La barba rizada mostraba un tono más rojizo que el cabello, pero lo que cautivó la atención de los presentes fueron los ojos, de un azul transparente. Su presencia era una mezcla perfecta de juventud y solemnidad, detalle y atrevimiento.

Bocabella se alzó con un gesto casi reverencial.

—Maestro Gaudí, bienvenido a mi casa. Póngase cómodo, por favor.

El joven arquitecto se sentó en la silla que le señalaban y asió los brazos de madera tallada. Por un instante, mientras prestaba atención a todos los presentes, sintió que lo trataban con un reconocimiento profundo, pero no había aceptado la propuesta de Martorell para satisfacer su vanidad.

Los estantes cargados de libros, bajo la luz tibia de las lámparas de gas, conferían al local un aire misterioso que le complacía. Dirigió una mirada breve a su colega arquitecto, pero este, girándose, le indicó que se centrara en el librero. Gaudí sabía que asumir la responsabilidad de un templo de aquellas dimensiones lo pondría a prueba; de hecho, pensaba si no sería la empresa de toda una vida.

—Llega usted muy bien recomendado —dijo Bocabella mientras fingía ordenar los libros acumulados en una mesita.

—El señor Martorell tiene de mí una opinión que quizá no merezco, pero lo que sí que puedo asegurar es que me entregaré en cuerpo y alma al proyecto —respondió Gaudí aparentando cierta timidez—. Sé que su visita al Vaticano fue casi una epifanía, el punto de inflexión que le llevó a fundar la Asociación y a dedicar sus esfuerzos a la construcción de este templo.

—No debemos perder de vista que, por encima de todo, se trata de una obra sagrada, y necesita un director a la altura —prosiguió el librero—. Supongo que es usted un hombre religioso…

—Sí, lo soy, igual que mi familia. La arquitectura tiene mucho que ver con la fe, porque ambas buscan elevar el alma y dar forma a lo intangible; estoy seguro de que usted lo sabe y lo aprecia. Por eso me honra que el señor Martorell considere que tengo la capacidad necesaria para completar esta empresa.

Bocabella se quedó mirando fijamente a su invitado, como si quisiera asimilar con calma las últimas palabras que había dicho. Mientras tanto, el joven arquitecto reflexionaba sobre la profundidad religiosa que el librero le exigía.

—Nuestro candidato ha estudiado los planos de Villar y está dispuesto a profundizar en su concepción para ofrecernos el templo que todos deseamos —intervino Martorell para deshacer el nudo al que había llegado la conversación.

—Si creen que es él el hombre que necesitamos, no tengo nada más que añadir —dijo Bocabella—. Ya hemos perdido bastante tiempo y confío plenamente en su criterio.

—No les defraudaré —respondió Gaudí, que agradeció en silencio las palabras de su maestro y amigo—. Ahora lo que hace falta es recuperar a los obreros y seguir adelante.

El librero se detuvo un momento y miró a su alrededor con aire solemne. Acto seguido, se acercó a un armario próximo y sacó una botella de vino rancio y unos vasos de vidrio, en los que sirvió apenas el equivalente a un sorbo.

A Antoni Gaudí no le pasó desapercibido el gesto, pero lo agradeció de corazón. Sabía que sus ideas aún debían tomar forma y, al mismo tiempo, intuía que el camino sería largo y lleno de obstáculos. No le importaba. La semilla ya estaba plantada; su visión se materializaría con el tiempo. No sería fácil ni inmediato, pero la certeza de hallarse ante un reto inmenso le confería una fuerza indomable. Una vez que aceptara, ya no podría dar marcha atrás y se convertiría en una obsesión, se conocía bien. Ni él mismo imaginaba hasta dónde podría llegar.

2

Aquella primavera, la familia Vilanova decidió que Anna ya tenía edad para ganarse el pan. Le asignaron pequeñas tareas en el establo y cada día, pasadas las diez, con apenas diez años, era la encargada de llevar el almuerzo a su padre, un trabajador que había encontrado empleo en las obras de la Sagrada Familia.

El sol ya había trepado por el cielo cuando un grito rompió la quietud de la casa.

Anna se despertó de golpe.

No estaba segura de haberlo oído de verdad o de si formaba parte del sueño confuso del que todavía intentaba zafarse. Se quedó quieta, con las orejas atentas, mientras el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho.

—¡Maldito sea! ¡Esto nos lo va a echar todo a perder! —retumbó la voz de su padre desde la cocina.

Ahora sí. Lo había escuchado claramente.

Se incorporó de un salto y se lavó la cara en el aguamanil, estremecida con el agua fría. Luego se calzó las alpargatas de cáñamo y se puso el vestido viejo que le llegaba hasta los tobillos. Mientras bajaba las escaleras a toda prisa, notó un nudo en el estómago.

La masía donde vivían tenía más de cien años y cada vez se veía más desvencijada. Jaume Vilanova se negaba en redondo a hacer reparación alguna, al tiempo que repetía que no tardarían en echarlos. Era un destino que nadie ponía en duda.

La ciudad de Barcelona había empezado a derribar sus murallas en la década de 1850, y en 1859 Madrid había impuesto el plan de Ildefons Cerdà para ensanchar su perímetro. Desde entonces se había desatado una especie de locura constructiva.

Así, se allanaban los terrenos, se trazaban calles de una anchura nada habitual, se levantaban edificios de grandes dimensiones y, sobre todo, se eliminaban obstáculos de un día para otro.

Aunque muchos querían creer que esas perturbaciones no llegarían hasta el término de Sant Martí de Provençals, la proximidad

a Barcelona hacía evidente que era solo cuestión de tiempo. Tarde o temprano, aquel pueblecito también sucumbiría y la masía de los Vilanova, que había alojado a tres generaciones de la familia, no sería más que un estorbo.

Cuando Anna entró en la cocina, lo primero que vio fue a su padre sentado a la mesa con la mirada perdida. La madre, de pie a su lado, tampoco se había puesto a trastear en los fogones. La niña se detuvo en seco.

—¿Qué pasa?

Nadie respondió de inmediato. El padre soltó un suspiro cansado y apartó el plato vacío como si ya no sirviera para nada. Mientras tanto, la madre se sentó a su lado.

—Nos hemos quedado sin arquitecto.

—¿Sin arquitecto? Pero… ¿qué quiere decir eso? —preguntó Anna, alternando la mirada entre los dos. La madre se limitaba a jugar con unas migas de pan sobre la mesa.

—Que quizá no vaya a haber trabajo para nadie, eso quiere decir. ¡Así de claro!

Anna se quedó en silencio, intentando asimilar lo que acababa de oír. La madre había dejado de jugar con las migas y ahora se rascaba, nerviosa, los padrastros alrededor de las uñas y tiraba de la piel seca hasta hacerse sangre.

Jaume tardó un rato en retomar la conversación. Mordisqueaba un trozo de queso y bebía a pequeños sorbos.

—Dicen que ese beato de Bocabella se ha peleado con el arquitecto. Por eso nos han mandado a todos a casa. No lo entiendo, ¡están todos bien locos! La cripta avanzaba a buen ritmo con Villar al frente. Ahora…

Su mujer esperó a que arrancara de nuevo. Estaba acostumbrada a los discursos entrecortados de Jaume. Era un hombre de pocas palabras, pero, en la obra, incapaz de regatear esfuerzo alguno.

—Ahora dicen que vendrá un arquitecto nuevo, pero a ver a quién encuentran para una empresa como esta…

—No te preocupes. Eso no es cosa tuya. Llegue quien llegue, necesitarán obreros…

—Pero ¿es que no lo ves, mujer? Todo esto es un despropósito. ¡Maldita sea! —exclamó, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Déjalo ya. Cuando te alteras…

Jaume Vilanova se alzó con un gesto brusco que hizo caer la silla hacia atrás.

—¿Que lo deje, dices? ¡Rayos!

Su mujer alzó la voz en un susurro tenso, mirando hacia el pasillo.

—Ya basta, Jaume. No delante de la niña… Y no grites, que vas a despertar a los gemelos.

El hombre apretó la mandíbula, pero no dijo nada más. Ella suspiró y se pasó una mano por el pelo, agotada. De pronto todo se había vuelto incierto, y Montserrat llevaba mal la incertidumbre.

Anna enderezó la espalda al darse cuenta de que hablaban de ella. No había entendido gran cosa, pero algo estaba claro: su padre se había quedado sin trabajo, y las posibles consecuencias no le gustaban nada.

Por un lado, la madre empezaría a sacrificar algunas gallinas que ponían menos huevos; por otro, ella perdería la oportunidad de ver a Guillem.

Jaume Vilanova se levantó de la mesa haciendo un gesto despectivo con la mano. Luego pasó los pulgares por los tirantes que

sujetaban los pantalones de algodón grueso, que le quedaban por encima de la cintura. Aprovechó para sacar la pipa de uno de los bolsillos del chaleco; llenó la cazoleta de «negro» —como él llamaba al tabaco— y enseguida la encendió con una cerilla. El humo se adueñó de la estancia y la niña se entretuvo mirando cómo subía y se acumulaba en el techo.

Días más tarde, ya reanudada la obra, Anna llevó de nuevo el almuerzo a su padre. Siempre se quedaba un rato escondida entre los sillares para que nadie la encontrara. Desde allí observaba las idas y venidas de los obreros; si tenía suerte, incluso podía contemplar el momento de la colocación de alguna piedra, algo que a ella le parecía emocionante y peligroso.

Ya había decidido marcharse cuando vio a Guillem en compañía de su padre, que era el maestro de obras. Las dos figuras avanzaban en su dirección. Los miró con curiosidad. El cabello rubio del muchacho la tenía encandilada. El color del pelo y aquellos ojos grandes y abiertos que lo observaban todo como si acabaran de realizar un descubrimiento. Fue justo entonces. Con ayuda de un bastón, el hombre trazó un dibujo en el suelo. Guillem asentía con la cabeza y, de vez en cuando, le formulaba alguna pregunta, que el maestro respondía solícito.

Al terminar, dieron media vuelta. Antes, sin embargo, el hombre borró con los pies los trazos que había hecho.

Anna, pensativa, salió de su escondite y echó a correr hacia casa. Le gustaba ponerse a prueba y hacer el camino del tirón. No se detuvo ni un segundo, aunque una piedrecita se le había colado en la alpargata.

El sol ya estaba muy alto e iluminaba el agua estancada en la pila de la Font Vella. No tenía sed; solo le subía un hormigueo por el pecho mientras recordaba los ojos enormes del chico y sus manos ya bien formadas.

Había llegado a los campos cultivados, muy cerca de la masía de sus padres, cuando se giró para contemplar el descampado donde se construía la Sagrada Familia. Distinguió el perfil de la grúa; se proyectaba hacia el cielo como el gigante de un cuento.

Desde la lejanía, las paredes de la construcción aún no habían progresado lo suficiente y casi se confundían con el paisaje. Pero su padre decía que, si se cumplía el plan de las obras, la iglesia acabaría siendo más alta que la propia catedral de Barcelona.

Anna tuvo la extraña sensación de que aquel edificio aún invisible empezaba a crecer dentro de ella.

3

Anna se acostumbró a rondar por la obra casi cada día. Siempre que llevaba el almuerzo a su padre, se le acercaba alguno de los otros obreros y le hacía pequeños encargos: ir a la tienda de Sant Martí de Provençals a comprar un par de hogazas, un paquete de tabaco y unas tuercas como las que le mostraban, o llenar la bota de vino tinto. Poco a poco, fueron cogiendo confianza y le hacían recados más complejos: una lima pequeña, un metro plegable de madera…

La niña sorprendió a todos por su diligencia. Cumplía los mandados sin equivocarse y era rápida como un ratón de campo. En unas pocas semanas ya formaba parte del paisaje y se había vuelto imprescindible para las necesidades puntuales que siempre surgían. Ciertamente, alguno de los obreros se preguntaba por qué no iba a la escuela, pero, como convenía más el beneficio que la duda, lo dejaban correr.

Si se hubiera planteado la ocasión, tenía buenas respuestas. Había aprendido las primeras letras en casa de la maestra de Sant Martí, una mujer mayor que era feliz enseñándole. Anna le llevaba huevos y leche de la masía de los Vilanova y aprovechaba para quedarse un rato en el saloncito de la maestra jubilada. Las dos se recogían al amparo de la mesa camilla con brasero, que se mantenía encendido hasta que llegaba el calor del verano, y leían juntas. Primero fueron los abecedarios o silabarios que llenaban las estanterías de la casa; más tarde, cuentos como *En Patufet*, *El tambor del Bruc* o *La princesa Vera*. Cuando se cansaban de leer, sacaban el bote de las lentejas y hacían cuentas usando las legumbres. Pronto pasaron al ábaco, y la niña, dotada de una inteligencia natural, avanzó en su aprendizaje en muy poco tiempo.

Pero nada la hacía sentirse más viva que el trajín del trabajo, el olor de la cal y el sonido de los martillos golpeando la piedra. Cuando podía, se colaba entre los trabajadores, atenta a cualquier encargo, pero lo que más le gustaba era seguir a Guillem, que siempre tenía las manos ocupadas limpiando herramientas, preparando el mortero u ordenando materiales. La niña se situaba a una distancia prudente y lo observaba; a veces era él mismo quien le hacía los pedidos e incluso le dedicaba alguna sonrisa.

Tal era la felicidad de Anna que no quería ninguna alteración en su vida. Estaba a punto de cumplir once años, pero se veía siempre pequeña y, ayudando en la obra, corría azorada de un lado a otro. No sospechaba que las cosas estaban a punto de cambiar, ni siquiera cuando, en una de esas mañanas —particularmente aburrida porque Guillem no se había presentado—, vio cómo los obreros dejaban de trabajar de repente y se reunían alrededor de un hombre de apariencia agradable.

Se acercó al recién llegado con la timidez que dedicaba a los desconocidos, siempre protegida por las piernas de los obreros, plantadas con decisión sobre el suelo. Lo primero que le llamó la atención del hombre fueron su mirada intensa y su cabello abundante. La expresión del joven arquitecto era seria, como si hubiese llegado para transmitir a los obreros alguna decisión especial. Ellos aguardaban su discurso expectantes y, mientras tanto, cuchicheaban sobre su indumentaria, una ropa oscura y discreta más sencilla que la de su predecesor y también más adecuada para acudir a la obra.

Tras presentarse, Antoni Gaudí saludó uno por uno a los miembros de lo que, a partir de entonces, sería su equipo. Parecía un hombre lleno de ideas que, al mismo tiempo, sabía mantener la cabeza despejada. Les preguntó por las dificultades que habían tenido al reanudar el trabajo y se ofreció para resolver cualquier problema que surgiera. Su tono, cercano sin perder la jerarquía, se tornaba apasionado cuando hablaba de los avances en la construcción. Muchos trabajadores se convencieron de que el librero piadoso había elegido bien al sucesor de Villar. Algunos, en cambio, habían oído

rumores sobre el nuevo arquitecto y seguían su discurso con cierto escepticismo.

—Yo no me fío. Sé de buena tinta que, cuando le dieron el título, el propio Elies Rogent, director de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, dijo que no sabía si se lo otorgaba a un loco o a un genio, y que solo el tiempo lo diría.

—Pues tiempo es lo que nosotros no tenemos. Me parece a mí que es demasiado joven para una obra tan grande.

—Sea joven o mayor, ¡a mí me convence! Estoy seguro de que es el hombre que necesitamos.

—Ya hablaremos… He oído decir que le gusta experimentar con hierro. Vamos, que es un pelmazo.

No era un comentario a la ligera. Desde el principio, Antoni Gaudí se mostraba exigente, incansable, obsesionado con la precisión. Cada detalle contaba, cada acabado debía ser impecable. No admitía errores ni medianías.

Con el tiempo, sin embargo, aquella manera de hacer acabaría seduciéndolos. No solo supervisaba a los trabajadores, también los incluía en el proceso, los hacía partícipes de sus aspiraciones. Poco a poco, tocaría el corazón de casi todos.

Aquel primer día, cuando Gaudí se puso a hablar en privado con el maestro de obras, se percibía buen ambiente entre la mayoría de los hombres. Abandonaron el centro de la cripta, donde se habían reunido, charlando entre ellos y felicitándose por la suerte que habían tenido.

Anna, siempre en segundo plano y sin acabar de seguir la conversación, lo observaba todo con curiosidad. Aquel personaje, de entrada, le resultaba simpático. Durante unos instantes se quedó

inmóvil, sin saber si dar un paso adelante o quedarse donde estaba. ¿Y si la descubría y la obligaba a marcharse? Pero Gaudí estaba demasiado ocupado saludando y hablando con todos. Parecía que todo iba como debía.

Mientras tanto, un buen número de trabajadores se movía con destreza entre los materiales de construcción. Oficiales y aprendices, locales y forasteros, canteros, peones…, todos tenían la piel curtida y las manos endurecidas. Algunos transportaban carretillas, otros preparaban la mezcla de mortero en grandes artesas de madera. Las voces se entrelazaban con el ruido metálico de las herramientas y el chirrido de las poleas que elevaban los bloques de piedra.

Situada a un lado de la obra, la grúa de madera se alzaba poderosa; de ella colgaban cuerdas gruesas, enceradas para soportar la fricción y el desgaste de elevar las cargas más pesadas. Las poleas de hierro forjado giraban a ritmo frenético, accionadas por la fuerza de los hombres que, coordinados, las manejaban con gran precisión.

El trabajo se distribuía de forma organizada: mientras unos se encargaban de cortar, escuadrar y marcar las piedras a la medida exacta, otros las colocaban con cuidado sobre los muros en crecimiento, manejando las cuerdas guía y asegurándose de que cada pieza encajara perfectamente en su lugar.

La cantera de Montjuïc se encontraba muy cerca, y eso facilitaba la tarea. Gaudí había dejado claro que, mientras fuera posible, no aceptaría ningún otro tipo de piedra. Solo aquella tenía la textura adecuada, de grano entre fino y medio y poco porosa, lo que la hacía poco permeable. Por otra parte, su color se movía siempre dentro de una gama cálida y terrosa. El arquitecto se había

convencido de que esas piedras eran las que necesitaba, dada su capacidad para soportar el paso del tiempo y la intemperie.

—La mayoría de los edificios romanos y medievales de Barcelona están hechos con esta piedra y han aguantado siglos sin descomponerse —argumentaba Gaudí cada vez que tenía ocasión.

Pero había otros motivos para escogerla, motivos que compartía con sus colaboradores más cercanos.

—Se esculpe con gran precisión, y eso será muy importante para trabajar los ornamentos de las fachadas. Y, dejadme que lo diga, además combina muy bien con la luz de la ciudad.

Gaudí sabía que no todo el mundo podría entender esa necesidad de conexión con el entorno, pero él ya concebía la Sagrada Familia como una parte orgánica de Barcelona: de su pasado, pero también de su futuro.

De pronto, los gritos de un crío flaco de pelo enmarañado se hicieron notar entre el bullicio de la obra. Algunos obreros lo vieron aparecer entre el polvo, ahogándose y con la respiración entrecortada. Recorrió el espacio con la mirada y, en cuanto encontró a la niña, fue a su encuentro.

—Anna, tu madre te necesita en casa. No se encuentra bien. ¡Tienes que encargarte de los gemelos!

La hija mayor de los Vilanova resopló contrariada. ¿Por qué tenía que ser siempre ella quien se hiciera cargo de todo? ¿Cuándo la dejarían tranquila de una vez? Apretó los labios, buscó de reojo dónde estaba Guillem y, al final, dijo con resignación:

—Adelántate tú y diles que ya voy.

Enseguida se volvió hacia su padre, que, de un puntapié seco, hizo rodar una piedra varios metros.

—Me voy a casa —dijo la niña con desgana antes de darse media vuelta.

Estaba a punto de salir de la obra cuando una voz firme y al mismo tiempo amable la llamó.

—¿Adónde vas tan deprisa?

Anna, con la cabeza llena de cavilaciones, frunció la nariz y se encogió de hombros, sin detenerse. Solo cuando alzó la vista vio quién le hablaba.

—Te he visto rondar entre los andamios. ¿Eres la encargada de la obra? —añadió con una sonrisa.

La niña dudó un instante antes de responder.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él con la misma curiosidad tranquila.

Ella se paró en seco. Alzó la mirada y se topó con los ojos de Gaudí, que la observaba con interés.

—Anna. Me llamo Anna y usted es…, es…

Vaciló un momento, incómoda bajo la mirada azul del arquitecto. Todo el mundo lo mencionaba, pero, ahora que lo tenía delante, no sabía cómo dirigirse a él.

—Yo soy Antoni Gaudí.

—Sí, sí, lo sé… Yo, mire, llevo el almuerzo a mi padre y echo una mano a todo el mundo. Soy rápida, pregunte a quien quiera. Nunca estorbo.

El arquitecto arqueó levemente una ceja, como si aquel intercambio le resultara divertido.

—No me cabe duda, Anna. Pero, por lo que he oído, tu madre te necesita ahora en casa. Venga, no la hagas esperar.

La niña emprendió el camino de regreso con una mezcla de nerviosismo y rabia. No le gustaba nada ocuparse de los gemelos, siempre tan inquietos, siempre tan difíciles de controlar. Pero ese día se iba con una sensación distinta, con el corazón latiéndole más deprisa que de costumbre. El hombre para el que trabajaba su padre, aquel arquitecto al que todos admiraban, se había interesado por ella. Y lo más importante: no le había prohibido volver.

Cuando ya tenía la masía de los Vilanova a la vista, oyó un golpe sordo, seguido de un grito que le heló la sangre. Llegaba de su casa. Echó a correr, sin aliento, mientras una sombra oscura y pesada se le instalaba en el pecho. Sabía, con una certeza que no acertaba a explicar, que después de ese momento nada volvería a ser igual.

2026

Debajo de casa de mi padre con un nudo en el estómago que no sé deshacer. A él, que había mirado el mundo a través del objetivo y de las palabras —fotógrafo y periodista de La Vanguardia*, artesano de memorias—, ahora, en la vejez, el olvido le desordena los nombres.*

Cierro el portal y me adentro en la calle Marina. La ciudad late: turistas, cámaras al cuello, grupos que se acercan a la basílica. Desde aquí ya se ven las torres y solo hay que caminar unos minutos para llegar a la fachada de la Gloria.

Hago este trayecto casi todos los domingos que me quedo con mi padre, cuando la cuidadora libra. A veces, a mi lado, camina una presencia joven y silenciosa. No dice nada. Solo observa. Tiene una forma de observar que me recuerda a mi madre. No hace falta que hable: el linaje también puede ser eso, una mirada que persiste.

Pensándolo bien, también yo me dedico a rescatar el pasado. Empecé con el siglo XIX*, como quien elige un asunto neutral, pero provenía de casa: de las conversaciones en torno al templo, de las historias que la abuela Maria dejaba caer como quien enciende una luz en un sótano. Yo era aquella niña que escuchaba vidas ajenas con devoción.*

Por eso, cuando me detengo ante la fachada, no veo solo santos y pasajes del Evangelio. Veo apellidos que han pasado por nuestra mesa, manos que picaron piedra antes de que yo existiera. La

Sagrada Familia no es para mí un monumento, es un archivo incrustado en la piedra.

Todo lo que mi padre va perdiendo resiste aquí. Él se borra; la piedra recuerda. Yo solo hago de puente entre uno y otra.

II

La fe y la piedra

Barcelona, 1888

1

Aquella mañana de otoño, Anna corría por las calles húmedas con el corazón acelerado. No era el miedo lo que guiaba sus pasos, ni tampoco la urgencia de una nueva responsabilidad. Era el afán de quien, por primera vez en mucho tiempo, sentía suyo un rato del día. Sus pies pisaban el suelo mojado con la ligereza y la alegría de una niña que se cree libre.

Había dejado a los gemelos al cuidado de la señora Eulàlia, una mujer de manos firmes y pocas palabras que nunca había mostrado mucho afecto, pero que al menos era de confianza.

—Solo esta mañana —dijo Anna, y sus palabras temblaron como una súplica—. Volveré antes del mediodía —aseguró, evitando la mirada de la mujer.

Eulàlia aceptó de mala gana, más atenta al plato de lentejas que tenía sobre la mesa que a la niña. No había sido fácil encontrar a

alguien que se hiciera cargo de sus hermanos, que nunca se quedaban quietos, pero Anna necesitaba con urgencia unas horas para sentir que la vida aún la esperaba.

No miró atrás. Por primera vez en cinco años, no llevaba la casa pegada a la piel como una huella.

Se había pasado mucho tiempo maldiciendo a su madre por haberla dejado sola al cuidado de aquellos críos, por haberse ido sin despedirse ni dejar instrucción alguna, sobre todo en esas noches en las que los gemelos lloraban y ella no sabía cómo consolarlos. O en aquellos momentos difíciles en los que, con la cabeza hundida bajo la almohada, intentaba ahogar los reniegos de su padre y, al mismo tiempo, apaciguar los propios.

Hasta que un día, de forma inesperada, la rabia cedió y el agotamiento la rindió a un sueño implacable, sin dejar espacio a los pensamientos. Solo entonces pudo llorarla, con lágrimas calladas que le resbalaban por la mejilla mientras hacía las camas, mientras lavaba la ropa, mientras zurcía un calcetín roto.

Después, el vacío. Un vacío extraño, como un aire quieto que habitaba dentro de ella, acostumbrado a la ausencia pero siempre presente. Anna se esforzaba por recordar el rostro de su madre, el color de su voz, e imaginar cuál sería su consejo ante situaciones que no sabía cómo afrontar.

Aquella mañana, sin embargo, tenía claro su destino. Lo había deseado con mucha fuerza. Cuando llegó a la obra, se detuvo.

El espectáculo que se abría ante sus ojos era sencillamente magnífico. A solo unos metros, la cripta de la Sagrada Familia se alzaba imponente. Las bóvedas que ella había visto solo insinuadas ya estaban casi terminadas, como una cuna de piedra que se

preparaba para sostener el peso de una fe que aún no comprendía del todo.

Los obreros iban de un lado a otro acarreando materiales, dando órdenes, recortados por el polvo y la luz amortiguada de un día turbio. Al lado, una casita anexa a la obra se mantenía discreta, con las ventanas abiertas y un perfume de madera y cal. Allí trabajaba Gaudí, donde a menudo lo veían inclinarse sobre los planos para descubrir formas en la materia.

Pero Anna no buscaba al arquitecto.

Como antaño, se paseaba entre los sillares y los andamios siguiendo el rastro de una figura que conocía muy bien. Sabía que Guillem estaba allí. Lo había intuido antes de verlo, cuando, sin querer, se le escapó una sonrisa amplia al oír su voz.

Era una voz que, sin saber por qué, había cambiado. Ahora resonaba con un fondo nuevo, más denso, más cálido, que se le clavaba entre los hombros. Escucharlo, incluso antes de verlo, le erizaba la piel. La voz se adelantaba al cuerpo, y ese instante fugaz la hacía estremecer. Algo dentro de ella se estiraba y se contraía a la vez. Era como si el deseo, aún incierto y tierno, hubiera encontrado una rendija por la que crecer.

La voz salía del edificio de la vicaría, mezclada con las risas y las órdenes dichas con la desenvoltura de quien se sabe cómodo en ese mundo de piedra y polvo.

El corazón le latía con fuerza.

Él estaba cerca.

Y ella, por fin, también.

Anna no se atrevió a irrumpir en un espacio que consideraba sagrado. De nuevo, como cuando era pequeña, se encaramó a una

piedra, estiró el cuello y aguzó el oído.

No era fácil mirar a través de aquella ventana resquebrajada. Dos veces estuvo a punto de perder el equilibrio, pero no se rindió. Por fin, vio a Guillem. Estaba de espaldas a ella, junto a otros dos hombres, y los tres hablaban con Antoni Gaudí. El arquitecto, con la barba entrecana y los ojos fijos en una maqueta hecha con hilos y pesos, trazaba líneas sobre un papel arrugado. La mesa, en desorden, estaba llena de restos de yeso, de herramientas usadas y de bocetos que parecían más bien mapas de un sueño que planos de una iglesia.

Anna contuvo la respiración; se sentía parte de un secreto. Aunque no entendía gran cosa de lo que veía, pensó que quizá alguna vez Guillem podría llevarla hasta allí dentro. Solo de pensarlo notó un calofrío agradable.

Aún no sabía que aquel templo la acompañaría toda la vida, pero ese día, tras la ventana, intuyó que algunas historias empezaban mucho antes de ser vividas.

A unos pasos de su escondite, la puerta chirrió de pronto. Un joven ayudante de pelo despeinado y mejillas enrojecidas irrumpió corriendo y casi tropezó con una pila de maquetas esparcidas por el suelo. Al recuperarse, alzó los ojos y, sin tomar aire siquiera, se dirigió a Gaudí con una emoción desbordada.

—Maestro, ¡tiene que volver a la Exposición! Su pabellón, el de la Compañía Trasatlántica, es una maravilla…, pero ahora, iluminado, ¡parece otra cosa! Las vetas de madera brillan como si fueran doradas, la cerámica estalla en colores nuevos y el hierro forjado proyecta sombras sobre las paredes como si danzara. No es luz de gas ni de aceite, maestro, es luz eléctrica, ¡luz de verdad! Y dicen

que pronto las calles también la tendrán… Es el futuro, y su pabellón, se lo prometo, es el que más brilla de todos.

Anna se quedó muy quieta, con la nariz pegada al vidrio frío. Observaba la escena con los ojos muy abiertos e intentaba retener cada palabra.

Gaudí alzó la cabeza con calma, como si el grito del muchacho no fuera más que un eco lejano. Dejó el lápiz sobre la mesa y se acercó a la ventana, limpiándose las manos llenas de polvo con un trapo viejo.

Anna se agachó de golpe con el corazón acelerado y contuvo la respiración, esperando que no la hubiera visto. Se quedó inmóvil, escondida tras la cortina, pero durante un instante, solo uno, tuvo la sensación de que él había detenido la mirada exactamente donde estaba ella y no había dicho nada. Ella no se movió. Él tampoco.

Luego, casi sin hacer ruido, Gaudí se volvió y caminó hacia la puerta entreabierta. Miró hacia fuera, hacia la ciudad que se desplegaba bajo un cielo cada vez más cargado de nubes. Sabía del Arc de Triomf, aquella obra de Josep Vilaseca que todos elogiaban, y había oído rumores sobre la luz eléctrica, una novedad que ya iluminaba algunas capitales europeas y que ahora daba sus primeros pasos en Barcelona gracias a la Exposición. Pero, en lugar de entusiasmarse, sonrió con una mueca sutil, como si la promesa del progreso no le hiciera sentir ni frío ni calor.

—¿Luz eléctrica, dices? —murmuró con voz ronca—. Es un juego de hombres que quieren ser dioses. ¿Y un arco? Los arcos son el pasado vestido con ladrillos nuevos. No necesitamos luces que parpadeen ni puertas que nos dejen pasar. Haremos algo que ilumine por dentro.

El chico, al que llamaban Joan, no daba crédito a aquellas palabras. Gaudí volvió a la mesa, tomó un trozo de yeso y lo partió con un golpe seco. El polvo cayó sobre la maqueta y los hilos se balancearon, dibujando curvas suaves en el aire.

—Mira esto —dijo señalando los hilos con un dedo huesudo—. Esto no es una máquina ni un arco. Es una forma viva, como las ramas de un árbol bajo la luz del sol. La verdadera luz no viene de los cables, sino de lo que hacemos con las manos.

—Pero, maestro… —insistió Joan, acercándose—, ¡la gente dice que la electricidad va a cambiar el mundo! Y el Arc durará siglos, es fuerte como una montaña.

Gaudí soltó una risa seca y clavó los ojos en el muchacho.

—Que dure siglos el Arc y que la electricidad encienda las calles. Nosotros haremos torres que no necesiten luz artificial, porque reflejarán la del cielo. Ven, ayúdame.

Cuando Anna se incorporó con cuidado, pensando que Gaudí ya se había alejado, se topó de frente con Guillem. Estaba de pie muy cerca, con la mirada clavada en ella. No dijo nada al principio. Dio un paso adelante, muy sereno, como si ya supiera que la encontraría allí.

—Sigues escondiéndote en los rincones como cuando apenas levantabas un palmo del suelo —dijo por fin con una sonrisa.

Anna se mordió el labio, medio divertida, medio avergonzada.

—No pensé que me veríais.

—Yo no, hasta ahora —respondió él, arqueando levemente las cejas—, pero el maestro quizá sí. A veces creo que ve más allá de lo que tenemos delante, como si pudiera leer lo que aún no ha pasado.

Anna asintió con un gesto mínimo. Se miraban de reojo, atrapados entre las ganas y el miedo de dar el primer paso, como si cualquier movimiento pudiera delatarlos.

—¿Cómo te las has arreglado para dejar a los gemelos?

—Déjalo, tengo poco tiempo… —respondió Anna, bajando un poco la voz—. ¿Mi padre ronda por aquí? No me ha parecido verlo.

—Un grupo de hombres ha ido a la cantera de Montjuïc; me parece que lo he visto en lo alto de un carro.

Al oírlo, Anna se relajó, aunque notaba el aliento de él muy cerca de la mejilla. Bajó la mirada, pero no dio ningún paso atrás. Sentía su presencia, el cuerpo casi tocándola, el latido acelerado que no sabía disimular.

Guillem le apartó un mechón de pelo de la cara con un gesto lento, cuasi reverencial. Y luego, sin pensarlo, se acercó hasta prácticamente rozarle la frente. La olió.

El muchacho cerró los ojos e inspiró como quien busca algo entre el olor a polvo, yeso y piel.

—Siempre hueles igual —dijo en voz baja con una sonrisa íntima —. A pan recién hecho y a ropa tendida al sol.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque tenía los ojos húmedos. Y, como si aquel gesto hubiera abierto una rendija, fue Anna quien dio el paso. Solo uno muy pequeño, suficiente para que los labios se tocaran por primera vez: un instante breve, incierto, pero absolutamente inevitable.

Esa noche, mientras los pabellones de la Exposición Universal resplandecían con una luz nueva y los visitantes se maravillaban bajo el Arc de Triomf, Gaudí, Guillem y el maestro de obras trabajaban en silencio en la vicaría. A la trémula luz de una vela,

ajustaban aquellos hilos y pesos, dando forma a una visión que no dependía de los inventos del momento, sino de una idea eterna.

Hacía ya un buen rato que Anna había regresado a casa y se enfrentaba a sus obligaciones sin pensar, por pura inercia. Nada le pesaba porque tenía el corazón ligero. Todo parecía igual y, sin embargo, no lo era.

Tumbada sobre el colchón, con los brazos desnudos sobre la sábana, revivía el tacto de Guillem, la caricia en la frente, el perfume de un instante.

Sabía que aquel beso, breve y tierno, era solo un primer latido. Pero también intuía que sería uno de esos recuerdos que, como las líneas trazadas por el arquitecto a la luz de la vela, permanecerían para siempre en la callada oscuridad de su mundo interior.

2

La primavera de 1889 derramaba una luz clara y cambiante sobre Barcelona. La Exposición Universal ya había quedado atrás, pero aún resonaba en conversaciones y balances. Muchos sentían el vacío que dejan las grandes celebraciones.

En el edificio de la vicaría, el trabajo no cesaba. Los obreros levantaban los primeros muros del ábside de la Sagrada Familia y Antoni Gaudí, desde la ventana del taller, observaba en silencio aquel movimiento lento y metódico. Veía alzarse los sillares como si fueran notas de una melodía aún en composición. Los golpes de los

mazos en manos de los canteros —que, con brazos entrenados, picaban la piedra para dar forma a los sillares— marcaban un ritmo antiguo, casi litúrgico, y los andamios se llenaban de sombras y polvo. Mientras un montacargas rudimentario izaba la piedra con esfuerzo, cada cubo de cal le parecía un peldaño más en un proyecto que aún no tomaba forma ante los ojos de nadie. Para muchos, aquello era solo trabajo; para el arquitecto, era la esperanza hecha estructura.

Era entonces cuando Gaudí empezaba a soñar. Soñaba con fachadas que narraran el Evangelio sin una sola palabra.

Aquella obra había dejado de ser una iglesia para convertirse en una misión. Lo que otros veían como un encargo él lo sentía como un deber sagrado, la respuesta a un mundo demasiado acostumbrado a mirar hacia abajo.

Con todo, bajo el aparente progreso, una sombra silenciosa empezaba a planear sobre el proyecto: el dinero escaseaba. Las modificaciones que el maestro había introducido ese mismo año —como elevar la altura de la cripta para permitir una mayor entrada de luz natural y dotarla así de una grandeza que el proyecto inicial no preveía— habían encarecido las obras e inquietaban a algunos promotores.

Aquella tarde, mientras Gaudí ajustaba una maqueta de rodillas en el suelo, la puerta de la vicaría se abrió con un golpe suave. Pere, un hombre de unos cincuenta años y miembro destacado de la Asociación Espiritual de Devotos de San José, entró con paso vacilante. Vestía un traje oscuro y llevaba entre las manos un sombrero, que hacía girar nervioso mientras se acercaba. El rostro del hombre, surcado por arrugas de desasosiego y con unos ojos

que delataban muchas noches sin descanso, contrastaba con la energía incansable y pausada del arquitecto.

—Maestro Gaudí —dijo Pere con voz baja pero firme—, tenemos que hablar. Es sobre el dinero.

El arquitecto no alzó la cabeza. Siguió moviendo con los dedos un contrapeso, observando cómo el hilo encontraba un nuevo equilibrio. Aún tardó unos segundos en responder, como si las palabras de Pere no fueran más que un eco lejano.

—¿Dinero? —murmuró por fin con aquella voz ronca que parecía salir de un pozo profundo—. El dinero es para los mercados y las ferias, Pere. Aquí solo necesitamos piedra y fe.

Pere suspiró y se acercó un poco más, con el sombrero girando aún entre los dedos, como si quisiera aclarar las palabras antes de pronunciarlas.

—No es tan sencillo, maestro. La Exposición Universal ya ha terminado, pero ha vaciado muchos bolsillos. Los donativos ya no fluyen como antes. La gente aún habla de las maravillas de los pabellones y de esa luz eléctrica que encendía la noche. Pero ahora, pasado el estallido, nos encontramos con los cajones medio vacíos. Nuestros fondos se están agotando. Los obreros preguntan cuándo cobrarán y los socios de la Asociación…, bueno, algunos hablan de parar. Con los cambios en la cripta, la altura, las aberturas para la luz…, todo junto ha hecho aumentar todavía más los gastos.

Gaudí se detuvo en seco. El contrapeso le resbaló de las manos y el hilo se balanceó con un movimiento brusco que rompió la calma de la maqueta. Se incorporó lentamente, se limpió las manos en el delantal y clavó los ojos en su interlocutor. Por un momento, el

silencio del taller se volvió más denso, solo roto por el crujido de los zapatos del arquitecto sobre el suelo polvoriento.

—¿Parar? —repitió con un tono que sonaba a incredulidad y desafío a la vez—. Hace cuatro años, el 19 de marzo de 1885, inauguramos la capilla de San José en la cripta. ¿Recuerdas las primeras misas, Pere? Los cantos, las velas, la gente que llenaba aquel espacio pequeño con sus plegarias. Eso no se hizo con dinero, sino con voluntad. ¿Y ahora me hablas de parar?

Pere bajó la mirada, incómodo. Sabía bien de qué hablaba Gaudí. Aquel día, la capilla de San José, situada en el ábside de la cripta, había sido un triunfo modesto pero significativo. Fue el primer espacio consagrado del templo; dio esperanza a los devotos y consolidó el compromiso de la Asociación. Pero los tiempos habían cambiado, y el optimismo de 1885 quedaba lejos.

—Lo recuerdo, maestro —respondió Pere en un tono más suave—. Pero la cripta ya nos costó mucho, y ahora el ábside… Hemos gastado más de lo que tenemos. La Exposición ha desviado la atención. Los ricos que antes donaban generosamente ahora prefieren pasearse bajo el Arc de Triomf. Sin fondos, los obreros se marcharán. Y estos cambios recientes…, algunos empiezan a preguntarse si no es todo una extravagancia.

Gaudí se volvió lentamente. Su voz era baja pero firme, como una corriente subterránea que atraviesa la piedra.

—¿Extravagancia, dices? ¡La luz no es un lujo, Pere! Es el primer don. Sin luz no hay vida, ni alma, ni fe. Esta cripta tiene que respirar. Tiene que elevar el espíritu. ¿Cómo podemos rezar a oscuras, si Dios es luz?

Hizo una breve pausa, como si buscara las palabras exactas. En ese instante, un rayo de sol atravesó la ventana resquebrajada del taller y cayó sobre la maqueta. Le pareció que hacía temblar los hilos suspendidos como si fueran cuerdas de un instrumento que alguien hubiera tocado en silencio.

—Las iglesias no deben pesar, han de elevarse. Y para que este templo crezca como debe crecer, es preciso que sus cimientos sean altos, nobles, dignos de la luz que ha de sostenerlos. Si hay más gasto es porque no construimos solo con piedra, construimos con visión.

Pere abrió la boca para replicar, pero las palabras se le atascaron. Hizo girar el sombrero una vez más entre los dedos y asintió, más por cortesía que por convicción.

—No dudo de su fe, Antoni —dijo al fin—. Pero la fe no paga los ladrillos ni los jornales. Dígame qué he de hacer, porque los socios quieren respuestas.

Gaudí volvió a su mesa y tomó un carboncillo, trazando una línea curva sobre un papel, con la mano temblorosa pero precisa. Guardó silencio un momento, buscando una respuesta en los hilos que colgaban ante él.

—Cuando asumí esta obra, sabía que no la vería terminada —explicó sin girarse—. Quizá tú tampoco, Pere. Pero alguien la verá. Trabajamos mirando hacia el futuro. Diles a tus socios que confíen, que busquen corazones más generosos. Recuérdales la capilla, los cantos de aquel día, la felicidad en los ojos de los niños. Y si no basta, si con todo eso no basta, yo mismo tallaré las piedras.

Pere, no muy convencido, asintió con un gesto cansado y se marchó con paso lento, dejando la puerta entreabierta.

Una ráfaga de viento entró en el taller. Los hilos de la maqueta temblaron de nuevo. Levantó la vista hacia la ventana. Fuera, el cielo se oscurecía lentamente. Pensó en la capilla de San José, en aquellas primeras misas que habían resonado bajo la cripta, y una arruga nueva se dibujó en su frente. El dinero podía faltar, pero la imagen de aquel 19 de marzo de 1885 le recordaba por qué seguía adelante.

La Sagrada Familia crecería piedra a piedra, como una oración dicha cada día, fiel y obstinada.

3

El verano avanzaba sobre Barcelona con la misma fuerza con que la ciudad empezaba a reinventarse. Las calles se llenaban de voces y zapatos nuevos, de niños que corrían tras los tranvías de caballos, de farolas que, poco a poco, abandonaban el gas y se encendían con una luz nueva y todavía misteriosa. La ciudad respiraba una modernidad tímida pero irreversible.

Anna caminaba por el paseo de la Estació. Llevaba un parasol claro que le habían prestado, y se lo pasaba de una mano a otra, observando de reojo cómo lo lucían las otras muchachas.

Acababa de cumplir quince años. Aquel día era especial, como si estuviera de estreno. Sentía que por fin tenía un lugar que podía hacer suyo. Necesitaba ensayar el nuevo papel que debía interpretar. Guillem la esperaba unos metros más adelante, apoyado en una

barandilla de hierro. Hacía apenas dos días que el padre de Anna había dicho que sí, que ya podían empezar a salir «como es debido», y todo le parecía una novedad. Aquella tarde, aunque se hubieran encontrado antes decenas de veces a escondidas, tenía la sensación de que la recordaría como a ninguna otra.

—Pensaba que llegarías antes —dijo él con una sonrisa dulce en la que apenas podía verse un reproche.

—Padre me ha entretenido hablando de las piedras del templo. Estaba de buen humor y me he aprovechado. Cuando me ha visto con este vestido, no ha dicho nada, pero se le han empañado los ojos.

—Estás preciosa. Y te diré un secreto —murmuró Guillem, acercándose con cuidado, como si aquel gesto aún contuviera una prohibición inconfesable—. Cuando te he visto venir por la calle, me ha parecido que todo a tu alrededor se ralentizaba. Era como…, como si la ciudad entera tuviera ganas de verte pasar.

Anna rio bajito. Y, mientras tomaban juntos el camino hacia el parque de la Ciutadella, le pareció que todo el alumbrado de la ciudad, el viejo y el nuevo, se encendía por ellos.

Ella llevaba un vestido claro de algodón con pequeños bordados florales, ceñido a la cintura. Había sido de su madre y Anna lo había ajustado con mucha paciencia y no poca maña; solo las miradas más exigentes podían notarlo.

Él llevaba la chaqueta desabrochada y la camisa con arrugas en los codos, y el pelo se le había revuelto con la brisa. Caminaban uno junto al otro, pero aún no se habían acostumbrado al privilegio de ir de la mano sin miedo a ser vistos.

Cuando salieron del parque y avanzaron unos pasos, Guillem hizo que Anna se detuviera. Ante ellos, el derribo del Hotel Internacional seguía su curso. Llevaban semanas con el desmontaje, pero la magnitud de la estructura —más de ciento cincuenta metros de largo y treinta y cinco de ancho— hacía que todo avanzara despacio, casi con solemnidad. Las vigas de madera, el hierro y el ladrillo se retiraban con cuidado para aprovecharlos en otras obras. El edificio, que había acogido a miles de visitantes de todo el mundo y había sido símbolo de eficiencia y hospitalidad, se deshacía poco a poco, como una piel que se muda. Ahora era una carcasa abierta al cielo, a medio camino entre lo que había sido y lo que jamás volvería a ser.

—Es extraño verlo así —dijo él con voz suave, como si algo dentro de sí se hubiera encogido un poco—. Hace menos de un año, todo el mundo quería entrar. Ahora solo quedan los despojos de una obra tan colosal.

—Mira eso… —murmuró Anna.

Frente a ellos, entre los escombros, aún se mantenía en pie una pared con un resto de papel pintado. Sugería un salón imaginario, ahora a la intemperie. Más allá, una tela de gasa colgaba de una viga astillada como un fantasma doméstico. En el suelo alrededor del hotel se veían los objetos más diversos: un paraguas, unos zapatos viejos, una muñeca de trapo sin brazo tendida junto a un trozo de taza. Algo de aquel desorden íntimo conmovía a Anna. Era el rastro de una vida interrumpida a medio gesto.

—Impresiona, ¿verdad? Ver una casa así, abierta del todo… —dijo ella frunciendo el ceño—. Cuesta explicarlo.

Hizo un gesto con la mano, señalando las runas.

—Míralo bien: prácticamente puedes adivinar dónde estuvo la escalera, o una cama... Al venirse abajo, la casa todavía cuenta cosas de la gente que vivió ahí. ¿No te parece?

Guillem se volvió hacia ella.

—Tienes razón. ¿Sabes? Hay quien lo llamaba «el útero internacional». Supongo que por eso de acoger y alimentar a los visitantes. Un edificio nacido para morir.

Anna se quedó unos segundos en silencio. Inclinó un poco la cabeza y, casi sin darse cuenta, se frotó el brazo con la mano contraria, como buscando calor.

—Me parece muy triste —dijo con la voz algo más baja.

—A mí también. Dicen que Domènech i Montaner, su arquitecto, quería conservarlo —añadió Guillem—. El maestro Gaudí no se ha manifestado al respecto, que yo sepa, pero creo que, en el fondo, se admiran mutuamente. Mi padre piensa que uno hace una arquitectura que habla, y el otro, una arquitectura que reza. Que Domènech construye para los hombres de hoy, y Gaudí, para los que aún han de nacer.

Siguieron caminando en silencio, con el sonido de sus pasos acompañado por el tintineo de los carruajes y el murmullo de los obreros que retiraban las últimas maderas del gran hotel. No eran pocos los barceloneses que se detenían a un lado del camino para observar el avance de los trabajos. Sus rostros mostraban tristeza, quizá cierta inquietud. El episodio de esplendor que había vivido la ciudad con la Exposición Universal tocaba a su fin.

Después se dirigieron hacia el Moll de la Fusta. Las sombras de los plátanos eran un alivio, y algún carruaje bajaba los toldos para protegerse de un sol que se había mostrado implacable durante todo

el día. Ahora el astro comenzaba a inclinarse sobre el horizonte y teñía de oro las fachadas.

Las golondrinas avanzaban con calma, deslizándose sobre el agua como si nunca llegaran a tocar del todo el mar. Esas barcas de motor eran una atracción nueva que había llegado con la Exposición Universal, y todo indicaba que se quedarían para formar parte del paisaje del puerto. Unos niños señalaban las embarcaciones y reían a carcajadas. Una señora con guantes inmaculados y gesto adusto se volvió al pasar junto a ellos y los miró con desaprobación.

En medio de todo, los dos contemplaban la escena sonriendo a escondidas.

Por fin, Guillem alargó la mano. Ella entrelazó los dedos con los suyos; un escalofrío de ternura le recorrió la espalda.

—El mundo cambia a pasos agigantados —dijo él tras un largo silencio—. Y nosotros tendremos que elegir el papel que queremos jugar.

Anna lo miró de soslayo. No dijo nada, pero en ese instante supo que el futuro no tardaría tanto en llegar. Y que ese futuro no solo estaría hecho de paseos tranquilos y parasoles blancos.

—Puede que me envíen unos días a Reus —dijo él—. El maestro Gaudí lo ha hablado con mi padre. Parece que en Reus han empezado a probar andamios más ligeros, con un sistema que podría ahorrar tiempo y esfuerzo. Quiere ver si podrían adaptarse a la obra. Es solo una idea, pero mi padre quiere que lo acompañe…

—¿A Reus, dices? ¿Cuándo?

—Aún no lo sé, y no será por mucho tiempo. A la vuelta te traeré una libreta con tu inicial, de esas que me han dicho que venden

cerca de la plaza del Mercadal, en la librería Grau y Hermanos, de la calle Monterols.

Anna sonrió al ver que se había aprendido bien la dirección. Él le apretó la mano y a ella se le ensombrecieron los ojos un instante.

—¿Me escribirás?

Guillem le rozó la frente con los labios. Anna cerró los ojos para recibir aquella calidez húmeda en la piel.

—Estaré muy poco tiempo, pero si te hace ilusión…

Una golondrina se soltó del muelle y se alejó despacio, dejando una estela quebrada sobre el agua. Anna la siguió con la mirada hasta que la silueta se perdió entre los reflejos. Sabía que volvería a ver a Guillem. Pero también intuía que la vida que estaban construyendo —tan delicada e incipiente como un andamio recién montado— debería enfrentarse al paso del tiempo y a sombras de dentro y de fuera. Algún día tendrían que preguntarse si ese andamio podía sostener algo más que un amor joven.

2026

Esta mañana, en la sala de espera de la consulta, sujeto la muñeca de mi padre como si fuera un reloj frágil a punto de detenerse. Sus ojos, perdidos en algún punto de la pared, regresan de pronto hacia mí. No hay reconocimiento, solo esa rendija de incertidumbre que se abre cada vez con más facilidad.

Me llama Clara y me pregunta si he traído las fotos del viaje. No sé de qué viaje habla y no le corrijo el nombre. Me cuesta más negarle un recuerdo que decirle la verdad. Mientras calla, perdido en un recuerdo que no sabría ubicar, observo sus manos lentas, marcadas, y me atraviesa de nuevo esa punzada antigua, casi conocida.

Cuando mi padre se apaga así, mi madre —Clara— se me hace presente. Discreta pero inconfundible. Murió demasiado pronto. A veces, su recuerdo pone una claridad suave en las cosas, como si alguien hubiera abierto una ventana.

Mi padre, en cambio, arrastra una reserva gris que no es del todo suya, pero que nunca supo desafiar. Hijo de una posguerra muda, prefirió no remover nada. Nos quiso, sin duda, pero siempre desde una distancia prudente.

Mientras esperamos a que digan su nombre por los altavoces, lo entiendo con una lucidez breve. Hay batallas que se perpetúan sin ruido, y algunas revueltas nacen dentro de nosotros cuando la memoria ajena ya no sostiene la propia.

Sin pensarlo mucho, le acaricio los dedos como le vi hacerlo tantas veces a mi madre. Un gesto pequeño. Y, por un instante, mi padre respira más despacio.

Cuando salimos de la consulta, la ciudad suena más fuerte: una sirena, un grito lejano, pasos apresurados. Entonces pienso que no es solo él quien olvida. Las ciudades también pierden memoria si nadie las convierte en archivo.

Qué frágil es la esperanza.

III

Rebeliones y esperanzas

Barcelona, 1908-1909

1

La tarde caía pesada sobre la ciudad. Guillem había salido con Anna y su hija Mercè, que ya tenía trece años. Había heredado los rizos del padre y la figura esbelta de la madre. Sus ojos verdes salpicados de azafrán, como los de Anna, se movían con una curiosidad constante, atenta, viva. El cuerpo le crecía deprisa, pero el gesto oscilaba entre la niña y la joven que se intuía.

Los tres solían caminar hasta el templo, sobre todo los domingos, el día en que Guillem no trabajaba. De camino se cruzaban con los carros cargados de verduras de los hortelanos llegados de las afueras y con niños que jugaban entre los solares. Algún vendedor ambulante ofrecía chufas o miel y requesón en cestas de mimbre. El sonido del hierro de las ruedas contra el empedrado y el grito agudo de un zapatero que ofertaba reparaciones a domicilio formaban parte de aquella cotidianidad cada vez más cambiante.

Era finales de primavera y las acacias en flor dejaban caer pétalos amarillos que danzaban con el viento.

Anna llevaba un chal ligero y Mercè se remangaba los puños de la blusa como si tuviera prisa por que llegara el verano. Vivían a pocas calles de la Sagrada Familia, en un piso sencillo de un edificio recién estrenado, de aquellos que empezaban a colonizar el Eixample. Desde la ventana de la cocina aún se distinguía el perfil escalonado de las torres. Tres de ellas se alzaban ya con fuerza en la fachada del Nacimiento, mientras que una cuarta, todavía en construcción, dejaba entrever la altura futura. Desde aquella distancia parecían agujas surgidas de un sueño mineral, cada una con una silueta levemente distinta. La piedra respiraba con ritmos propios.

A pesar de que se habían instalado las primeras líneas de tranvía —ya con tracción eléctrica— y del alumbrado que se había extendido por la ciudad, alrededor del templo aún quedaban campos, solares y huertos. La Sagrada Familia crecía como una aparición solitaria entre el polvo, el barro y el cielo.

Guillem no solo conocía cada rincón del templo: hacía años que trabajaba allí. Desde que su padre se había hecho mayor, él ocupaba su puesto en la obra. Con el tiempo se había ganado el respeto del equipo y del propio Gaudí, que le había confiado la supervisión de los andamios y de los tramos superiores de la fachada. Era un hombre de confianza, riguroso y paciente. Un maestro de obras forjado con los mismos materiales que lo rodeaban.

Sabía cuánto pesaba cada piedra, qué secretos guardaban los planos y qué esperaba Gaudí de cada detalle. Miraba el templo como si fuera su casa, pero también como quien contempla un misterio.

Ahora la Sagrada Familia se alzaba con solemnidad. Cripta y ábside estaban ya terminados. La fachada del Nacimiento, con sus esculturas llenas de vida y símbolos, se erguía imponente. Los andamios de madera ceñían las naves en construcción, más ligeros que los anteriores —los mismos que Guillem había probado en Reus casi veinte años atrás— y pensados para aliviar el esfuerzo de los canteros y facilitar el acceso a las partes altas del templo. Aún tenían un aire provisional, pero ya insinuaban una arquitectura más ágil, menos pesada. Varios montacargas rudimentarios apenas chirriaban, mientras que de la piedra brotaban formas orgánicas con aspecto de hojas de palmera, palomas, caracoles, piñas… Alguna flor, esculpida con una ternura inquietante, parecía haber crecido por voluntad propia.

El templo ya no era solo una promesa, era una presencia que imponía e interpelaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Mercè, señalando una figura extraña entre las esculturas de una escena, la matanza de los inocentes. Se veía una esfera negra, medio oculta entre las ropas y los niños que huían.

—Es una bomba —respondió su padre en voz baja.

—¿Qué hace una bomba en una iglesia?

Guillem no respondió de inmediato. Pasaron unos segundos antes de que mirara a Anna. Ella bajó la cabeza, como si volviera a oír el eco apagado de una noticia antigua.

—Cuando tú aún no habías nacido, en 1893, un hombre lanzó una bomba en el teatro del Liceu. Murió mucha gente; gente inocente. Alguien muy cercano al maestro Gaudí estaba allí. Fue entonces cuando decidió incluir esta figura. No para conceder a la violencia un

lugar en el templo, sino para que no olvidemos lo que puede volver a suceder.

Mercè se quedó mirando la fachada en silencio. Su rostro ya no era el de una niña. A sus trece años sabía que en el mundo había palabras que empezaban a pesar. Últimamente escribía mucho; le gustaba escuchar, anotar, reflexionar. Quería ser maestra. Llevaba siempre una libreta de tapas verdes, y la sacaba como un talismán que la ayudaba a contener las vivencias y los pensamientos.

—El abuelo te lo explicó alguna vez… —murmuró Anna, pensativa.

—Sí —dijo Guillem—. Recuerdo que un día, en la cripta, uno de los escultores talló una cruz más oscura de lo debido, y mi padre dijo que aquel negro era necesario: hay dolores que no se deben pulir.

Anna guardó silencio y mantuvo unos segundos la mirada fija en el relieve. Aquel lugar le despertaba recuerdos muy tiernos. Había sido otra tarde, muchos años atrás, cuando, entre el polvo y los andamios, descubrió unos ojos que no olvidaría jamás. Ahora aquel muchacho era ya un hombre hecho y derecho, y le tomaba la mano como si temiera perderla.

Un rumor les hizo volver la cabeza. Reconocieron enseguida al hombre de paso lento que se acercaba por el lateral, seguido de un aprendiz con los planos bajo el brazo. Llevaba una capa sencilla y tenía el cabello y la barba blanquecinos, y una mirada recogida, ausente pero firme. Era Antoni Gaudí. Tenía cincuenta y siete años, y su cuerpo parecía pequeño en la inmensidad de la obra; sin embargo, daba la impresión de pertenecer a aquellas piedras, de respirar a su mismo ritmo.

—El maestro… —murmuró Guillem como quien pronuncia una oración.

Mercè lo contemplaba fascinada. No parecía un arquitecto. Era un hombre que había vivido demasiadas muertes y que había decidido levantar una plegaria hecha piedra.

Gaudí se detuvo ante la fachada y la miró con ojos nuevos, como si fuera la primera vez.

—Cada piedra —dijo sin girarse— es una oración. Y cada herida, un verso que no podemos dejar de leer.

Guillem dio un paso adelante.

—Maestro…

Gaudí lo reconoció con un gesto leve y añadió:

—Perdí al amigo Delàs. Luego a mi sobrina Rosa, la luz de la casa. Y a los fusilados de Montjuïc ni siquiera les dejaron el consuelo de una última palabra. Pero este templo, te lo aseguro, será el interlocutor entre Dios y los hombres. No dejará a nadie atrás.

A Anna la recorrió un escalofrío. Mercè se quedó pensativa, buscando el sentido de aquellas palabras. Al alejarse Gaudí, quedó un silencio tan denso como la piedra.

—No lo vemos a menudo… —dijo Anna, aún cautiva del momento.

—No —respondió Guillem—. Pero cuando aparece, nos recuerda el sentido de todo esto.

Y mientras el maestro se internaba por los pasillos de su obra, la luz de la tarde se colaba entre las columnas. Por un instante, pareció que todo el templo resplandecía desde dentro.

Lo primero que sintió fue un olor espeso a humo, persistente y pegajoso, como si la ciudad ardiera desde dentro. Anna estaba en la cocina y Mercè la ayudaba a poner la mesa. La madre, que tenía un cuchillo en la mano, se quedó inmóvil. Un escalofrío le recorrió la espalda. Notó el corazón acelerarse mientras pensaba en sus hermanos gemelos: uno tenía ya su propia familia y el otro estaba en el seminario de la calle Diputació, un lugar que podía ser un objetivo fácil de las llamas y el odio.

El calor sofocante de aquel mes de julio era especialmente intenso. Aun así, mantenían las ventanas cerradas para amortiguar el ruido constante de las calles. Los gritos, las carreras y las campanas que tocaban a somatén rompían cualquier atisbo de calma. En casa, el aire se volvía irrespirable, pero preferían aquella opresión a la incertidumbre de oír de cerca la violencia que hervía en el exterior.

Un grito lejano rasgó el aire y dejó tras de sí una vibración inquietante. Mercè corrió hasta la ventana. No encontró el origen de la voz, pero se quedó mirando hacia lo lejos.

—Mamá, ven… ¡Hay columnas de humo negro! ¡Creo que es por Las Ramblas, o quizá en el Raval!

Justo entonces una paloma se estrelló contra el cristal con un golpe seco. Cayó al suelo del balcón; parecía muerta.

Mercè dio un salto hacia atrás con las manos en la boca y los ojos muy abiertos por el susto. Anna también lo vio y dejó escapar un grito. No. De ningún modo podía ser un mal presagio. Imponiéndose a ese pensamiento, hizo un esfuerzo por mantenerse serena. Luego abrazó a Mercè, y permanecieron así un largo rato, unidas en

silencio, hasta que, poco a poco, los latidos de su corazón se fueron acompasando.

La ciudad ardía. Grupos de jóvenes con pañuelos al cuello saqueaban conventos y prendían fuego a escuelas religiosas, arrastrados por la rabia acumulada contra la Iglesia y el Estado. Aquella misma mañana, la iglesia de Santa Madrona había quedado reducida a escombros; las vidrieras estallaron y llenaron la calle de fragmentos que parecían alas de mariposa quemadas.

Cuando Guillem llegó a casa al anochecer, llevaba el olor del humo pegado a la ropa, la camisa empapada en sudor y el cabello adherido al rostro. Anna lo había esperado con el corazón encogido, caminando de un lado a otro del comedor, incapaz de sentarse, obsesionada con la incertidumbre del destino de sus hermanos. Al verlo, sintió que recuperaba la respiración, aunque la ansiedad aún le hacía temblar las manos. Se le acercó deprisa y se le echó al cuello.

Mercè seguía despierta y salió corriendo del dormitorio.

—¡Papá! ¿Estás bien? —preguntó con los ojos inquietos.

—Sí, hija, sí —respondió, intentando sonreír—. Estoy bien, tranquila.

—¿Has visto a mis hermanos? ¿Sabes algo de ellos? —preguntó Anna, casi sin aliento.

—No he podido llegar hasta ellos. Había piquetes por todas partes, calles cortadas. Lo intenté, pero fue imposible pasar.

Siguió contando barbaridades con voz nerviosa y gesticulando. Anna, al notar la inquietud en los ojos de Mercè, le hizo un gesto discreto con la cabeza. Guillem lo entendió y respiró hondo antes de continuar.

—Ahora es mejor que descanses, Mercè. Todo irá bien —le dijo con una voz más serena.

Mercè asintió lentamente y se marchó a su habitación, aunque sabía de sobra que le ocultaban cosas, como si el silencio pudiera impedir que el mundo se resquebrajara a su alrededor.

Cuando oyeron cerrarse la puerta, Guillem siguió hablando, ahora más bajo:

—Han quemado Sant Pau del Camp. Y la iglesia de las Dominicas, junto al taller de Jaume. Todo…, todo va demasiado deprisa. Nadie escucha razones. Unos queman mientras los otros claman venganza.

Anna sintió que los cimientos de la ciudad volvían a temblar. El pasado, la guerra, las muertes absurdas y la represión no se habían marchado nunca del todo.

Más tarde, cuando Mercè dormía profundamente, Anna y Guillem salieron de casa. La inquietud los empujaba. Querían asegurarse de que los gemelos estuvieran bien. Uno vivía cerca de la calle Hospital, a poca distancia de una de las columnas de humo más densas. El otro estaba en el seminario de la calle Diputació, un edificio en peligro aquella noche.

El silencio de las calles no era de paz, sino de tensión. A veces se rompía con carreras, golpes secos de madera o algún grito aislado. El aire era denso, casi irrespirable. La ciudad entera vivía a contracorriente.

Al llegar a la calle Carme, se encontraron en medio de una multitud exaltada. Anna reconoció enseguida una voz familiar entre los gritos.

—¡Jordi! —exclamó con sorpresa al ver a su hermano entre los manifestantes.

Él se giró con los ojos encendidos de rabia y determinación. Llevaba un pañuelo rojo al cuello y sostenía una pancarta medio rota.

—¡Anna, Guillem! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó con urgencia—. ¡Volved a casa! No es seguro.

—Hemos venido por vosotros. ¿Tus hijos están bien? ¿Sabes algo de Josep? —preguntó Anna con angustia.

—Sí, los niños están en casa con Marta. De Josep sé que evacuaron el seminario. El edificio ardía, pero salieron a tiempo y ahora se esconden en un lugar seguro.

Ante la expresión de reproche de Anna, Jordi añadió con voz firme:

—No se trata solo de hoy, sino del futuro de todos. ¡No podemos permitir que sigan enviando hombres a morir por sus guerras ni que sigan pisoteando nuestros derechos!

Anna lo miró con una mezcla de orgullo y preocupación, mientras apretaba inconscientemente el brazo de Guillem, buscando apoyo en ese gesto discreto pero lleno de angustia.

Por un instante se quedó pensativa. Y ella ¿de qué lado estaba? Sentía que no podía tomar partido por ninguno de los extremos, porque su batalla era mantener unida a la familia y el mundo que amaba. Luchaba por preservar los afectos, la dignidad y la esperanza en medio de un conflicto que parecía devorarlo todo. Su posición no era fácil, pero sabía que su tarea era tender puentes, comprender las contradicciones que la vida le había impuesto.

Asintió despacio.

—Cuidaos mucho —le pidió, pensando en su familia, antes de que él volviera a fundirse con la multitud.

Siguieron adelante con las piernas doloridas por el cansancio y la angustia punzante. Anna sentía cómo el calor pegajoso de aquella noche de verano se le adhería a la piel, lo que le acentuaba la sensación de opresión. Guillem caminaba con la mandíbula tensa y los ojos alertas, vigilando el entorno.

Al llegar cerca de la Sagrada Familia, vieron el templo en penumbra, protegido por barricadas improvisadas. Guillem se detuvo unos instantes y la miró con preocupación.

—Gaudí se ha negado a marcharse. Le he dicho que no podía quedarse, que era demasiado peligroso, pero no ha querido escuchar. Se ha rodeado de obreros que piensan como él. Han improvisado barricadas con sacos de arena y vigas viejas. Cuando me fui, estaba de pie frente a la puerta, con esa determinación en los ojos… No lo harán salir, Anna. Se quedará allí toda la noche.

Ella no respondió. Sabía que su marido volvería al templo antes del amanecer. Le apretó la mano con fuerza, como siempre hacía, en un gesto cómplice que compartían desde los años del noviazgo. Y, mirándolo a los ojos, esperó la respuesta que siempre llegaba, indefectiblemente, acompañada de una sonrisa.

—¿Por qué me aprietas?

—Porque te quiero.

A la mañana siguiente, Guillem entró en casa con el rostro serio y un ejemplar sucio del diario *Libertad* en las manos. Lo había encontrado tirado en una esquina cerca de casa. Se lo tendió a Anna sin decir nada.

Ella lo abrió lentamente, y sus ojos se clavaron en las palabras con las que se describía la guerra de África. Se hablaba con orgullo del poder de las armas modernas: globos aerostáticos que lanzaban bombas, ametralladoras que arrasaban con todo a su paso y baterías Schneider capaces de destrozar parapetos con una precisión escalofriante. El tono arrogante del diario y la frialdad con que celebraban la destrucción y el sufrimiento hicieron que Anna sintiera un escalofrío.

El conflicto no terminaría aquella noche; solo acababa de empezar.

3

El frío se había instalado definitivamente en la ciudad. Aún flotaban las consecuencias del último levantamiento cuando Anna cruzó el patio interior de la nueva prisión Modelo. Había decidido acompañar a su hermano, ya sacerdote, a visitar a Jordi. El silencio entre ellos era denso, solo interrumpido por el sonido templado de sus pasos sobre el suelo húmedo.

Fuera, el viento cortaba la piel. Dentro, el aire era helado, pero de otra clase de frialdad.

Los muros del presidio respiraban una severidad calculada.

Josep se había convertido en un hombre sereno, con una calma aparente que Anna sabía que era más convicción que sosiego. Vestía sotana oscura y un alzacuellos que lo delataba como sacerdote. Anna notaba cómo, a su paso, se suscitaban voces: palabras

obscenas, risas burlonas, algún escupitajo que se estrellaba contra las rejas. Pero apretó los labios y siguió adelante.

Avanzaron una al lado del otro por un pasillo en penumbra. El olor a desinfectante y sudor rancio se les pegó en la nariz. Un funcionario de espaldas anchas y paso pesado los guiaba con desgana. Llevaba una llave colgando del cinturón, que tintineaba a cada movimiento. Anna fijó la mirada en aquel vaivén rítmico, repetitivo, como si quisiera concentrarse solo en su sonido metálico. Clinc, clinc, clinc… Ese chasquido regular era su ancla, un metrónomo que le permitía avanzar sin perder la serenidad.

De pronto, el repique fue engullido por un golpe seco, como un látigo cruzando el aire. Anna se irguió con los músculos tensos, y entonces Jordi apareció.

Llevaba barba, parecía mayor y, pese al cansancio, los ojos le brillaban con una luz obstinada. Su sonrisa conservaba el destello pícaro de la infancia. Anna sintió que se le cerraba la garganta. Por un instante no vio al hombre preso, sino al niño de siete años con una cicatriz en la frente… Recordaba perfectamente aquel día: Jordi había caído al canal mientras jugaban, y Anna, ya huérfana de madre, no sabía cómo sacarlo de allí. Exhaustos, los tres habían acabado llorando. Jordi, por el dolor y el susto; Josep, espantado al ver la sangre. Ella, porque se sentía sola y demasiado joven para sostenerlos a ambos. Abrazados como un solo cuerpo, sus lágrimas se mezclaban con el barro, el frío y la angustia en una tarde que nunca olvidaría.

—No esperaba que vinierais los dos.

—Quizá no había otra forma —respondió Anna, forzando una sonrisa mientras intentaba mantener la voz firme. Sabía que, si

dejaba que el miedo hablara por ella, ya no podría detenerlo.

Jordi miró a Josep a través de la doble reja.

—¿Y tú? ¿Aún crees que puedo enderezarme, como cuando era pequeño y me obligabas a rezar un padrenuestro cada vez que hacía una travesura?

—Todo esto ha ido demasiado lejos. ¡Es peligroso! ¿No lo ves? —replicó el sacerdote sin esconder la preocupación.

Jordi bajó los ojos antes de responder.

—No me da miedo estar aquí dentro —susurró—. Me da miedo salir y que todo siga igual.

Anna contuvo el aliento. Su hermano hablaba como un hombre al que habían arrancado la inocencia, pero no la fuerza. Tragó saliva y se llevó las manos al vientre, casi sin darse cuenta.

Aún no se lo había dicho a nadie por miedo a que, al ponerlo en palabras, el sueño se deshiciera. Dentro de ella crecía una nueva vida. Aquel embarazo reciente era una sorpresa, una promesa. Una esperanza tímida pero tenaz; la vida irrumpiendo cuando todo parecía desmoronarse. Quizá eso era lo que debía recordarle a Jordi.

—Algunos compañeros no volverán… He oído los gritos. Y las cargas. No hay solo represión, Anna. Hay venganza.

Nadie supo qué decir. Se miraron largamente y, por un instante, volvieron a verse como aquella tarde de la infancia, los tres llorando dentro del canal. Tantos años después, seguían siendo igual de vulnerables. Anna agarró la reja con los dedos; ellos hicieron lo mismo en silencio. No era solo una despedida, era una forma de decir: «Resistimos».

Cuando salieron de la prisión, la luz del atardecer teñía de oro las fachadas grises. La calle Provença bullía de movimiento: soldados de

guardia, vendedores ambulantes con la mirada baja, mujeres con cestas y prisa. La ciudad intentaba recuperar la rutina, pero la herida aún supuraba.

Anna se detuvo un momento y miró hacia arriba. En el horizonte, entre las azoteas, se dibujaba el perfil de la Sagrada Familia con una nueva torre que empezaba a levantarse. Aquella visión le pareció una señal. Recordó una conversación reciente con Guillem, cuando le había contado que Gaudí se había instalado a vivir en el templo. El corazón le dio un vuelco. Tal vez aún era posible construir en medio de las ruinas.

A finales de aquel mismo año, Antoni Gaudí y Eusebi Güell se reunieron discretamente en el despacho del mecenas, en su finca de Pedralbes. El espacio, amplio y sobrio, estaba revestido de madera oscura. Sobre la gran mesa se amontonaban planos, cartas y una pequeña maqueta del templo. Un ventanal con vidrieras emplomadas dejaba entrar una luz fría y oblicua, y el aire olía a cuero antiguo, incienso casi extinguido y papel viejo. En un rincón, el fuego crepitaba con lentitud, como si rezara. El reloj de pared marcaba las horas con una cadencia tan pausada que parecía querer detener el tiempo.

—He oído que te has instalado definitivamente en el templo —dijo Güell.

—Sí —respondió Gaudí con una sonrisa serena—. El templo es mi casa. Necesito abandonarme por completo a él. Esta obra es un acto de fe. Y en los tiempos que corren, alguien debe velar por ella como se vela a un enfermo querido.

Llevaban más de veinte años de amistad. Güell había confiado en él desde la primera obra, cuando le encargó la reforma de su casa de la calle Nou de la Rambla. Desde entonces lo había acompañado en proyectos arriesgados, confiando a ciegas incluso cuando muchos lo consideraban un excéntrico. Fue Güell quien lo introdujo en un círculo burgués, culto e influyente que le permitía recibir encargos importantes. También quien lo protegió más de una vez de la incomprensión y el fracaso.

El mecenas conocía el genio de Gaudí, su obstinación creativa, pero también su fe sin fisuras. Entre ellos existía una forma de respeto que iba más allá de las palabras. Era una intuición mutua, como un acuerdo silencioso entre dos almas que, pese a sus diferencias, compartían una misma visión.

Güell se acercó a la maqueta y recorrió con los dedos el contorno de las torres.

—Cuando te conocí, Antoni, me dijiste que querías lograr una arquitectura que cantara, que respirara, que rezara… Y después de tantos años, todavía me sorprende ver cómo consigues que la piedra hable.

Gaudí bajó los ojos un instante. Luego los levantó con un brillo húmedo.

—Quizá porque tú siempre has visto más de lo que yo he sabido explicar.

—Me han dicho que tenemos nuevas donaciones —añadió Güell, cambiando de tono—. Una de ellas es especialmente generosa. Solo va firmada con una inicial. Creo que es una mujer, pero no he logrado saber más detalles. Dicen que no busca reconocimiento.

Gaudí sonrió con gratitud. Sabía que su amigo estaba al tanto de todo lo que ocurría en la ciudad. Ni los secretos escapaban a sus oídos.

En ese momento, uno de los criados llamó suavemente a la puerta.

—Señor, ha llegado la visita que esperaba.

—Hazlo pasar, por favor.

La silueta de Guillem apareció en el umbral. Entró con paso contenido, casi medido, como si temiera irrumpir en algo sagrado. Llevaba la camisa clara que Anna le había planchado el día anterior y su mejor chaqueta. Pero, al mirarse las manos, advirtió restos de yeso bajo las uñas. Disimuladamente, las frotó contra el pantalón. Güell, que conocía su historia y su vínculo con la obra, le indicó que se acercara. Gaudí lo observó unos segundos antes de hablar.

—Tal vez nunca te lo he dicho, pero eres igual que tu padre. ¿Está bien de salud?

—Bastante justo, maestro. Este invierno no ayuda.

—Es cierto. La humedad se aferra a los huesos. ¿Y tu esposa…?

—Anna.

—Sí, claro. Era una niña cuando la conocí. Viva como una centella. No había quien la alcanzara.

Güell sonrió, entretenido, mientras el arquitecto y su ayudante intercambiaban miradas cómplices. Después los tres se sentaron alrededor de la mesa. Sobre los planos se extendía un silencio expectante, como si el aire también aguardara el motivo de aquella reunión.

—Dicen que nos hemos quedado sin piedra de Montjuïc, Guillem —empezó Gaudí con voz grave—. Conoces bien sus propiedades. Me

interesa saber tu opinión.

—Era una piedra perfecta, maestro. Se ablandaba al trabajarla, pero al contacto con el aire se endurecía hasta volverse casi eterna.

—Y la luz… —susurró Gaudí, más para sí que para los otros—. La luz juega en ella como en ningún otro material.

—Cierto, pero tendremos que buscar una alternativa —dijo Güell —. Y aunque no podamos sustituirla, habrá que seguir adelante. Al fin y al cabo, la esencia no está solo en la materia, sino en la voluntad de hacerla hablar, ¿no?

Los tres hombres guardaron silencio. Fuera empezaba a oscurecer. Las llamas en la chimenea lanzaban destellos que se reflejaban sobre los planos e iluminaban por momentos los rostros pensativos. Era como si la ciudad, aún herida, respirara con ellos. Piedra a piedra. Latido a latido.

2026

Estoy junto al templo, con el ruido de los coches amortiguado por el murmullo de los primeros visitantes. En la acera, nacida en una grieta del cemento, una flor amarilla me detiene. Es pequeña, desafiante, bellísima. No puedo evitar pararme. La contemplo, la reconozco de algún lugar menos evidente.

Cuando trabajaba en el taller de vitrales, mi madre guardaba una, ya seca, en un frasco de cristal. Decía que era un punto de luz y que su abuela le había contado su historia. Nunca me la explicó entera, pero cada vez que veo una de esas flores me viene a la mente aquel rincón del taller. Un espacio que, para mí, era un escenario de cuento, lleno de fragmentos de cielo roto.

Según mi madre, había vidrios que olían a sol y otros que herían solo con mirarlos. Mi madre… ¡Cuánto la echo de menos! Y cuánto he tardado en entenderla. Ahora llaman sinestesia a esa percepción ampliada del mundo, esa forma de vivir la realidad con capas que para los demás no existen. En mí se reveló en plena adolescencia. Tuve miedo de enloquecer. Me negaba a aceptar que algunas palabras se tiñeran de colores o que pudiera oír música en las formas. Solo cuando lo admití pude abrazar el recuerdo de mi madre sin recelo y quererme sin miedo. No era locura, caminábamos por un mapa de percepciones que los otros no sabían leer.

Con ese recuerdo, me siento en uno de los bancos frente a la fachada del Nacimiento y saco la libreta de tapas verdes. En casa

siempre las ha habido. Las he tenido de todos los tonos posibles, del verde tierno al verde botella.

Seguramente no es casualidad que también haya una en la caja de mi padre con hojas amarillentas y caligrafía temblorosa, como de niña que apenas ha aprendido a escribir.

Anoto: «Flor amarilla». No es solo un apunte. Es una presencia. Sé que, de algún modo, tendrá que formar parte de la pieza escénica en la que trabajo. Aún ignoro cómo, pero encontrará su lugar.

En vez de ir directamente a casa, pasaré por el supermercado. Mejor adelantar las compras. Y cuando llegue, sé que me esperará una calma espesa. Esa quietud también es una forma de acoger.

IV

El corazón de la ciudad

Barcelona, 1914

1

—¡Mercè, despierta, espabila! —La voz de Anna llegaba desde la cocina—. Tu padre se ha ido temprano. Ha dejado muy claro que hoy mismo tenemos que vaciar el palomar y deshacernos de las gallinas. Necesito que me ayudes a desplumar un par de ellas; esta noche las pondremos en la cazuela. Tampoco podemos quedarnos con los conejos. ¡Tenemos mucho trabajo!

Mercè abrió un ojo y se giró de mal humor. La almohada aún estaba tibia y el zapato derecho había acabado bajo la cama. Se quedó unos segundos mirando el techo, con ganas de estar en cualquier otro lugar.

Fuera de la habitación, la casa bullía de movimiento. Oía a su madre trajinar, murmurando por lo bajo, y a su hermano pequeño correr descalzo por el pasillo, riendo por alguna tontería.

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad van a echarles la culpa del tifus a los animales? —preguntó sin esperar respuesta, mientras se levantaba a regañadientes.

—Mira, hija, yo no sé quién tiene la culpa de esta desgracia, pero nos toca creer lo que dicen. Si no lo hacemos, pueden ponernos una buena multa. Hay inspectores médicos que pasan por las casas. A Maria, la de Cal Jaumet, le han hecho pagar quince pesetas por un pavo que criaba para Navidad… ¡Y se ha quedado sin dinero y sin pavo!

—Y nosotros nos quedaremos sin huevos, sin…

—Tenemos salud y brazos fuertes para trabajar. Eso es lo más importante, hija. Hay que hacer lo que mandan y confiar. Escucha…, las campanas no dejan de doblar a muerto.

—Pero…

—No hay pero que valga —sentenció Anna mientras dejaba la cuchara sobre el fogón. Luego se giró hacia la puerta, evitando la mirada inquisitiva de su hija.

Mercè salió al pasillo, enfadada. Con la epidemia de tifus habían suspendido las clases. Le había costado Dios y ayuda llegar a ser maestra —al menos como ella soñaba—, pero, tirando de contactos y como premio de consolación, había conseguido un puesto para enseñar caligrafía a un grupo de criaturas toscas en un centro de beneficencia de la calle Tallers. Aun así, confiaba en que tarde o temprano lograría una plaza en las Escuelas de la Sagrada Familia.

—Necesito agua —gritó la madre—. Tengo que escaldar las gallinas y no hay ni para llenar la olla. Anda, ve a la fuente antes de que salga más gente.

Mercè se puso en movimiento con desgana, pero, cuando ya iba a salir, una nueva orden la detuvo.

—¡Y llévate a tu hermano!

—No llegaremos nunca si tengo que ir arrastrándolo. Mamá, ¿no puede quedarse?

—¡No me hagas repetirlo, y date prisa!

Mercè gruñó antes de volver atrás para coger a Jaume de la mano. El niño llevaba la camisa pegada a la espalda y los ojos vidriosos.

—Tengo calor…

—¡Claro que tienes calor, como todos! ¡Camina!

Y, sin dejar lugar a más quejas, le colgó del cuello una botella de vidrio cerrada con un trozo de tela y una cuerda. El pequeño siguió a trompicones el paso apurado de su hermana. Juntos tomaron la calle Hospital, rumbo a la fuente de Sant Agustí el Vell.

El cielo era gris; las calles bullían efervescentes. Mercè esquivó a dos criadas que discutían su turno ante una portería y alcanzó a oír la conversación. Decían que tampoco quedaba carbón y que, si lo había, lo vendían a precio de oro.

—¿Y cómo vamos a hervir el agua? —preguntó la más joven en voz baja.

—¡Mira, mira! —exclamó Jaume, señalando a un hombre que avanzaba cargado con cajas hasta el cuello.

Mercè siguió su mirada y se sumó a la comitiva de curiosos que se agolpaba alrededor del vendedor. El hombre, con la camisa empapada y el sombrero ladeado, pregonaba las virtudes de su producto, asegurando que aquel polvo potabilizador surtía efecto al instante. Muchos preguntaban por el precio y sus supuestas

propiedades; algunos vaciaban los bolsillos para comprarlo, mientras que otros lo acusaban de farsante.

El ambiente se caldeaba y las discusiones crecían por momentos. Había opiniones de todos los colores.

—¡Han obligado a quemar barracas, como si el fuego purificara! Y, mientras tanto, ¡las acequias siguen bajando negras!

—Pero no temáis, ¡a los industriales nadie se atreve a tocarlos! No vaya a ser que les cierren el grifo de las influencias y los favores… ¡Están todos podridos!

—Bien dicho —aseguró un hombre rechoncho y de cara encendida, avivando la conversación—. Les da igual tener las fábricas infestadas de ratas con tal de seguir ganando dinero. Eso sí, ¡a nosotros nos sacan los conejos del patio!

Al llegar a la plaza, los hijos de Guillem y Anna se encontraron la fuente precintada. En lo alto, un cartel con letras grandes advertía: AGUA NO POTABLE. RIESGO DE CONTAGIO. PROHIBIDO EL CONSUMO. —AYUNTAMIENTO DE BARCELONA—

El bochorno era asfixiante. Una anciana lloraba sentada, con la falda recogida, y otra mujer, embarazada, se quejaba en voz baja mientras mojaba un pañuelo en la fuente. Su acompañante, con los brazos tatuados, hacía rodar una piedra con la punta del pie, furioso.

—Si en lugar de perseguir palomas limpiaran los pozos, quizá tendríamos agua buena. Pero ya os lo digo yo, a ellos no les faltará de nada. ¡Cabrones!

Jaume se acurrucó detrás de su hermana y, solo cuando el hombre se alejó, murmuró con la boca seca:

—Tengo sed…

Mercè dio media vuelta sin responder, aunque aflojó el paso. Desde la fuente de Sant Agustí el Vell, donde apenas unas semanas antes abrevaban los caballos que entraban por el Portal Nou, siguieron por la calle Carders. A esas horas, las tiendas de tejidos abrían a medias los postigos y los talleres empezaban a sacar la madera a la calle.

Mercè tiraba de su hermano, procurando que el pequeño no tropezara a cada paso. Cruzaron por la calle Princesa y pasaron junto a la nueva Via Laietana. Era un lugar peligroso; su madre siempre se lo repetía. Las obras parecían no tener fin y los escombros se amontonaban en los portales o alrededor de las vías del tranvía, que discurrían entre andamios de hierro. El ruido de los martillos golpeando la piedra era ensordecedor, y los carros, al esquivar los montones de barro y paja, dejaban tras de sí un rastro de suciedad.

Jaume ya no protestaba, pero los ojos le brillaban con una fiebre muda. Tras recorrer la calle Carme, llegaron por fin a la plaza del Pedró.

El rostro de Mercè se iluminó. Una larga fila de hombres y mujeres con cántaros, ollas y botellas daba fe de que el agua allí se podía beber. Le llamaron la atención unos grandes depósitos metálicos, elevados sobre pedestales. Alguien comentaba que el Ayuntamiento los había instalado para purificar el agua; los entendidos decían que eran filtros de arena y carbón activado. A su lado, una estructura más pequeña recogía el preciado líquido en tubos de vidrio que desembocaban en grifos metálicos.

Dos operarios municipales, vestidos con blusas oscuras y con una lista arrugada en la mano, se encargaban de anotar los turnos y de

vigilar que nadie se colara. Su presencia imponía y mantenía la tensión a raya.

El agua corría lenta y a Mercè le pareció que olía a hierro, aunque algunos murmuraban que era hedor a cloaca. Jaume, colorado y febril, apenas se sostenía.

—Quiero sentarme… Me duele la barriga…

Mercè lo miró con una mezcla de lástima y rabia muda. Ella, que había sido la niña mimada de la casa, ahora debía cuidar de todos y además poner buena cara.

El regreso se hizo cuesta arriba. Al llegar, sentó a Jaume en la silla más cercana. Cuando lo vio, su madre se llevó las manos a la cabeza.

—¡Por el amor de Dios, Mercè! ¿No ves cómo está? Hijo, dime, ¿qué te pasa? ¿Qué te duele? —le preguntó palpándole la frente.

Mercè, aún con el cubo en la mano, se quedó de pie, como si de pronto la hubieran despertado. Se le hizo un nudo en el estómago. El malestar que había ignorado toda la mañana se volvió un peso dentro de ella, y se sintió ruin, culpable.

—¿Se puede saber qué haces ahí plantada? ¡Ve a buscar a tu padre ahora mismo! —gritó Anna, mirándola con severidad—. Dijo que estaría en la Sagrada Familia.

La muchacha echó a correr y cruzó medio barrio hasta llegar al templo. Las sombras se proyectaban alargadas y hacían aún más monumental la silueta irregular de las torres. Había menos obreros que de costumbre y el ruido de los martillos apenas se oía.

—¡¿Padre?! —gritó una vez y luego otra, caminando entre montones de piedra y tablones cubiertos con telas.

Un hombre con gorra, que se protegía los riñones con una faja, le respondió:

—Eres la hija de Solé, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo, apresurada—. ¿Sabe dónde está mi padre? Necesito…

Mercè no pudo acabar la frase, la voz se le quebró. El hombre, compadecido, le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, muchacha. Sea lo que sea lo que te preocupa, seguro que tiene solución. Tu padre ya se ha ido. Seguro que os habéis cruzado por el camino.

Mercè sollozó un par de veces y luego respiró hondo. Sentía el corazón en la garganta. No sabía si era por la carrera o por el miedo, probablemente por ambas cosas.

—Descansa un poco. No hay nada que no pueda esperar. Voy a traerte un poco de agua para que te refresques.

Agotada, se sentó en el suelo, sobre una losa fría. Se llevó las manos a la cabeza mientras el sudor le corría por el cuello. Al incorporarse, la vio. Era una flor amarilla, sola, sobre un bloque de piedra. Tal vez una retama. Viva, sencilla.

Contemplarla la reconfortó, y una sensación de calma le recorrió la espalda. Se alzaba resistente entre el polvo y el desorden, como si alguien hubiera dejado allí una promesa. Y, sin saber por qué, decidió creer en ella.

Las campanadas a muerto se habían convertido ya en una melodía constante, casi familiar, como el tictac resignado de un viejo reloj de pared que ya no sorprende a nadie. Sonaban desde distintas iglesias del barrio con toques diversos: dos por los hombres, tres por las mujeres, uno por los niños. A veces coincidían y parecía que dialogaran desde distintos puntos de la ciudad, y marcaban un compás fúnebre que la gente había aprendido a descifrar con un gesto cansado de cabeza o santiguándose sobre el pecho. Unos y otros rezaban en silencio para que el siguiente tañido no fuera por ninguno de los suyos.

En aquella súplica muda había también algo de pudor: reconocer el miedo propio era, en cierto modo, desear —por omisión— que le tocara a otro afrontar la pérdida.

Aquel día, el eco no pasó de largo. Fue un toque único, breve, punzante, que golpeó de lleno la casa de los Solé-Vilanova.

El más pequeño de la familia, Jaume, yacía en la cama blanco como la cera. Ni las infusiones de tomillo con miel, ni los vahos de romero y eucalipto habían podido con la fiebre. Tampoco la novena a la Virgen, que Anna rezó con fe ciega, ni los paños fríos en la frente, ni la visita de la curandera del barrio. Nada. Nadie.

Ya desesperados, habían recurrido incluso a una hechicera que les preparó un brebaje espeso y amargo, hecho con polvos de raíz seca y un líquido oscuro, que había que calentar y dar al niño con una cucharilla de plata. Mercè, consumida por la angustia, había susurrado promesas ante la imagen de la Virgen de los Dolores, ofreciendo sacrificios a cambio de un milagro. Ahora, aquel recuerdo la atravesaba como una espina. No había hecho lo suficiente o no lo había hecho bien, y ella no la había escuchado. Sentía la culpa como

un peso imposible de redimir, tras el que se acumulaba una rabia muda, áspera, que la iba desgastando por dentro.

Con el dolor aún mordiéndole las entrañas, Mercè aparentaba atender las demás tareas. Tenía los ojos hinchados y el corazón encogido, pero se aferraba a esos gestos como quien se aferra a una rutina que no salva, aunque ordena.

De madrugada, antes de que saliera el sol, madre e hija abrieron el arcón donde guardaban la ropa de los domingos. Primero sacaron la pequeña camisa blanca y los calcetines de Jaume; los extendieron sobre la cama y los repasaron con los dedos, buscando todavía un calor que ya no estaba. Luego, con el mismo cuidado, eligieron qué ponerse ellas.

Anna extendió la falda negra sobre la mesa. Era la misma que había llevado en el funeral de su padre. No tuvo fuerzas para plancharla y buscó el velo. Después ayudó a Mercè a atarse una cinta de raso negro en el cabello y entregó a Guillem la chaqueta de los días de boda. Jordi, el hermano de Anna, que los acompañaba en el duelo, observaba la escena en silencio; su chaqueta olía a naftalina.

Padre y tío salieron juntos a encargar el ataúd. No cruzaron una sola palabra en todo el trayecto. Uno caminaba con las manos hundidas en los bolsillos; el otro las llevaba entrelazadas a la espalda. Se dirigían al pequeño taller de carpintería de la calle Roger de Flor, no muy lejos del templo. La puerta estaba abierta, y un olor a serrín y cola fuerte los recibió. Dentro, dos ayudantes jóvenes terminaban un ataúd grande, mientras que el maestro carpintero, un hombre de edad incierta, con las manos cubiertas de polvo de madera, los esperaba, ya avisado.

El trabajo era intenso en tiempos de epidemia. Los ataúdes se fabricaban deprisa, sin maderas nobles y a menudo con las medidas justas. El carpintero les dijo que solo le quedaba uno pequeño, sencillo, sin adornos, pero que podría servirles.

—No doy abasto —se disculpó, pasando por la madera el mismo trapo con el que, acto seguido, se secó el sudor—. Hace tres días que no cerramos ni a mediodía. Mire, buen hombre: si este le sirve, solo le cobraré diez pesetas.

Guillem hizo un gesto incierto y rebuscó en el bolsillo. Jordi no tenía un duro.

—Deme lo que lleve ahora —lo detuvo el carpintero con un gesto tranquilo—. El resto, cuando pueda. Conocía a su hijo, que Dios lo tenga en su gloria. Somos vecinos y vivimos tiempos difíciles.

Mientras tanto, en la Sagrada Familia, el tío Josep, el tío sacerdote, daba instrucciones para organizar la ceremonia. Sabía que esa semana llegarían nuevos habitantes al recinto del templo y aquella mañana, a pesar del duelo, debía ocuparse también de su acogida.

Jerónimo Alpiste Sánchez, su esposa, María Eugenia García Campoy, y sus tres hijos —Gregoria, de cinco años; Lázaro, de tres, y el pequeño Andrés, de pocos meses— habían llegado desde Almería hacía tiempo. Cansados, arrastrando las maletas y cargados de fragilidades, dejaron atrás el pueblo de origen para trasladarse a Barcelona, animados por el hermano de Jerónimo, Juan, que había abierto una ferretería en la calle Girona y no paraba de repetirle que, en una gran ciudad como aquella, podría ganarse mejor la vida como sastre. Tanto insistió que, al final, le hicieron caso.

Jerónimo abrió una sastrería que funcionó bastante bien durante un tiempo, pero todo se torció cuando María Eugenia tuvo el último hijo. Una mastitis grave la llevó al Hospital Clínico y no pudo volver a casa hasta once meses después. El padre hizo cuanto pudo, pero no logró salir adelante: los clientes no entendían de esperas y los encargos fueron menguando.

Desbordado por la situación, Jerónimo bajaba a menudo a la cripta. Era un hombre de fe y rezaba con fervor por la salud de su esposa y la prosperidad del taller. En aquel mismo lugar, tras una conversación con mosén Gil Parés Vilasau, rector del templo, surgió una nueva posibilidad: vivir y trabajar dentro del recinto.

El sacerdote habló con el propio Gaudí, que debía dar su aprobación. El arquitecto no puso objeciones, solo algunas condiciones. Poco después, los Alpiste fueron acogidos como porteros y asistentes. A cambio, se les ofrecía un modesto salario, casa, agua y luz. Podrían ocupar las dependencias situadas justo debajo del estudio de Gaudí, en una vivienda con un pequeño terreno y un pozo, anexa a la casa parroquial. Un rincón de paz en medio de la ciudad.

Aquel día de agosto, los Alpiste cruzaron el portal de la Sagrada Familia con una mezcla de cansancio y respeto contenido. María Eugenia llevaba al pequeño Andrés sujeto al pecho con una faja negra, envuelto en un paño de lino. Jerónimo abría el paso, arrastrando de nuevo la enorme maleta de cuero gastado, y cojeaba un poco, como si el peso no fuera solo físico. Detrás, Gregoria y Lázaro caminaban de la mano. Ella vestía un traje de cuadros recién planchado y unos zapatos con hebilla arreglados por su padre; él,

pantalón corto y chaqueta de terciopelo oscuro. Aunque la ropa les quedaba algo justa, se adivinaba la mano de un sastre.

Al entrar en el jardín interior, se detuvieron un instante, como si el lugar aguardara que pidieran permiso.

Mercè se había acercado al templo con la excusa de llevarle a su tío Josep unos paños y unos cirios para el oficio, pero en realidad necesitaba respirar, escapar por un momento del peso de la casa.

Los vio llegar desde un rincón sombrío de la cripta, detrás de una de las columnas macizas. No los conocía, pero percibió en aquel matrimonio una dignidad discreta. Su mirada se detuvo sobre todo en la niña, que, pese a la timidez, se dejaba fascinar por la claridad que entraba a través de los vitrales. Ese gesto —la forma en que extendió la mano intentando atrapar un fragmento de luz con los dedos, como si quisiera guardarse un pedacito— quedó grabado en su memoria.

Aún no lo sabía, pero aquella mujer y aquella niña volverían a cruzarse en su vida años más tarde, en un momento decisivo.

Mosén Gil Parés recibió en persona a los recién llegados y, tras hablar con Josep, les mostró las dependencias. Fuera, una luz tibia dejaba ver que, pese a la muerte, la vida seguía abriéndose paso.

Esa tarde, Josep avisó a la familia Solé-Vilanova: la ceremonia sería más breve de lo habitual. Las autoridades eclesiásticas, de acuerdo con las medidas sanitarias, habían limitado el horario y el aforo de los funerales. El oficio debía celebrarse a media tarde y sin velatorio. Todo sería rápido, contenido. Diríase que, en tiempos de epidemia, hasta la muerte debía ser eficiente.

3

Dentro de la cripta se estaba bien; el calor quedaba atrás. Olía a cera vieja y a flor marchita. La luz entraba amortiguada por los vidrios con una mezcla de ámbar y verde claro, y teñía las paredes de una vibración suave, casi líquida.

Anna caminaba con paso vacilante del brazo de su hija. La mantilla negra le cubría casi todo el rostro. Guillem y Jordi, el esposo y el hermano, llevaban el pequeño ataúd entre los dos, sosteniéndolo como si el peso del mundo les hubiera caído encima.

Mercè no se atrevía a levantar la cabeza. El sonido de los zapatos sobre el pavimento se le clavaba dentro, siguiendo el latido acelerado de su corazón.

Josep los esperaba ya con la casulla morada y la estola negra, como dictaba la liturgia del duelo. Llevaba el breviario en la mano izquierda y, con la derecha, encendió dos cirios de cera virgen sobre el pequeño altar. Su presencia era sobria pero cercana. El rostro, cansado por las semanas de funerales, se iluminaba ahora con una ternura callada.

En la ceremonia estaban también Antoni Gaudí, sentado en uno de los primeros bancos, con el sombrero sobre las rodillas y la mirada baja, y mosén Gil Parés, de pie junto al cancel, discreto pero atento. Su rostro irradiaba una serenidad forjada con los años, tras acoger tanto dolor. Detrás de ellos, un hombre de bigote y chaqueta clara: Juan, el hermano de Jerónimo, quien había insistido en que fueran a Barcelona. Parecía fuera de lugar.

La comitiva era pequeña, discreta pero compacta. Se notaba que vecinos y obreros del templo habían querido acompañar a la familia. En otros tiempos, el pésame se habría dado a la salida con apretones de manos y palabras amables, pero, con la epidemia, se recomendaba evitar el contacto. Aquel día solo se cruzaron miradas, como si el propio respeto tuviera que moderarse para no contagiar a nadie. Algunos hombres se cubrían con boinas negras; las mujeres, con velo o mantilla corta. Todo respiraba una dignidad contenida.

La familia Alpiste, que aún no se había instalado del todo, asistió con respeto. María Eugenia se había quedado al fondo con los niños, que se movían inquietos pero en silencio. Jerónimo, de pie y serio, se frotaba los dedos sobre el ala del sombrero que llevaba bajo el brazo. No conocían al pequeño Jaume, pero sabían que hay duelos que no es preciso comprender para honrarlos.

Josep había preparado un rito sencillo. Eligió para la ceremonia el altar lateral de San José, a la derecha de la entrada: pequeño pero digno, con dos bancos a cada lado y una cruz desnuda en el centro. El altar mayor, demasiado expuesto y solemne, quedaba reservado para los oficios públicos o las celebraciones especiales. En aquel rincón recogido, la tristeza parecía tener mejor cobijo.

No había flores frescas, solo un ramo de romero y espliego cortado en el jardín a primera hora. El canto final fue el *Dies irae*, aquel himno litúrgico que formaba parte de la misa de difuntos. Se elevó como una oración primitiva y reverberó por la cripta con una belleza antigua, casi salvaje. Mercè cerró los ojos un instante, intentando contener el sollozo que ya le subía por la garganta.

Cuando terminó la ceremonia y los demás empezaron a salir, pidió quedarse un rato más. Necesitaba desaparecer en aquel espacio en

penumbra. Su padre asintió.

Se dirigió a la capilla donde la Virgen de los Dolores la observaba desde un altorrelieve de alabastro. La imagen tenía los ojos bajos y las manos entrelazadas, como si también ella arrastrara una pena antigua. No había cirios encendidos, solo una lámpara de vidrio rojo que titilaba. Mercè se arrodilló y su cuerpo, incapaz de sostener nada más, se dejó ir. Entonces se abandonó al llanto, sin contención ni vergüenza.

—¿Por qué no me has escuchado? —dijo entre dientes—. Te he rezado, te he suplicado, he hecho todo lo que estaba en mis manos, y no ha servido de nada. No he sido lo bastante buena, ¡lo sé! Pero ¿por qué no me has concedido el perdón? Y mi madre, que también ha perdido a un hijo… como tú. ¿Por qué no te has compadecido de ella? ¿Qué pecado ha cometido?

Aquella voz herida resonó dentro de la capilla. Las lágrimas volvieron a sus ojos y, clavando la mirada en la imagen, el llanto se transformó en un sollozo hasta abrazar el silencio.

María Eugenia ya estaba fuera, ocupada en sacar cosas de la maleta y buscar un sitio para cada criatura. Al oír el llanto, se detuvo. Sin dudarlo, bajó deprisa pero en silencio. Poco antes de llegar a la capilla, frenó los pasos; un joven se le había adelantado.

Lo que ni una ni otra sabían era que, no muy lejos, en la penumbra, estaba Gaudí. Tampoco él se acercó. No quiso interrumpir el momento. Pero lo oyó. Oyó el llanto de la muchacha. Y, como si la cripta hubiera sido construida precisamente para ello, lo dejó resonar.

Unos metros más allá, alguien más se había detenido. No era su intención consolar a nadie, pero algo en aquel llanto le había hecho

quedarse.

Se llamaba Eduard Orteu, carretero de profesión. Tenía veinte años, la espalda ancha, las manos fuertes y marcadas por el trabajo, las uñas sucias y la piel agrietada. El cabello castaño le caía con un aire indómito sobre la frente. Llevaba unos pantalones de tela oscura y una camisa más clara, remangada hasta los codos. Sus ojos, de un verde terroso, miraban con una especie de paciencia profunda, propia de quien conoce el ritmo de la tierra y no se asusta ante el dolor. Eduard no era culto, pero poseía una sabiduría hecha de caminos recorridos y largos silencios.

Al entrar en la cripta, divisó a la joven arrodillada. Esperó sin decir nada. Cuando Mercè lo vio, aún con las mejillas húmedas, no se asustó. Al contrario, sintió que aquella mirada la sostenía entera. Secándose la nariz con el dorso de la mano, bajó los ojos para luego mirarlo fijamente.

—Y ahora ¿qué? —dijo ella, abatida.

—Ahora respiras. Y mañana vives —respondió él.

El muchacho se sentó a su lado con las rodillas recogidas y el torso algo inclinado, como quien se pone a la altura del dolor.

—Soy Eduard. Transporto piedra y… lo que haga falta.

Mercè asintió. Y entonces, como quien abre una válvula demasiado tiempo cerrada, dejó salir todo lo que llevaba dentro: el hermano, la fiebre, el miedo, la culpa, la fe que se resquebraja como el vidrio.

El muchacho no la juzgó. Cuando Mercè enmudeció, hubo una pausa larga. Y después, una pequeña sonrisa de él, como un rayo de luz que entra a través de los postigos. No se tocaron, pero de

aquella conversación nació algo para lo que aún no tenían nombre. Una esperanza, quizá, que ella creía perdida.

Cuando Mercè y Eduard salieron, el arquitecto ya se había marchado. Aún sentía en el pecho el llanto de la muchacha; aquella cripta estaba hecha para acogerlo.

Mientras caminaba solo, Gaudí lo comprendió de un modo nuevo: incluso aquel llanto era arquitectura. Porque el llanto tenía forma. Tenía resonancia. Tenía fe.

Inspirado, se encaminó hacia el paseo de Sant Joan. El bastón le marcaba el ritmo de la respiración, aún impregnada del canto final que había escuchado en la cripta.

Cerró un momento los ojos; el recuerdo no se había disipado. La cripta había respondido con una música modesta, subterránea: los pies sobre el cemento húmedo, el murmullo de las madres, el canto litúrgico que se elevaba como una espiral. No era música para lucirse, sino para sostener el dolor.

De pronto, lo vio claro. El templo que construía no debía ser solo luz. Debía ser voz y silencio, sonido que se eleva y acaricia la piedra. El sonido como arquitectura invisible, como oración que se multiplica entre las bóvedas.

—El templo será música petrificada —murmuraba—. Cuando resuenen los cantos y los pasos dentro de él, el alma sentirá la fe.

Transfigurado por aquella visión, se detuvo ante un banco de hierro forjado, bajo un plátano. La sombra era agradecida. Güell, con el sombrero inclinado y un bastón apoyado en la rodilla, ya estaba allí.

—Te esperaba. No lo sabía, pero te esperaba —dijo Güell.

—Vengo de la cripta —respondió Gaudí mientras se sentaba—. Han enterrado a una criatura, otra más. El llanto de su hermana todavía se escucha, Eusebi.

—Hay sonidos que no mueren —dijo Güell, como pensando en voz alta.

—Deberías haberlo escuchado, amigo. ¡La piedra respiraba! Cada paso, cada voz… Todo resonaba. No es un templo mudo. ¡Está vivo! Quiero que el templo sea una oreja gigante. Que transforme el dolor en música.

—¿Lo dibujarás en los planos?

—Quizá no. Tal vez solo lo escriba. O quizá el templo lo haga por mí, si lo escucho con atención.

—Haz que las piedras canten, Antoni.

Gaudí se puso en pie. El bastón tocó de nuevo el suelo. La tarde lo empujaba hacia el templo.

Llegó a la Sagrada Familia cuando el sol ya caía tras los andamios. Su cuarto olía a yeso, a tinta vieja y a tierra mojada. No encendió ninguna luz. Moviéndose en la penumbra, abrió un cajón y sacó una hoja y un lápiz; no para dibujar una columna, sino para seguir la curva de un canto que aún le temblaba en el cuerpo.

No era una forma arquitectónica concreta, no todavía. Era una espiral fluida, un movimiento que se ensanchaba como el sonido que, al rozar una bóveda, se convierte en luz.

El arquitecto trazaba círculos, líneas ascendentes, nervaduras que no llevaban a ninguna parte y lo contenían todo. Y al margen, con letra inclinada, anotó:

> La arquitectura debe escuchar. Debe ser una oreja gigante que capte el aliento de los vivos y el de los muertos. El sonido no muere, viaja. Como el

alma.

Después inspiró lentamente. Le pareció oír unos pasos que no eran los suyos, una respiración que no sabía de dónde llegaba. No sintió miedo. Solo sonrió.

Quizá el templo ya había aprendido a escuchar antes de alzarse del todo.

2026

Cuando pronuncio el nombre de Mercè Solé durante las visitas a las Escuelas de la Sagrada Familia, lo hago con un orgullo difícil de explicar. Nunca digo que fue mi bisabuela. Pero el tono, la pausa, la mirada que rehúye complicidades convierten el gesto en un homenaje silencioso: existió y fue importante. Y lo fue, aunque mi padre, cuando aún podía construir frases completas, siempre añadía, con un tono imposible de interpretar, que había sido una mujer desgraciada.

Esta mañana, mientras acompañaba a un grupo de estudiantes de arquitectura japoneses, he visto a una niña. Era la hija de una de las profesoras y caminaba de puntillas por los bordes del parterre, muy atenta a no pisar las líneas de las baldosas. Llevaba la gorra calada y la bufanda hasta las orejas. Al entrar, se las quitó con un gesto brusco. Me quedé casi hipnotizada mirando cómo le caían los cabellos, de un cobre vivo, rebeldes, que le cubrían media cara. Ese gesto me recorrió como un escalofrío.

Hay ausencias que dejan movimiento, música, como una estela en el aire. Algunas personas vivían con una intensidad juguetona, como si el mundo fuera a la vez preciso e improvisado. Conocí a alguien así. No hace falta nombrarla para sentirla cerca. Quizá por eso, cuando hablo de las Escuelas, lo hago como quien defiende un legado íntimo.

Aquella voz querida solía decir que la música es la oración de quienes no creen. Cuando yo buscaba respuestas y necesitaba racionalizar lo que había sucedido, esa voz solo sonreía y murmuraba: «No hace falta entenderlo todo. La vida es una canción sin letra».

Hoy, uno de los visitantes me ha preguntado por qué la cubierta de las Escuelas tiene esa forma ondulada. He empezado con una respuesta técnica, pero a mitad de la explicación he sentido que no hacía falta. He mirado a aquel hombre alto, de ojos brillantes, y he dicho:

—A veces Gaudí utilizaba formas que parecen surgir de la naturaleza como si el mundo se le explicara solo…

Y, casi solo para mí, he añadido:

—Tal vez no hace falta entenderlo todo. Hay cosas que solo hay que escucharlas, como una canción sin letra.

Él ha asentido en silencio. Por un instante, he sentido que esa otra vida —la que no digo— también estaba allí, como Mercè. Que hay existencias que merecen ser recordadas no por cómo murieron, sino por cómo supieron vivir.

V

Dos ciudades, un templo

Barcelona, 1919

1

Mercè caminaba del brazo de Eduard, protegida por una bufanda gruesa y con la piel fría por el rocío de la mañana. El carro los esperaba al final de la calle. Su marido le ofreció la mano para ayudarla a subir y ella lo hizo con calma, buscando luego una postura cómoda.

Aunque estaba de seis meses, apenas se le notaba. Le costó más de cuatro años concebir, y cuando por fin los deseos de su esposo se cumplieron, la gestación eligió pasar desapercibida. Aquello la inquietaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. La comadrona repetía que todo iba bien, que no había motivo alguno de preocupación; el desasosiego, sin embargo, seguía allí, terco, en la boca del estómago.

—¿Tienes los pies fríos? —preguntó él, haciendo chocar suavemente las riendas para que el caballo echara a andar.

Mercè negó con la cabeza. No le salían las palabras.

La ciudad despertaba a su alrededor. Las losas de la Via Laietana estaban húmedas. Aquí y allá, se veían mujeres barriendo los portales. Frente a las tabernas y los talleres subterráneos, un humo espeso escapaba por los respiraderos metálicos colocados cerca del suelo. El calor brotaba de los braseros preparados para templar el ambiente.

Mercè observó como un niño se detenía, fascinado. La contemplación del humo lo divertía. Alargó la mano como si quisiera tocarlo. Su madre, con prisa, tiró de su brazo y lo obligó a seguir caminando. Pero el pequeño aún se volvió una vez más para ver el humo elevarse lentamente, como el de una vela cuando la abuela la apagaba con los dedos.

La pareja avanzaba por un mundo todavía en construcción: edificios altos y elegantes, recién nacidos y que ya ocupaban las oficinas y los bancos. Apenas había vida en las plantas bajas, solo algún comercio que intentaba echar raíces entre la novedad y la incertidumbre. A medida que se internaban en el Eixample, el trazado se volvía más amable, las calles ganaban amplitud y los árboles empezaban a proyectar sombra. Poco a poco, el paisaje cambiaba de la rigidez de los edificios nuevos al aire de barrio consolidado. Dejaban atrás una ciudad y pisaban otra.

Eduard la ayudó a bajar del carro.

—¿Paso a buscarte al mediodía? —dijo él.

Ella asintió y le apretó la muñeca con gratitud.

Cada mañana, desde el recinto del templo, Mercè, que trabajaba como maestra en las Escuelas de la Sagrada Familia, veía cómo los caminos de los niños se bifurcaban. Por un lado, las mujeres de los

obreros dejaban allí a sus hijos antes de ir a las fábricas. Algunos de los más espabilados, a veces porque no tenían a nadie que los acompañara, entraban solos. Llevaban ropa gastada, heredada de un hermano y que aún aprovecharía algún primo menor. En la acera de enfrente, las criadas, con sus uniformes nuevos, dejaban a los niños bien peinados frente a una escuela religiosa de pago: las niñas, con lazos blancos en el cabello; los niños, con bufandas inmaculadas.

Las dos aceras nunca se hablaban. Cada mañana se miraban de reojo, como si cada una supiera que la otra existía, pero hubiera un pacto tácito para no mezclarse.

En la esquina de la calle Marina con Mallorca, dentro del recinto, se alzaba el pequeño edificio de las Escuelas de la Sagrada Familia. De ladrillo visto, techo ondulado y ventanas de madera con postigos inclinados, ocupaba el espacio donde Gaudí ya había proyectado la futura fachada de la Gloria, aunque sabía que tardaría décadas en construirse.

El arquitecto había concebido el edificio de manera que la luz natural entrara por el lado izquierdo de los alumnos, favoreciendo así una ventilación cruzada constante. La idea era mantener un ambiente saludable dentro de las aulas.

No había sido fruto de un encargo institucional, sino una iniciativa suya después de la Semana Trágica, cuando fueron incendiadas muchas escuelas religiosas. Gaudí quería proteger el futuro, y por eso levantó aquel edificio para los hijos de los obreros y de las familias más humildes. Todo en él —el techo ondulado, las paredes de ladrillo, las ventanas pensadas para respirar y aprender—

respondía a una única idea: crear una escuela que cuidara de los alumnos mientras se les enseñaba.

María Eugenia Alpiste llegaba, como cada mañana, con sus dos hijos. Iba de luto por la muerte de Lázaro, el hijo mediano, al que se habían llevado unas fiebres. Andrés, de cinco años, avanzaba tambaleante de la mano de su madre. Gregoria, de diez, caminaba erguida, pulcra, con una chaqueta sencilla pero bien cosida. Su padre, portero del recinto y sastre, les había confeccionado la ropa con las costuras rectas y los botones firmes.

Mercè Solé se había adelantado a los niños y se movía entre los pupitres ajustando sillas y dejando libros sobre las mesas. No solía alzar la voz, bastaba con que bajara el tono o se detuviera discretamente junto a un alumno. Su presencia imponía. Cuando quería captar la atención, comenzaba a escribir en la pizarra. Tenía la capacidad de despertar la curiosidad de los pequeños.

Manuel era su alumno predilecto, aunque intentaba disimularlo. Le recordaba tanto a su hermano Jaume… Tenía la misma expresión, entre pícara y bondadosa. Cinco años después, esa evocación aún le erizaba la piel. Mercè lo miraba más de lo necesario, buscaba excusas para acercarse, para arreglarle la bufanda o revolverle el pelo.

Las tres aulas de la escuela, pequeñas pero acogedoras, seguían muchos principios del método Montessori: materiales de madera, libertad para explorar, equivocarse y repetir, espacios diferenciados según el ritmo de cada niño. En las paredes, los trabajos de los alumnos colgados con pinzas; en las mesas, bandejas con actividades. Todo seguía un orden práctico, pensado para facilitar el aprendizaje.

—Buenos días, señorita Mercè —dijo una voz grave.

Era Gaudí. Llevaba un pañuelo azul al cuello, de un tono más oscuro que sus ojos, y una libreta bajo el brazo. Entró observando las paredes y el techo como si comprobara que todo seguía en su sitio.

—Hoy vengo a ver si la cubierta resiste este viento —dijo quitándose el sombrero.

—Ni una grieta —respondió ella.

—Me alegra oírlo. Las curvas reparten mejor el esfuerzo —añadió, dirigiéndose a un niño que lo miraba divertido—. Son algo así como la columna vertebral del edificio.

Luego, buscando la complicidad de Mercè, añadió:

—La arquitectura no solo debe resistir, debe convivir.

—Pues aquí convivimos bastante bien —respondió ella mientras recogía una silla.

Fue entonces cuando el arquitecto se acercó a la pizarra, donde alguien había dibujado una espiral con tiza blanca.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Gaudí.

Andrés levantó la mano, casi sin pensarlo, aunque enseguida dudó y miró a su alrededor, como si temiera haberse equivocado. Gaudí, con una sonrisa leve, lo animó a explicarse.

—Es…, quiero decir, quiere ser el camino que hace el agua cuando baja por el desagüe…

—¡Muy bien visto, Andrés! —respondió Gaudí, acariciando la forma con un gesto lento—. Sigue así y serás un buen arquitecto.

A media mañana, niños y niñas salieron al patio. Se movían entre bancos de piedra y pérgolas cubiertas de brezo seco con las ramas entrelazadas, que proyectaban sombra sobre los mosaicos. En el

centro, el estanque de la Geografía, un círculo helado diseñado por el propio Gaudí y pensado para dar clase. En verano servía para hacer flotar mapas; en otoño, hojas; en invierno, como ahora, era un espejo de hielo. «Para ver el mundo al revés», explicaba Mercè. «Porque pensar al revés también enseña», había escuchado decir a un antiguo profesor.

Un golpe de viento hizo volar una bufanda. Gregoria corrió tras ella. Manuel también. Mercè los observaba desde el porche con la mano apoyada en el vientre.

Justo entonces oyó cómo cesaba el sonido de los martillos. Después, unos gritos. Hombres discutiendo al otro lado de la verja. Eran trabajadores de otra obra, con gorras de lana y bolsas de tela. Uno de ellos agitaba unos papeles.

—Llevan panfletos —murmuró Júlia, la maestra de los más pequeños, acercándose a Mercè.

Un obrero del templo se encaró con ellos. Volaron los insultos. Puños. Un golpe seco. Otro. Un papel cruzó el aire y cayó sobre el hielo del estanque. Una octavilla clandestina.

Mercè silbó. Ella, que nunca silbaba.

—¡Todos adentro! ¡Ahora mismo!

Los niños se quedaron paralizados. Después, como si aquel grito hubiera roto el hechizo, comenzaron a moverse. Gregoria tomó de la mano a su hermano pequeño. Manuel seguía inmóvil en medio del patio.

—¡Manuel! —gritó Mercè alzando la mano.

Cuando todo quedó en silencio, recogió la hoja y se la guardó en el delantal. Le temblaban las manos.

Cuando se calmó, miró por la ventana. Los andamios de la Sagrada Familia se alzaban como un bosque desnudo; detrás, el cielo parecía más alto. La fachada de la Gloria seguía siendo un sueño.

Y ella también soñaba. Aunque el vientre no crecía, el miedo sí, y a veces se preguntaba si sería capaz de cuidar esa vida que llevaba dentro cuando ni siquiera sabía apartarse del espanto.

Entonces pensaba en los niños. En Andrés, en Gregoria, en Manuel. En las manos pequeñas sosteniendo los libros, abordando una palabra difícil, turnándose un lápiz, tragándose el hambre, disparando preguntas que nadie esperaba. Y pensaba en sus ojos cuando dudaban, en esa fe quieta de quien confía que sabrás estar a su lado.

Quizá ser maestra era eso: no tener todas las respuestas, pero mantenerse en pie mientras todo tiembla. Y esperar, como una pared curva, que la vida rebote en ella y no se rompa.

2

Aquel día no eran los instrumentos de música lo que hacía retumbar las calles. Por todas partes había bidones vacíos de petróleo, cajas de naranjas, viejas cacerolas… Los golpeaban con palos, clavos o cualquier trozo de hierro o madera que pudiera hacer ruido.

Los llevaban hombres y mujeres, pero también los jóvenes y las criaturas que iban a hombros. La mayoría de los huelguistas tenía

las manos sucias y, si uno se fijaba bien, se les veían las mejillas encendidas por el frío y la excitación. Ya se había convertido en costumbre concentrarse en la Via Laietana, frente a la sede de La Canadiense. Era la empresa que gestionaba la energía eléctrica de Barcelona, el lugar donde todo había empezado.

Frente a la fuente de Diana, recién instalada, alguien había colgado una pancarta con letras rojas:

EN LA UNIÓN ESTÁ LA FUERZA

A pocos metros, la casa Miravall, una finca modernista edificada hacía poco más de una década, se alzaba, en una elegancia discreta, con vitrales de colores y una balconada de hierro forjado que dibujaba una ligera curva hacia la calle. Era como si las formas onduladas de la fachada chirriasen entre todo aquel estrépito de los huelguistas.

Parecía que ese mundo frágil y refinado fuera a resquebrajarse en cualquier momento ante el empuje de la multitud. Golpeaban con furia sus instrumentos improvisados, como si les fuera la vida en ello, como si la intensidad de los golpes pudiera hacer temblar los muros impenetrables del poder.

Muy cerca, una extensión de sombreros cubría la plaza de Sant Jaume. Sombreros de todos los tamaños, de pana o de fieltro, gastados o torcidos por el uso. Sombreros que se tocaban unos a otros y que, vistos desde lo alto, formaban una especie de ola oscura y compacta que se desplazaba como un solo cuerpo. Alguien desde los balcones dijo que era como una procesión laica de cabezas cubiertas avanzando con paso firme.

Aquel ruido rozaba por momentos la furia. Tenía algo de ancestral, hecho de gritos primitivos o de rugidos que parecían ascender desde el centro de la Tierra. Quizá porque quería despertar a golpes a los habitantes de Barcelona, para que se dieran cuenta de una vez por todas de cómo los ricos se aprovechaban de sus privilegios.

Hacía cuarenta días que se vivía a oscuras. Desde que comenzó la huelga en la empresa eléctrica, la ciudad se había quedado sin luz, y con ello, sin tranvías, sin periódicos, sin fábricas en funcionamiento. Las plazas, sin embargo, se llenaban de gente que discutía mientras observaba a los extraños con desconfianza. Por alguna razón, muchos preferían permanecer en la vía pública, donde corrían las noticias, antes que encerrarse en su casa.

Los obreros del ferrocarril también estaban de brazos caídos, sentados sobre las traviesas. Las manos que solían hacer temblar la tierra con cada golpe de maza descansaban ahora sobre las piernas.

Ni un tren, ni una orden.

Solo el silencio de los hombres que sabían que, sin ellos, nada avanzaba.

Los trabajadores habían dejado de cobrar sus míseros sueldos, pero algunos lo pasaban aún peor porque habían sido despedidos, encarcelados o amenazados. La esperanza se desvanecía. Las familias pasaban hambre. Los niños se abrazaban más a menudo a sus madres porque tenían frío. En las parroquias se repartían sopas de caridad y mantas viejas. También se intentaba ofrecer consuelo espiritual, pero la mayoría necesitaba leña, carbón y harina. Los sacerdotes hacían lo que podían. Con el tiempo, algunos reconocieron que sus esfuerzos eran del todo insuficientes, y no pocos acabaron uniéndose a los huelguistas.

El ejército ocupó las calles principales y las cargas eran constantes. Entre la población se extendió el miedo a no volver a casa, una posibilidad real que mantenía a muchos barrios con el corazón encogido. Las colas para conseguir un poco de carbón o una barra de pan se alargaban durante horas. Había hambre, miedo, tensión. Y también rabia. Mucha rabia.

Mercè, embarazada de ocho meses, pese a las súplicas de su madre, seguía acercándose a las Escuelas de la Sagrada Familia para atender a los pocos alumnos que todavía acudían. Llegaban demacrados, envueltos en mantas viejas o bufandas heredadas de los padres o abuelos. Familias enteras sufrían las consecuencias de la huelga; algunas tenían al padre en prisión, otras ya no contaban con ningún ingreso. Las madres llevaban a los niños a clase con la esperanza de que el estudio les entretuviera el hambre.

Aquel 17 de marzo, Mercè Solé no se sentía con fuerzas para salir de casa. Una sopa de tomillo con un huevo escalfado era todo lo que había podido llevarse a la boca. Y allí estaba, de pie en el balcón, apoyada en la barandilla de hierro forjado, el vientre redondeado rozando el pasamanos. Tenía los tobillos hinchados; las tiras de los zapatos le marcaban la piel. Su madre la acompañaba, intentando calmar su desasosiego. Llevaban horas esperando. Los dos hombres de la casa se habían unido a aquella multitud enfervorizada. La inquietud y el orgullo convivían en ellas a partes iguales.

La Via Laietana bullía bajo sus pies. Mientras esperaban, temiendo que los hombres se metieran en algún conflicto irreparable, madre e hija se sobresaltaban con cada noticia confusa que subía de la calle. Los rumores corrían de balcón en balcón y las abuelas los hacían circular en un boca oreja sin fin.

Y entonces alguien lanzó el primer grito. Quizá desde una azotea, aunque su significado aún era incierto. Enseguida se produjo un estallido colectivo que recorrió la Via Laietana como si el propio mar se abriera rugiendo. Hubo aplausos, carreras, abrazos. Y, de pronto, imponiéndose sobre la alegría general, las campanas. Al principio solo sonó una con un repique tímido, pero luego se le unieron muchas más y un concierto improvisado, jubiloso, se adueñó de la escena.

Madre e hija se miraron incrédulas.

Anna cogió el brazo de Mercè, emocionada.

—Ya vienen —dijo señalando nerviosa con la cabeza.

Mercè entrecerró los ojos.

—¿Los ves tú? Yo no acierto a distinguirlos —murmuró con un hilo de voz.

—Sí, hija, ¡vienen en dirección a la montaña! ¡Míralos! —exclamó Anna, inclinándose un poco sobre la barandilla.

Eduard y Guillem avanzaban entre la multitud con paso seguro, mirando orgullosos hacia los balcones. No hacía falta que estuvieran más cerca para reconocerlos: la manera de andar, la forma de mover la cabeza, aquella energía contenida… Eran ellos. No cabía duda.

Guillem reía a carcajadas, como Anna no le había visto hacer en meses, y Eduard asentía y pasaba un brazo por encima de los hombros de su suegro. Con la mano libre saludaba al resto de los compañeros.

Antes de cruzar la puerta, desde el rellano, Eduard ya hablaba con voz clara:

—¡Se ha acabado, Mercè! ¡Nuestros sacrificios han valido la pena! ¡Lo hemos conseguido! Acaba de publicarse el decreto, y nos da la

razón. ¡Hemos ganado la huelga! ¡A partir de ahora, jornada de ocho horas para todos!

Las risas resonaron de un balcón a otro mientras las campanas seguían repicando a fiesta. Parecía que no contaban con el permiso de ningún párroco, pero su sonido se extendía por toda Barcelona.

En el balcón de abajo, alguien hablaba de un empresario fusilado, aunque no se sabía su nombre. Otros decían que un obrero había sido abatido a tiros por un desconocido.

A pesar de la alegría, todos se preguntaban si la violencia de aquellos días no les sería devuelta en forma de un nuevo envite y si el miedo llegaría a convertirse, pese a la victoria, en moneda de curso común. Aun así, aquel día, después de tantos años de derrotas, ganaban por fin una batalla.

Dentro de la casa, todo empezaba a adquirir un nuevo sentido. En la cocina, el vapor del caldo llenó el aire con un aroma hondo, de fiesta humilde. Anna removía la olla con gesto decidido y una sonrisa ancha.

—¡Qué alivio teneros en casa! Y qué descanso que esto haya terminado ya —dijo, aún encendida por la emoción.

Mercè se sentó despacio, acomodando el cuerpo y el vientre. Los cuatro, alrededor de la mesa, brindaron con vino tinto. Ningún vaso era igual, pero se sirvió con una solemnidad esperada.

—Y ahora ¿qué pasará? —murmuró Guillem mientras el vino le calentaba la garganta—. Dicen que la patronal ya prepara un sindicato para contrarrestar el nuestro y que no se quedarán de brazos cruzados.

—Nosotros tampoco —respondió Eduard, sereno—. No podrán matar la esperanza a tiros.

—Tienes razón, toda la razón… ¿Y sabéis una cosa? —dijo el maestro de obras, paseando la mirada hasta fijarla en los ojos de su hija—. Hoy no hemos puesto ninguna piedra nueva en la Sagrada Familia, pero hemos dejado la base bien asentada. Seguro que la jornada de ocho horas ayudará a los que vengan.

Al caer la tarde, a la luz de un quinqué, Mercè tomó la libreta de tapas verdes y escribió una nota:

> La ciudad se ha detenido para volver a caminar. Y yo, que tengo el corazón lleno de miedos, hoy siento algo nuevo en medio del pecho. No es calma ni alegría. Es una pequeña luz. Una chispa.
>
> Quizá sea eso la esperanza.

3

Era una tarde de noviembre. Hacía ese frío seco que obliga a contener los gestos. La luz se retiraba de las vidrieras, apagando poco a poco el día.

Después de dar de cenar a sus hijos, María Eugenia subió con paso decidido por la escalera de piedra con una bandeja en las manos. Conocía de memoria cada peldaño, cada recodo de aquel espacio lleno de murmullos. Se detuvo un instante ante la puerta de las dependencias del maestro, llamó con suavidad y entró sin esperar respuesta. Dejó la bandeja sobre la mesita y se acercó a la cama.

Gaudí, sentado tras el atril, alzó la vista de la libreta en la que escribía. No dijo nada, pero su mirada pasó del rostro de la mujer a la cama y allí se detuvo.

—Ya me pongo. Ahora mismo le levanto los pies y la cabecera. Así, bien en forma de u —dijo mientras repetía la misma operación de siempre—. Usted dirá lo que quiera, pero esto no puede ser bueno de ningún modo.

Gaudí volvió a bajar la mirada al papel, moviendo apenas la comisura de los labios. María Eugenia se apresuró a complacer su voluntad y resopló por el esfuerzo. Entonces el arquitecto añadió con una voz seca que apenas le rozó la garganta:

—La sangre debe circular como el sol, en arco.

La mujer soltó un bufido breve, como quien ya está acostumbrada, y replicó:

—Pues que circule, pero, si se le va a la cabeza y se me desmaya, luego no se queje.

Por toda respuesta, Gaudí miró el plato.

—Es caldo y un yogur. No me diga que no tiene hambre, que ya lo sé… Pero debe comer. No puede vivir de almendras, avellanas y un puñado de piñones. Mire, si quiere, le subo un poco de fruta fresca y se hace una de esas mezclas que tanto le gustan, pero, por favor, tómese el caldo.

Él no respondió. La mujer del portero empezó a recoger unas prendas y, como quien no quiere la cosa, insistió:

—Perdone, ya sé que no es asunto mío, pero en mi casa, si no comíamos, era porque había tan poco que no teníamos la oportunidad. Pero eso de no comer porque no se quiere…, eso, señor Gaudí, no lo entenderé nunca.

El arquitecto la miró brevemente antes de responder.

—Es otra manera de construir.

María Eugenia movió la cabeza de un lado a otro y dio por terminada la conversación. Sabía bien que aquel hombre era de ideas fijas y había oído que los genios tenían esas y otras rarezas.

Al salir de la habitación, se cruzó con Domènec Sugrañes en el rellano. Él la saludó con un gesto rápido mientras se quitaba el sombrero.

—Buenos días, María Eugenia.

Tenía cuarenta años y una presencia contenida. Llevaba la americana clara bien planchada y el cabello peinado hacia atrás con la pulcritud de un buen discípulo. Era arquitecto titulado desde hacía catorce años, pero seguía llamando maestro a Gaudí. La diferencia de edad —veintiséis— no había generado distancia, sino una reverencia silenciosa.

—Perdone, pero no son horas… Solo le faltaba una visita para tener la excusa de no comer —le soltó ella sin esperar respuesta.

Sugrañes se detuvo un instante, incómodo. Se palpó el bolsillo interior del chaleco y sacó un pequeño reloj de cadena. Lo abrió con un clic discreto y lo consultó de reojo. Estuvo a punto de admitir que no le faltaba razón, de excusarse alegando que el asunto que lo llevaba hasta allí era importante. Pero no le dio tiempo, María Eugenia ya había desaparecido escaleras abajo.

Respiró hondo, enderezó la espalda y, con la carpeta bajo el brazo, empujó la puerta con discreción.

Dentro, el maestro escribía, concentrado, ajeno a la escena.

El hombre aclaró la voz antes de hablar.

—Hay noticias de la cantera del Garraf. Dicen que, con la huelga, no garantizan nada en dos semanas.

—Mi cliente no tiene prisa… —asintió Gaudí con un gesto mínimo.

Sugrañes sonrió brevemente, entre la complicidad y el desencanto.

—Sí, pero la nave se ha quedado con los andamios a medio montar. Los hombres murmuran. Y la piedra de Montjuïc ya no llega como antes.

Gaudí dejó la pluma sobre el atril y se giró.

—La piedra de Montjuïc ha sido el cimiento de la edificación, sí. Es una piedra nacida al lado mismo de la ciudad. Pero quizá el templo nos pida otros materiales.

Sugrañes alzó la cabeza, intrigado, antes de decir:

—Hemos empezado a buscar más lejos. En Vilafranca, Castellfollit, Girona, el macizo del Ordal…

—Las conozco todas. La de Vilafranca es cálida —continuó Gaudí en voz baja, como si pronunciara una oración—. Es una piedra clara, obediente. Refleja la luz sin orgullo. Como la gente humilde.

—Se lo he escuchado decir muchas veces: cada material tiene su voz, y todos juntos cantan el mismo himno. El basalto pone la gravedad, ¿verdad?

—¡Exacto! Como si la piedra misma hiciera entrar la luz… o la absorbiera.

—Oscuro como la boca del lobo… —empezó Sugrañes.

—Oscuro, sí —confirmó Gaudí—, pero con una fuerza interior innegable, la fuerza de la tierra quemada. Es una piedra que ha sufrido, y resiste precisamente por eso. Ya la utilicé en la cripta de la Colonia Güell. ¿Recuerdas aquellas columnas inclinadas? Evocaban la

sensación de caminar entre los árboles, como si el bosque entrara en la iglesia.

—Sí, es verdad. Todo el mundo se sorprende cuando lo ve por primera vez.

—Ahora, en la Sagrada Familia, ese basalto nos da más solidez. Su color contrastará con la piedra de Montjuïc y con otras más claras que estamos usando. Nos permitirá jugar con luces y sombras, hacer que los volúmenes respiren.

—Hacer que los volúmenes respiren… —repitió Sugrañes, recordando las palabras que había oído por primera vez en la universidad, cuando Gaudí era su profesor. Luego deslizó el dedo por encima de un croquis desplegado sobre la mesa y añadió—: ¿Y el granito del Ordal?

—Tampoco podemos renunciar a él, de ninguna manera. Nos dio muy buen resultado en el Parque Güell.

—¡Oh, sí! ¡Resiste como pocos!

—¿Lo ve? Todo saldrá bien. Ese granito nos servirá para los cimientos y las escaleras…, para todo lo que deba soportar el paso del tiempo y de la gente. No llama la atención, pero sostiene. Y su color gris claro descansa la vista cuando el entorno lo necesita. No todas las piedras quieren brillar; algunas solo quieren resistir.

Gaudí se recostó antes de retomar la palabra.

—Todas esas piedras, una junto a otra, formarán el templo. No busco uniformidad, sino armonía. El mundo no está hecho de un solo color ni de una sola voz. Así debe ser la Sagrada Familia.

—Una especie de mosaico de hermandad…

—¡Exacto! Como un *trencadís*: fragmentos diversos que, juntos, le dan sentido.

Sugrañes asintió. Se quitó las gafas y las limpió con la manga. Entonces, sin darse cuenta, miró por la ventana hacia las torres en construcción.

—Y mientras tanto, la nave espera…

—Pero el ábside canta, la cripta resuena y las Escuelas se llenan de vida. Mira a Mercè, la mujer del carretero. Aún no tiene el título y ya enseña. ¡Eso también es templo!

Un silencio denso llenó la estancia. El viento hizo crujir una ventana, como si también quisiera opinar.

Fue justo entonces cuando una vocecita se coló por la escalera.

—¿Señor Gaudí?

Era Gregoria, la niña de los Alpiste. Acababa de cumplir diez años. Llevaba el cabello recogido con una cinta mal atada y un cuaderno en las manos. Dio dos pasos dentro de la sala, con los ojos muy abiertos y valientes. Gaudí, delgado y encorvado, con su chaqueta negra gastada y unos pantalones descoloridos, no se movió.

María Eugenia solía decirle que, si esa era su voluntad, no había más remedio que respetarla, pero que no podía entender que, siendo su marido sastre, él se negara a aceptar un traje nuevo y fuera por el mundo vestido como un mendigo. Por mucho que ella remendara la ropa, la cepillara y la aireara al sol, la tela tenía ya ese tono triste e indefinido, color de ala de mosca.

La luz caía de soslayo.

Gaudí hizo un pequeño gesto con los dedos, y la niña se acercó. Con aire satisfecho, le tendió el cuaderno, que él hojeó con calma. Había un árbol con raíces largas, una estrella, una columna…

—Este árbol crece bien —murmuró—. Cuando tengas más, me los traes.

Desde la escalera, la voz de María Eugenia resonó como un grito familiar e inevitable.

—¡Gregoria! ¿Dónde te has metido ahora? ¡No estarás molestando al señor Gaudí!

La niña recogió el cuaderno con un gesto rápido y, antes de que nadie pudiera decir nada, salió corriendo escaleras abajo. La cinta le colgaba del moño y los zapatos golpeaban el suelo con ese sonido desinhibido de la infancia, como si huyera de un pecado o de un sueño demasiado grande para quedarse en él.

Sugrañes sonrió, sin ocultar cierta ternura.

—No es tan difícil ver con claridad, ¿eh?

Gaudí volvió a sentarse. Abrió su propia libreta y escribió algo con trazo pausado. Luego dijo:

—Los niños son ventanas. El problema es que los adultos corremos las cortinas.

2026

He llevado a mi hija a una fiesta de cumpleaños. Ha sido en una casa grande cercana, decorada con globos medio desinflados y una tarta que parecía de plástico. Había una animadora disfrazada de hada y un altavoz que chirriaba. Los niños corrían de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer sin el móvil. Yo me he quedado sentada en una silla plegable, junto a otra madre que no conocía. Hemos intercambiado tres frases y media sobre las extraescolares, como si fuera el único idioma en el que podíamos comunicarnos.

Mi hija se ha acercado a un niño que construía una estructura con piezas de madera. Él no la ha visto llegar. Ella ha dudado un poco, pero al final se ha sentado frente a él, en silencio. Al cabo de un momento, el niño le ha pasado una pieza. Y ella, sin decir nada, la ha encajado con precisión. Luego otra. Y otra. No han hablado, pero formaban un equipo.

Ayer, preparando una visita, releí una nota sobre la fachada de la Gloria. Me llamó la atención saber que algunas figuras infantiles se hicieron a partir de modelos vivos: hijos de escultores, niños del barrio. La inocencia capturada en piedra. Suena hermoso, pero tiene algo de inquietante. El templo parece retener para siempre aquellas infancias.

Cuando he vuelto a mirar a mi hija, me ha sorprendido su manera de colocar las piezas. No imitaba. No jugaba, hacía memoria con las manos. Me vino a la mente un relieve del templo en el que dos

generaciones trabajan codo con codo. Quizá sea eso la transmisión, un lenguaje antiguo entre dedos que se tocan.

Mi padre habría sacado la cámara para atrapar ese instante: dos niños que no se conocen, pero que se reconocen. Siempre decía que el gesto más simple es el que mejor cuenta una historia.

Pasadas las siete de la tarde, un niño se ha puesto a llorar y al hada se le ha caído la varita. Mi hija ha vuelto hacia mí y, antes de sentarse, ha dejado una pieza de madera junto al niño. Como una despedida.

Entonces sí, he pronunciado su nombre, como si el gesto me obligara a decirlo:

—Ona.

Quizá por eso, en las visitas guiadas, no me gusta repetir información, sino rescatar los detalles pequeños: una mano que acaricia la piedra, unos ojos que miran.

No siempre hacen falta palabras.

VI

Huellas en la fachada

Barcelona, 1925

1

A través de la ventana del piso de la Via Laietana, donde vivía la familia Solé-Vilanova, se oían los tranvías y el murmullo constante de la ciudad. El piso era pequeño y olía a ropa tendida. Había dos habitaciones: una la ocupaban los abuelos; la otra, Mercè, Eduard y la pequeña Maria. La niña dormía en un catre arrimado a la pared.

Aquella mañana de invierno, desafiando la humedad, habían salido muy temprano. Eduard no podía acompañarlas y fueron a pie hasta la parada del tranvía. La niña, medio dormida, arrastraba un zapato mal atado. Subieron al tranvía que pasaba por el paseo de Gràcia; el ruido metálico y el traqueteo rítmico les eran ya familiares. En el Eixample, hicieron transbordo para tomar otra línea que las dejara junto al templo.

Durante el trayecto, la niña miró por la ventana de manera rutinaria y preguntó un par de veces cuánto faltaba para llegar.

Mercè le respondió con paciencia. Aquel ritual formaba parte del juego de cada día.

Cuando ya estaban dentro del recinto de la Sagrada Familia, se dirigieron al patio de las Escuelas. El cielo se oscureció y la lluvia hizo acto de presencia. En un abrir y cerrar de ojos, se formaron pequeños charcos entre las losas que Maria observaba embelesada. Amagó con levantar un pie para chapotear, pero su madre la detuvo con la mirada y la niña se quedó quieta, pese a la tentación.

En un rincón del patio se alzaba un algarrobo solitario, el único que los obreros habían perdonado durante la tala. Los críos lo usaban de refugio y para jugar al escondite inglés. Ahora las hojas brillaban y las gotas resbalaban por las ramitas. La niña caminaba con paso decidido, pero la pierna derecha le hacía un movimiento extraño, como si siempre llegara tarde. Era coja, sí, pero avanzaba.

Mercè dio clase como cada día y su hija se quedó con los más pequeños. Recortaba figuras de papel y las amontonaba con cuidado en una caja de zapatos forrada. La mañana transcurrió lenta, entre pizarras llenas de consonantes y el rumor de los maestros repitiendo indicaciones en voz alta. A la hora de salir, Mercè se puso el pañuelo y tomó de la mano a la niña.

—Vamos a un lugar tranquilo —dijo.

Bajaron a la cripta. Las columnas bajas y las bóvedas húmedas devolvían el eco de los pasos. Solo había una mujer mayor, sentada en el extremo del banco central. Un par de velas temblaban cerca del altar. Maria se pegó a la falda de su madre.

—¿Es aquí donde vive el señor de las piedras?

Mercè asintió con la cabeza, pero la niña insistió.

—Y todavía necesita muchas más para terminar la iglesia, ¿verdad?

—Sí, hija, sí.

—Pero papá dice que…

—¡Chist! Aquí no. Ya hablaremos al llegar a casa.

Maria enmudeció, aunque en los ojos aún le bailaba la réplica. Se sentaron juntas en la tercera fila. A través de las vidrieras, la luz de la tarde teñía los sillares de un amarillo profundo.

La niña estiró las piernas e intentó tocar el suelo. Cuando el zapato izquierdo rozó el pavimento, sonrió. Se volvió hacia su madre para compartir aquella pequeña victoria, pero se detuvo en seco. Mercè la miraba sin verla; tenía los ojos empañados y la mandíbula tensa.

La niña le tiró del brazo.

—¿Por qué lloras, mamá?

—No es nada, reina. Un poco de polvo… —respondió encogiéndose de hombros, sin mirarla.

Se quedaron en silencio. Maria se acurrucó más y le dio un breve abrazo. Ella le acarició el cabello. Luego alzó la mirada hacia el altar. No rezó; no sabía. Pero, por dentro, habló con una voz que la roía desde hacía días: «Mírala. Mírala bien. Te traigo a mi hija, mi tesoro más valioso, y te hablo sin orgullo. Es verdad que pequé de soberbia. Te planté cara cuando, sin escuchar mis súplicas, dejaste morir a mi hermano. No lo acepté. Te desafié, sí. Y ahora… lo comprendo. Me merezco el castigo. Pero ¿ella? ¿Qué ha hecho ella? Nada. Ella está libre de culpa. Vengo arrepentida. Te pido, si te queda un poco de misericordia, que la protejas. Que no la abandones. Yo sola… quizá no pueda».

Cerró los ojos. Una nueva lágrima le rodó por la mejilla. Y solo entonces la mano pequeña de Maria le apretó los dedos.

Cuando llegaron a casa, la niña extendió las piedrecitas sobre un tablero de madera, ordenadas por tamaño. Justo entonces su padre dejaba la gorra sobre un banco, se quitaba la chaqueta polvorienta y se dejaba caer en una silla. Maria corrió hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Me has traído piedras nuevas, papá?

—¡Claro! Un buen puñado. ¡Y de todos los colores!

Ella se le acercó como un gatito y empezó a hurgarle los bolsillos.

—¡Son preciosas! ¿Me las puedo llevar a la escuela?

—Claro que sí —dijo, guiñándole un ojo.

Mercè los observaba apoyada en la puerta. Llevaba el delantal gris y la trenza mal recogida. Se mordía el labio mientras seguía los gestos concentrados de su hija con una mezcla de ternura y angustia que le oprimía el estómago.

—Cada día cojea más —dijo casi para sí.

Luego, respondiendo al reclamo de la niña, se acercó a hacerles compañía.

La abuela Anna había observado la escena en silencio desde el rincón donde solía coser. Recogió su manta marrón y el cestillo repleto de botones y abalorios, y se sumó al pequeño grupo.

—¿Se puede saber qué tramáis? —preguntó con gesto divertido.

—Maria dice que le falta rojo —respondió Mercè.

—Estoy de acuerdo. ¡Esta niña tiene buena intuición!

Se sentó con ellas, sin prisa. Observó a su nieta atentamente y luego se volvió hacia su hija.

—No te dejes vencer por el desánimo, Mercè. Sé perfectamente cómo acaban esas melancolías largas.

—No es melancolía, madre. Es la niña… ¿No lo ves? Maria no podrá llevar una vida normal.

—¿Y qué demonios es una vida normal? —replicó, seca—. ¿Quién decide eso?

Eduard, que había ido a por una taza de café, terció:

—¿Otra vez con la misma cantinela? Esta criatura es lista. Por favor, Mercè, no la mires como si fuera una inútil.

Mercè no respondió. Fue Anna quien tomó de nuevo la palabra, quizá para cambiar de tema, tal vez para levantar la liebre.

—¿Os acordáis de Gaudí?

Asintieron, sin entender muy bien a qué venía aquella pregunta.

—Pues ayer hablé con la vecina, Pepeta, la que tiene el puesto en el mercado de la Boqueria. Dice que, cada día, antes de que la campana de Sant Felip Neri toque para la misa de las seis, él ya está en la puerta. Espera a que abran la iglesia, con el sombrero entre las manos.

—¿Adónde quieres ir a parar, madre?

—¿Es que no te das cuenta? Ese hombre camina cuarenta minutos de ida y otros tantos de vuelta. ¿No os parece una locura? Pepeta dice que cada vez está más en los huesos, que tiene la mirada perdida, que se arrastra…

—Y es cierto, pero no escucha a nadie. Dicen que solo come un trozo de pan con cuatro sorbos de agua —comentó Eduard.

—Me da miedo que termine como entonces, después de la Semana Trágica. En aquella época muchos temimos por su vida. Se recluyó en el templo, dejó de comer, no hablaba con nadie. Vivía

dentro, en una estancia pequeña, casi sin luz. No había manera de hacerlo salir. Algunos decían que era una especie de penitencia.

—Quizá estaba enfermo de tristeza —dijo Mercè.

—O era un grito silencioso contra todo —murmuró su marido.

—¿Contra qué?

—¡Y yo qué sé! Contra la sociedad, contra sí mismo. O quizá una manera severa de vivir su espiritualidad. Lo cierto es que mosén Gil Parés no se separó de él ni de día ni de noche. Yo pensaba que no lo superaría, la verdad —añadió Eduard.

—Ahora parece un fantasma —susurró Mercè.

—No te equivoques. Podrá parecer un fantasma, pero no está muerto. Está bien vivo por dentro. Más lúcido que nunca. Eso dicen quienes trabajan a su lado.

Maria, que escuchaba sin decir nada, terció:

—¿Y dónde está ese fantasma?

Los tres rieron y la abuela le pellizcó la mejilla. La niña la miró risueña y, de inmediato, volvió a centrarse en su dibujo imposible.

2

Al entrar en el taller, donde se hacían los trabajos finos con las piezas menores, se veía un asno suspendido de un arnés de cuero que le ceñía el vientre y las ancas. Las patas, relajadas pero vivas, rozaban apenas el suelo cubierto de arpilleras. El animal parecía haber renunciado a revolverse. Se mecía lentamente, con un

movimiento rítmico y minúsculo, bajo la luz tamizada que entraba por las ventanas altas.

A su alrededor, todo estaba dispuesto como para una ceremonia. Encima de una mesa de madera había cubos con yeso, vendas escurridas sobre un paño, una espátula, un cuchillo de modelar, brochas gruesas y unas tijeras viejas de metal. A un lado y en silencio, el joven Joan Matamala empapaba las vendas en yeso, mientras que su padre, Llorenç, las aplicaba sobre el costado del animal con un gesto seguro y pausado.

El asno empezaba a cerrar los ojos. No dormía del todo, pero se dejaba hacer y respiraba despacio, sin conciencia de que se estaba convirtiendo en una criatura antigua, una imagen bíblica que atraería muchas miradas.

—¿Por qué lo cuelgan así? —preguntó Maria Orteu Solé.

Se había colado en el taller, movida por la curiosidad, mientras su madre terminaba el trabajo en las Escuelas.

—Para que no se mueva —respondió Andrés, el hijo de los porteros, ya asiduo en aquellos procesos de transformación—. Y para que el escultor pueda preparar el molde. Yo, de mayor, también lo haré.

Joan se volvió y les sonrió.

—Seguro que sí, Andrés. Fijaos bien: primero rematamos una mitad, luego trabajamos la otra. Y, antes de que el yeso se endurezca demasiado, lo separamos de la piel.

—Pobre… —se le escapó a Maria, que no apartaba la vista del animal—. ¿Y no se le queda pegado?

—Le ponemos aceite de oliva. No le hace daño, de verdad. No os preocupéis. Luego sale de una pieza, como una cáscara —se

apresuró a decir Joan.

Maria se relajó un poco y lo observó todo, atenta, como si estuviera dentro de un cuento. No quería perderse ningún detalle del movimiento de las manos de los escultores ni del vaho suave que salía del burrito.

—¿Y por qué no os imagináis un asno? —insistió—. Yo misma he dibujado muchos y no me salen tan mal.

Joan se agachó a su lado, divertido.

—Porque mi padre dice que la realidad guarda más secretos de los que pensamos. Cada pliegue, cada vena, incluso cada arruga cuenta una historia que nosotros no sabríamos inventar.

Aun sin entenderla del todo, Maria dio por buena la explicación; la curiosidad, sin embargo, no se le apagó.

—¿Y es verdad que este asno será el de la escena de la huida a Egipto?

—¡Caramba! ¿Y cómo lo sabes tú?

La niña no respondió de inmediato, pero no pudo evitar sonrojarse. Luego se mordió el labio inferior, como siempre hacía cuando la pillaban en alguna travesura, y, casi en un susurro, dijo:

—Se lo oí… a mi padre. Pero no se lo dije a nadie.

—¡Pues tu padre iba bien encaminado! —exclamó Joan, risueño—. Y no es el primer animal que enyesamos. De hecho, cuando llegue el momento, tengo pensado pedirte que me acompañes. Así podremos hacer juntos un encargo imprescindible para la obra.

—¿Un encargo? ¿Y quiere hacerlo conmigo? —Maria abrió mucho los ojos, incrédula. Quería asegurarse de haberlo oído bien. No recordaba haberse sentido tan importante en ningún momento de su corta vida.

Luego, con un leve tartamudeo, insistió:

—¿Me lo dice de verdad?

—De verdad de la buena. Hemos pensado esculpir un camaleón en el pórtico. Lo pondremos justo debajo de…

La llegada de Gaudí dejó la conversación a medias. Con el sombrero en la mano, marcaba el paso más lento de lo habitual. Hacía semanas que apenas hablaba, pero en compañía del escultor parecía reanimarse. Además, no necesitaba una gran oratoria para hacerse entender. Uno y otro se miraron satisfechos. El arquitecto le puso brevemente la mano en el hombro, sin interrumpirlo, y se quedó observando el proceso. Cuando padre e hijo dieron por terminada la tarea, el maestro comentó en voz baja:

—El perfil está bien conseguido. Tiene la humildad de una criatura que sabe hacia dónde debe caminar.

Luego se acercó y repasó la grupa con los dedos, como quien comprueba el ángulo de un pilar. La mirada, entrenada por décadas de cálculo, afinó la observación.

—La proporción entre las patas y el tronco está bien resuelta. El centro de gravedad es sólido, no hay tensiones innecesarias. Amigo Llorenç, se nota que has pensado en el movimiento real del animal.

Gaudí y Matamala se habían conocido de jóvenes, hacia 1875. Entonces el escultor acababa de abrir un taller en la calle Cendra, junto al de Eudald Puntí, uno de los herreros de confianza del arquitecto. El recorrido posterior los había acercado. Uno aportaba la visión; el otro, las manos.

Llorenç, además, era un hombre humilde, sencillo y fiel. Y cuando modelaba se transformaba por completo. Se le endurecían las

facciones, pero en los ojos le nacía una luz extraña, como si en ese instante fuera él quien diera aliento a la materia.

Poco tiempo después, Gaudí lo invitó a formar parte de su proyecto, nombrándolo jefe de modelistas y escultores. Pasaron muchas horas juntos en la pequeña cocina del taller, compartiendo pan, vino y silencio. No hacían falta discursos, bastaba el tacto de la piedra.

Desde un rincón, Maria miraba sin parpadear. Sentía, con fuerza, que estaba siendo testigo de algo importante, como un juego secreto entre los mayores.

Sin duda, aquella manera de proceder iba más allá de un oficio; era una manera de vivir, de estar en el mundo.

Escondida en la esquina, Gregoria, la hija mayor de los porteros, fruncía la nariz.

—Sí, sí…, todo el mérito para el señor Gaudí y para los artistas, pero somos nosotros los que nos manchamos las manos. Me resulta humillante tanta sumisión —murmuró entre dientes.

Su hermano Andrés la miró de reojo sin abrir la boca. Le habría gustado explicarle que él también quería ser escultor, pero se mordió la lengua.

Lo que no podía sospechar era que, en breve, alguien le encargaría el papel más insólito de su vida: posar como Jesús de niño, cuando era aprendiz de carpintero. Y ese gesto, en apariencia sencillo, lo ataría para siempre al templo como una pequeña huella grabada en la fachada de la Gloria.

Allí comenzaría un magisterio callado y constante que, con los años, llevaría a Andrés a firmar sus propias obras. Primero dentro del templo, luego fuera, pero siempre fiel a aquel recuerdo inicial: un

asno colgado, un molde húmedo y una niña de ojos limpios que preguntaba sin miedo.

3

Aquella mañana de Corpus, la ciudad vibraba con una solemnidad alegre. En casa de los Orteu-Solé, las mujeres habían empezado muy temprano a engalanar el carro de Eduard. Flores silvestres, colgaduras de damasco y cintas blancas pendían de los laterales y del testero. El carro, habitualmente cargado con bloques de piedra, ese día lucía de veras. Eduard no estaba, había salido de madrugada a buscar unas piezas metálicas para la nave central del templo. De modo que Guillem, con los brazos aún fuertes y la mirada viva, decidió llevar el carro él mismo, como antaño.

Maria no podía estarse quieta. Tiraba de la falda de Mercè, se ponía de pie en el asiento, se agachaba y señalaba.

—¡Mira, mamá! ¡Las mujeres cuelgan claveles de los balcones!

El carro traqueteó despacio sobre los adoquines. El ruido seco de las ruedas marcaba una percusión improvisada al ritmo de los cánticos que sonaban más allá.

—Abuelo, ¡es Manuel! ¿Lo ves? ¿Puede venir con nosotros?

Guillem sonrió y le hizo una seña al niño. Este saltó de la acera con los ojos brillantes.

—¡Adelante, rumbo al templo, Manuel! Pero, cuidado, no asustes al animal. Creo que prefiere transportar bloques de piedra. Arman

menos jaleo.

Maria reía mientras el carro avanzaba por las calles engalanadas. Guitarras y bandurrias llenaban el aire. Olía a fiesta y a pan recién hecho. La ciudad parecía respirar una calma alegre, pero Mercè, con la mirada fija en el horizonte, no estaba del todo tranquila.

—¿Papá nos espera en el templo? —preguntó Maria como quien dispara una flecha sin malicia.

Mercè no respondió enseguida. Miró a Anna, que tenía la vista baja. El abuelo hizo una leve mueca y aferró las riendas con más firmeza.

Así llegaron a la Sagrada Familia, dejando atrás el bullicio. El carro se detuvo junto a la fachada y todos sintieron que volvían a casa.

—Mamá, hoy el templo huele a cera —dijo Maria, arrugando la nariz.

Anna se ajustó la mantilla y ayudó a los niños a santiguarse con el agua bendita de la pila. Mercè tomó con fuerza la mano de la pequeña, que la seguía con pasos desiguales para no quedarse atrás. De vez en cuando daba unos saltitos, pero tanto ella como Manuel exhibían todo el tiempo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Recuerdas lo que te he contado, verdad? —dijo el abuelo, agachándose hasta ponerse a su altura—. Estate atenta a la luz. Hoy quizá te haga un regalo. Pero si no te fijas bien…

—Se me escapará —completó la niña, muy seria.

—Exacto, se te escapará, y sería una lástima.

La pequeña asintió y tragó saliva, consciente de estar viviendo un momento único.

Dentro del templo había más gente de lo habitual. Se había anunciado una pequeña vigilia eucarística antes de la ceremonia,

con velas encendidas y exposición del Santísimo. La custodia lucía en el centro del altar y el silencio reverente mantenía la atmósfera contenida.

Pero no todos los fieles habían acudido por el oficio. Muchos querían ser testigos directos de aquello que habían oído llamar «el prodigio de la luz». El templo, con su interior esculpido y sus formas orgánicas aún en construcción, parecía respirar.

Olía a incienso. La luz dibujaba formas. Nadie se atrevía a alzar la voz.

Domènec Sugrañes, vestido con una chaqueta clara y bien planchada, se había detenido cerca de la sacristía. Llevaba una libreta de notas y observaba con atención la incidencia de la luz sobre el pavimento.

—Es exactamente como él lo había previsto… —murmuró.

Gaudí había llegado sin hacer ruido. Llevaba el mismo abrigo oscuro y polvoriento de siempre —aunque el sol ya calentaba con fuerza—, el sombrero un poco torcido y un aire ausente. Pero los ojos le brillaban con una intensidad nueva.

Anna lo vio entrar y dio un paso atrás. Guillem se descubrió la cabeza de forma instintiva. Maria, en cambio, mantuvo la mirada clavada en el mosaico del suelo, donde un charco de luz se había dibujado con precisión.

—Aquí le traía el desayuno a tu abuelo casi todos los días —dijo Anna con una sonrisa tierna.

—Y os disteis el primer beso, me lo has contado mil veces —añadió Mercè.

—Sí. Fue aquí, un día de frío. Yo llevaba el delantal manchado, él me miró y…

—El abuelo me ha dicho que hoy esté atenta a la luz —interrumpió Maria, como quien repite una consigna importante—. Que, si te fijas, hace cosas que solo pasan una vez.

Mientras tanto, cerca de la entrada, dos vecinas del barrio cuchicheaban.

—Dicen que Gregoria, la hija de los Alpiste, los porteros, se casa hoy aquí, en el templo.

—A mí también me ha llegado la noticia. Pero irá vestida de negro. Parece ser que Gaudí ha sido muy claro en eso: nada de lujos ni novedades. A esta muchachita alguien tenía que bajarle los humos… ¡Con lo buena que es su madre!

—Al parecer, el padre no ha dicho ni palabra. Siendo sastre, me imagino que le habría gustado hacerle un vestido más lucido, pero nunca se le ha llevado la contraria al arquitecto. La hija debe de echar chispas, quería una fiesta por todo lo alto.

La pequeña Maria se quedó inmóvil. Se sentó junto a un pilar y empezó a tararear una melodía en voz baja; era invención suya, pero tenía algo de ritual.

La luz atravesó una vidriera e iluminó con precisión absoluta el suelo junto a la sacristía. Sugrañes contuvo el aliento.

—Es ahora —dijo con voz grave—, justo como lo imaginó. El templo era capaz de señalar, con su geometría sagrada, lo esencial.

Gaudí alzó la mano pidiendo silencio.

—Hoy, el templo ha hablado —dijo. Se acercó a la niña y le apoyó la mano en la cabeza. Esbozó una sonrisa mínima y se perdió en dirección a la sacristía, seguido por mosén Gil Parés.

Maria miró hacia arriba.

—¿Lo has visto, abuelo? ¡Ha pasado tal como decías!

La contemplación duró poco. De pronto, un joven entró corriendo por la nave central.

—¡Ha descarrilado un tren de la línea del sur justo antes del túnel, después de la estación de Peu del Funicular, en una curva muy cerrada! —gritó—. ¡Hay muchos heridos!

Anna se giró bruscamente. Mercè se llevó la mano a los labios.

—Eduard… iba hacia allí esta mañana…

Al salir del templo, Mercè no pudo evitar levantar la vista al cielo. El día había cambiado. Un aire espeso, cargado, los envolvía mientras cruzaban la plaza. La noticia del descarrilamiento corría de boca en boca. Dos monjas salían de una portería cercana hablando a toda prisa.

Maria contemplaba en silencio la fachada del templo, donde colgaban algunas redes, con las torres afiladas como agujas contra el cielo. Se veían herramientas abandonadas por la festividad, y también la grandeza de un edificio que seguía tomando cuerpo.

Unos días después, Eduard, con el brazo en cabestrillo y un moratón aún vivo en la frente, descansaba en el comedor de casa. Todos decían que había tenido suerte.

En el accidente hubo muertos y muchos heridos graves, pero él salió por su propio pie.

—No me quito de la cabeza la imagen de aquel zapatito de criatura bajo los hierros. Y la de una madre gritando el nombre de su hijo. Fuera de sí. Ojos rojos, sin parpadeo. Repetía aquel nombre una y otra vez, como si pudiera traerlo de vuelta; como si, al gritarlo con suficiente fuerza, se deshiciera el último segundo, se borraran el ruido, el golpe, el polvo.

—Ya pasó, no le des más vueltas, Eduard —pidió Mercè mientras intentaba cambiarle el hielo de la frente.

—¿No te das cuenta, mujer? Lo que hoy aquí es celebración, en muchas casas es luto.

—Lo sé, cariño, pero no podemos hacer nada. Solo dar las gracias. Intenta descansar un rato.

—¿Descansar, dices? Cierro los ojos y las sirenas me taladran. Llegaron todas a la vez, un quejido mecánico que cortaba el aire sucio de la calle y se mezclaba con los gritos. Carreras. Manos retirando escombros. Voces que chillaban «¡aquí!» y otras que enmudecían sin aliento. Y en medio de todo, el zapatito con la hebilla abierta y el cuero arañado.

—Piensa en el anciano al que no dejaste solo. Quién sabe si le salvaste la vida.

—El pobre hombre temblaba como una hoja. Me apretaba la muñeca…

Anna cosía a su lado. Al ver que a su yerno se le empañaban de nuevo los ojos, cambió de tema.

—Guillem, ¿por qué no le cuentas a Maria lo de las alfombras de flores que viste en Reus?

—¡Por supuesto! En Reus, el Corpus también era una gran fiesta —empezó Guillem, sentándose junto a la pequeña—. Recuerdo que una vez fui a ver unos andamios ligeros… Y me topé con una calle entera llena de mujeres y críos que deshojaban claveles, rosas, margaritas y lavanda, teñían aserrín y clasificaban piedrecillas. Creo recordar que lo llamaban el Raval de Sant Pere.

—¿De verdad? ¿Y eran grandes esas alfombras? —preguntó Maria, embelesada.

—¡Enormes! Calles enteras. Primero dibujaban en el suelo: flores, cruces, estrellas, círculos, cenefas y una gran letra eme para la Virgen, que presidiría la procesión. Todo en colores vivos. Y olía… — Guillem cerró los ojos sin encontrar las palabras, pero las comisuras se le estiraron de satisfacción.

Después, como en un cuento, siguió relatando cómo, desde las ventanas abiertas, asomaban cortinas blancas que ondeaban. Al primer tañido de las campanas, una lluvia de pétalos se desplomaba desde los balcones y los golpes de las botas de gala marcaban el compás sobre el empedrado.

Abuelo y nieta se fueron perdiendo en una conversación que, durante un rato, ahuyentó las penas.

Esa misma noche, cuando todos dormían, Mercè salió despacio de la habitación y abrió el cajón del aparador. Envolvió en un pañuelo una pequeña flor seca de retama, la misma que había encontrado sobre un bloque de piedra cuando, años atrás, corrió hacia el templo buscando a su padre. Entonces su hermano estaba enfermo, y ella, desesperada. Aquella flor le dio calma y, de algún modo, esperanza.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, entró en la Sagrada Familia. El templo estaba vacío. El aire era frío. Caminó hasta el pie del altar y, en silencio, dejó la flor sobre la piedra. Se arrodilló. Susurró un gracias y pidió perdón. No sabía a quién ni exactamente por qué, pero sintió que debía hacerlo.

Fuera, la ciudad despertaba. Con murmullos. Con prisa. Como si nada hubiera pasado. Pero ella sí lo sabía: algo había cambiado.

2026

Hoy no trabajo de guía. Es mi día libre, pero he entrado igualmente en el templo. Como quien vuelve a casa sin saber qué busca.

He saludado a Lidia, que llevaba un grupo de franceses. Solo un gesto breve, como diciéndole que hoy no vengo a hablar. Ella lo ha entendido; nos conocemos desde hace tiempo.

Bajo las escaleras que conducen al museo. Pienso que hay descensos que no van hacia abajo, sino hacia dentro. Me detengo ante la maqueta invertida: las catenarias suspendidas, los sacos, el espejo que devuelve lo que no se ve desde fuera. Una arquitectura que solo se revela cuando la miras al revés.

Pienso en la pieza escénica. Todo me lleva hasta ella: una luz que cae, una frase leída al pasar, un sonido que no sé de dónde viene. No es una idea, es una insistencia. Como si el templo —no yo— quisiera empezar algo a través de mí.

La otra noche soñé que caminaba sola por el deambulatorio. Las columnas eran de agua, y una criatura —no sé si mía o desconocida — tocaba un órgano invisible. Yo no decía nada, solo dejaba escapar fragmentos de luz entre los dedos.

Al despertar entendí que el inicio debía ser presencia, no palabra. Empezar con una evidencia muda, reconocible.

Me quedo mirando el reflejo de la bóveda en el espejo y apoyo la mano en la barandilla buscando un punto firme. Es curioso cómo la fragilidad aparente es la que sostiene el peso.

Cierro los ojos un instante para que la imagen eche raíces. Tal vez esto sea el principio de algo que aún no sé decir.

Tomo la libreta, pero no la abro. El peso de la tapa me frena los dedos. Sigo sin escribir. Apoyo la mano y espero; antes de poder decirse, la luz necesita quedarse en suspenso.

Una campana resuena en algún punto del templo.

Doy un paso adelante y el tiempo, como la piedra, empieza a respirar.

VII

Todo el peso del sueño

Barcelona, 1926

1

La luz moría tras los andamios de piedra y teñía de rojo las vidrieras a medio construir. En el viejo taller contiguo a la nave central, donde olía a cal, a polvo y a cera, todo estaba dispuesto para un encuentro insólito. El maestro, cada vez menos visible, había hecho llegar una nota breve pero directa: «Esta tarde tenemos reunión en el taller. Hay algo que quiero mostraros».

Gaudí había convocado a tres hombres. No era habitual.

Llegaron uno a uno, muy expectantes, como si la cita viniera dictada por un destino al que no podían negarse.

Domènec Sugrañes entró el primero. Era quien más trato tenía con el arquitecto. Lo conocía bien, le era fiel, casi lo reverenciaba. Había aprendido a leerle las pausas y los gestos. Aun así, aquella tarde le temblaban un poco las manos. El maestro no lo convocaba a menudo con tanta solemnidad.

Llevaba el bigote bien recortado, lucía un porte de orgullo discreto y una elegancia antigua. Reusense como Gaudí, no solo compartían origen, sino también una misma mirada sobre la naturaleza, entendida como lenguaje sagrado.

Guillem Solé llegó con la camisa recién planchada y la frente perlada de sudor. Se había afeitado con más esmero del habitual. Aún no se explicaba por qué el maestro lo había escogido. Él y su padre habían picado piedra en el templo desde los inicios de la obra, pero nunca se había sentido tan cerca del corazón del proyecto.

De pie e incómodo, sus ojos iban de un lado a otro, intentando anticipar lo que ocurriría. Estaba allí como representante de una memoria obrera, de un saber transmitido de padres a hijos que el propio Gaudí siempre había apreciado.

El joven Joan Matamala fue el último en llegar. Con un traje oscuro, bien cortado, casi nuevo, y un cuaderno de notas bajo el brazo, le brillaban los ojos de emoción contenida. No sabía si lo llamaban como escultor, aprendiz o simple testigo, pero tenía la sensación de estar a punto de entrar en la historia.

Gaudí veía en él el futuro e intuía que aquella obra, para sobrevivir, necesitaba corazones jóvenes que supieran hacerla crecer.

Ninguno de los tres sabía quién más asistiría a la reunión. Se saludaron con respeto, pero también con cierta reserva.

El suelo crujía bajo las botas. El olor a cola caliente y madera vieja lo impregnaba todo. Sobre la mesa, las herramientas estaban cubiertas por un polvillo fino de yeso. Se oía el goteo lento de un grifo mal cerrado y, de vez en cuando, el leve silbido de la llama de gas.

Gaudí apareció sin hacer ruido. Se detuvo ante la maqueta cubierta y los miró uno a uno. Los ojos le brillaban con intensidad oscura, como venida de un lugar más allá de la vigilia. Sus manos, largas y huesudas, se movían con una lentitud meticulosa. Había en ellas una belleza inquietante, un rastro de todas las piedras que habían tocado.

—No os mováis. No es una maqueta cualquiera —advirtió mientras retiraba la sábana con una lentitud ceremonial.

La tela cayó despacio, abriéndose paso como el telón de un teatro de sombras. Ante los reunidos apareció una estructura imposible. De un bastidor de madera pendía un bosque de hilos y saquitos llenos de perdigones que dibujaban curvas armoniosas, trazadas por la fuerza invisible de la gravedad. Debajo, un espejo grande reflejaba aquel mundo al revés. Lo que pendía se volvía columna; lo que parecía un caos de hilos tomaba forma de templo.

Los tres hombres se acercaron lentamente. Sugrañes contuvo la respiración y sintió una punzada en el pecho. Guillem bajó la mirada, abrumado por una belleza que lo desbordaba. Matamala, con la mano sobre el cuaderno, notó un hormigueo en los dedos: una llamada muda a la creación.

—La naturaleza nunca hace esfuerzos inútiles —dijo Gaudí—. Todo lo que existe busca el equilibrio. Aquí lo tenéis: peso, tensión, gravedad… Esta es mi geometría. Este modelo es la estructura que sustentará la Sagrada Familia. Pero no solo eso; es también una idea, una manera de interpretar la realidad.

Matamala dio un paso al frente. El espejo le revelaba lo que el ojo desnudo no alcanzaba a entender de entrada. Abrió el cuaderno, tembloroso.

—Maestro…, esto…, todo esto… ¡no se ha visto nunca!

Gaudí hizo un gesto con la mano, cortando suavemente el aire.

—Lo ha visto la naturaleza. Y nosotros solo estamos invitados.

Señaló una de las curvas.

—Cada peso colgante sigue una línea catenaria. Es la forma más estable que existe. Al invertir esta geometría, obtenemos la curvatura justa para sostener una bóveda, una torre, una nave entera. El templo ya ha sido construido en esencia. Yo solo sigo sus leyes.

Guillem tragó saliva, emocionado. Apenas comprendía el sistema, pero sentía que asistía a una revelación.

—Y esto… ¿cómo lo trasladaremos a la obra? —preguntó con las manos en las caderas y el ceño levemente fruncido.

—Con paciencia, piedra a piedra —dijo Gaudí—. Haremos fotografías del reflejo. A partir de ahí, proyectaremos cada ángulo, cada curva, y tú lo traducirás con la precisión que siempre te ha distinguido. Tú y tu equipo, Guillem Solé.

—Pero…

—Ten confianza. Lo que aquí cuelga, una vez invertido, será la clave del equilibrio. La gravedad hace el trabajo que nosotros jamás podríamos realizar con tantos cálculos.

El maestro de obras asintió, conmovido por el honor. Volvió a mirar las manos de Gaudí. Estaban más finas, casi transparentes, como si empezaran a desvanecerse.

Sugrañes se acercó al espejo con respeto. Se frotó las gafas con el pañuelo y murmuró:

—¿Cada nudo, cada hilo… responde a un peso? ¿O es solo…?

—Aquí nada es decorativo —respondió Gaudí con voz suave pero firme—. Es la naturaleza la que habla. Yo solo traduzco.

Joan Matamala no decía nada. Observaba fascinado, como si tuviera ante sí una criatura viva. Se arrodilló junto al espejo y alargó la mano, a punto de tocarlo; se detuvo a un palmo.

—Parece que cuelgue del cielo —murmuró.

Gaudí lo miró de reojo. Aquel joven tenía algo que no se podía enseñar: intuición.

—No te hagas nunca del todo mayor, Joan.

Fuera, cantó un grillo, persistente y solitario. Nadie se movió. Joan mantenía la mirada fija en el espejo; su expresión oscilaba entre el misterio y la revelación.

Gaudí hizo una pausa y volvió a hablar, ahora en voz más baja:

—Y la acústica… No hay espacio sagrado sin voz. He pensado cada superficie para que amplifique la palabra, para que la luz y el sonido sean una sola cosa. Las vidrieras, las bóvedas, las escaleras de caracol, todo debe estar vivo y resonar en armonía.

Sugrañes cerró los ojos. Conocía al maestro lo bastante como para saber que jamás olvidaría aquella tarde. ¿Les estaba dejando un legado, una herencia?

—Este modelo —dijo por fin Gaudí— es la esencia de lo que quería transmitiros.

Ninguno de los tres se movió. Solo miraron el modelo y el espejo, atrapados por una verdad antigua y poderosa que no admitía palabras.

Guillem fue el primero en reaccionar. Hizo un leve gesto con la cabeza y salió. Sugrañes lo siguió, tras recoger los papeles y guardarlos en la cartera. Joan Matamala se quedó un momento más.

Contempló el modelo, se agachó para observar un detalle y, al fin, dijo un «gracias» casi imperceptible antes de marcharse.

Cuando Gaudí se quedó solo, apagó una de las lámparas. La luz quedó reducida a una suave penumbra. Se sentó en el banco y se quitó el sombrero con ademán cansado; lo dejó sobre la mesa. Con la cabeza levemente inclinada, pasó los dedos por la madera y aquel gesto se suavizó. La llama vacilaba. No había nada más que añadir.

Transcurridos unos minutos, se alzó y se acercó al modelo con las manos entrelazadas a la espalda. Permaneció inmóvil unos segundos y entonces habló con el recuerdo de su querido amigo, Eusebi Güell.

«Querido Eusebi, te echo mucho de menos. Nunca te lo dije, pero sabías que, sin ti, este templo quizá no habría nacido o se habría quedado en un bello sueño.

»Cuando moriste, se me cerraron las puertas de los salones y del dinero, pero no fue eso lo que más me dolió. Lo que de veras me hirió fue no tener con quién hablar. Contigo no había nada que justificar; me escuchabas y lo veías claro. Esa manera tan tuya de mirar lo que aún no se había hecho…

»Desde entonces, solo el templo me habla.

»La piedra me responde, la luz me escucha y la música…, la música que aún no suena ya vive aquí.

»Aún veo las torres como si fueran las cuerdas de un instrumento. ¿Recuerdas que lo hablábamos durante horas, sentados en el banco de piedra del jardín de tu casa? Hasta allí llegaba el eco de los pasos cuando se iban los invitados.

»Ahora las veo aquí y todavía las sueño.

»Si algún día el viento atraviesa las torres y hace vibrar el aire, quiero pensar que algo tuyo se mueve en ellas.

»Que no es mi canto. Que es el nuestro».

2

El tranvía frenó en seco. Las ruedas chirriaron, parecían quejarse. Un grito agudo rasgó el aire.

—¡Ay, Jesús! —exclamó una mujer corpulenta, dejando caer el cesto de cebollas.

El cuerpo quedó tendido entre las vías. Los viandantes aminoraron el paso, primero por inercia, luego arrastrados por la curiosidad. La mayoría se acercaba despacio y estiraban el cuello como queriendo ver por encima de las cabezas. Se abrían paso a trompicones entre la gente, buscando un ángulo desde el que atrapar una imagen, una historia para llevar a casa y contarla.

—¿Qué ha pasado? —se preguntaban, azorados. Repetían lo oído o añadían lo que les parecía.

—¿Se ha tirado? —preguntó alguien, más atrás, con un hilo de voz que se perdió entre el murmullo creciente.

El conductor del tranvía seguía de pie en la plataforma. Llevaba la gorra ladeada. Tenía el rostro pálido y se aferraba a la barandilla con la mano temblorosa.

—No me ha visto… —Tragó saliva—. Caminaba mirando hacia la otra vía y… no me ha visto. Yo…, no me ha dado tiempo a frenar.

A unos pasos de la escena, una niña de trenzas finas y rodillas peladas se quedó inmóvil mirando el charco de sangre que ya

empapaba el suelo. Tiró de la blusa de su madre y movió los labios, pero la pregunta no llegó a salir. La mujer la apretó contra su cuerpo y le cubrió la cara con la mano.

Al otro lado de la calle, Miquel también había sido testigo del accidente. Era un chiquillo de unos diez años, descalzo, con una camiseta de color indefinido, parduzco, que le llegaba hasta las rodillas. Antes de sumarse al corro de curiosos, miró a un lado y a otro. A unos metros del cuerpo, al pie de un farol, había un sombrero viejo y polvoriento. Parecía abandonado. Volvió los ojos hacia su hermano pequeño, que lo observaba todo con el rostro desencajado.

—Quédate aquí. ¡Ahora vuelvo!

Con paso ágil, cruzó por detrás de la muchedumbre. Los gritos y las conjeturas seguían: que si era un mendigo, que si estaba vivo, que si alguien tenía que llamar a un médico. Con tanto alboroto, estaba claro que nadie se fijaría en el pequeño.

Recogió el sombrero y lo sacudió.

—¿Crees que nos darán algo? —le preguntó al hermano.

El pequeño no respondió. Tenía los labios trémulos y la mirada clavada en el suelo.

—¡Vamos! No seas llorica. No hemos hecho nada malo. Créeme, él ya no lo necesita. Iremos a la calle Bruc; hay una mujer que lo compra todo. Ya verás como se te irá el susto cuando veas la peseta que nos dará por él… ¡Quizá dos!

El pequeño negó con la cabeza, tragándose las ganas de llorar. Luego aspiró fuerte por la nariz y se sorbió los mocos. No quería que se le escapara ni una lágrima.

Un olor a metal y polvo subía del suelo. Pero, de pronto, una voz se impuso por encima de los murmullos.

—¡Dejadle respirar! ¡No lo toquéis! ¡Soy médico!

Aquel hombre del chaleco se arrodilló junto al herido. Le puso la mano en el cuello, buscando el pulso.

—Respira, pero… muy débilmente.

Se hizo un silencio denso. La gente contenía el aliento, como si aquel hilo de vida frágil les impusiera respeto.

—¿Sabéis quién es?

Unos encogían los hombros; otros se miraban, como esperando que alguien tuviera la respuesta. Algunas mujeres negaban despacio con la cabeza y se santiguaban.

Por fin, un desconocido dijo:

—No lo sé…, pero me suena la cara.

—Yo diría que es un mendigo —respondió una voz de hombre con acento de fuera—. Uno de esos viejos que viven en la calle.

—Paren un taxi, hay que trasladarlo a un hospital —dijo el médico sin admitir réplica.

Pero ningún taxista quiso hacerse cargo. Sabían que la sangre les mancharía la tapicería y, por otra parte, tratándose de un pobre, ¿quién pagaría la carrera?

No fue hasta pasados unos minutos que un agente de la guardia civil llegó por la calle Bailén. Un buen hombre había ido a buscarlo. El agente pidió brazos para alzarlo y subirlo al carro.

—Hay una casa de socorro muy cerca, en la ronda de Sant Pere. Doctor, ¿cree que sobrevivirá?

—Si llega vivo, será un milagro.

Miquel se quedó quieto, siguiéndolos con la mirada hasta que desaparecieron. Entonces se puso el sombrero. Le quedaba grande. Se lo encasquetó hasta las cejas, sacó pecho e hizo una reverencia ridícula. Pero su hermano pequeño tampoco rio.

El carro avanzaba a buen ritmo, atravesando las franjas de luz y sombra que proyectaban los plátanos. En la parte de atrás, sobre la plataforma, el médico se sujetaba con una mano a la barandilla mientras con la otra presionaba suavemente la muñeca del herido. El accidentado se hundía en una manta arrugada de la que asomaban un pie descalzo, el pantalón roto…

Ramon Cos, el hombre que se había prestado a acompañarlos, intentaba animarlo:

—Aguante un poco más… Ya estamos cerca.

No sabía quién era, pero aquella mano vieja, fría, abandonada entre las suyas lo conmovía.

En los balcones del segundo piso de una casa cercana, dos mujeres siguieron el carro con la mirada.

—¿Otro accidente? —dijo una llevándose la mano a la frente a modo de visera.

—Por cómo corren, diría que no es poca cosa… —respondió la otra —. ¡Que Dios tenga piedad de su alma!

En la calle, las ruedas levantaban un polvo fino. El médico hizo un gesto breve con la cabeza. No se percibía cambio alguno.

—Ya casi estamos —repitió el acompañante en un intento de infundirle ánimos.

Al girar la esquina se vio, al fondo, la casa de socorro. Blanca, discreta, medio escondida entre las sombras de unas acacias. Un

muchacho con delantal se quitó la gorra y abrió la puerta antes de que el carro se detuviera del todo.

El doctor Ferrer examinó el cuerpo, le alzó los párpados con delicadeza y vaciló unos segundos antes de dictaminar:

—Múltiples fracturas y fuerte golpe en la cabeza. Aquí no podemos atenderlo. Hay que llevarlo al hospital del Raval, el de la Santa Creu —insistió—. ¡No pueden perder tiempo, está muy grave!

El médico miró al hombre que sostenía la mano del herido.

—¿Los acompañas?

Él asintió.

El carro echó a correr. Dejaron atrás la ronda de Sant Pere y tomaron la Via Laietana. Tras cruzarla, se adentraron por la calle Ferran hasta desembocar en Las Ramblas y, a la derecha, se internaron en el Raval, hacia la calle Hospital, donde se alzaba el viejo edificio de la Santa Creu.

De aire austero, tenía muros gruesos y ventanas altas y estrechas. El olor a lejía y a humedad lo ocupaba todo. El espacio de acogida para enfermos sin recursos era una sala amplia con camas de hierro fundido dispuestas en hileras y separadas por cortinas deshilachadas que dejaban entrever más de lo que ocultaban.

Dentro, el bochorno era espeso. Una monja de toca blanca hizo un gesto para indicar dónde dejar al herido.

Lo registraron como paciente desconocido. Le humedecieron los labios y, tras limpiarle la sangre de la cara, lo cubrieron con una sábana.

La sala hervía de calor. Gemidos entre las camas, voces pidiendo agua, una enfermera que no llegaba. Una monja pasó con un orinal

de metal, mascullando instrucciones. Un alarido se impuso; enseguida se ahogó en la densidad de la confusión.

Ramon Cos se tapó la nariz con un pañuelo arrugado. No era solo por el sudor o la sangre; aquel tufo a descomposición se le subía a la garganta. Se incorporó con dificultad y dio un paso atrás, desconcertado.

—Perdonen… —dijo buscando al médico con la mirada—. Yo… ya no puedo hacer nada más. Mi mujer… Tengo tres críos en casa. Hace rato que me esperan y… estarán preocupados.

Volvió a mirar al accidentado, que seguía inmóvil bajo la sábana. Le apretó el brazo con un gesto breve, casi tímido, y se marchó sin mirar atrás.

La cama quedó sola con las cortinas hinchándose al compás del aliento pesado de la sala.

La noche cayó sobre la ciudad mientras, en el recinto de la Sagrada Familia, nadie sabía aún que Gaudí yacía inconsciente en el hospital de la Santa Creu.

A la mañana siguiente, a primera hora, mosén Gil Parés y mosén Esteve llegaron a la portería de la Sagrada Familia. María Eugenia les abrió con la bata puesta y la mirada adormilada.

Mosén Esteve, sacerdote de Sant Felip Neri, había ido al templo para interesarse por la salud de Gaudí: el día anterior no había acudido a su cita diaria para la confesión. Aquella mañana tampoco había asistido a la primera misa, como era su costumbre.

La portera se llevó las manos a la cabeza. El corazón le latía con fuerza y empezaba a sudar.

—¡Dios del cielo! Ayer… Ayer no lo vi llegar. Le dejé un plato de verdura sobre la mesa. Pensaba…, pensaba que estaría en el templo

porque…

María Eugenia dejó la frase a medias y los tres subieron la escalera. Al llamar a la puerta, nadie respondió. El plato de verdura seguía intacto sobre la mesa; la cama, inmaculada.

3

Fuera, el viento arrastraba los restos de una tarde de junio demasiado tensa. La obra seguía viva, pero daba la impresión de avanzar por inercia. En ausencia de Gaudí, los golpes de maza sonaban huecos, las herramientas se dejaban sobre los bancos, todo a medio hacer. Algunos obreros se quedaron en un extremo del recinto, esperando noticias.

Aquel viernes aún se trabajaba, sí, y las escuelas estaban abiertas, pero la inquietud flotaba por todas partes. En cada rincón se hablaba de un hombre viejo atropellado por un tranvía. ¿Y si era él?

Nadie podía pensar en otra cosa. Las velas en la capilla del Roser se multiplicaron en pocas horas.

Anna y Guillem salieron de casa con paso decidido, casi sin mirarse. No hacían falta las palabras, la angustia los empujaba hacia delante. Caminaron hasta la parada del tranvía y, ya dentro, cruzaron las calles sentados la una junto al otro, con la mirada fija en el exterior.

Anna creía adivinar pequeños corrillos en las esquinas. Unos gesticulaban con fuerza; otros escuchaban con el rostro tenso. Miró

a su marido, inquieta, y él le apretó la mano, pero no pudo evitar que un latigazo le recorriera la espalda. Estaba segura, había ocurrido algo terrible.

Al llegar a la Sagrada Familia, Jerónimo los hizo pasar. Se había congregado bastante gente en los alrededores. María Eugenia, diligente, les preparó una infusión. Ella misma tenía mala cara; se le marcaban dos sombras profundas debajo los ojos. Al servir las tazas, dudó un instante. No recordaba si había puesto azúcar.

Nadie bebía. Todos esperaban.

El primero en cruzar la puerta fue Eduard. Al ver a sus suegros allí sentados, contuvo la respiración. Tras él entraron Sugrañes y mosén Gil Parés, con el rostro exhausto y la mirada baja.

Nadie dijo nada al principio. Eduard se quitó la gorra, la apretó entre las manos y miró a los presentes.

—No ha podido ser —dijo con voz ahogada.

Anna se quedó inmóvil. Solo un parpadeo delató el gesto.

Sugrañes dio un paso al frente con la expresión rota.

—Se ha apagado con calma. Como si se durmiera.

Mosén Gil Parés inclinó la cabeza y dijo muy despacio:

—Que Dios lo tenga en su gloria.

Luego, con la mano sobre el pecho y los ojos cerrados, añadió una breve oración por su alma.

Un amén murmurado se dejó oír entre los presentes.

De pie, tras la mesa, María Eugenia dio un paso atrás y se apoyó en la pared. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo apretó contra los labios.

Guillem abandonó la sala con paso firme, tragando aire como si le faltara el aliento. Anna lo siguió con la mirada, pero no lo llamó.

Justo en ese momento entró Gregoria. Había oído lo suficiente para entenderlo. Ocupó la silla vacía y se cubrió el rostro con las manos. Le temblaba la espalda, pero no dejó escapar sonido alguno.

Silencio en la casa. El reloj marcaba la hora y, de fondo, algún sollozo. Todo era quietud, espera.

En el corazón del Raval, el hospital de la Santa Creu quedaba teñido por la luz baja de un sol que se apagaba lentamente.

Las pisadas de mozos y sacerdotes resonaban por los pasillos antiguos, mientras que un olor a sangre y desinfectante flotaba en el aire.

En la pequeña sala mortuoria, rodeado de flores sencillas y velas trémulas, yacía el cuerpo de Antoni Gaudí. Descansaba cubierto con el hábito negro de la Cofradía de la Virgen de los Dolores. Su rostro mostraba los rastros de la caída, pero también una paz enigmática, como si aún contemplara la fachada de la Gloria.

Fue entonces cuando entró Joan Matamala, escultor y amigo fiel. Llevaba en las manos un pequeño estuche, vendas de yeso y herramientas. Pidió una palangana de agua.

—Si no les importa, preferiría estar solo —dijo con voz templada.

No hubo respuesta, pero alguien cerró la puerta con discreción.

Se acercó al rostro del maestro. Por un instante permaneció inmóvil, en silencio, mirándolo.

—Ya no sé si es para rendirle el último homenaje… o para no dejarle marchar del todo —murmuró, conmovido.

Con dedos firmes pero reverentes, inició el delicado proceso de tomar la máscara mortuoria. Humedeció los guantes y extendió la primera capa de yeso con movimientos suaves, casi devotos.

El yeso empezó a cubrir aquel rostro ásperamente conocido: las cejas pobladas, la nariz larga, las arrugas de un hombre que había vivido para una obra.

—Y aún me parece que le veremos mañana en el taller hablando solo, haciendo aquellos gestos que solo él entendía… —Hizo una pausa para recortar el exceso de yeso con un cuchillo pequeño. Las manos no le temblaban, pero sí los ojos—. ¿Recuerda aquel día que me hizo repetir la columna ocho veces? «En la naturaleza no hay líneas rectas ni ángulos agudos; por lo tanto, la arquitectura tampoco debería tenerlos», dijo usted. Y yo, tozudo, volví a empezar. Pero tenía razón.

Joan sonrió para sus adentros.

—Ahora será más difícil continuar, sí. Pero hay dibujos, maquetas, palabras suyas en cada rincón. Y nosotros… no dejaremos que se pierdan. Se lo aseguro.

Aplicó la segunda capa, más gruesa, cubriéndole los párpados, la frente, la barbilla.

—He aprendido tanto de usted, maestro… No sé qué será de Barcelona tras su marcha.

Cuando el molde empezó a endurecer, Matamala se quedó quieto, como si aquel silencio compartido fuera la última conversación que podía ofrecerle.

Con mucho cuidado, retiró el molde y lo dejó sobre la mesa, como quien deposita una reliquia. Luego, con un paño previamente humedecido en agua limpia, lavó con delicadeza los restos de yeso que habían quedado en la piel del maestro. Lo hizo sin prisa, un último gesto de servicio y afecto. Después se enjuagó las manos, recogió las herramientas y salió de la sala.

En la pequeña capilla del hospital, las misas se sucedían una tras otra, hasta seis. Cada una llena de fieles, de vecinos humildes que habían visto a Gaudí caminar por las calles con aspecto de vagabundo y que ahora lloraban a su arquitecto.

En el exterior, una multitud empezaba a congregarse. No había megafonía ni anuncios oficiales, pero la noticia había corrido como un reguero de pólvora. Llegaba gente del Born o del Poble-sec; llevaban rosarios, flores, se quitaban el sombrero en señal de respeto. Algunos dejaban velas en el umbral del hospital.

Las autoridades municipales organizaban la logística del funeral. Se hablaba de una procesión solemne hasta la Sagrada Familia, pero sería al día siguiente. Aquella tarde, todo era contención, preparativos discretos y la sensación compartida de que la ciudad había perdido mucho más que a un hombre.

El sábado amaneció extrañamente en calma. Como si Barcelona hubiera contenido el aliento.

—Han izado la bandera negra en el Ayuntamiento —dijo mosén Parés en voz baja, al encontrarse con Sugrañes frente a la fachada del templo.

—Sí… El alcalde ha decretado luto oficial. Hoy, la ciudad calla.

—Las escuelas cerradas, los teatros sin función —intervino Llorenç Matamala, que acababa de llegar—. Incluso los tranvías han bajado el ritmo.

Los tres guardaron un momento de silencio, mirando el templo. No se oía ningún golpe de maza. Los obreros habían dejado las

herramientas y vestían la ropa de domingo. Algunos se quitaban la boina al ver acercarse a los arquitectos.

—Ni un sonido… —murmuró Sugrañes—. No recuerdo haber visto nunca la Sagrada Familia tan quieta.

Llorenç, con los ojos húmedos tras las gafas, sacó un periódico doblado de la chaqueta y se lo mostró a Parés. El titular, sobrio pero claro, decía: «Ha muerto Gaudí. Barcelona llora a su arquitecto».

Cuando la campana del hospital de la Santa Creu comenzó a sonar, los tres alzaron la vista.

La comitiva se ponía en marcha. Partía del hospital y al frente iba el coche fúnebre, sencillo pero digno, cubierto con la *senyera* de la Asociación de Arquitectos. Cuatro caballos negros avanzaban al paso con penachos que ondeaban en la brisa de la mañana.

La ciudad se abrió en dos alas. En cada esquina, la gente lloraba en silencio o arrojaba flores al paso del féretro. Flores humildes, flores de jardín, flores de misa y de recuerdos.

En la calle Marina, los Alpiste esperaban. Padres e hijos vestían de negro. Gregoria se apoyaba en el brazo de su marido. Andrés miraba fijamente el coche con los puños cerrados. Un paso por detrás, Anna y Guillem.

Mercè, de pie, llevaba a Maria en brazos. La niña, sin entender del todo lo que sucedía a su alrededor, sostenía una rosa blanca con los dedos.

—Tírala cuando pase, pequeña —le dijo suavemente Mercè—. Es para darle las gracias.

Cuando el féretro pasó delante de ellas, Maria extendió la mano y dejó caer la rosa, que fue a posarse sobre el ataúd cubierto. Muchos

ojos siguieron aquel gesto como si fuera una pequeña plegaria, más clara que cualquier himno.

Las familias acomodadas del Eixample y los banqueros que habían tratado con Gaudí cerraban la comitiva. De pie, en silencio, sin protocolo. Todos iguales aquel día.

Frente a la fachada del Nacimiento, el Orfeó Català, dirigido por Lluís Millet, entonó el *Libera me, Domine*. Las voces resonaron bajo las bóvedas inacabadas y pareció que el templo temblaba con ellas.

La cripta, llena de cera y de sombra, esperaba. Depositaron el féretro lentamente ante el altar de la Virgen del Carmen. El silencio era total. Solo el sonido grave de un padrenuestro, dicho con la voz quebrada de mosén Gil Parés, mantenía el vínculo entre el mundo y aquel cuerpo de piedra viva que, por fin, descansaba.

En adelante, nadie pisaría aquel templo de la misma manera.

Ni los obreros, que oían sus órdenes en el eco de las bóvedas.

Ni los arquitectos, que encontraban su mano en cada línea imposible.

Ni Maria, que creía que aquel hombre se había ido al cielo y que, algún día, se lo encontraría bajando por el campanario.

Segunda parte

La luz es el lenguaje de los pobres y de los sabios.

ANTONI GAUDÍ

2026

Me he pasado media tarde buscando una cosa y he encontrado otra. Buscaba los negativos del reportaje de mi padre sobre los andamios de los años setenta y, en el fondo de la caja metálica, he encontrado un sobre fino de color mantequilla. Escrito a mano: «Para mosén Josep».

La letra no es de mi padre. La reconozco, es de Mercè.

No lo abro enseguida. El olor que sale al despegar la solapa es de polvo viejo y cola animal. Un olor antiguo, familiar, como las esquinas de las carpetas de archivo, los libros encuadernados o los pliegos de documentos que manipulamos con guantes de algodón. Me transporta a aquellos gestos metódicos: humedecer un sobre, cerrar en él una decisión.

La carta no es larga, pero tampoco la leo entera. Me detengo en un fragmento que habla de un pelícano. Joan Matamala se lo explica a los niños de la escuela, dice Mercè: el pelícano que se hiere el pecho para alimentar a sus hijos.

No me impresiona la sangre; me conmueve la mano que alimenta.

Levanto la vista. Al otro extremo de la sala, mi hija está sentada en el suelo, ordenando los lápices por tonos de verde con una meticulosidad que me desarma. No dice nada, solo pone orden en el caos como si fuera lo natural.

Esa manera de mirar y ordenar sin prisa no se la he enseñado yo. Ha venido de otro lugar, de alguien que ya no está y que mostró

cómo cuidar sin hacer ruido.

Vuelvo a la carta. Mercè habla de su hija Maria, que no quiso seguir el camino de la madre y entró en el taller de los Bonet. Pienso en la desobediencia como forma de libertad: dejar que los hijos sean sin exigir continuidad.

Vuelvo a doblar la carta. No la guardaré con las otras. Esta la quiero tener cerca.

I

Un final, un inicio

Barcelona, 1930

1

Mercè cruzó la nave con paso ligero. Llegaba de las Escuelas, con la cartera aún colgada del brazo y rastros de tiza en los dedos. Aquella tarde fría de noviembre, los niños no habían podido salir al patio y el alboroto en las aulas era ensordecedor. Cuando a eso se sumó la discusión entre dos madres, Mercè se escabulló. Necesitaba un respiro entre las bóvedas del templo.

Nada más entrar por la puerta lateral, vio a mosén Gil Parés sentado en el banco más cercano al altar. Tenía una hoja de papel sobre las rodillas y escribía a mano con trazo lento, como si sopesara cada palabra antes de darla por buena. El cuerpo se le encorvaba hacia delante: parecía una rama vieja a contraluz.

Mercè dudó si interrumpirlo, pero el gesto resignado del hombre la hizo acercarse.

—Mosén… Perdone. ¿Se encuentra bien?

Él alzó la cabeza despacio. Las gafas le bailaban levemente sobre la nariz. Al verla, sonrió con una tristeza amable.

—Mercè, hija… No te preocupes. Solo estoy escribiendo unas palabras para despedirme.

—¿Despedirse? ¿De qué? ¿De su cargo en la Sagrada Familia? —preguntó ella, lúcida y desconcertada a la vez.

Asintió con un gesto y dejó el lápiz sobre la hoja, en un equilibrio incierto.

—Ya es oficial. El obispo Irurita ha decidido que este templo será una parroquia. De modo que hay que traer a un párroco. Uno joven y con empuje. A mí ya no me corresponde.

—Pero usted… ¡Usted es parte de este lugar! —replicó, más emocionada de lo que habría querido.

—He sido un servidor, Mercè. Un guardián silencioso. Pero ahora el templo cambia de manos. De vocación. De ritmo. Yo rezaba por las almas. Ahora habrá que llevar los libros parroquiales, preparar comuniones y catequesis… Y eso ya no me corresponde.

Mercè no supo qué responder. Durante unos segundos, escucharon el viento que silbaba entre los andamios altos. Luego, Mercè miró la hoja en que él escribía. Una hoja limpia y austera, como su voz. Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo la certeza de que, en aquella nave fría y aún viva, estaba siendo testigo de una puerta que se cerraba. Le sostuvo la mirada un instante, pero de nuevo no supo qué decir. Solo hizo una pequeña reverencia, un adiós sin palabras. Cuando estaba a punto de salir de la estancia, se volvió un momento.

—¿No saldrá a ver cómo dan por terminadas las cuatro torres?

Mosén Gil Parés sonrió un instante y volvió la mirada a la hoja. Reanudó el trazo del lápiz con una lentitud resignada.

La hija de Anna y Guillem cruzó la cancela. La luz, gris y fría, la empujó hacia el movimiento de la calle, hacia la vida que latía fuera de los muros sagrados.

Tomó aire y volvió al aula. Pese al desaliento que arrastraba, sabía que aquel momento bien merecía un esfuerzo. Su gesto decidido animó a los otros maestros a salir. Lo hicieron con los alumnos, nadie quería perderse un acontecimiento tan esperado. Maria, que ya cursaba el último año, jamás le habría perdonado que la dejara al margen.

Jaume Martínez, marido de Gregoria y ahora conserje, fue a abrir las puertas del recinto. Poco a poco, el público se fue reuniendo a los pies de la fachada del Nacimiento. Algunos miraban al cielo, la mano a modo de visera; otros murmuraban en voz baja, casi avergonzados, como si lo que estaba a punto de suceder pareciera exigir silencio.

Andrés, el hijo menor de los Alpiste, a sus dieciséis años, se mantenía junto a su madre. María Eugenia, desde la muerte de su esposo, cargaba con una pena honda y vestía luto riguroso.

Cerca de ellos estaba Guillem, con más canas y apoyado en la pared. Su rostro mostraba la calma de quien ha visto nacer una obra desde la primera piedra.

—Cómo le habría gustado al maestro ver terminadas las otras tres torres. Han quedado tal y como las dibujó…

Anna, a su lado, le apretó el brazo.

En lo alto, la figura de Sugrañes coordinaba el movimiento de la grúa. Tenía el cuerpo tenso, pero en los ojos se leía una gran

determinación. Mientras daba las indicaciones, se le acercó Puig i Boada. Aquel arquitecto, que había colaborado con Gaudí en los últimos años, velaba ahora por que cada gesto y cada pieza fueran fieles al maestro. Era joven, pero tenía la expresión serena de quienes ya albergan una idea clara de lo que quieren defender.

—Parece que hay prisa por coronarlas con los pináculos y las cruces. Pero no tanta como para que resplandezcan como merecen —dijo con tono pausado, casi filosófico.

Sin apartar la vista de lo alto, Sugrañes respondió:

—Mi trabajo es terminarlas. Ese fue el compromiso que adquirí a la muerte de Gaudí. Lo demás ya llegará.

Puig i Boada no añadió nada. A veces, las diferencias no se zanjan con palabras, y no era el momento.

El pináculo se alzaba lentamente, suspendido por un aparejo de cuerdas y poleas que chirriaban a cada impulso. Era una pieza maciza, preparada en el taller con *trencadís* de colores brillantes y una cruz de cuatro brazos en la cima. A medida que subía, los operarios del interior de la torre hacían girar las manivelas y daban empujes cortos y precisos en coordinación con los de fuera, que mantenían la tensión de la carga. Arriba, sobre el andamio circular de madera, otros la recibían y la encajaban en el eje central ya preparado. Toda la operación se desarrollaba con movimientos lentos, medidos, casi ceremoniales. Cuando el pináculo tocó la piedra, el silencio se espesó; luego, un golpe seco, exacto, confirmó que la torre ya tenía cima.

Muy cerca, Ignasi Dalmasses, heredero espiritual del librero Bocabella y miembro activo de la Junta del templo, observaba con atención. Su porte era serio y seguía cada movimiento con la mirada

inquisitiva de quien vela por la esencia de un legado. Daba cuerda a su reloj de bolsillo como si quisiera controlar el tiempo, tal vez domarlo. Era un hombre delgado con los ojos gastados de poco dormir. A cada vuelta de la corona, murmuraba nombres y fechas.

Guillem respiró hondo y susurró:

—Ahora sí. El maestro puede descansar.

Se cruzaron miradas entre abuelos y nietos, hijos y yernos. Mercè tragó saliva, conmovida.

—Si esperáis un poco, volveremos a casa juntos, como antes.

Sin aguardar respuesta, acompañó a sus alumnos al aula. Antes de dar por terminada la jornada escolar, pidió un momento de silencio para dirigirles unas palabras.

—Hoy habéis visto elevarse una cruz. Tres, en este caso. Quizá ahora no lo entendáis, pero formáis parte de una historia mucho más grande —dijo mientras la mirada de los niños se iluminaba de admiración—. Este templo no es solo piedra y vidrieras, es el sueño de un loco. —Sonrió—. Pero también el vuestro. Que nadie os diga nunca que no podéis levantar vuestro propio sueño. ¿De acuerdo?

Los niños asintieron, unos con timidez, otros con entusiasmo.

Luego, con ese gesto tantas veces repetido, indicó que podían salir. Maria estaba en la puerta y, juntas, fueron a reunirse con los abuelos.

Antes de llegar al lugar donde estaba Eduard, pasaron junto a un puesto ambulante. Era un carrito de madera con toldo de lona beis, desvencijado pero con encanto, que olía a papel, tinta y dulces. Delante, unas cajas exhibían postales nuevas, aún relucientes, con vistas del templo, detalles de vidrieras, dibujos de las torres y, en el centro, un buen montón de novedades que, pese a la inmediatez de

los hechos, ya mostraban las cuatro torres recién terminadas. Había también otras más antiguas, ilustradas a mano, que contrastaban con las reproducciones fotográficas en sepia.

A un lado del carrito, colgaban rosarios, medallas y estampas. Al otro, unas cajas metálicas ofrecían caramelos de anís, avellanas garrapiñadas y chocolatinas envueltas en papeles de colores. Detrás, una anciana arropada con una capa negra de lana vigilaba con ojos astutos y las manos ocupadas, ordenando monedas en un monedero de boquilla. Su acento delataba que era de la Cataluña interior. Hacía años que iba cada domingo y en los días señalados. Como un reloj fiel, como las campanas del templo.

Maria se detuvo embelesada.

—Oh, mamá, ¡compremos una y se la enviamos al tío Josep!

No le costó convencer a su madre de que era buena idea. Entre las dos eligieron la postal con cuidado. Era una imagen nítida, con el cielo invernal de fondo y las cruces brillantes como una promesa. Maria la guardó con esmero en su libreta de tapas verdes.

De vuelta a casa, Mercè dejó sobre la mesa de la cocina la postal que añadiría a la carta. Mientras los abuelos y la nieta compartían recuerdos y echaban a volar la imaginación, encendió la luz y empezó a escribir.

Querido tío:

Hoy ha sido un día importante y Maria, que ya es toda una jovencita, ha querido que, de algún modo, usted estuviera presente.

Acabamos de ver culminadas las cuatro primeras torres de la Sagrada Familia. Ha sido toda una hazaña y un homenaje al maestro. ¡Qué emocionante ver cómo, por fin, encajaban la última cruz en su lugar! Algunos

aplaudían; otros intentábamos contener las lágrimas. Mis padres no se lo podían creer. El templo guarda tantos recuerdos… Para ellos ha sido el escenario de toda una vida.

Ahora todo parece incierto. Barcelona hierve, aunque nadie lo diga en voz alta. En las fábricas hay más silencio que máquinas, más murmullos que órdenes. La gente espera una noticia que no sabe si llegará. Algunos maestros, como yo, miramos a los alumnos pensando si los más pequeños vivirán en un país distinto. Pero no lo decimos, tío. Nos lo callamos por miedo o porque aún no sabemos si eso que asoma es real. Suspiramos mucho, eso sí. Obreros, modistas y carreteros como Eduard, mi marido, ya no pronuncian la palabra «rey» sin que se les haga un nudo en la garganta. Todo cambia, pero despacio, como si nos costara creerlo.

El otro día oí contar el exilio de Macià y cómo fue de verdad. Dicen que, cuando volvió a Barcelona, no se ocultó lo más mínimo; al contrario, se paseó tan tranquilo y todos lo aclamaban como a un héroe. Pero le duró poco. El jefe de policía, un tal Toribio, subió a su casa con otros cuatro agentes. Allí mismo, en el rellano, empezó una fuerte discusión que hizo salir a los vecinos, y estos no dudaron en ponerse de parte de Macià.

Y fíjese: él, tan sereno, les dijo que antes quería terminar de comer con la familia. ¡Y lo hizo! Después tomó el coche y se marchó a Francia, como le habían mandado. En fin, una escena muy nuestra, casi de sainete, si no fuera por las consecuencias tan serias que tiene.

Entre nosotros, no sé cómo afectará esto al futuro del templo. Las incertidumbres de estos días lo enturbian todo. Me pregunto si un proyecto así tendrá cabida en el nuevo país que algunos ya sueñan con nombre de república.

De tío Jordi no sabemos nada desde hace tiempo. Madre no habla mucho de él y sé que lo echa de menos. Creo que se marchó al extranjero para seguir fiel a sus ideales, pero sin hacerse notar. Vaya usted a saber si aún arrastra alguna causa pendiente con la justicia.

¿No ha llegado a sus manos ninguna noticia suya? Me gustaría saber qué le ha pasado, aunque entenderé que, después de lo que vivió, prefiera el silencio.

Maria a veces me pregunta por él. De hecho, pregunta mucho, y no siempre tengo respuestas. Solo tiene once años y ya se empeña en hacerse un lugar en el mundo. Dice que ella también quiere ayudar en casa. Si tarda mucho en venir a vernos, no la reconocerá; crece con una determinación que me desarma.

Siempre dice que, cuando usted vuelva, será ella quien le muestre la fachada del Nacimiento. Hace poco la dieron por terminada. Créame, es una Biblia abierta, esculpida en piedra. Nos gustará que nos cuente las historias que lleva grabadas.

Lo echamos de menos.

No tarde, por favor.

Con afecto, su sobrina,
MERCÈ

2

La mañana amaneció luminosa y el aire portaba ya ese aroma de verano inminente. Mercè caminaba delante del grupo de alumnos con paso decidido, aunque los niños, excitados por la cercanía del fin de curso, se mostraban cada vez más alborotados.

En la entrada del recinto del templo los esperaban dos hombres. Uno, alto y robusto, aún lloraba la reciente muerte de su padre. El otro, más joven, llevaba la ropa manchada de yeso y un lápiz detrás de la oreja.

—Este es Joan Matamala, y le acompaña Andrés Alpiste —dijo Mercè al grupo—. Hoy estos escultores nos hablarán de una figura

muy especial que acaban de colocar en la fachada.

Cuando oyó que le llamaban «escultor», Andrés enderezó ligeramente los hombros y disimuló una sonrisa orgullosa. Pese al silencio, el gesto no pasó desapercibido para Mercè, que le dedicó una mirada breve, casi cómplice.

Los niños, curiosos, se agruparon en torno a ellos. Andrés los condujo hasta el punto desde el que se divisaba la figura de un pelícano esculpida con gran detalle. El cuello, largo y flexible, se doblaba hacia el pecho y el pico estaba entreabierto. A su alrededor, tres crías alzaban la cabeza.

—Este pelícano —empezó el hijo menor de los Alpiste— no es solo un animal. Es un símbolo. ¿Sabéis qué hacen los de su especie cuando no encuentran alimento para las crías?

Los niños y niñas se miraron con sorpresa y los ojos muy abiertos. Albert, de la clase de los mayores, intervino sin esperar a que le dieran permiso.

—¿Se van a buscar peces a otro río?

—¿O se lo tragan y luego lo regurgitan, como las cigüeñas? —añadió una niña con un punto de repugnancia.

Andrés sonrió sin perder la solemnidad.

—No exactamente. La leyenda dice que, en casos extremos, el pelícano se abre el pecho con el pico para alimentar a sus crías con su propia sangre.

—Puaj… —exclamaron varios, arrugando la nariz.

—¿Eso es verdad? —murmuró Maria, mirando a su madre.

Mercè no respondió. Le puso una mano en el hombro y volvió a mirar a Andrés, invitándola a escuchar. El escultor añadió:

—Es un símbolo muy antiguo. Representa un amor tan grande que llega a darse del todo para cuidar a los otros. El pelícano es como una madre o un padre, que haría cualquier cosa por sus hijos. Por eso Gaudí lo quiso en la fachada, para recordarnos ese amor sin límites.

Andrés hizo una breve pausa. Entonces, desde el fondo, una vocecita rompió el silencio.

—Yo creo que, si mi padre fuera un pelícano, nunca haría eso.

Todos rieron a la vez, como si aquel comentario hubiera deshecho una tensión creciente y, por un instante, los maestros y escultores volvieran también a la infancia.

Mercè miró a Andrés y le hizo un leve gesto con la cabeza, agradeciéndole cómo había sabido cautivar a los pequeños incluso con una historia tan cruda.

Al terminar, mientras los alumnos recogían sus cuadernos y se arremolinaban en torno a Andrés con preguntas, Mercè se rezagó unos instantes.

Aprovechó para ir hasta el taller. No había nadie, pero conservaba su aire solemne. Un hilo de luz se colaba por una rendija de la ventana y, en la penumbra, la maqueta cubierta por un lienzo polvoriento parecía dormir olvidada en un rincón.

La madera olía a viejo, a demasiados días de silencio. Los planos, aún sujetos con alfileres a una cartulina combada, habían perdido color. No era abandono —no del todo—, pero estaba claro que algo se iba enfriando.

Tras la muerte de Gaudí, cuatro años antes, todo había quedado en una suerte de suspensión temblorosa. El equipo más cercano intentó mantener viva la obra, siguiendo las instrucciones y las

maquetas que el maestro había dejado. Pero ya nadie los guiaba con aquella pasión interior que lo impregnaba todo.

Sugrañes, fiel a las líneas maestras, hizo cuanto pudo, pero el dinero escaseaba y el esfuerzo parecía disperso. Ahora, el taller respiraba más polvo que fervor.

Mercè cerró la puerta del taller con discreción. Fuera, la vida seguía, y las voces de los niños la arrastraron de nuevo al presente.

Un par de horas más tarde, madre e hija se disponían a volver a casa. Habían hecho cientos de veces ese camino por la calle Marina, pasando frente a la carbonería, las tiendas de ultramarinos y los balcones floridos que Maria ya conocía de memoria.

Al llegar al número 248, Mercè aflojó el paso. Detrás de los cristales algo empañados, el señor Enric, el sastre, trabajaba de pie en el mostrador. Una leve cojera, casi imperceptible, formaba parte de su manera de moverse. Maria lo había advertido desde pequeña, pero nunca habían hablado de ello.

Él la vio de reojo, sonrió y le hizo un gesto con la mano sin dejar lo que cosía. La niña asintió.

—Espera un momento —dijo el sastre al abrir la puerta, haciendo sonar la campanilla del marco.

Desapareció tras el cortinaje. Cuando volvió, sostenía un retal de tela blanca con diminutas flores azules. Lo dobló con cuidado y se lo tendió a la niña sin decir gran cosa.

—Por si Pepa no tiene vestido de verano.

Maria le dio las gracias y rio; aún llevaba su muñeca enfundada en un trozo de lana.

Desde detrás, Mercè añadió:

—Enric tiene mejor gusto que algunas señoras de La Rambla.

Él hizo como que no lo había oído, pero se sintió orgulloso.

Madre e hija siguieron su camino. Cuando la niña miró hacia atrás, el sastre ya volvía a coser, concentrado. De camino, como de costumbre, esquivaron bicicletas y carros que subían por el Eixample.

Pero aquel día, en el cruce con la calle Valencia, algo había cambiado. No era una tienda nueva ni un puesto ambulante, tampoco uno de esos carteles gigantes de la Exposición. Era un poste metálico, plantado junto al paso de peatones. En lo alto, tres círculos de cristal coloreado, uno encima de otro.

Y todos, quietos, mirándolo.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —preguntó Maria deteniéndose.

—Parece que esperan —dijo Mercè señalando el círculo de arriba, encendido en rojo.

Al otro lado también había gente quieta, aguardando para avanzar.

—Pero… ¿para qué sirve?

—Los llaman semáforos. En Montjuïc, por la Exposición, ya pusieron alguno, pero aquí, en el barrio, es el primero que veo.

Maria se quedó embelesada mirándolo. La luz roja se apagó… y se encendió otra, ahora verde.

Un pequeño movimiento de la gente marcó el cambio. Mercè tomó la mano de la niña y empezaron a cruzar.

—Mamá, ¿pondrán más?

—Seguramente. Si ven que la gente se acostumbra…, lo irán extendiendo. Poco a poco. Por ahora solo hay unos cuantos, de prueba.

—¡A mí me gusta! ¡Es divertido!

Mercè no añadió nada. Siguieron por su acera, entre el ruido de los tranvías, el olor a fritura de una cocina cercana y el bochorno de una tarde que aún no quería terminar. Maria daba pequeños saltos. Lo hacía a menudo cuando su cojera la hacía quedarse atrás. Tenía prisa por llegar y contárselo a los abuelos.

En casa, la abuela Anna había puesto la mesa con la precisión de quien conoce todos los ritos domésticos, pero ese día se la notaba más lenta, como si las piernas le pesaran. El abuelo debió de advertirlo, porque la ayudaba, y eso no era lo habitual. Ella llevaba la blusa con las mangas remangadas y la expresión de quien ha pasado la noche durmiendo poco y pensando demasiado.

La puerta se abrió con una ráfaga de aire y voces.

—¡Abuelo, abuelo! ¡Ni te lo imaginas! —gritó Maria antes de dejar la mochila—. ¡Hoy hemos visto un pelícano de piedra! ¡Y se abre el pecho! ¡Y tiene un corazón! Y… ¡un semáforo!

La niña apareció en el comedor con la libreta de tapas verdes bien sujeta, como si fuera un tesoro. El abuelo la miró con una sonrisa que le tensaba las mejillas, dejándose arrastrar por la alegría de su nieta.

—Mira, es este animal —dijo ella, desplegando la libreta.

El pelícano, algo torcido, con las alas abiertas y una mancha roja en el pecho, ocupaba toda la página.

—Vaya… —dijo él, llevándose las gafas del cuello a la nariz—. Este tiene carácter. ¿Qué le ha pasado en el pecho?

—Se pica y le sale sangre. Sus crías tienen hambre y se la beben. ¡Lo ha dicho Andrés Alpiste! —respondió ella, eufórica.

Mercè, que se había quitado el sombrero y los zapatos en el recibidor, apareció tras la niña con una mirada de ternura mezclada

con cansancio.

El abuelo miró a hija y nieta como quien quiere retener una estampa, sabiendo que esos momentos son contados y que el tiempo, discretamente, le iba cerrando ventanas. Se sentó junto a la pequeña y le pidió:

—Pues cuéntamelo todo. Pero poco a poco, para que el abuelo lo entienda.

Con una solemnidad inesperada, Maria empezó a relatar la historia del pelícano, del escultor, de las risas del final. El abuelo se quedó mirando el dibujo en silencio. Con el dedo, siguió el trazo del pico y del corazón rojo.

—Tienes buena mano, tú —dijo al fin.

Maria volvió a sentarse, satisfecha, con la libreta de tapas verdes en el regazo.

Una ráfaga de viento repicó el cristal del balcón.

—Ojalá no pierda nunca esa manera de mirar —dijo Anna en voz baja, más para sí que para los demás.

3

Maria revoloteaba por el recinto como una sombra ligera. Conocía cada rincón de las Escuelas, cada columna de la fachada, cada piedra a medio colocar y cada cobertizo de madera donde se guardaban herramientas, planos y secretos.

Su madre insistía en que ayudara en las aulas. Decía que así se prepararía para ser maestra. Pero Maria se sabía fuera de lugar entre los pequeños. No le gustaba repasar el abecedario ni limpiar las pizarras. Disfrutaba más entre los adultos: los canteros que le enseñaban a pulir la piedra, el escultor que le había permitido tocar una figura aún blanda de barro, el encargado que le explicó cómo trabajaba una polea.

Escribía. Dibujaba. Se escondía tras un pilar o, encaramada a un peldaño, llenaba páginas con croquis, retales de conversación, palabras raras que quería recordar. La libreta de tapas verdes le ardía en las manos como si guardara un tesoro.

Mercè sabía que no era fácil, que su hija, coja de nacimiento, tendría pocas oportunidades. ¿Servir en una buena casa? Difícil. Tras un mostrador tampoco la querrían. ¿Trabajar en una fábrica? Tal vez, pero le partía el alma imaginarla horas en una silla dura o delante de una máquina por un sueldo miserable.

Por eso insistía. Por eso, cada mañana, la llevaba a las Escuelas.

Eduard, en cambio, hacía tiempo que había dejado de llevarle la contraria. En las conversaciones de la noche, ella repetía que solo deseaba un futuro digno para su hija; él, con una calma que irritaba, decía que Maria sabía muy bien lo que quería. Convenía dejar que se abriese camino. La defendía, sí, con ese tono suave que daba rabia precisamente por no imponerse.

Conocía el templo por dentro como se conoce el propio cuerpo: el peso de cada bloque, el pulso de cada rampa, la fatiga y su respiro. Había subido y bajado centenares de veces empujando carretillas y podía reconocer, a ciegas, el quiebro del pavimento cuando una rueda mal encajada rompía el compás. Sabía también que ningún

oficio te protege del mundo, ni siquiera la escuela, ese refugio que su mujer imaginaba.

Mercè lo escuchaba, pero no cedía. Estaba convencida de que había que guiar a Maria, y guiarla quería decir protegerla, aunque eso implicara llevarla a empujones hasta la puerta del aula. Notaba por dentro, cada vez con más claridad, que su hija —como ella misma un día— también buscaba un camino por el que escapar.

Por eso, como tantas otras veces, Maria pasó de largo y se adentró en una nave lateral de donde llegaban ruidos metálicos. No era la zona de los canteros ni la de los escultores; era un espacio pequeño y en penumbra con una claraboya empañada.

Y allí lo vio.

Un hombre corpulento, con la camisa sucia y unas gafas gruesas, sostenía un panel de vidriera roto. Una grieta lo atravesaba por el medio, como una herida sobre un azul oscuro. Sobre la mesa descansaban vidrios de colores, plomos, herramientas pequeñas y una botella de alcohol medio vacía.

—¿Se ha roto? —preguntó ella, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

El hombre se volvió a medias y, tras un instante, respondió:

—Sí. Debieron de estar jugando por aquí fuera… Una piedra mal tirada…, a saber.

Maria miró la vidriera con reverencia. Aún parecía brillar, aunque rota.

—¿Puedo ayudar? —preguntó, con los ojos como platos.

El hombre rio por lo bajo.

—¿Ayudar? Ya casi lo tenemos.

Maria no se movió. Volvió a mirar la mesa de trabajo.

—Podría pasarle las piezas. No estorbaré.

El hombre la miró de arriba abajo. Se fijó en la libreta que asomaba del bolsillo y en cómo no apartaba los ojos del azul quebrado.

—Si tienes tanta curiosidad…, puedes ir al taller Bonet, en Gràcia. Allí trabaja mi hermano. Quizá te dejen ver cómo lo hacen.

—¿Puedo ir? ¿De verdad?

—Sí, pero antes tendrás que preguntárselo a tu madre.

Maria no dijo nada más, pero se le encendieron los ojos de un modo que la delataba. Aquella tarde fue a por agua a la fuente sin que se lo pidieran, fregó los platos y, por primera vez en muchos días, ayudó a su madre a doblar la ropa sin refunfuñar.

Cuando encontró el momento oportuno, no esperó ni un segundo.

—Mamá, ¿puedo ir a ver cómo hacen vidrieras a Gràcia?

—¿Qué te traes entre manos ahora? ¡En Gràcia no se te ha perdido nada!

—Por favor…

—Ya hablaremos.

Maria, que entendía perfectamente los tonos de los adultos, supo que aquel «ya hablaremos» era una puerta entreabierta. Y, por primera vez en días, sintió una pequeña alegría que le tensó las mejillas.

No fue sencillo, pero, tras unos días, Mercè cedió.

—¿Me prometes que irás con mucho cuidado?

—Sí, mamá. ¡Te lo prometo!

A la mañana siguiente, antes de que clareara del todo, salieron de casa rumbo al taller Bonet.

—Maria, es muy importante que tengas los ojos bien abiertos y la boca cerrada. Haz lo que te pidan y responde con un «sí, señor» o un «no, señor». No te olvides de dar las gracias. ¿Entendido?

—Sí, claro. No tienes de qué preocuparte.

Era invierno. Maria llevaba un abrigo de lana hasta las rodillas, calcetines gruesos y unas botas con la suela de goma gastada. Debajo, una falda marrón y un jersey heredado. Colgado de la muñeca, un fardo envuelto en un pañuelo azul de cuadros: una rebanada con mantequilla, una manzana y un trozo de tortilla fría.

Tomaron la Via Laietana hasta la plaza de Cataluña, donde esperaron al tranvía 24. En la parada ya había otros pasajeros: una mujer mayor con un cesto, un obrero con la cara por afeitar y las manos en los bolsillos y un chico que debía de tener doce o trece años, como Maria. Llevaba los pantalones sujetos a la cintura con una cuerda y un jersey que le quedaba corto de mangas. Tenía la nariz roja y los ojos claros. No miraba a nadie.

Acostumbrada a pasar desapercibida, Maria lo observó de soslayo. Llevaba un paquete envuelto en un trapo, como ella.

Se sentaron cerca del ventanal. Mercè miraba el paisaje como si contara las paradas, pero Maria tenía la vista clavada en el muchacho. A mitad de trayecto, sus miradas se cruzaron. Él hizo una mueca y susurró:

—¿Tú también vas al taller de los vidrios?

—Sí —respondió ella, un poco sorprendida.

—Yo empiezo hoy. Me han dicho que hay que limpiar y llevar paquetes.

Maria se encogió de hombros, abrió mucho los ojos y añadió aquello que su madre le había repetido tantas veces:

—Me parece que lo más importante es no romper nada ni hacerse daño.

Bajaron al llegar a Fontana. Mercè le agarró la mano con firmeza; el chico las seguía de cerca. La calle Asturias estaba allí mismo. Estrecha pero tranquila. Algunas ventanas estaban abiertas y dejaban salir olores que Maria aún no identificaba del todo.

Al final de la calle, las esperaba una gran puerta de madera. Mercè se detuvo, miró a su hija y le dijo en voz baja:

—Es aquí. Pórtate bien. Fíjate en todo.

Y Maria asintió con esa mezcla de orgullo y miedo en la boca del estómago.

Cuando madre e hija cruzaron el umbral del taller, una bocanada de aire caliente las golpeó de lleno. Llegaba del fondo, donde una especie de horno metálico ardía sin prisa, como si respirara. Maria parpadeó. El interior era más grande de lo que parecía desde fuera. El techo, alto, reposaba sobre vigas de madera que olían a resina quemada.

Las paredes estaban cubiertas de plantillas de cartón que colgaban como piezas de un rompecabezas gigante, y en los bancos de trabajo reposaban piezas de todos los colores. Una luz aún mortecina entraba por los ventanales altos.

A la izquierda, un hombre de rostro avejentado por el fuego, con una bata manchada, colocaba piezas de vidrio sobre una plantilla. A su lado, un aprendiz más joven limpiaba otra con un paño de lino. Detrás, junto al horno, un tercero derretía varillas de plomo en una cazuelita de metal que brillaba como plata líquida.

Mercè se acercó con paso firme.

—Buenos días. Vengo a traer a Maria. El señor Bonet nos dijo que empezaría hoy. Bueno…, que podríamos probar…

Un hombre alto, de pelo casi blanco y voz suave pero firme, salió de un pequeño despacho que tenía la puerta entornada. Llevaba una bata más clara, casi sin manchas, y una libreta bajo el brazo.

—Bienvenida, Maria —dijo mirándola con un punto de complicidad. Luego se volvió hacia el fondo—. ¡Manel! Ven un momento.

El chico que habían conocido en el tranvía se acercó.

—Como tú también empiezas hoy, os explicaremos las tareas básicas a los dos. No toquéis lo que no se os indique, ¿de acuerdo? Pero no os preocupéis, aquí se viene a aprender —añadió con media sonrisa.

Maria y Manel asintieron.

—A ti, Maria, te enseñaremos a limpiar bancos y a clasificar los trozos buenos y rotos. Y tú, Manel, empezarás a llevar paquetes arriba y abajo, y ayudarás a Martí con las cajas de plomo. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Manel, tieso como un palo.

Mercè echó un vistazo a su hija antes de salir del taller.

Después, uno de los vidrieros les señaló una caja llena de trozos pequeños e hizo un gesto breve con la cabeza.

—Clasificad estos por colores. ¡Y cuidado con las manos! Si os cortáis, tenemos algodón y vinagre.

Maria se sentó, todavía embelesada. Manel la miró de soslayo.

—Yo no había visto nunca tantos colores juntos —dijo él.

—¡Ni yo!

Juntos empezaron a separar los vidrios con cuidado, sin hablar mucho más. Fuera hacía frío.

A los pocos días de trabajar en el taller, Maria y Manel ya reconocían el olor del plomo caliente, el zumbido suave del horno y el polvo fino que lo cubría todo. Aquella mañana, sin embargo, había una agitación especial: se restauraba una pieza grande. Un panel de la cripta de la Sagrada Familia. Era redondo y, por fin, lo verían «con luz de verdad», como decía Martí.

Lo apoyaron contra el ventanal del taller, donde el sol caía con fuerza a mediodía. La luz lo atravesó como una revelación. Azules de mar oscuro, rojos que temblaban como brasas y líneas de plomo sosteniéndolo todo con una precisión imposible.

Maria y Manel, que trabajaban cerca, dejaron lo que hacían.

—Vaya —soltó él.

—Esto sí que es una ventana de verdad. Parece que estés dentro de un cuento… —susurró Maria.

Martí, con el delantal empolvado y una varilla de soldadura en la mano, se acercó.

—Es un diseño de Darius Vilàs —comentó—. Uno de los artistas que nos hacen los dibujos. Lo estamos recuperando.

Animados por Martí, los niños se aproximaron más.

—¿Veis estas tiras de plomo que sujetan cada trozo de vidrio? Esto es el emplomado. Cortas el vidrio, lo forras con una hache de plomo y luego lo sueldas con estaño caliente en cada unión.

Les enseñó una varilla fina de estaño y un soldador de llama corta, que aplicaba con precisión sobre una junta. Ante sus ojos, una

gota plateada se fundía y quedaba brillante como una lágrima de plata.

—Esto se funde a una temperatura muy alta.

—¿Y el vidrio? ¿Cómo hacen el vidrio?

—Aquí el vidrio ya nos llega hecho, en planchas. Nosotros lo cortamos y le damos forma. El horno es para el estaño, el plomo… y para calentarnos un poco, que en invierno no viene nada mal, ¿eh?

—¿Y los colores? —preguntó Maria.

—Eso ya es arte y química… —Sonrió Martí—. Los vidrios vienen teñidos después de un viaje muy largo.

Lo acribillaron a preguntas. ¡Lo querían saber todo!

—¿Cómo hacéis los colores? ¿Y cómo aguantan la lluvia? ¿Y por qué no se rompen?

El joven, orgulloso, los miraba con aire de aprendiz sabio.

—Trabajamos con óxidos metálicos —explicó—. El cobalto da el azul, el cobre el verde, y, si queremos rojo…, añadimos un poco de oro.

Los niños abrieron los ojos como platos.

—¿Oro de verdad? —dijo Maria, incrédula.

—Un poquito, sí. —Sonrió Martí, divertido.

Y luego añadió, más serio, mirando la pieza:

—Pero los colores, por sí solos, no harían nada. Sin la luz… solo habría trozos y sombra.

La vidriera, apoyada contra la ventana, proyectaba una aureola multicolor en el suelo. Maria puso la mano encima, y la piel se le tiñó de violeta y dorado. En silencio, guardó aquel momento dentro de sí.

Cuando Manel la miró de soslayo, solo dijo, muy quedo:

—Te gusta, ¿eh?

Maria se encogió de hombros, sin dejar de mirar al frente.
—Mucho.

2026

Hay piedras que quedaron marcadas para siempre. El fuego, aunque hayan pasado noventa años, aún murmura. No con chasquidos ni con lenguas rojas, sino con cicatrices que se confunden con las formas del tiempo.

En el museo del templo hay una libreta pequeña, de bolsillo, con las tapas gastadas y la espiral roída por el óxido. Sé que es de Isidre Puig i Boada. He pedido acceso a ella. La abro con respeto, como quien despierta un recuerdo latente. En la última página, justo debajo de una anotación escrita al pie de la cripta calcinada, leo: «Recuperar no es repetir, es volver a imaginar».

La frase se me queda grabada, no solo por la arquitectura, también por la vida. Puig i Boada no quiso reconstruir lo que se había quemado como una copia; leyó su espíritu y lo recreó desde el presente.

Días atrás releía La memoria, la historia, el olvido*, de Paul Ricoeur. Subrayé una frase: «La memoria no es para conservar el pasado, sino para hacer posible el futuro».*

No se trata de volver atrás, sino de permitir que lo que queda —una frase, un trazo, una intuición— germine de otra manera. Como una semilla que cae en una grieta.

Aquí ocurre lo mismo. Cuando mi padre pierde la memoria, deja una frase que me enciende una escena entera. Y Ona, con una línea o una forma, abre un ángulo que yo no había sabido ver.

La pieza que estoy creando nace de eso: no de la fidelidad a lo que fue, sino de una continuidad viva. Quizá no tenga un final como tal, pero no todas las obras lo necesitan; a veces basta con habitarlas mientras se hacen.

Cierro la libreta de Puig i Boada. El papel aún huele a humo antiguo.

La memoria no es un archivo, es una forma de escuchar lo que persiste.

De ahí nace la pieza que escribo. O que me escribe. Creo que he encontrado una clave. Algo, muy dentro, ya ha encajado.

II

Tiempos de oscuridad

Barcelona, 1936

1

Una tramontana imprevista agitó la ropa tendida de balcón a balcón. Un trozo de periódico echó a volar. Al girar la esquina, Mercè se lo encontró a sus pies. Lo recogió. El titular, en letras negras y gruesas, decía: «¡NO PASARÁN!».

Ya no tuvo tiempo de leer más, se quedó clavada. Los había visto.

Estaban frente a la rectoría, encaramados a la base de una hornacina empotrada en el muro. Uno de ellos, con la gorra calada hasta las cejas, tiraba con fuerza de la cabeza de una imagen de san José, mientras los otros lo jaleaban entre gritos y carcajadas.

Mercè alternó la mirada entre el titular y aquella escena que, a sus ojos, decía justo lo contrario. Algo no cuadraba. Tal vez su idea de las cosas. El papel le resbaló de los dedos.

La cabeza del santo cedió, cayó al suelo y rebotó un par de veces sobre los adoquines. Luego se la fueron pasando unos a otros como

si fuera una pelota.

—¡Fuera santos! ¡Fuera curas! —gritaron.

Un hombre mayor, al verlo, aminoró el paso. Se detuvo un instante ante la imagen profanada y dio media vuelta sin decir nada. Luego, a escondidas, se santiguó sobre el pecho.

Nadie intervino. Nadie se acercó.

Mercè contuvo el aliento. Aquella imagen de san José formaba parte de su infancia. Su madre le encendía velas y ella lo había invocado muchas veces, en voz baja, cuando las cosas se rompían.

Ahora, ver aquella cabeza convertida en un trozo de escombro le cortó la respiración. Apretó los dientes, se cubrió con el pañuelo y cruzó la calle con paso rápido, sin mirar atrás.

Al entrar en la escalera de su casa, la luz amarilla del rellano la molestó. Subió los peldaños con paso mecánico, aún con las imágenes de la calle pegadas a la nuca. Abrió la puerta sin hacer ruido.

Dentro, la casa parecía dormida. El reloj del pasillo marcaba las cuatro. Hacía ese tictac que se entretiene en escucharse a sí mismo.

En la cocina había una taza de leche medio vacía, ya fría, y una caja de hilos abierta sobre la mesa.

—¿Maria? —llamó sin alzar demasiado la voz.

—En la habitación del abuelo —respondió la muchacha desde el fondo.

Mercè se quitó el pañuelo, se lavó las manos con jabón y cruzó el pasillo estrecho. Guillem yacía envuelto en una manta fina. Tenía los ojos abiertos, pero no hablaba.

—Hola, padre. ¿Cómo estamos hoy?

Guillem alzó las cejas, como sin saber qué responder, y dejó que le humedeciera los labios con una gasa.

—No ha comido casi nada —dijo Maria, apareciendo tras la puerta —. Le llevé un poco de caldo a la una, pero apenas lo probó.

Volvieron a la cocina. Maria se sentó y retomó lo que había interrumpido: el hilo y la caja de costura.

—¿No has ido al taller? —preguntó su madre mientras abandonaba el bolso sobre la silla.

—Sí, pero solo estábamos Manel, Martí y yo. La señora Bonet nos ha dicho que, de momento, está todo en suspenso. La han vuelto a amenazar; se la veía muy alterada.

—¿Amenazar, dices?

—Sí. Le dejaron otra nota por debajo de la puerta. Había un martillo dibujado y otra cosa que no alcancé a ver. La señora Bonet dijo: «¡Madre de Dios santísima!», y la hizo un gurruño antes de guardársela en el bolsillo del delantal.

Mercè no respondió de inmediato. Se acercó a la ventana. El cielo tenía un gris extraño, como de papel mojado. No se vio con fuerzas para contarle lo ocurrido ante la rectoría; ni siquiera ella lo había terminado de entender.

En casa de los Vilanova se había instalado un silencio nuevo, espeso, que ya no era calma. Parecía más bien una espera, una forma de contención. Todo estaba quieto, como antes de un estruendo.

Entonces madre e hija oyeron una tos profunda. Provenía de la habitación contigua.

—Pobre abuelo… —murmuró Maria.

Un grito lejano irrumpió desde la calle. Luego, un estrépito de cristales rotos. Y enseguida sonó una campana. Solo una vez, seca y solitaria. No parecía un toque de misa ni de horas. Era más bien una señal incierta, como un aviso que no sabe si hacerse oír o callar.

Transcurrieron unos minutos. Mercè miró a su hija, que zurcía unos calcetines. Antes de poder decirle nada, llamaron a la puerta. Las dos se giraron hacia el pasillo. Eduard entró cubierto de polvo, con paso pesado y los ojos desencajados.

—No he podido pasar —dijo nada más pisar la cocina—. Han levantado barricadas en lo alto de la Via Laietana. Amontonaban maderas, chatarra… He tenido que dejar el carro y seguir a pie. Lo he escondido en un callejón, bajo unas cajas.

Mercè se levantó de golpe, no tanto por la sorpresa como por el dolor de ver, por primera vez, aquella expresión de miedo en el rostro de su marido.

—¿Y en la obra…? —preguntó con timidez.

—Todo parado. Hoy nadie ha llegado con los carros. Uno de los canteros colgó una bandera negra. Sugrañes la hizo retirar enseguida. Pero aquello hierve. Han repartido octavillas. Hablan de sabotaje. De «limpiezas»…

Eduard se frotó la cara, como queriendo despertar de una pesadilla.

—¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a por miel y limón. Dijo que después pasaría por la rectoría —respondió Mercè.

—Veré si la encuentro. Por cierto, deberíamos llenar la despensa.

—Me estás asustando, Eduard. ¿Quieres decir que…?

—Mercè, lo más sensato es tener provisiones y no movernos mucho hasta que todo esto pase.

—Pero, padre…, ¿y si no pasa? —preguntó Maria. No se había perdido ni una palabra de la conversación.

El interrogante quedó suspendido en el aire. Mercè, sin embargo, se incorporó de pronto.

—Eduard…, espera. Quizá sería mejor que fuéramos juntos.

—¡No! Os quedáis las dos. —Su voz fue clara, cortante. Se puso el abrigo sin abrochar—. No abráis la puerta a nadie.

Mercè observó con inquietud cómo su marido desaparecía escaleras abajo. Cerró la puerta con el cerrojo y, durante unos segundos, se quedó inmóvil. Maria siguió cosiendo en silencio.

Media hora después, la llave volvió a girar. La puerta se abrió de golpe y Eduard entró primero, sosteniendo del brazo a su suegra. Tenía el rostro pálido y la respiración agitada.

—¡Ha empezado, Mercè! Esto ya ha empezado… —dijo ayudando a Anna a sentarse en la silla de anea del rincón.

La mujer temblaba levemente. Llevaba el bolso bien apretado contra el pecho.

—Un grupo de jóvenes escupía en el portal, increpaba al mosén y amenazaba con prender fuego a la iglesia si no daba la cara. Él salió con el santísimo envuelto en un manto, pero no sabía adónde ir. Me miró como pidiéndome ayuda, y yo no podía hacer nada… —Las palabras se le escapaban desordenadas, entre jadeos—. Dentro ya habían tirado al suelo el confesionario.

Eduard cubrió a su suegra con una manta fina y le apoyó una mano en la nuca.

—Tranquila… Ya estás en casa.

Ella no respondió. Con manos discretas, casi rituales, abrió el bolso que llevaba y, con un gesto rápido, sacó un objeto envuelto en una tela vieja. Miró a su alrededor, abrió el cajón del aparador y escondió el paquete. Nadie dijo nada.

Solo después, Maria se levantó, retiró la olla del fuego y murmuró, sin apartar la vista del punto fijo de la llama:

—Madre… Esto es muy peligroso, ¿verdad?

Horas antes, la luz del atardecer se deslizaba sobre las gradas de piedra del Teatre Grec. No había público. Solo los músicos, los coros y la tensión contenida de un ensayo que no parecía un ensayo. El coro del Orfeó Gracienc se ordenaba tras la orquesta.

En los atriles, la «Oda a la alegría» de la *Novena sinfonía* de Beethoven, el himno que Pau Casals había amado y dirigido como ningún otro. Pero aquella noche todo sonaba distinto. El aire parecía haber cambiado de densidad, como si alguien hubiera cerrado las ventanas del mundo.

Pau Casals subió al podio en silencio. Tenía el rostro tenso y una gravedad serena en los ojos. Nadie se atrevió a decir nada. Entonces uno de los músicos llegó jadeando, con un papel en la mano y el miedo en los labios.

—Se han levantado en África. Ha empezado —murmuró.

La noticia se extendió entre los atriles como una ola muda. Alguien miró hacia atrás. Otro empezó a guardar el instrumento.

Casals no lo permitió. Dio un paso al frente, alzó una mano y habló:

—Compañeros, esto es solo un aplazamiento. Pronto podremos reunirnos de nuevo. No consentiremos que nos obliguen a marchar sin terminar lo que hemos venido a hacer. Os propongo que toquemos la sinfonía completa antes de separarnos. Y que la toquemos como nunca antes en nuestra vida. —Y, con voz impetuosa, añadió—: Que las notas no salgan de nuestros dedos, ni la voz de nuestros pulmones. Que emerjan a la luz desde el fondo mismo de nuestra alma.

Entonces la pasión se desató.

Los músicos, de pie, tomaron los instrumentos con solemnidad. Los cantores ocuparon sus puestos sin prisas pero con determinación. Nadie discutió. Nadie huyó. Desobedecieron a la razón, que les pedía regresar a casa.

Casals alzó la batuta. Y la música arrancó.

Sonó como un milagro. Un latido de esperanza contra todo pronóstico. Una alegría obstinada, resistente. Un himno contra el miedo. Mientras, fuera del teatro miles, de hombres preparaban las armas, ellos, con la voz y los instrumentos, ofrecieron una última oración.

Aquella noche, la música se alzó como un escudo invisible ante lo que estaba a punto de llegar.

2

La noche posterior al alzamiento, Barcelona no dormía. Casi podía sentirse cómo temblaba.

Dos golpes y un repique. Era la señal acordada para avisar de que quien llamaba a la puerta era de los suyos. Mercè corrió a abrir y Eduard entró como un relámpago.

—¡Se extiende! La iglesia del Carme está ardiendo, y también la de Sant Josep Oriol. Si queremos hacer algo, es ahora. ¡No podemos esperar más!

Mercè no lo pensó dos veces. Se echó la chaqueta por encima, sin abrocharla, y preguntó con urgencia:

—¿Y las Escuelas? ¿Qué te han dicho de las Escuelas?

—Todavía resisten, pero hay gritos y carreras. Y humo, demasiado humo.

—Voy contigo —dijo ella, decidida.

Maria, al oír las voces, salió de la habitación del abuelo con los ojos hinchados de no dormir.

—¿Qué pasa? ¿Os vais?

—Vamos a ver cómo están las Escuelas y si los Alpiste necesitan ayuda.

—Pero… ¿qué pasa? —insistió la joven.

Miró a los padres una y otra vez, buscando una grieta de certeza. No obtuvo respuesta.

—Cuida de los abuelos —dijo Mercè mientras se calzaba.

Maria quiso ir con ellos, pero sabía que debía quedarse. Se le encogió el corazón al verlos cruzar la puerta. Esperó unos segundos, con el oído atento, hasta oír el golpe del portal. Entonces recogió el bolso que su abuela había dejado sobre la silla e hizo lo que tocaba: puso la sopa a calentar.

Antes de que Eduard y Mercè llegaran a la Sagrada Familia, el fuego ya era visible. Una multitud de vecinos se agolpaba tras las vallas, mirando cómo humeaban las ventanas de la cripta. Eduard hizo señas a su mujer para que no se acercara demasiado.

Vieron correr a Andrés Alpiste, hijo de María Eugenia, que vivía en un piso frente al templo.

—¡He dejado al niño con mi mujer! ¡He visto fuego! ¡Mi madre está dentro! ¡Ayudadme!

Eduard y Joan Matamala, que también habían acudido al lugar, lo siguieron sin pensarlo un instante.

—¡La puerta está abierta! ¡La han forzado! —advirtió Andrés—. Oigo voces… Puede ser peligroso.

Antes de entrar, comprobaron que María Eugenia y su familia estaban a salvo. Solo entonces se dirigieron hacia la cripta. Dentro todo era ruido y caos: vidrios rotos bajo las botas, maderas astilladas, gritos cruzados, pasos rápidos, golpes secos contra las paredes y los muebles.

En ese momento, Sugrañes apareció al fondo del pasillo. Salía de la sala de planos con un andar lento, como si cada paso le costara la vida. Llevaba una pequeña maleta de mano mal cerrada y la mirada perdida en un punto indeterminado. Las manos, ennegrecidas, le temblaban levemente.

Eduard se acercó a él.

—¡Por el amor de Dios! ¿Está herido?

Sugrañes no respondió. Miró el techo teñido de negro, volvió la vista hacia la cripta y murmuró con voz apagada:

—Ya es demasiado tarde… No hay nada que hacer.

—¿Y el mosén? ¿Ha visto a mosén Gil Parés? —preguntó Eduard.

El marido de Gregoria alzó la mirada; el miedo le latía en los ojos.

—Se lo llevaron hace un rato. No pudimos impedirlo… Y no lo hemos vuelto a ver.

Eduard apretó la mano de Mercè. Aquello era peor de lo que imaginaban. El fuego ganaba terreno y el grupo salió por una puerta lateral.

Justo antes de irse, Mercè se volvió. Sugrañes seguía allí de pie, inmóvil entre las llamas que avanzaban. No huía ni intentaba apagarlas. La mano seguía aferrada al asa de la maleta. Al notar que alguien lo observaba, dio un paso atrás y desapareció tras un pilar.

Fuera, la plaza se llenaba de gente. Algunos iban armados, otros gritaban consignas. El fuego que había empezado en la cripta ascendía ya por los andamios. Un hombre colgó una bandera roja y negra en una torre y el viento la desplegó, como saludando al nuevo orden que se imponía entre las ruinas.

Mercè abrazó a Eduard, y él contuvo un juramento. Se limitó a apretar los dientes con la mirada fija en aquel símbolo. Para los asaltantes era un triunfo; para él, una profanación.

Durante un instante, nadie dijo nada. Solo la bandera, como un grito de guerra, rompió el silencio.

En casa de los abuelos, en la Via Laietana, todo estaba demasiado tranquilo.

Maria había cerrado la puerta y había vuelto a la habitación para esconder aún mejor la custodia. Su abuelo dormía en el sofá. Le habían ayudado a levantarse de la cama y, aunque se mostraba débil, parecía más sereno cuando se sentía acompañado. Al tener la

certeza de que dormía, Maria le apartó un mechón de cabello de la frente. No se habría atrevido si él hubiera tenido los ojos abiertos, pero aquella nueva fragilidad la conmovió.

La abuela se entretenía doblando ropa. La doblaba, fruncía el ceño al revisarla y volvía a doblarla. No decía nada; nadie decía nada.

El reloj del salón dio las once y media, y Maria entró en la cocina con paso decidido. Prepararía una tila. La noche prometía ser muy larga.

Encendió el fuego y, con gestos mecánicos, abrió la caja de lata donde guardaban las hierbas secas. Escogió unas cuantas hojas y las dejó caer dentro de la tetera. El agua hervía. El murmullo de las burbujas llenó el espacio y, por un instante, el corazón se le encogió.

El orden cotidiano parecía resistirse al caos que llegaba de fuera. Apartó el cazo del fuego con cuidado, el rostro empañado por el vapor. En el salón, el abuelo se había despertado. Los oía hablar en voz baja; aquel murmullo le hacía compañía. Más tranquila, Maria observó el movimiento lento del líquido en la tetera. Dejó que el aroma le subiera por la nariz, calmándole un poco el estómago.

Entonces un grito irrumpió como un cuchillo, cortando el hilo de la calma.

Era un grito agudo. Desgarrador. Muy cercano.

Miró hacia la puerta y no se atrevió a moverse. El silencio que siguió al chillido fue aún peor.

Muy despacio, con el pulso latiéndole en las sienes, Maria se dirigió al recibidor. Los abuelos se habían recogido en el sofá.

Otro golpe, y dos más, duros, exigentes. Tres golpes secos en la puerta. No era una llamada habitual, no era alguien que pidiera permiso. Era alguien que quería entrar a cualquier precio.

El fuego seguía crepitando en la cocina. Un olor a hierbas amargas llenó la casa.

—¡Abrid! —bramó una voz de hombre, furiosa—. ¡Abrid o echaremos la puerta abajo y será peor!

—No respondas —susurró Anna, inmóvil.

Pero ya era tarde. Otro empujón, más fuerte, hizo crujir la madera e hizo saltar el pestillo.

La puerta se abrió de golpe, estrellándose contra la pared. Tres hombres irrumpieron en el piso. No llevaban uniforme, pero tenían el rostro cubierto con pañuelos. Uno de ellos cargaba una escopeta al hombro; los otros, palos y herramientas de hierro. El más joven llevaba también un bidón de gasolina.

Maria dio un paso atrás, rígida, con las manos aún húmedas del agua caliente.

—¿Qué quieren? —preguntó con una voz que no le parecía suya.

El más corpulento la miró de arriba abajo sin responder. Hizo un gesto a los otros dos, que comenzaron a registrar el salón removiendo cajones, haciendo caer sillas y abriendo armarios como si buscaran algo en concreto.

Maria miró hacia el sofá y vio que el abuelo intentaba incorporarse. Temblaba.

El hombre que la vigilaba se acercó sin apartar la mirada. Lo hizo lentamente. Tenía los ojos claros y una cicatriz antigua en el labio.

Maria retrocedió hasta chocar con la pared de la cocina.

—La custodia… ¿Dónde la tenéis? —murmuró él, ahora a pocos centímetros.

La muchacha no contestó. Él insistió sin obtener respuesta. Entonces su expresión cambió: la mandíbula se le tensó y las aletas

de la nariz se abrieron como las de un toro a punto de embestir.

El hombre hizo una señal y todo se precipitó. Un grito de la abuela. Una silla que cae. Una mano que la agarra del brazo.

En ese instante, Maria supo que estaba sola.

—¡Basta de cuentos y dime dónde está! —exigió—. El cura ya ha cantado. Con cuatro latigazos ya se arrastraba pidiendo perdón a su Dios. Solo tienes que decirnos dónde la tenéis escondida… o acabaréis como él. ¿Por quién quieres que empecemos? Tú eliges.

Guillem, desde el sofá, intentó incorporarse, pero no había dado dos pasos cuando lo empujaron con desprecio.

Anna lo socorrió mientras intercedía por su nieta.

—¡Déjala en paz! —gritó, colocándose entre el hombre y Maria.

La chica se quedó helada mirando a su abuela. Por un instante, no supo qué hacer.

—¡Corre! —le susurró Anna, sin volverse.

Maria echó a correr. Aprovechó el desconcierto para escapar por el pasillo, entrar en el dormitorio y cerrar la puerta. La atrancó con una silla y se encogió detrás de la cama.

Fuera se oyó un golpe seco. Un grito ahogado.

Contuvo la respiración. Oyó los pasos del hombre que se acercaba. Vio girar el pomo, oyó crujir la madera, y la silla saltó hacia atrás.

Él entró.

Maria se encogió bajo la cama. Se tapó la boca. Pero no había escondite posible, estaba acorralada.

Y entonces el mundo se rompió.

El hombre la arrastró hacia fuera, primero del brazo, luego del cabello. Maria gritó, le arañó la piel con las uñas, intentó morderle,

pero él disfrutaba con la resistencia, le excitaba. Cuando se cansó del juego, la arrojó sobre la cama y la cubrió con su cuerpo, pesado como una lápida.

—Déjate hacer —escupió—. Ya verás como te gusta… más que rezar el rosario, ¡maldita perra!

Maria le vio los ojos. Claros. Demasiado claros. Por un instante pensó que podría reconocer en ellos algo humano, algo que lo moviera a la compasión, pero solo encontró frío y vacío como un mar helado.

Y entonces cayó.

No pudo sostenerle la mirada. Se hundió como si hubiera perdido el cuerpo y la voz en un naufragio. Un abismo abierto tras unos ojos que ya no eran ojos.

Quiso desaparecer, pero no sabía cómo hacerlo.

Después, un jadeo. Otro. Y de pronto el cuerpo se le desgarró. Un dolor seco, violento, como un tajo que la atravesara por dentro. Y el grito de Maria. Agudo, animal. Como un aullido que no era voz, sino herida.

Luego todo se volvió oscuro.

Guillem, en el comedor, gritó el nombre de Anna. Su mujer no respondió. Yacía en el suelo, inmóvil, con un charco de sangre ensanchándose bajo su cabeza. Llamó a su nieta, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta.

Entonces lo vio salir de la habitación subiéndose los pantalones, con la camisa abierta y una mueca satisfecha en el rostro. Como si todo lo que acababa de hacer fuera el cobro de una vieja deuda.

Y Guillem no pudo moverse.

3

En la Sagrada Familia, el aire olía a madera chamuscada y yeso quemado, un olor mineral, penetrante. Las paredes calcinadas de la cripta se alzaban como las costillas de un templo herido; todo era silencio, salvo el crepitar lento que emitían las piedras aún calientes.

Joan Matamala avanzó por el pasillo que conducía al viejo taller de su padre. Había pasado allí media vida, y ahora solo quedaban sombra y polvo.

El caballete donde había modelado las cabezas de los apóstoles era una carcasa carbonizada; las herramientas, teñidas de negro y sin forma, habían perdido el nombre. Los rostros de yeso, trabajados con esmero obsesivo, yacían desmenuzados bajo una capa de polvo y escombros. Hasta la maqueta a escala de la fachada del Nacimiento había sido arrasada.

Joan se arrodilló y reconoció una oreja, un dedo, medio rostro de un ángel trompetero. Le temblaban las manos cuando una voz a su espalda lo sobresaltó.

—Algunos todavía pueden salvarse —dijo alguien.

Era el joven Lluís Bonet, acompañado de Francesc de Paula Quintana. Avanzaban con cautela entre los restos. Bonet sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente, cubierta de sudor y hollín. Luego, con el mismo pañuelo, envolvió un trozo de maqueta calcinada como si fuera una reliquia y lo guardó en una caja. Desde que las llamas habían devorado el taller, iba cada día: recogía y clasificaba fragmentos.

—Pero si no queda nada… —murmuró Joan, sin aliento.

Bonet lo miró con firmeza. Cerró la caja con un gesto preciso, la sostuvo un instante y, aún con la mano encima, dijo:

—No tenemos derecho a rendirnos, Joan. No nosotros. ¿Qué pensaría Gaudí si nos viera ahora?

Joan bajó la cabeza. El silencio le pesaba más que el polvo en los pulmones.

Sin decir nada, observó cómo el arquitecto abría una libreta de bolsillo, anotaba unas líneas y desaparecía tras un bastidor.

Se quedó solo, arrodillado ante lo que había sido su mundo. Tomó con infinita delicadeza el fragmento de un rostro roto y una lágrima cayó sobre él y trazó un surco claro en la ceniza.

Quizá no volvería a esculpir, pero no renunciaría a ser memoria.

Mercè y Eduard regresaron tarde, exhaustos, solo con el deseo de respirar un poco tras el desastre del templo. No sabían que la tragedia más grande los esperaba en casa.

Al acercarse al portal, notaron un cierto alboroto. Dos vecinas del rellano los detuvieron antes de que llegaran al piso. No dijeron nada al principio: los rostros pálidos, las manos tensas, esa mirada que no sabía dónde esconderse. Cuando empezaron a hablar, Mercè se lanzó escaleras arriba sin escuchar nada más.

Su madre yacía en el comedor. El padre estaba sentado en una silla con la espalda encorvada, las manos abiertas y los ojos enrojecidos.

—No hemos tocado nada; estamos esperando al médico —murmuró una de las vecinas que los había seguido.

Mercè la miró incrédula, con el corazón desbocado.

—¡Madre! —gritó—. ¡Madre! —repitió, sin apartar los ojos de aquel cuerpo inmóvil—. ¿Qué ha pasado? Padre, por el amor de Dios, ¿qué ha pasado? ¿Por qué todos callan? Pero…, pero si esta mañana…

—No pude hacer nada —susurró por fin Guillem—. La vi caer y no pude hacer nada.

Y, al repetirlo, se cubrió el rostro con las manos, avergonzado y deshecho; no quería que su hija lo viera así

—No… —murmuró Mercè con los labios secos—. No puede ser…

Eduard intentó sujetarla, pero ella se soltó. Miró a su alrededor esperando que alguien le dijera que aquello no era real, que todo era un malentendido, que su madre aún respiraba. Pero nada de eso ocurrió.

—¿Y Maria? —preguntó de pronto, como si advirtiera tarde el vacío—. ¿Dónde está Maria?

Alguien señaló el pasillo y Mercè salió corriendo con el nombre de su hija en los labios y un miedo antiguo que crecía dentro.

La halló tendida en la cama, con las rodillas encogidas y el rostro vuelto hacia la pared. Temblaba. No hicieron falta más palabras: el cabello enredado, la ropa rasgada, la sangre entre las piernas.

—Maria… —murmuró Mercè, arrodillándose a su lado—. ¿Qué te han hecho? ¿Qué te han hecho, hija mía?

Maria no respondió. No podía. Encerrada en una cámara oscura de la que no sabía salir, parecía de piedra.

Mercè se quedó inmóvil. De un salto salió de la habitación y empezó a gritar. Gritaba como una bestia herida: a Dios, al cielo. A las paredes. A la noche que les había arrebatado todo.

—¡¿Dónde estabas, Señor?! —bramaba—. ¿Por qué has permitido esta atrocidad? ¿Dónde estabas cuando mi madre caía muerta al suelo y mi hija era destrozada por unos animales? ¡¿Por qué no lo detuviste?! ¡Es culpa tuya, solo culpa tuya! ¡Maldita custodia!

Eduard corrió hacia ella, pero Mercè no quería consuelo. Se arrastraba por la sala, golpeando las paredes, llorando con rabia. Hacía años que no se rebelaba así contra Dios, no desde que su hermano pequeño había muerto de fiebres altas en sus brazos.

—¡Te supliqué que me la cuidaras! —Arañaba el aire—. ¡Te lo rogué con el corazón abierto… y tú…!

Cayó de rodillas, exhausta, el rostro empapado en lágrimas, los puños cerrados. El silencio como una piedra. En ese silencio solo se oía su llanto sordo y la respiración entrecortada de Maria allí dentro, en la habitación.

Esa noche no durmieron. Lavaron el cuerpo antes de que comenzara la rigidez y llamaron al médico del barrio para que certificara la muerte. Aquel trámite —habitual, frío, necesario— le había costado un mundo, y aún no sabían si encontrarían un lugar donde enterrarla. Sin sacerdote. Sin consuelo.

Mercè echó a las vecinas y no permitió que ninguna la ayudara a limpiar. Entró en la cocina, tomó el cubo de agua, el estropajo y la lejía, y empezó a fregar el suelo del comedor en el mismo lugar donde habían encontrado a Anna con la sangre ya seca. Fregaba como si quisiera arrancar la muerte de las juntas, borrarla con las manos. Fregó hasta que los nudillos se le agrietaron, hasta que las uñas se le doblaron, hasta que el llanto y el dolor se mezclaron con el olor penetrante del desinfectante y el sabor a sangre en la boca.

Siguió fregando cuando ya no quedaba sangre. Cuando solo quedaba el recuerdo.

Eduard intentó detenerla, pero ella le apartó la mano con un grito, un alarido que ya no era humano, sino animal. Finalmente, se quedó de rodillas, los puños sobre la piedra húmeda, la mirada perdida, el cuerpo vencido. En aquel silencio solo se oía el goteo lento del cubo volcado y la respiración entrecortada de Maria en la habitación.

Al amanecer, una luz tenue entró por la cortina. Anna yacía en la cama, cubierta con una sábana limpia. La muerte le había dejado el rostro pálido, la boca entreabierta como si aún quisiera pronunciar una palabra. En las manos, Mercè le había puesto un rosario antiguo, de hilo dorado y cuentas gastadas. No quedaba nada por hacer, solo velarla. Fuera, la ciudad temblaba bajo el polvo y el miedo; había muertos que pasaban días sin sepultura, y el grito y su eco eran el pan de cada día.

En aquella habitación solo quedaba el silencio. Guillem se había sentado en un sillón viejo. En un rincón de la memoria, aún veía a aquella niña que llevaba el almuerzo a su padre cuando él trabajaba en el templo, la que lo observaba entre los tablones del andamio sin decir palabra hasta que un día se atrevió a saludarlo, a sonreírle.

Y nunca más se separaron.

Mercè, de pie tras la puerta entreabierta, había pasado la noche buscando una explicación que no llegaba, intentando despertar de una pesadilla que la consumía. La casa había quedado muda, y nadie podía imaginar cuánto se extendería el rastro de aquella

noche. Ni siquiera Maria, sentada en un rincón con la mirada vacía y los puños cerrados, lo sabía.

Porque lo peor aún no había dado señales.

Porque dentro de ella, sin que nadie lo supiera, otra herida empezaba a gestarse.

2026

Todo empieza por casualidad. Busco un viejo recorte de mi padre — un reportaje sobre el Eixample de los setenta, cuando los andamios devoraban los balcones y el cemento ahogaba los jardines— y, al revolver, se me cae una carpeta con papeles mezclados. Entre facturas y borradores, encuentro una fotocopia descolorida de una entrevista. Una mujer con gafas grandes, arrugas finas y la serenidad de quien ya no tiene prisa. Debajo, el pie de foto: «Margarita Brender Rubira, arquitecta». Fue ella quien introdujo el concepto de «espacio humano» en la Barcelona de los sesenta. La primera mujer colegiada en el Colegio de Arquitectos de Cataluña (COAC).

Nunca había oído una palabra de ella. Ni en los libros, ni en la universidad, ni en ninguna visita guiada. Hablaba de arquitectura como quien habla de responsabilidad y de vida: «Los espacios deben acoger, no exhibirse. Deben permitir vivirlos, no solo admirarlos».

En sus palabras hay una forma de mirar que no se impone, escucha.

Hago una búsqueda mental e histórica. En 1940 no había ninguna mujer arquitecta colegiada en Barcelona. Algunas habían empezado en Madrid antes de la guerra, pero fueron expulsadas, silenciadas, inhabilitadas. Esa ausencia también es un vacío.

Me doy cuenta de que nadie me ha explicado nunca la ciudad con una voz como la suya. ¿Qué cambiaría si construyéramos con la vida

cotidiana en el centro? Con cuidado, con empatía, con conciencia de los ritmos y de las interdependencias reales.

Y, sin embargo, hemos estado siempre. Invisibles pero presentes, con otras formas de habitar. Con preguntas que no nacen del poder, sino del cuidado y de la experiencia vivida. Una aportación que no busca imponer formas, sino transformar el sentido mismo del diseño.

Pienso en la Sagrada Familia. He pasado media vida entre sus columnas y vitrales, explicándola. Gaudí concibió un templo vivo, orgánico, simbólico. Pero también es una ciudad dentro de la ciudad, y me pregunto qué voces no pudieron entrar. Quizá no porque no quisieran, sino porque no las quisieron oír.

Pienso en mi madre, Clara. No figura en ningún registro. Pero la luz, antes de atravesar el vidrio, pasaba por sus manos y por las de otras mujeres anónimas que cortaban, teñían, montaban fragmentos. Necesarias. Discretas.

Pienso en Cesca, la que fue mi compañera de vida. Recuerdo solo cómo daba aire a los lugares. Un espacio humano también es eso, alguien que te deja respirar.

Hoy miro el templo de otro modo. Si las que no pudieron dibujar nada hubieran tenido voz, quizá habría más recorridos de descanso, bancos que invitan a quedarse, lavabos pensados sin prisa y lugares de conversación donde el ruido no lo devora todo: espacios no para exhibirse, sino para acoger.

Me siento heredera de esas arquitectas invisibles. En mi pequeño templo —la cripta donde la música abre espacio— me gustaría dejar una huella discreta. A veces basta con un signo, una flor amarilla en la barandilla.

¿Y Ona? La observo mientras juega y entiendo otra forma de percibir: un mapa de equilibrios sutiles que aún aprendo a leer. Quizá el futuro también sea eso, proyectar desde la escucha.

III

Lo que arde y lo que permanece

Barcelona, 1940

1

Mientras el nuevo régimen se imponía implacable, la ciudad parecía contener la respiración.

Maria caminaba con paso incierto, pero con la mirada firme. Llevaba el cabello recogido y un abrigo demasiado corto que apenas le cubría las rodillas. Pese a las medias, el frío le trepaba por las piernas hasta el vientre. A su lado, su madre, Mercè, avanzaba en silencio. Fue ella quien le propuso ir al templo.

—Dicen que quieren reconstruir las Escuelas. Me gustaría ver si es verdad, si ya han empezado en serio.

Con ese deseo en el corazón, cruzaron la calle Mallorca en diagonal mientras una pareja de falangistas las observaba desde la esquina. Maria se mantuvo erguida y no bajó la cabeza. Mercè no pasó por alto la actitud de su hija, pero no dijo nada. No podían vivir siempre con miedo. Después de la guerra, cualquier gesto podía

considerarse sospechoso: una sonrisa, una mirada, incluso una manera de andar. Pero sabía que Maria necesitaba sentirse libre.

Su hijo, Ramon, de apenas tres años, se había quedado en casa con el abuelo. Eduard estaba encantado de cuidarlo y de volver a oír risas y carreras. Con tanto horror reciente, la presencia de un niño había devuelto un poco de vida entre tanta sombra. Anna ya no estaba. Tampoco Guillem, porque, al cabo de tres meses, consumido por el dolor y la culpa, acabó entregándose a aquello que hacía tiempo lo rondaba.

Al pasar junto al recinto calcinado, Mercè se detuvo y respiró hondo. El muro ennegrecido, que había sido el hogar de Gaudí y de toda la familia Alpiste, aún conservaba su forma, como un diente carcomido en una boca de piedra.

—Aquella maldita noche fue una pesadilla —murmuró, intentando apartar de la memoria tantas imágenes aterradoras.

Maria asintió con la cabeza. Más allá de su propio drama, no sabía con certeza qué había ocurrido. Cuando sus padres regresaron a casa, apenas pudieron contarlo; estaban sobrepasados por la realidad.

—¿Me lo cuentas, madre?

—Todo fue muy confuso… Cuando tu padre y yo llegamos, el fuego estaba en la cripta; todavía no se había extendido, pero una ráfaga de viento lo cambió todo. Los Alpiste tuvieron que huir en plena noche. María Eugenia llevaba un pañuelo de trabajo a modo de hatillo con cuatro cosas que había recogido a toda prisa. Jaume guardaba en el bolsillo su última paga.

Hizo una pausa y se pasó los dedos por los nudillos.

—Jaume y Andrés regresaron después con la esperanza de salvar algo. Pero encontraron muy poco.

—¿Qué hallaron?

—Un álbum medio quemado, el conmemorativo del cincuentenario del templo. Y una sopera.

—¿Una sopera? —repitió, sorprendida.

—Sí. Una sola pieza de la vajilla buena. Lo extraño es que las monedas de latón y cobre que había dentro se fundieron con el fuego. Gregoria la guarda en su casa y siempre lo cuenta al mostrar el vidrio irisado. Volvieron cuatro días después.

—Si dices que no quedaba nada, ¿a qué fueron?

—Fueron a la cripta, hija. Querían proteger la tumba de Gaudí. Temían que alguien la profanara. Entraron de noche con sacos y palas. Mientras uno vigilaba, el otro amontonaba escombros y piedras sobre la lápida. Querían dejarla oculta, que nadie la encontrara, que nadie pusiera las manos sobre ella.

Al entrar en el recinto, vieron que los andamios habían desaparecido. Las piedras estaban esparcidas a la intemperie, y un hombre con un plano en la mano caminaba entre las columnas tomando notas. Llevaba sombrero y tenía una expresión dura, decidida.

Mercè susurró:

—Debe de ser Francesc de Paula Quintana, el nuevo arquitecto. Tu padre dice que fue discípulo de Gaudí y ayudante de Sugrañes. Parece que quiere volver a empezar.

—¿Volver a empezar? —repitió Maria.

—Exacto.

—Pero empezar ¿con qué? —preguntó abriendo los brazos, sin saber adónde mirar en aquel paisaje devastado.

Siguieron caminando en silencio. Mientras tanto, el hombre del sombrero se acercaba con paso firme, aunque sin prisa.

—Las he visto observando las Escuelas —dijo—. ¿Conocían a alguien que trabajara aquí?

Mercè dio un paso al frente.

—Mi marido y yo pasamos la vida entre estas paredes, y mi hija creció aquí.

Calló un momento, como si quisiera retener aquella imagen antes de que se desvaneciera.

—Soy Quintana. Francesc de Paula Quintana —dijo él, quitándose el sombrero. Su voz era grave pero cordial—. Estamos intentando que todo esto vuelva a la vida. ¿Les gustaría verlo?

Maria no se atrevió a responder, pero Mercè no lo dudó ni un instante.

—¡Oh, muchísimas gracias! La verdad es que nos haría mucha ilusión.

Cruzaron un corredor lateral de muros agrietados y bajaron por una escalera estrecha que conducía a los bajos del templo. El aire olía a yeso y a cola caliente. Dentro, varias mesas grandes estaban cubiertas de fragmentos, fotografías antiguas, piezas recortadas. Todo tenía un aire provisional pero vivo.

—Aquí es donde intentamos reconstruir lo que se perdió —explicó Quintana mientras retiraba una tela que cubría una maqueta a medio hacer—. Con paciencia.

Maria abrió los ojos como si la luz le llegara de golpe por dentro. Era una estructura de finos alambres, tornillos y pequeños pesos de

plomo colgando. Debajo, un espejo invertía la imagen, y así las catenarias se convertían en formas arquitectónicas.

—Cada pieza es una pregunta —dijo Quintana—. Hay que saber de dónde viene, a qué fragmento pertenece, con qué se conecta. Hemos tardado meses en reconstruir una simple columna. A veces entender un solo ángulo puede llevarnos días.

—¿Y de qué modo deducen las formas? —preguntó Maria en voz baja—. Si no tienen los planos completos…

El hombre que trabajaba junto al arquitecto intervino:

—Algunas las deducimos a partir de fotografías, bocetos, recuerdos. Mi padre trabajaba aquí casi con los ojos cerrados. Y todavía ahora, cuando toco una pieza, lo recuerdo moviendo otra igual. Es como si hablara con él.

—¿Matamala…? —dijo Mercè, sorprendida.

—¿Mercè?

Era Joan Matamala, con el cabello algo más claro y el cuerpo más magro, pero con la misma mirada limpia de entonces. Dejó el compás sobre la mesa y se acercó sonriendo.

—¡No puedo creerlo! —dijo ella—. Aún recuerdo cuando explicabas a los niños la simbología del pelícano. Aquel día me hiciste entender cosas que ni mi padre me había sabido enseñar. Me alegra saber que te incorporas de nuevo…

Antes de que terminara la frase, él negó con la cabeza.

—No, Mercè. No me veo con fuerzas para volver a esculpir en la fachada del templo. Siento que mi etapa ya pasó. Pero puedo ayudar en la restauración de las maquetas. Sé que puedo ser útil. Toda la documentación que dejó mi padre, sus notas, sus fotos, sus piezas también son nuestra brújula.

—¿Y si no encajan? Si no encuentran la pieza que falta… —preguntó Maria en voz baja, casi temiendo romper algo.

Quintana la miró con serenidad y esperó un momento antes de responder.

—Entonces esperamos. No forzamos nada. Jamás forzamos una forma si queremos que sea fiel al espíritu de Gaudí. La paciencia constituye una parte del proyecto. Es como una ley secreta. A veces hacen falta meses para entender cómo se relacionan dos piezas. Pero cuando encajan…, entonces todo respira.

Maria bajó la mirada y acarició instintivamente una pieza de madera aún agrietada. Tenía el tacto áspero y frágil de lo que ya ha vivido. Por un instante vio claramente las manos de su madre, cubiertas de polvo de yeso, recogiendo trozos de quietud entre clase y clase.

Joan Matamala siguió contando el trabajo que habían realizado en los últimos años, sereno pero convencido:

—Creedme. A veces podían pasar horas hasta acertar el grado exacto de la curvatura que debíamos usar. Todo era lento, meticuloso, incierto. Pero sabíamos que sin ese trabajo no habría futuro.

—Cada línea reconstruida era una forma de resistencia —añadió Quintana.

—Y cada gesto, una manera de seguir creyendo. A pesar de tanto dolor —susurró Joan con la mirada baja.

Nadie añadió nada más.

Cuando salieron al exterior, la luz les hirió brevemente los ojos. Al pasar frente al edificio de las Escuelas, Maria se detuvo. El tejado, aún por rehacer, dejaba entrever el esqueleto de madera.

—De niños nos daba miedo —murmuró mirando hacia arriba—. Pensábamos que eran las costillas de un animal gigante dormido. —Hizo una pausa—. Después nos explicaron que era solo la estructura, el primer paso. Que el tejado se cubría con una forma ondulada, como una ola quieta.

Quintana sonrió, pero sin alegría. Era la sonrisa de quien vuelve a ver algo que amó mucho y que ahora parece más vulnerable.

Alargó la mano y siguió con los dedos una grieta en la pared.

—Como si todo fuera más pequeño…

Maria se quedó mirando el edificio en silencio. Pese al abandono, aún reconocía las voces, los pasos, el eco de las horas largas que había pasado allí de niña. Luego añadió:

—Madre…, creo que volveré a pedir trabajo en el taller de los Bonet.

Mercè la observó un momento y asintió con gesto escueto.

El sol se filtraba por una rendija del ábside y proyectaba una mancha de luz sobre una piedra desnuda. Mercè se fue hacia la sombra. Maria, en cambio, permaneció de pie bajo la luz, inmóvil, y se dejó atravesar por aquel rayo.

2

El frío se había metido en las piedras del templo y parecía decidido a quedarse. En el interior de la sala, una luz mortecina se colaba por una ventana alta y sucia. El aire olía a rancio. Fuera, el ruido de un

carro, el chirrido del tranvía y el ladrido lejano de un perro se mezclaban en un mismo pulso inclemente. Era invierno y hacía un frío de posguerra.

Dentro, los hombres se movían con contención. Una estufa de hierro fundido crepitaba en un rincón, aunque el calor apenas alcanzaba las primeras filas de sillas. Francesc de Paula Quintana repasaba unos planos sobre la mesa. En su rostro se leía la preocupación, pero no el desaliento.

—Los cimientos del ala este han resistido. Hemos podido recuperar parte de los bocetos originales. Lo que no tenemos… habrá que reinventarlo.

Uno de los hombres, representante del régimen —bien peinado, con americana ajustada y una libreta de tapas negras—, se retrepó en la silla. Tenía la mirada aguda y el aire de quien escucha no para comprender, sino para controlar.

—El ministerio espera noticias claras. El proyecto debe ajustarse al ideario nacional, no solo a la memoria de un hombre.

Quintana no se movió. Lo miró brevemente, con la calma de quien ya no tiene paciencia para ciertas formas de franqueza.

—Este templo no es solo la memoria de un hombre —dijo con serenidad—, sino la de todo un pueblo. Y de un tiempo.

Joan Matamala, sentado cerca de él, asintió apenas con la cabeza. Ya no esculpía, pero su presencia imponía respeto. Los ojos le brillaban al oír hablar del maestro. La guerra le había arrebatado la fuerza de las manos, pero no la fe.

Al otro lado de la mesa, Mercè se incorporó. Llevaba un pañuelo oscuro sobre los hombros y las manos entrelazadas sobre el regazo. No había hablado aún, pero estaba allí por expreso deseo de

Quintana, que, tras su encuentro de unas semanas antes, le había pedido que participase como representante del barrio y antigua maestra de las Escuelas del templo.

—Solo quisiera recordar una cosa —dijo con voz baja pero firme—. Este templo nació con niños jugando en el patio. Con maestras, con canciones. Antes de que se elevara el monumento, ya había vida.

El hombre del régimen —bien sentado, bien afeitado, bien convencido— se removió con una sonrisa leve en los labios. Y, casi sin mirarla, dejó caer:

—Disculpe… ¿Qué cargo ocupa usted? ¿Es arquitecta?

No sonó como una pregunta, sino como un dardo.

Mercè sostuvo la mirada. No parpadeó. Pero quienes la conocían habrían notado cómo se aferraba al pañuelo con más fuerza.

—No, señor. Soy maestra. Con muchos años de oficio. Enseñé a leer a niños que hoy levantan andamios. Algunos, de no haber sido por la escuela del templo, jamás habrían pisado un aula. Y quizá tampoco habrían salido vivos de la miseria.

Hizo una breve pausa. Luego añadió con calma contenida:

—Sé que no es un título que impresione en esta mesa, pero a muchos nos ha costado la piel ganarlo.

Un silencio denso recorrió la sala. El funcionario bajó la vista hacia su libreta. No volvió a escribir nada.

Entonces, desde el lado derecho, Joan Matamala levantó levemente la cabeza y, con voz grave y serena, dijo:

—El maestro Gaudí solía decir que la escuela era la primera piedra.

Nadie lo contradijo.

La reunión se prolongó un par de horas más. Había que discutir cuestiones logísticas, presupuestos, materiales escasos. También salió, de manera tangencial pero insistente, la vieja cuestión de si el templo debía convertirse en parroquia.

El representante del régimen insistió con diplomacia forzada, hablando del «arraigo doctrinal» y de la «estructura pastoral».

Quintana se limitó a recordar que aquella propuesta —defendida años antes por el obispo Irurita— no se había materializado, ni había sido nunca el objetivo fundacional del templo. Luego recondujo la conversación hacia temas técnicos con la discreción calculada de quien está acostumbrado a mantener el equilibrio.

La estufa chisporroteaba, como para dar testimonio de su presencia. Fuera, alguien arrastraba una escalera sobre el pavimento.

Cuando todos empezaban a recoger los papeles, un golpe seco en la puerta interrumpió la reunión. Un hombre mayor, de ropa modesta y voz ronca, se asomó por la puerta. Sostenía una maleta vieja entre las manos.

—Disculpen… Me dijeron que aquí tal vez habría alguien interesado en esto. No sé si hago bien en traerla, pero…

Todos se giraron. Quintana le hizo un gesto con la mano, invitándolo a entrar. El hombre dejó la maleta sobre una mesa lateral y carraspeó.

—La encontramos hace un par de años en el andén del metro de Aragón. Un hombre se desplomó de repente. Nadie sabía quién era, y el médico tardó en llegar. Cuando los camilleros lo metieron en la furgoneta de la Cruz Roja, estoy seguro de que ya estaba muerto. La maleta quedó allí. La cogí. Pensé…, no sé…, que tal vez habría algo

de valor, unas monedas, algo que pudiera vender. En casa pasábamos hambre.

Hizo una pausa breve y bajó la cabeza avergonzado, como si pidiera perdón. Luego, con un gesto entre resignado y desafiante, añadió:

—Pero dentro solo había papeles y más papeles que yo no sabía leer. Algunos, chamuscados; otros, llenos de dibujos. Nada que pudiera aprovechar.

Entonces, mirando a Matamala, dijo con cierto orgullo:

—Mi hijo sí sabe leer. Él fue a la escuela. Fue él quien me dijo que el nombre escrito en este cuaderno era el de un tal Domènec Sugrañes. En aquel momento no me dijo nada. A mí me daba igual que se llamara Domènec o Federico. Pero ayer, al oír el nombre por la radio, lo recordé. Hablaron de esta reunión, y por eso he venido.

Ante la expectación contenida de los presentes, el hombre abrió la maleta con lentitud. Sacó un plano arrugado y de bordes chamuscados, y lo extendió sobre la mesa con manos temblorosas, sin llegar a alisarlo del todo. Después mostró varios montones de hojas sueltas, de tamaño y color desiguales: algunas escritas a lápiz con letra menuda y apurada; otras, con manchas de humedad o restos de cera.

Apartó un trozo de papel de embalar manchado de aceite, y debajo apareció una libreta pequeña, de bolsillo, gastada por las esquinas, con anotaciones diminutas que parecían fórmulas, cálculos o aforismos.

Matamala alargó la mano y la tocó con reverencia.

—Es su trazo —dijo con voz casi quebrada.

El hombre miró a su alrededor, incómodo.

—Yo no pido nada. Pero si hubiera… algo. Quiero decir, si resulta que todo esto vale para algo…, ya me entienden.

Quintana lo miró sin prisa. No sonrió, pero habló con una solemnidad amable.

—No puedo prometerle una recompensa, pero sí puedo asegurarle que su gesto es de una importancia capital. Nunca se lo agradeceremos bastante.

El hombre asintió. Sacó un trozo de periódico doblado con una dirección escrita en tinta roja y lo dejó sobre la mesa.

—Por si acaso… Me llamo Serapi, como mi padre. Vivo en la calle Nàpols, cerca de Marina.

Se dio media vuelta, pero no se apresuró a salir. Se detuvo en la puerta, esperando quizá que alguien lo llamara.

Pero nadie lo hizo.

3

Maria no podía conciliar el sueño. Dormía con su hijo en la antigua habitación de los abuelos, y quizá por eso a veces, cuando el niño se despertaba antes del amanecer, las sombras del farol le devolvían escenas de la infancia. En ese mismo lugar habían velado a su abuela, o encontraba a menudo a su abuelo dormido con la boca entreabierta. Todo le parecía aún demasiado reciente, demasiado vivo. Ahora era ella quien ocupaba aquel espacio, con un hijo en brazos y un futuro incierto entre las manos.

Miró el reloj, eran las tres y media. El cuerpo le pedía quedarse en la cama, pero su alma estaba despierta. Permaneció sentada con la espalda apoyada en la pared fría, observando cómo fuera las sombras cambiaban de forma al compás del movimiento de las hojas. La noche le recordaba que todo pasa, que nada dura: ni el dolor, ni el miedo, ni siquiera la culpa.

Llevaba semanas trabajando de nuevo en el taller de los Bonet. Se encargaba de tareas menores: preparar materiales, limpiar mesas y empaquetar piezas. Nada pesado, pero tampoco algo que la ilusionara. Le costaba encajar; tenía la sensación de ir a contracorriente.

Cada tarde regresaba con el dolor de espalda de quien arrastra no solo el día, sino también el pasado. De niña había ido al taller movida por la curiosidad; ahora lo hacía por necesidad. Quería aportar dinero a una economía familiar debilitada, ayudar con los gastos del niño y, más adelante, quizá ahorrar para que su hijo pudiera elegir su propio camino. La guerra y el embarazo le habían cortado de raíz las expectativas, hasta las ganas. Pero todavía quedaba dentro de ella algo que la empujaba a seguir adelante.

Miró al pequeño Ramon, que dormía de lado con una mano bajo la mejilla. Los ojos azules de su hijo la perseguían desde el primer día. Eran azules, fríos, ajenos, del mismo color que los del agresor. Esa mirada la había empujado al vacío y aún se le aparecía en sueños. A menudo, cuando el niño la miraba fijamente, tenía que apartar la vista: era como reflejarse en un espejo de agua que temblaba. Pero otras veces, como ocurre con el mar, el color cambiaba; dependía de cómo caía la luz, del paso de las nubes.

Había días en que aquellos ojos se volvían de una ternura que la desarmaba, y otros en que regresaban al mismo abismo de siempre.

Quizá era ella quien cambiaba, y quizá, dentro de aquel refugio de inocencia que eran los ojos de su hijo, hubiera espacio para dos verdades: la de amar y la de no poder; la de la vida que había salvado y la del dolor que no olvidaba.

Aún no sabía si alguna vez podría separar al hijo de esa sombra, pero por ahora le daba la mano.

Fue a la cocina a por un vaso de agua y no pudo resistir la tentación de asomarse a la habitación de sus padres. Es hermoso ver dormir a las personas que uno quiere; cada cual lo hace a su manera.

Su padre también roncaba con la boca abierta y un pie fuera de la manta. Desde que volvió de la guerra con la pierna maltrecha, cojeaba más que nunca; a veces bromeaba con ello, otras golpeaba la mesa de repente, como si toda la rabia contenida le estallara por dentro. Volvió mudo, pero aquel silencio no era ausencia de palabras: era ausencia de esperanza y de paciencia.

Mercè dormía boca arriba con las manos cruzadas sobre el pecho y el rostro tranquilo, como si nada hubiera pasado. Pero ¡había pasado! El miedo, el hambre, la vergüenza.

Aquel invierno, durante unos meses, escondieron a un hombre en casa. No sabían mucho de él, solo que había luchado con los republicanos y que, si lo encontraban, lo matarían. El padre lo decidió sin consultar a nadie; dijo que era lo correcto, que no podían dejar de ayudar a quienes habían combatido por el pueblo. Mercè bajó la cabeza, pero no para asentir. Era ella quien, cada noche, le

llevaba la comida, le cambiaba el agua, le vaciaba el orinal sin una sola queja, como quien hace lo que debe, no lo que quiere.

El hombre se alojaba en una vieja habitación de servicio, junto al lavadero. Olía a lejía, a ropa húmeda y a miedo. Nadie abría nunca aquella puerta. Maria, embarazada de poco, nunca subió, pero lo sentía, o tal vez lo presentía, y eso la removía por dentro. No solo por el temor a que los descubrieran, sino porque tener a un hombre desconocido tan cerca la oprimía. No podía evitarlo. Y mientras las patrullas pasaban por la calle, ella se tragaba el miedo como quien se traga las propias lágrimas.

Recordó que de niña dormía siempre boca arriba. Después de la violación, lo hacía en posición fetal, encogida, hecha un ovillo. Durante el embarazo, su cuerpo se le volvió extraño y empezó a producirle rechazo. No quería aquel hijo que crecía dentro. Lo vivía como una amenaza. Durante las primeras semanas, dejó de comer; se golpeaba el vientre a oscuras, fingía malestares para tomar remedios que le hacían daño con la esperanza de que también dañaran al feto. Pero nada. El niño resistía. Y ella se sentía más prisionera que nunca: de su cuerpo, de la mirada muda de sus padres, del silencio que se le había instalado en la garganta.

Mercè lo veía. Nunca dijo nada, pero lo veía. Le preparaba comidas que ella no probaba, le llevaba infusiones calmantes, le sostenía la mirada cuando volvía del médico con el rostro ceniciento. A su manera, también era una mujer herida: había perdido a su hermano pequeño y, durante años, se había preguntado si había hecho bastante por salvarlo. Ahora temía perderla a ella.

Cuando el niño nació, Maria no supo si lloraba de agotamiento o de desesperación. Durante dos días solo lo miró desde lejos; luego,

una noche, lo amamantó. Lo acercó al pecho con una mano temblorosa, el cuerpo helado y la garganta cerrada. El pequeño empezó a succionar y ella tuvo que contener un escalofrío, una náusea: una mezcla de culpa y ternura, de rechazo y contacto. La inscripción en el registro la realizó la comadrona, con el nombre de la madre y la nota seca de «hijo natural».

Aquel acto tan íntimo le pareció brutal: la vida le exigía una entrega que aún no podía dar. Y, sin embargo, la dio. Sostuvo a aquella criatura con la misma fuerza con que sostenía su propia contradicción y siguió adelante, fingiendo ante todos. Con el tiempo, Maria aprendió a besar a su hijo como quien aprende una lengua extranjera: con inseguridad, con tropiezos, con silencios entre las palabras.

Para distraerse, fue a la cocina. Sobre la mesa había una vieja caja de madera. Dentro guardaba fragmentos de vidrio que sobraban del taller, pequeños trozos que nadie quería pero que ella recogía, un poco como cuando era niña. Ese día habían empezado un vitral para la parroquia de San Joan de Reus y le gustaría verlo terminado algún día.

Tomó una pieza verde y la miró a contraluz. Pensó que aquel verde no era ni alegre ni triste, era esperanza. La guardó de nuevo en la caja, junto a las demás.

Cuando regresó a la cama, el niño seguía dormido. Lo miró largo rato. Había días en que, al verlo jugar y sonreír, quería amarlo como hacen las buenas madres, pero luego le volvía a la mente aquel otro cuerpo —el del violador— pesando sobre ella, y todo se le nublaba. Cerró los ojos y se encogió de nuevo. Dormía como duermen las heridas, con la piel quieta y el grito dentro.

2026

Es domingo por la noche y acabo de ver Still Walking *(*Aruitemo Aruitemo*), que significa «seguir caminando». Me ha conmovido porque muestra cómo una familia sigue adelante sin hacer ruido, solo cargando con los recuerdos, los desencantos y las expectativas que nadie expresa. No hay grandes confesiones, pero todo está ahí: el duelo, la esperanza, la renuncia. Hay silencios que no necesitan traducirse.*

Cuando aparecen los créditos, pienso en mi abuela Maria. Apenas figura en los relatos familiares y conservo pocos recuerdos propios. Una presencia discreta, casi borrada. Sin embargo, cada vez que tropiezo con algo suyo —una fotografía sin fecha, un papel dentro de un libro— tengo la impresión de que vivió más de lo que nunca me contaron.

A veces surgen huellas desconcertantes: una entrada de cine, una frase subrayada, una dirección extranjera escrita en el margen de un calendario antiguo. No sé hilar un relato; apenas percibo sombras, como si alguien hubiera querido preservar una parte de ella fuera del alcance de todos.

Quizá hay historias que no se cuentan. No porque falten datos, sino palabras. O coraje. O porque, en aquel tiempo, para una mujer sola con un hijo pequeño ciertas cosas no podían decirse.

Ahora que ya no busco respuestas nítidas, sino matices, tengo la sensación de que Maria también amó. De que detrás de aquella vida

contenida había alguien que escuchaba música, que escribía cartas, que soñaba quizá a contracorriente.

Mi abuela no me deja un relato, pero me deja pistas. Y ahora que sé acercarme sin exigir, solo escuchando, como quien traduce una lengua desconocida, empiezo a entender el mensaje que dejó.

Me vuelve una frase de Clarice Lispector que copié hace tiempo sin llegar a entenderla y que ahora, por fin, comprendo desde el lugar donde late: «Era, sin saberlo, una forma de resistencia».

IV

Un encuentro en la cripta

Barcelona, 1944

1

Los tranvías chirriaban sobre los raíles embarrados, iban llenos de cuerpos vencidos. El humo de las cocinas y las fábricas, con salidas bajas y oxidadas, se deslizaba por las calles con la misma persistencia que los murmullos. Olía a jabón rancio, a café de algarroba o achicoria calentado al fuego de carbón.

Los vecinos ya no preguntaban adónde ibas; decían solo «bajamos hasta el templo», y la palabra quedaba cargada de un respeto sin nombre. No hacía falta explicarlo de otra manera.

Mercè, con las rodillas entumecidas por el frío y una vieja capa de lana sobre los hombros, tiraba de la mano de Ramon. El niño tenía siete años y una belleza extraña. El cabello fino y los ojos de un azul glacial contrastaban con la piel morena y le daban un aire enigmático. Hablaba poco, pero lo absorbía todo: los andamios que

crujían, el movimiento lento de las grúas de cuerda, los hombres que gritaban órdenes desde una plataforma de madera.

Otros obreros, cubiertos de polvo, cortaban bloques de piedra que escupían un polvo fino y emitían un sonido metálico, musical.

—¿Cómo hacen para dejarla tan lisa? —preguntó el niño, mirando una columna recién pulida.

—Ay, no lo sé bien, querido —dijo Mercè, acariciándole el pelo—. Pero parece que la piedra volviera a crecer, como si los hombres la despertaran de un sueño muy largo.

—¿Como si fueran tortugas? —dijo él con una sonrisa tímida—. De esas que viven cien años y no tienen prisa por nada. ¡Me lo contó mamá!

Mercè soltó una risita.

—Sí, Ramon, como tortugas gigantes. Pero estas, cuando despiertan, levantan catedrales.

Caminaron un rato sin decir nada más, atrapado cada uno en sus pensamientos, mientras dejaban atrás los sonidos de las herramientas y las voces apagadas. Pese al rumor constante de la ciudad, una especie de quietud los envolvía. El templo, la ciudad, el país entero vivían dentro de un silencio denso hecho de sermones vigilados, ventanas cerradas y nombres que ya no podían decirse.

Pasaron frente al taller de los canteros. Las herramientas rascaban. Las palabras se apagaban. Pero, desde el interior del templo, un obrero entonaba un verso del *Virolai* con una voz que parecía provenir de las profundidades. El sol de marzo dibujaba triángulos de luz en la pared de piedra y hacía brillar las motas de polvo suspendidas en el aire.

—¿Por qué cantan, si están trabajando?

—Porque así se cansan menos, Ramon. Y dicen que la piedra, cuando escucha canciones, guarda algo de ellas en su interior.

Ramon no contestó. Se acercó a una columna baja y apoyó la oreja. Permaneció así unos segundos. Luego dio un paso atrás y miró a su abuela.

—Se oye algo…

Mercè sonrió.

—Trabajar cantando hace que el trabajo salga mejor. Estoy convencida de que, así, la piedra entiende que lo que hacen es importante.

Ramon no respondió. Se acercó a una piedra a medio tallar, la tocó con los dedos y luego los miró. Los tenía polvorientos, blancos; los ojos le brillaban.

—Quiero hacer fotos de esto cuando sea mayor —dijo. Era la primera vez que lo manifestaba en voz alta.

Mercè lo miró de reojo y entonces recordó. Una tarde fría, dos años antes, en la plaza, habían visto a un fotógrafo ambulante con trípode, una cámara enorme y una capucha negra. El pequeño Ramon se había quedado boquiabierto y, al volver a casa, le había preguntado si aquello era magia. Ahora creía entenderlo; quizá no era magia, pero se le parecía mucho.

Mercè le apretó suavemente los dedos.

—Ay, Ramonet… Hace tiempo que miras el mundo como si quisieras atraparlo. Ve pensando cómo te gustaría hacerlo. Estoy segura de que, cuando llegue el momento, lo harás muy muy bien.

Siguieron caminando despacio, dejando que el sol tímido les acariciara la nuca. Otros visitantes, silenciosos y discretos, también

se acercaban para ver el estado de las obras o simplemente para sentir aquel espacio demasiado tiempo abandonado.

Cerca de ellos, un hombre de gafas redondas y cabello despeinado observaba el templo con interés. No llevaba herramientas ni papeles en las manos. Solo miraba con una expresión inquieta. Ramon se fijó en él y lo señaló. Mercè tuvo que bucear en su memoria…

—Creo que es el señor Jujol, un arquitecto. Lo vi una vez hace muchos años. Quizá ha oído decir que el templo vuelve a despertar y ha venido a comprobarlo con sus propios ojos. Pero no lo molestemos…

Ramon se dio por satisfecho con la explicación.

Cuando Mercè llegó ante la puerta de hierro de las Escuelas de la Sagrada Familia, el niño caminaba a su lado medio corriendo, tirándole de la mano cada vez que se distraía con una piedra, una flor o una chispa de luz. La verja estaba medio abierta, sujeta con un alambre. Empujó con la mano izquierda y la puerta cedió con un crujido seco.

—¿Es aquí donde dabas clase, abuela? —preguntó el niño, frunciendo el ceño como si no fuera exactamente como se lo había imaginado.

—Sí, aquí. Y aquí también aprendió a leer tu madre —dijo Mercè con una voz suave pero firme.

El pequeño edificio de techo ondulado que Gaudí había levantado para acoger a los hijos de los obreros seguía en pie, pero ya no respiraba. Era como la noble concha de un animal que había huido hacía tiempo. Los cristales estaban sucios, y los escalones, cubiertos de musgo, pero el patio conservaba todavía una dignidad triste.

Un grupo de niños jugaba con una pelota de trapo. Gritaban poco, como si alguien les hubiera prohibido la risa. Al otro lado, tras un muro bajo, un grupo de niñas formaba la fila en silencio, con las manos unidas delante. Una monja joven de ojos fríos las ordenaba como muñecas alineadas, sin voz ni voluntad.

—¿Por qué no juegan juntos? —preguntó Ramon.

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé —respondió Mercè, dejando que la mirada se le escapara hacia el patio—. ¡No lo puedo entender! Era bonito jugar juntos. —Hizo una breve pausa—. Ahora dicen que es mejor separarlos. Pero yo creo que eso nunca ayuda.

El niño se quedó pensando en el significado de las palabras de su abuela, dudando si las entendía. Una campanilla metálica sonó desde dentro. Entonces, un maestro de bigote fino y bata gris salió al porche con un cuaderno bajo el brazo. Miró primero a Mercè, luego al niño…

—Buenos días —dijo ella—. Soy Mercè Solé. Fui maestra aquí, en las Escuelas… Hace ya años.

—¿Disculpe, quiere hablar con el rector?

—No. Bueno…, todavía no.

El hombre bajó la cabeza. Ese tipo de conversación la había vivido demasiadas veces.

—No tenemos muchas plazas, señora Solé, y las que hay…, ya sabe cómo van las cosas ahora.

—Sí. Ya sé cómo van… —respondió ella, seca. No lo decía para hacerse la víctima, sino porque había vivido en carne propia el olvido forzado después de la guerra: la carta que nunca llegaba, los días de espera con la bata colgada detrás de la puerta—. Quizá haya alguna

tarea que pueda hacer. Organizar materiales, revisar libros, ordenar la biblioteca…

—La biblioteca, ¿dice? Me temo que no quedó nada. Ni un solo libro.

Se hizo un silencio espeso entre los dos. Dentro de las aulas, se oía una voz recitando el catecismo en castellano. Rígida, mecánica. Mercè apretó los puños sin darse cuenta. Su lengua había quedado fuera del recinto. Y también su saber y su derecho a enseñar.

Una niña la miró de reojo desde el pasillo. Llevaba el pelo recogido con una cinta blanca. Parecía asustada. Mercè le sonrió y solo con ese gesto volvió a sentirse maestra por unos instantes.

Dio media vuelta.

Antes de cruzar el patio, vio cómo los niños volvían a formar en silencio dos filas separadas bajo la vigilancia de un ayudante joven con uniforme azul. Todo estaba dividido: chicos y chicas, voces y silencio, memoria y olvido.

Al atravesar la verja oxidada, le había parecido que el templo se mantenía en pie solo para no dejar morir aquella escuela. Ahora sabía que, por el momento, no había lugar para maestras como ella, y mucho menos para niñas con voz propia.

De camino a casa, Ramon se detuvo de golpe frente a una pared sucia donde aún se veía una cruz blanca a medio borrar.

—¿Qué es eso, abuela?

—Un refugio —dijo Mercè en voz baja.

—¿Un refugio para escondernos?

—Exacto. No lo recordarás —dijo—, eras muy pequeño.

—Recuerdo que sonaban las sirenas y corríamos deprisa, y tú te enfadabas con el abuelo porque no quería bajar.

—Sí. Decía que esconderse era cosa de ratas… —confirmó Mercè —. Y siempre acababa convenciéndolo.

—¿Por qué decía el abuelo que esconderse era cosa de ratas?

—Y yo qué sé, déjalo… ¿No recuerdas que siempre salías con la cabeza llena de piojos y teníamos que empaparte con vinagre? ¿Y que el abuelo, para distraerte, ensartaba avellanas en un hilo y las encendía como si fueran un farolillo? Ardían enseguida por el aceite que tienen dentro. No había mucho espacio y, a veces, cantábamos bajito y nos tapábamos los oídos para no oír tanto las bombas.

—¿Tú tenías miedo, abuela? —preguntó el niño con los ojos muy abiertos.

—Mucho… Pero como tú y tu madre me mirabais, fingía que no. Cuando tienes hijos, el miedo te lo tragas como si bebieras agua caliente.

Ramon frotó la pared con los dedos, quizá para fijar aquel recuerdo que no era suyo, pero que ahora ya compartía.

Llegaron al andén justo cuando el tranvía giraba por la calle Marina. Mercè hizo una señal con la mano y el revisor frenó con ese chirrido seco tan característico.

Como de costumbre, iba lleno hasta los topes, con gente de pie agarrada a las barras y conversaciones apagadas entre bolsas y fardos. Una mujer murmuraba que aquella mañana, delante del colmado Quílez, la cola llegaba hasta la esquina y solo habían vendido un litro de aceite por cartilla. «Suerte de la vecina, que me guardó sitio», decía.

Mercè pensó que quizá habría que volver a hervir la leche con un poco de agua y espesarla con una pizca de harina de arroz para engañar el paladar y hacer que durara unos días más.

Cuando giraron por la plaza Urquinaona, ya casi llegando a casa, el sol se había escondido tras los tejados. Quedaba esa penumbra de media tarde que hace bostezar a los perros y aguzar el oído a los viejos sentados en el rellano.

El tranvía se alejó despacio, y la ciudad, cansada, pareció contener el aliento.

2

Era una tarde encapotada, de esas que parecen descolgarse como un velo gris sobre los tejados. Maria salió del taller Bonet con las manos manchadas de polvo y pigmentos. Se había limpiado los dedos con un trapo, pero en la piel aún quedaban restos de verde cromo y azul cobalto.

Sin prestar atención a ese detalle, llevaba unos libros bajo el brazo. Eran novelas que tomaba prestadas de la biblioteca del barrio, una sala húmeda de la calle Padilla con estanterías llenas de traducciones expurgadas y moral de catecismo. No era fácil encontrar libros en catalán ni demasiado modernos, pero ella sabía dónde buscar. Le gustaban las palabras, incluso las escondidas. No había querido ser maestra como su madre. Demasiadas normas, demasiados ojos mirando. Pero leía como quien entra en una casa propia, silenciosa, segura. Era una lectora tenaz y un poco secreta. Para ella, cada libro se convertía en una conversación privada con alguien que la entendía sin hacerle preguntas.

Aquel día, en el taller, había trabajado en una pieza pequeña, un rosetón para una parroquia de Lleida. El trabajo era rutinario, pero le gustaba el orden de los colores cuando la luz volvía a pasar por ellos. Aun así, Maria no tenía la cabeza en lo que estaba haciendo. Pensaba en su padre.

Hacía meses que Eduard ya no podía cargar peso como antes, pero se empeñaba en seguir activo. Ese día había ido a hacer un encargo sencillo: trasladar unas herramientas hasta la entrada del templo. No exigía mucho esfuerzo y le daba una excusa para sentirse útil; en casa todos lo agradecerían, porque volvería de mejor humor.

Habían quedado en encontrarse a la salida de la Sagrada Familia cuando él terminara.

Maria, sin embargo, llegó antes de la hora prevista y aprovechó para hacer una visita a la cripta. Allí se respiraba una especie de paz de raíz, un silencio denso como de pan cocido, un calor que llegaba de la tierra y no del cielo.

Mientras bajaba las escaleras de piedra, se ajustó el abrigo. Llevaba una bufanda de lana reutilizada que le había hecho Mercè. No había mucha gente: un matrimonio anciano sentado al fondo, un hombre de pie frente a la tumba del maestro. Y ella.

No pensó nada al verlo. Solo que no era de allí. La altura, la espalda un poco encorvada, el cuello cubierto con una bufanda gris demasiado fina para aquel frío, la libreta en la mano. No hacía ningún gesto religioso; solo miraba la lápida de Gaudí como quien escucha una música antigua.

Maria se sentó en uno de los bancos laterales, dejando un par de metros entre ambos. Dejó que la respiración se le hiciera honda, que

la tensión de los hombros cediera. Estaba cansada. Pero, en lugar de perderse en los pensamientos, se fijó en aquel hombre.

Él se volvió, como si hubiera notado su atención. No la miró directamente, pero le habló en voz baja:

—*I've found him.*

Maria parpadeó. El inglés le sonaba extraño; apenas había aprendido dos o tres palabras mal pronunciadas.

—¿Perdón?

Él giró la cabeza. Tenía los ojos color miel, de esos que no abruman pero te llegan. Sonrió levemente.

—Lo he encontrado —dijo en un catalán de vocales demasiado abiertas y con la musicalidad de una lengua aprendida de lejos. Luego señaló la lápida—. ¡Gaudí!

—Ah… —Maria se enderezó y miró a su alrededor—. Sí. Puede encontrarlo en todas partes…

Él asintió y guardó la libreta debajo del abrigo. Entonces sacó otra más pequeña, de tapas grises, y la abrió. Pasó las páginas como buscando una anotación.

—Me enseña catalán un amigo de Perpiñán —dijo mostrándole el cuaderno—. Cada día intento aprender de seis a diez palabras. ¿Quieres regalarme una?

Maria lo miró sorprendida y dudó unos instantes. No estaba acostumbrada a un trato tan directo con un desconocido. Al final, aceptó la propuesta.

—A ver si lo he entendido bien: quieres que te diga una palabra para esa especie de colección que haces, ¿verdad? —dijo con una sonrisa escéptica.

—Una que te parezca bonita. O difícil. O tuya.

Ella se inclinó y leyó algunas de las palabras que ya había escrito: «Piedra viva», «luz oblicua», «callar para escuchar»…

—¡Vaya! Pensaba que te referías a cosas más normales.

—¿Normales? ¿Por qué normales?

—Quiero decir… No sé, ¿de dónde has sacado estas palabras? Bueno, en realidad son frases…

Él se rascó la ceja, como si le diera cierta vergüenza confesarlo.

—De un libro de poemas de un tal Rosselló-Pòrcel. Lo encontré en Toulouse, en una librería que vendía libros prohibidos de aquí. No entendía todo lo que leía, pero algunas palabras me…, no sé cómo se dice…

—¿Gustar?

—No, más.

—¿Fascinar?

Acompañando la pregunta, Maria hizo un pequeño gesto con la mano, como si agarrara algo invisible en el aire y se lo llevara suavemente al corazón.

—Es cuando algo te atrapa sin permiso —añadió— y te quedas un poco… encantado.

Él la miró un momento sin decir nada, con las cejas alzadas, en un intento de guardar aquel gesto dentro de sí. Parecía buscar una respuesta, pero no le salían las palabras. Finalmente sonrió, casi con el ademán de un niño sorprendido en una travesura.

—En-can-ta-do —repitió despacio—. Esa me la quedo.

Ella asintió con una ligera sombra de risa en los ojos. Había un silencio cómodo, como si el frío de la cripta hubiera dejado de molestarlos.

—¿Puedo escribirla? —dijo él señalando la libreta.

—Claro —dijo Maria—. Pero pon que no solo es bonita. Que es, ¿cómo diríamos?, peligrosa.

Él alzó una ceja, divertido.

—¿Peligrosa?

—Sí —respondió ella, recogiendo los libros bajo el brazo—. Las cosas que fascinan pueden hacerte perder el norte.

Él asintió sin entenderlo del todo. Escribió la palabra con cuidado y pasó lentamente la punta del lápiz sobre las letras. También anotó entre paréntesis: «¿Perder el norte?». Después cerró la libreta como si fuera un tesoro y la guardó en el bolsillo del abrigo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Maria. ¿Y tú?

—John.

—John —repitió ella, saboreando el nombre como si probara una palabra nueva.

Oyeron unos pasos lentos y el ruido de una puerta que se cerraba. Eduard, con su figura alta y el paso desigual, aparecía por el otro lado de la cripta. Maria le hizo una señal con la mano.

—Mi padre… Habíamos quedado —dijo como pidiendo permiso para marcharse.

—Lo entiendo —respondió él—. Me alegro de haberte encontrado… aquí.

Maria sonrió brevemente y empezó a caminar. Pero a medio camino se giró de pronto.

—La próxima vez, quizá tenga otra palabra para ti.

Él hizo un leve gesto con la cabeza. No hacía falta decir más.

Y mientras la joven se alejaba con su padre, con el frío trepando por las paredes húmedas, tuvo la sensación de que la libreta

pequeña y gris contenía, desde ese momento, un hilo nuevo. Un hilo fino pero firme, como el plomo con que se unen los trozos de vidrio.

Unos días después, al salir del taller, Maria vio un pequeño puesto de castañas en la esquina de la calle Marina. Hacía frío de verdad y el humo blanco subía como un hechizo desde las manos de la castañera. Se detuvo sin pensarlo demasiado. Cuando ya había sacado el dinero, oyó una voz detrás de ella.

—*Chestnut?* ¿Castaña?

Era él. El hombre de la cripta. Llevaba el mismo abrigo, la bufanda gris y una sonrisa incrédula.

Ella estalló en risas, mitad por el idioma, mitad por el azar.

—Sí. Y bien calientes.

Él también compró un cucurucho, y caminaron juntos un tramo sin prisa, soplando las castañas como si fueran pequeños tesoros ardientes.

—He vuelto al templo —dijo él—. Pero no estabas.

—No voy cada día…

—Yo sí. Ahora sí.

Ella lo miró de reojo. No sabía si hablaba en serio, pero, en aquel momento, el humo, el frío y su acento incierto la envolvieron como un presagio. Tal vez haya encuentros que regresan. O que empiezan de verdad con una castaña quemándote los dedos.

Cuando Maria terminó su cucurucho, él le ofreció la última castaña con un gesto ceremonioso.

—Para ti, querida…

Maria volvió a reír, cubriéndose la boca con el guante.

—¿Dices «querida» como adjetivo o como participio? —preguntó, entre divertida y curiosa.

Él se detuvo un momento, pensativo, y luego encogió los hombros sin dejar de sonreír.

—Solo… palabra bonita.

—Lo es —dijo ella, aún riendo—. Pero aquí no todo el mundo quiere oírla tan pronto.

—Tomo nota —dijo él sacando la libreta—. Querida: palabra bonita (usar con cuidado).

Ella sonrió y, con una calidez en la voz que no pasó inadvertida, soltó:

—¿No quieres saber cómo me quedé coja?

Él la miró de arriba abajo, tranquilo, la libreta todavía en las manos.

—¡Ah! No me había fijado. ¿Cómo dices? —Alzó una ceja y dibujó una sonrisa cómplice.

3

Aquel no era un domingo cualquiera. Aunque las calles parecían dormidas bajo una calma forzada, tres hombres se habían dado cita en uno de los espacios más discretos del templo: la antigua oficina técnica, ahora refugio de esbozos quemados y maquetas rotas.

No había ceremonia alguna, solo la obstinada urgencia de continuar.

Se celebraba la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz y, fuera, el país parecía un espejo roto. Hacía tres años que Hitler había entrado en Rusia; mientras tanto, el general Franco mantenía el orden a fuerza de miedo y de silencio, y la Iglesia bendecía la estabilidad cuando aún no se habían enfriado los muertos. En Barcelona, el temor seguía arrastrándose por las calles con la cabeza gacha.

Ellos tres, sin embargo, resistían en silencio a su manera. Construyendo.

Francesc de Paula Quintana llegó caminando desde su piso de la calle Mallorca. Llevaba el paso ligero, la mirada tensa. En la mano, una carpeta de cartón gastada con planos rescatados del incendio del 36. En aquel tiempo, mover según qué documentos entre semana era una temeridad. Los domingos, la ciudad respiraba, al fin, con menos miedo.

Lluís Bonet i Garí ya estaba allí. Había llegado una hora antes con su Balilla, un Fiat de antes de la guerra. Era negro, con los guardabarros desconchados, y el motor tosía como una cafetera vieja. Lo mantenía con cuatro herramientas y mucha paciencia. Había aparcado discretamente en la calle Marina y, antes de subir, se había detenido en los puestos del Guinardó.

El mercado seguía al aire libre, con cajas de madera, lonas y gritos de los vendedores que llenaban el solar de vida a pesar del hambre. No compraba casi nada; daba la vuelta más por rutina que por necesidad, pero, de vez en cuando, recogía unos papeles de estraza, un saco de hollín para marcar líneas o un puñado de nabos que alguien le dejaba a buen precio. Todo podía servir para el templo, para los obreros, para la cocina improvisada o para tapar una grieta. El templo se alimentaba, como él, de austeridad y sobras.

La Sagrada Familia seguía creciendo a base de limosnas, migas y fe.

Isidre Puig i Boada iba a pie desde el Clot. Alto, de hombros finos, gafas redondas y voz murmurada. Llevaba una cartera gruesa, una bolsa con dos manzanas y un libro de geometría proyectiva. Su presencia imponía.

Cuando se reunieron, no necesitaron grandes saludos: un gesto, una mirada y se pusieron a trabajar.

La sala era austera. Arrimados a la pared, dos muebles con cajones guardaban planos ordenados por manos ya olvidadas. En el centro, una mesa grande, como un altar profano. Encima, la maqueta de la fachada del Nacimiento. Dañada pero viva.

—Esta fachada es el mapa. Gaudí lo sabía —dijo Quintana, rompiendo el silencio.

Bonet, acercándose, puso las manos sobre la maqueta y murmuró:

—El tímpano… Cuando lo recuperé entre los escombros, aún ardía. No veía nada, pero lo envolví en un pañuelo viejo. Lo tuve semanas sobre la mesa del comedor. Mi mujer me miraba como si hubiera perdido el juicio. —Hizo una pausa—. Pero para mí era un grito. El grito de una obra que no quiere morir.

—No es solo una figura —dijo Puig i Boada—. Es un eslabón entre el espíritu y la materia.

Bonet sonrió, pero no añadió nada.

Puig i Boada desplegó uno de los planos chamuscados y observó las líneas como si leyera una partitura.

—Aquí está la inclinación exacta de los arcos catenarios —dijo señalando con el dedo—. Recalculamos esta proporción a partir de

una maqueta funicular colgante. Algunos decían que era magia, pero en realidad era pura matemática.

—Siempre me ha impresionado cómo Gaudí huía del plano —añadió Bonet—. No dibujaba, construía en el aire con volúmenes y una naturalidad casi infantil.

—¡Claro! Su padre era calderero —dijo Quintana—. Trabajaba el cobre, el volumen, las formas redondeadas. Gaudí lo vio de niño, lo mamó. Nunca pensó en dos dimensiones; el plano siempre le pareció un límite.

Bonet hurgó en una caja olvidada y sacó un tubo oxidado. Lo abrió con esfuerzo y extrajo unos diseños ennegrecidos por el humo.

—Esto no lo habíamos abierto nunca, ¿verdad? —dijo al tiempo que los desenrollaba sobre la mesa.

Los tres hombres se miraron, intrigados.

El papel era frágil, estaba cubierto de manchas y apenas se distinguía ninguna línea. Lo desplegaron con cuidado y luego lo limpiaron con un pincel suave. Bajo el polvo y la suciedad empezaron a aparecer formas, trazos. Una estructura de arcos verticales con una disposición que recordaba a la fachada. Y entonces, casi imperceptible, en el margen inferior derecho, una línea manuscrita en tinta parduzca: «Puigcerdà, 1911. Con dolor, sin desfallecer».

El silencio fue denso. Quintana respiró hondo.

—Es él…, nuestro Gaudí.

—Y esto otro… —Bonet se acercó más—. Parece la distribución de la fachada de la Pasión. Pero es esquemática, intuitiva… No está del todo desarrollada.

—No podía estarlo —añadió Puig i Boada—. En 1911, Gaudí estaba muy enfermo; muchos pensábamos que no se recuperaría, él también. Se retiró a Puigcerdà y su enfermero, un religioso llamado Camilo Castellano, le leía a san Juan de la Cruz. Quizá concibió este esbozo en aquel estado febril.

—No es un plano constructivo… —reflexionó Quintana—. Es una visión, una intuición casi mística.

—El dolor le dictó la forma —dijo Puig i Boada con voz grave—. Y él le obedeció.

Callaron. Había una emoción contenida. Una parte de ellos quería creer; la otra no se atrevía.

—Aún no lo entendemos todo —añadió Quintana—. Pero tenemos el hilo. Y mientras exista, seguiremos trabajando.

Los tres se inclinaron para ver el plano. La tiza, la luz, los papeles, la fe; todo tomaba forma entre sus manos. Era un ritual sin liturgia pero con hondura. Y aquel domingo 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, el trabajo continuaba como una oración antigua que nadie había olvidado del todo.

Trabajaron hasta que anocheció. Luego, sin muchas palabras, empezaron a guardar las piezas, a cerrar las carpetas. Bonet salió primero hacia su coche. Puig i Boada subió por la calle Sardenya con paso tranquilo. Quintana se quedó unos minutos más, observando la fachada desde el patio.

Aquella piedra viva, la fachada que había resistido las bombas y el fuego, les marcaba el camino. Y ellos, constructores silenciosos de la memoria, sabían que aún quedaba mucho por hacer.

La noche cayó, pero dentro del taller todavía se advertía una luz pequeña.

Aunque aquella tarde nadie lo dijo en voz alta, sabían que no acababan de encontrar solo un dibujo viejo. Seis años después, aquel plano volvería a salir de la carpeta.

Era una llave.

Y aún no sabían adónde conducía.

Un par de meses después, Barcelona se preparaba para Navidad. El ambiente seguía gris, pero en algunas calles del centro colgaban guirnaldas de papel y farolillos, sobre todo cerca de las parroquias y de la sede de las instituciones franquistas. En un rincón de la plaza Sant Jaume había un belén austero, y las pastelerías más importantes adornaban los escaparates con turrones y cintas. La ciudad mostraba una solemnidad reprimida, como si quisiera recordar lo que había sido y no se atreviera del todo.

Aquella tarde, Maria tenía que hacer un par de recados: comprar un bote pequeño de cola y un trozo de cordel fino para arreglar una figura del belén que Ramon había agrietado jugando.

Se adentró por las calles del centro, entre escaparates decorados y puestos de la Feria de Santa Lucía. Fue entonces cuando lo vio. John, de pie, solo, junto a un farolillo, con las manos en los bolsillos. Ella se detuvo. El corazón le dio un salto inesperado. No habían quedado y, sin embargo, allí estaba él.

Durante unos segundos no se movió. Miraba a aquel hombre que no acababa de encajar con la realidad de la calle. El frío le golpeaba las mejillas, pero por dentro le ardía una calidez extraña, una sensación de encuentro anunciado. Él la había avisado de que se marcharía unos días, pero no le había dicho cuándo volvería.

Caminaron juntos, sin prisa. Las luces eran escasas pero suficientes para proyectar sus sombras en la calzada.

—Esta ciudad tiene una luz que no termina nunca de apagarse —dijo John, mirando las guirnaldas con una sonrisa melancólica.

—¡Vaya! Veo que has mejorado mucho tu catalán. Si sigues así, en cuatro días me recitarás a Verdaguer —exclamó ella guiñándole un ojo.

—No lo dudes, le dedico mucho tiempo. ¡Y ya verás! Cualquier día te sorprenderé con algún verso y no saldrás tan airosa.

Maria lo miró de reojo y los dos estallaron en una risa que los libró de la seriedad del momento.

Siguieron caminando hasta que John se detuvo ante un escaparate. Había una figurita de un ángel. Llevaba una lira y estaba rodeado de nieve artificial y estrellas doradas. Lo contempló con extrañeza, casi con recelo.

—Cuando veo esto…, sin querer, pienso en Arthur.

—¿Arthur, dices? ¿Lo conozco?

—No, no… Claro, perdona. Era mi hermano pequeño.

—¿Era? —preguntó Maria con una vacilación contenida, como si intuyera lo que vendría.

—Sí. Murió en Londres, durante la noche de los bombardeos del Blitz. Tenía diecinueve años. Era poeta. Pacifista.

Maria lo miró en silencio. Instintivamente, lo tomó del brazo. No para consolarlo, sino para sostenerse. Algo dentro de ella se agitó. No esperaba aquella confianza, ni aquel dolor compartido. Él no apartaba la vista del escaparate.

—Yo le decía que era un… —Se detuvo, buscando la palabra—. Ingenuo. Que huir de la guerra no la haría desaparecer. Y él me

decía que era yo quien estaba ciego, que era yo quien la hacía eterna.

John tragó saliva y respiró hondo.

—Aquella noche yo me había marchado. Estaba harto de todo: de Dios, del ejército, de todo. Y después… él murió. Me quedé destrozado y me exilié. París me acogió y Barcelona me ha devuelto la voz.

Maria no sabía qué decir. Le sorprendía cómo hablaba de la muerte, sin temblor.

—Hablas de tu hermano como si aún estuviera vivo.

—Quizá lo esté, en algún lugar. Dentro de mí, seguro que sí.

Llegaron a la plaza de la Catedral. La luz de un farol se reflejaba en la escarcha de las losas.

—Háblame de París… —pidió ella.

—Es una ciudad que de lejos parece alegre, pero cuando llegas te deja solo. Nada más te acoge si te quedas.

Ella preguntó en voz baja:

—¿Volverás pronto?

John se detuvo un momento. Miraba una figura del belén. Un buey de barro, agrietado, con la mirada turbada.

—No lo sé, Maria.

2026

Han empezado obras en la calle Valencia y no hay manera de encontrar paz en casa. El polvo del cemento lo cubre todo: las ventanas, los muebles, los zapatos. Ona se queja de que también entra en los libros. Yo me fijo en la vibración del suelo. Me incomoda y me atrae a la vez: es entender que algo se está construyendo bajo los pies sin saber si resistirá.

Pienso que a menudo se construye cuando la herida aún no ha cicatrizado. Paredes antes que pan, andamios antes que descanso. Entonces encuentro una postal antigua entre las cosas de mi padre; guardaba esos recuerdos entre negativos y sobres a medio cerrar.

París, abril de 1952

Queridos abuelos:

Hoy hemos subido a la torre Eiffel y el ascensor me ha dado un poco de miedo, pero me ha gustado mucho.
Mamá me ha comprado una galleta con forma de pez.
Ya sé decir bonjour *y* au revoir*.*

Bisous,

RAMON

Parece un texto infantil, pero en él leo fuga y esperanza, una puerta que se abre. Entiendo ahora que, en la posguerra, muchas

mujeres amaban como quien toca fuego con las manos desnudas: con el miedo pegado al cuerpo.

A veces pienso que yo también crucé una frontera y no tuve el valor de decirlo. Que amé a alguien después de Cesca, cuando Ona era pequeña, y di marcha atrás. Tal vez por miedo. Tal vez por orgullo. No lo sé.

Se llamaba Júlia. Nos conocimos en la facultad, en unas jornadas sobre docencia y pensamiento crítico.

Y aquí me detengo. Todavía no sé cómo decir lo demás.

Solo sé que esa historia también pertenece a lo que no llegué a construir.

V

Un viaje

Barcelona y París, 1950

1

El recinto de la Sagrada Familia aún desprendía un aura de milagro sin fin. Desde la esquina de la calle Marina con Provenza, Maria vio un camión de la cementera Asland que maniobraba marcha atrás para descargar nuevos sacos. Eran altos, blancos, con unas letras rojas estampadas:

CEMENTO PORTLAND – RÁPIDO
Fábrica de Zaragoza. 50 kilos

Cruzó la calle Mallorca entre mujeres con pañuelo en la cabeza que esperaban frente a una tienda de comestibles. Aferraban con fuerza las cartillas de racionamiento. Alguien había dejado, sobre una caja vieja, unos papelitos de colores con versos escritos a mano.

Una niña descalza, con el lazo del cabello sucio, los recogía para ofrecerlos a las mujeres que hacían cola, dejando escapar una voz casi inaudible.

A veces, en señal de agradecimiento, recibía un mendrugo de pan o un botón de colores. A menudo, solo una sonrisa.

Maria leyó en uno de ellos: «Pan, aceite y dignidad».

En el recinto del templo, los obreros observaban, con desconfianza y curiosidad, cómo se descargaban los sacos. Eduard, ahora con el bastón clavado en el suelo, los miraba como si estuvieran traicionando una tradición sagrada.

A su lado, un joven ingeniero —Jordi Vila, formado recientemente en la Escuela Técnica de Arquitectura— los recibía con entusiasmo.

—Cemento rápido, señor Eduard. Con esto podremos avanzar en los cimientos de la fachada de la Pasión.

—Eso no es piedra, es prisa. Y la prisa hace chapuzas —respondió, enfurruñado.

Maria, que traía unas muestras de vidrio, tampoco dijo nada. Pero aquella conversación le recordó una carta de John desde París, escrita en primavera, en la que copiaba un verso de Carles Riba que había encontrado en la biblioteca del Institut Français:

> *Feliz quien ha vivido bajo un cielo extraño,*
> *y su paz no mudaba…*

Agitado por el viento, el polvo del cemento se elevó de pronto.

Maria cerró los ojos un instante y tuvo la sensación de que todo quedaba en suspenso: el olor mineral, el peso de la luz, el golpe seco de un saco que se rasgaba.

Sintió que aquel polvo no solo llenaba el aire, sino también el pasado.

Cuando volvió a abrirlos, la claridad filtrada entre los andamios revelaba un tono nuevo, casi cortante, abriéndose paso entre la sombra y el recuerdo.

La tarde empezaba a declinar mientras Ramon jugaba a hacer fotografías con una Agfa Box que John le había enviado.

Acababa de cumplir trece años y era un chico curioso, fuerte y buen conversador. Se había sentado frente al templo con Marisol, la nieta de los Alpiste. Ella tenía un año más, pero compartían un entusiasmo vivo. Inventaban juegos de espionaje, fotografiaban palomas como si fueran aviones y se sentaban con la espalda contra la pared caliente para hablar de lo que sabían y de lo que aún querían descubrir.

Les cayó en las manos un periódico viejo, medio deshecho:

> *La Vanguardia*, 2 de octubre de 1950
>
> Barcelona recibirá nueva maquinaria industrial alemana para modernizar el puerto y el Ensanche

—Quieren traer máquinas de Alemania para que las obras vayan más rápido. ¡Maquinaria moderna, como en Estados Unidos! —dijo Ramon, orgulloso de haber prestado tanta atención cuando los adultos hablaban.

Un anciano que hacía cola para comprar carbón, al oírlo, soltó una maldición entre dientes y se giró hacia los jóvenes con una mirada cansada.

—¿Modernidad, dices? Si todavía hay casas sin agua y los niños pasan hambre… Quieren ir muy lejos con las máquinas, pero no ven la miseria que pisan.

Un joven de camisa azul y pelo engominado, que hasta entonces había leído en silencio un panfleto oficial, levantó la cabeza con gesto lento.

—Con Franco, España crece. Y la Sagrada Familia también… —dijo con voz clara, más aprendida que sentida.

Hizo una pausa y, como quien repite un discurso memorizado en las reuniones del Frente de Juventudes, añadió:

—El país se levanta con orden y disciplina, no con llantos ni nostalgias.

Miró al viejo con un aire rígido, como si necesitara afirmarse ante sí mismo más que ante los demás.

—¿Construir? Con cemento y consignas no basta —replicó el hombre, pero ya nadie lo escuchaba.

Algunos agacharon la cabeza. Otros se escondieron tras el periódico. La tensión se palpaba.

Maria llegó para llevarse a su hijo antes de que la conversación acabara en pelea y aconsejó a Marisol que regresara a casa. Mientras caminaban, le dijo:

—No escuches los gritos, muchacho. A veces los mayores también nos enfadamos.

Un obrero dejó caer el mazo y una chispa metálica saltó en el aire. Ramon levantó la cámara, ufano, para atrapar aquel instante imposible. Maria sonrió mientras, con un gesto cómplice, le alisaba el flequillo. Unas calles más allá, el niño, aún pensando en lo que había oído, preguntó:

—Mamá, ¿la fachada de la Pasión dará miedo?

—No sé si miedo es la palabra más adecuada… Pero Gaudí quería que nos estremeciera. Que al contemplarla sintiéramos un temblor, como cuando entras en una cueva oscura que te impone respeto, pero de la que no puedes apartar la mirada.

Ramon la miró de perfil, como buscando una respuesta más allá de las palabras, y Maria sostuvo aquella mirada con ternura y silencio.

Durante un instante, los dos parecían compartir el mismo pensamiento: alguien que ya no estaba, pero que aún los acompañaba en la distancia. A pesar de todo, París no quedaba tan lejos.

Cuando cayó la noche, la luz de un farol proyectaba sombras alargadas sobre los bocetos del taller del templo. Maria mostró los trozos de vidrio. Matamala y Quintana discutían.

—Si aceptamos el hormigón, ¿no estaremos traicionando el mensaje del maestro? —preguntó Matamala.

—No lo veo como una traición, sino como una herramienta. Este cemento rápido no sustituirá a la piedra, pero nos permitirá reforzar los cimientos y avanzar donde la piedra no alcanza.

Matamala murmuró, casi para sí mismo:

—Cuando el maestro hablaba de esta fachada, decía que debía doler: no ser bella, sino verdadera. Y el dolor, como la piedra, se trabaja a golpes.

—Y así será, amigo.

—Entonces sigamos construyendo como él, con un profundo sentido de la gravedad, del equilibrio y de la catenaria. Que las formas soporten el peso de manera natural, sin refuerzos artificiales.

—Créeme, Matamala, el cemento nos ayudará a sostener esa verdad.

Maria abandonó el recinto; se había hecho tarde. En el trayecto hasta la parada del tranvía, un policía le salió al paso. La miró, desconfiado. Ella le sostuvo la mirada sin bajar los ojos. Al girar la esquina, volvió a leer el papelito de la niña: «Pan, aceite y dignidad».

Dentro de sí, sabía que el amor y la arquitectura podían ir de la mano. Y que, pese a todo, el templo seguiría creciendo. Poco a poco. Como su vida.

2

París, 14 de noviembre de 1950

Querida Maria:

Te escribo desde un café del boulevard Saint-Germain. Ha dejado de llover y la luz gris se queda pegada en los cristales. Suelo venir a leer o a traducir; hoy he venido a pensar en ti.

Estoy seguro de que este barrio te encantaría. La vida hierve en los mercados por la mañana, las lavanderas aún tienden la ropa en los patios y, por la noche, en los sótanos, suena jazz americano.

Hace unos días, paseando por Montparnasse, entré en una pequeña galería que casi pasaba desapercibida. Exponían láminas y bocetos de arquitectos modernos europeos. Me sorprendió encontrar allí una acuarela que, según decían, era original de Gaudí: una pieza pequeña, quizá de una de las

fachadas del templo. No había mucha información, aparte del dibujo y el nombre del maestro, pero lo reconocí incluso antes de leer la etiqueta. Me quedé un buen rato mirándola, como si fuera un espejo.

Pensé en ti. En tu manera de explicar el templo con esa voz admirada, como si aún te asombrara todo lo que se revela a tu lado.

¿Sabes, Maria? A veces me sorprendo diciendo cosas que tú me contabas, y no lo descubro hasta un tiempo después.

Me gustaría tanto que vinierais tú y Ramon… No sería nada complicado. Si me lo permites, yo podría encargarme de los billetes. Solo unos días. Dime que sí, por favor. Tengo alquilada una habitación pequeña pero acogedora que podéis considerar vuestra casa. Y, si eso os incomodara, en el barrio hay una pensión sencilla donde no os faltará de nada.

París aún arrastra algunas sombras de la guerra, pero también se respira un deseo de vivir que hace bien. Está en todas partes, como una alegría contagiosa.

A veces, cuando camino solo, pienso en cuánto te gustaría ver estos rincones con ojos nuevos, cómo se los explicarías a tu hijo o cómo los fotografiaría él. Los *bouquinistes* del Sena, por ejemplo. ¿Te los imaginas? Decenas y decenas de cajas verdes alineadas sobre los muros del río. Libros antiguos, postales, grabados, periódicos viejos… Todo al aire libre, como tiendas sin techo.

He encontrado incluso libros en catalán, y pensé que te emocionaría verlos.

Hay tantos rincones para fotografiar… Ramon sería feliz, se volvería loco. Son rincones y detalles que no salen en las postales: las sombras largas y quebradas que caen sobre las escaleras de Montmartre, la luz tropezando con ellas; las pintadas en las paredes heridas por la metralla; la gente que baila al pie del puente Alexandre III al atardecer.

Os llevaría a pasear por la place Dauphine o iríamos al Marché d'Aligre, un mercado modesto pero lleno de vida, con mesas y puestos en la calle. Dentro, en la Halle Beauvau, venden quesos, especias, verduras y piezas de anticuario. Es un lugar vivo, donde la gente prueba, toca, pregunta… y huele a tierra. Donde la vida se vende a peso y los aromas se deshilachan como los hilos de un tapiz antiguo.

Conozco un sitio donde preparan chocolate caliente como el que recuerdo de niño, y quizá vosotros guardéis ese sabor en la memoria.

Ya ves que me haría mucha ilusión, pero no quiero que te sientas obligada a nada.

Solo quiero invitarte a mirar el mundo desde otra ventana, donde quizá podrías reconocerte.

Tal vez Ramon lo agradecería. Tal vez tú también.

Y yo, como puedes imaginar, aún más.

Con cariño sincero,

JOHN

P. S. He repasado esta carta varias veces, diccionario en mano, para encontrar las palabras más cercanas a lo que siento. En la Schola Cantorum he hecho amistad con un muchacho de Reus; compartimos una clase sobre música sacra y nos vemos cada día. Solo hablamos en catalán y no le perdono que no me corrija. Espero sorprenderte cuando nos volvamos a ver.

Maria entró en el comedor con la carta todavía tibia en el bolsillo. La había leído tres veces en el taller, entre una barrida y una limpieza de las mesas de corte. Tenía el estómago encogido y los dedos húmedos, como cuando algo está a punto de cambiar.

La sacó con cuidado y la dejó sobre la mesa, junto al periódico abierto de Eduard.

—Ha llegado carta de París —dijo con un tono que quiso sonar neutro.

Su padre no levantó la vista. Sentado a la cabecera, hojeaba las páginas con gesto preocupado. Apenas asintió, como si ya lo hubiera previsto. Al otro lado, Mercè doblaba una camisa de Ramon con una meticulosidad propia de otra época.

—¿De John? —preguntó.

Maria asintió y le acercó la carta. Mercè se limpió las manos en el delantal antes de tocarla. Se sentó y la leyó sin prisa, dejando alguna pausa más larga entre líneas, como si escuchara lo que no estaba escrito.

—Quiere que vayamos. Se hace cargo de todo —dijo Maria casi para sí, más que pidiendo permiso.

Mercè se quedó mirando a su marido, midiendo su reacción. Él seguía pasando páginas, pero las manos le temblaban ligeramente. El silencio se hizo espeso.

—A Ramon le haría una ilusión enorme —añadió Maria casi en un susurro.

Mercè no respondió enseguida. Se levantó, dejó la camisa perfectamente doblada en el cesto y se acercó a la ventana. Poco después la siguió Maria. Fuera, el día era gris, pero aún jugaban los niños; uno gritó el nombre de Ramon y se echó a reír.

—¿Quieres que hable con tu padre cuando tú no estés? —preguntó Mercè en voz baja.

Maria dudó un instante, luego asintió.

—Tal vez no haga falta decirle toda la verdad… —dijo. Y enseguida, con una sonrisa cansada, añadió—: Cada uno se come el trozo de realidad que puede digerir.

Mercè hizo un gesto entre la resignación y la complicidad.

—Ya sabes cómo es… Finge no darse cuenta de lo que pasa a su alrededor, pero lo sabe todo. Lo que no sabe es qué hacer con eso.

—Yo tampoco —dijo Maria—. Pero quiero intentarlo.

Se quedaron así, una delante de la otra, mirándose sin necesidad de más palabras. Fuera empezaba a lloviznar; dentro, Eduard

pasaba otra página del periódico que no leía.

Ramon entró en el comedor con las rodillas manchadas y un mechón pegado a la frente. Traía el olor de la calle y esa vitalidad suya imposible de domesticar.

—Mamá, ¿sabes qué? Hemos hecho una rampa con tablas y… — Se detuvo al ver a Maria de pie, a Mercè sentada y a Eduard inmóvil tras el periódico.

Maria se agachó un poco para ponerse a su altura.

—Ha llegado carta de John.

Él abrió mucho los ojos. Miró a las dos mujeres alternativamente, intentando adivinar si era una broma o una mala noticia.

—Y… ¿qué dice?

Maria sacó la carta del delantal de Mercè y se la puso en las manos.

—Léela, si quieres.

Él la tomó con recelo. Observó las letras grandes del encabezamiento, las curvas limpias de la escritura inglesa que siempre le imponía respeto. Leyó en silencio, murmurando palabras como «billetes», «fotografiar» y «mercados». Cuando terminó, la devolvió despacio.

—¿Es verdad?

—Claro que es verdad —respondió Maria.

—¿Quieres decir que…, que de verdad quiere que vayamos? ¿A París?

Mercè intervino desde la silla:

—No ahora mismo… Tenemos que hablarlo, ¿de acuerdo?

Ramon se sentó y miró al suelo. Luego, girándose hacia su abuelo, dijo:

—Yo no he ido ni a Manresa. Solo al Tibidabo. Y llovía. —Hizo una pausa—. En París, ¿hay soldados en la calle?

—No, hijo —dijo Maria con ternura—. Ya no. Ahora hay cafés, músicos y gente que baila en los puentes.

—Y… ¿cómo es la comida?

—Diferente —respondió Mercè—. Eso dicen, al menos. Yo tampoco he estado nunca. Nadie de nosotros ha estado en París, hijo.

—¿Y podré hacer fotos?

—Todas las que quieras.

Ramon esbozó una sonrisa que no llegó a completar.

—Entonces habrá que pedir el pasaporte. ¿Y si nadie nos entiende? ¡Hablan raro!

Maria y Mercè se miraron y esa vez sí rieron, bajito pero de verdad. Eduard cerró el periódico de golpe, se levantó y salió del comedor sin decir nada. El niño lo siguió con la mirada.

—¿Se ha enfadado? Yo no quiero que el abuelo…

—No te preocupes —interrumpió Mercè—. No tiene nada que ver contigo. A tu abuelo le cuestan los cambios.

Ramon se quedó mirando la carta un buen rato.

—A mí me gustaría ir…, pero también me da miedo. Es como estar a punto de algo grande, ¿sabes?

Cuando salió del comedor y dejó la carta sobre la silla, Maria la recogió con cuidado, como si fuera una tela fina que no quería arrugar. Respiró hondo.

Mercè se sentó despacio, apoyó las manos en el delantal y dijo:

—Ya conoces a tu padre; no puede evitarlo. Le dices «unos días» y él traduce «para siempre». Tiene miedo de perderos, de quedarse atrás… y, sobre todo, de que vuelvan a hacerte daño.

—Y lo entiendo. De verdad que lo entiendo… —dijo Maria—. Sé que le inquieta que alguien de fuera cruce el umbral de casa, que se remuevan cosas que creía dormidas.

Hizo una pausa larga, como si buscara aire antes de seguir.

—Recuerdo las miradas, madre. El murmullo de las vecinas, las conversaciones en voz baja… Aquella sensación de que todos sabían más de mí que yo misma.

Mercè se incorporó un poco y le puso la mano en la rodilla, sin prisa.

—Ya basta, Maria. No hace falta removerlo —susurró—. Tú resististe. Y yo te miré a los ojos cada día. Eso es lo que importa.

Maria bajó la mirada, pero sonrió levemente. Se quedó un rato sentada con la mano de su madre aún sobre la pierna. Fuera llovía con fuerza, pero dentro parecía que todo encontraba su sitio.

—No sé si hago bien —dijo en voz baja—, pero me da más miedo quedarme quieta.

Mercè asintió despacio.

—Ten cuidado con el aire nuevo. A veces abres una ventana… y ya no vuelve a cerrarse igual.

Mercè no apartó la mano de su rodilla. Y, en ese silencio compartido, Maria entendió que aquel gesto también era un permiso.

Maria salió de Barcelona rumbo a París con las primeras luces del día. Viajaba en tren, en un vagón de tercera, con Ramon sentado a su lado. El asiento era de madera y crujía en cada curva. En la parada de Granollers, se les sentó enfrente un hombre mayor.

—¿Van muy lejos? —preguntó.

Maria miró de reojo a Ramon, que dormía con la cabeza apoyada en la ventana.

—Sí, un poco —respondió, abrochándose el botón del cuello con una falsa naturalidad.

—¿A Francia, quizá?

Ella asintió sin añadir nada. El hombre no insistió.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Girona, la lluvia repicaba contra los cristales. Ramon se despertó.

—¿Puedo hacer una foto? —dijo mientras levantaba la cámara.

—Ahora no, hijo… Espera un poco. Tienes que ahorrar carrete. Recuerda que solo llevas dos para todo el viaje.

El chico se sintió algo decepcionado, aunque no lo mostró. No pasó mucho tiempo antes de que llegaran a Figueres, donde el silencio empezó a extenderse como la niebla. La gente que subía ya no saludaba. Algunos llevaban bolsas de mano; otros, nada. En Portbou, una mujer se persignó antes de pisar el andén.

—Mamá, ¿por qué tenemos que cambiar de tren? —preguntó Ramon, sujetando con fuerza su cámara.

—Te lo expliqué, ¿recuerdas? Aquí termina España. Los raíles cambian. En Francia son más estrechos.

Los guardias españoles y los gendarmes franceses estaban repartidos por el andén como piezas de ajedrez. Cuando los primeros subieron al tren, el control fue frío, metódico. Les revisaron

la documentación y Maria notó el sudor en la nuca, a pesar del viento que llegaba del mar.

En Cerbère, ya en el tren francés, los asientos eran menos duros y los cristales de las ventanas estaban más limpios. Los campos se extendían a lo largo de Narbona y Carcasona, y Ramon tomó la primera fotografía del viaje. Mientras tanto, Maria anotaba en su libreta: «Hemos cruzado la frontera. Pero no sé si ha cambiado de vía el tren o mi vida».

El convoy llegó a Toulouse con retraso, como si también dudara de la conveniencia de haber emprendido aquel viaje.

Maria bajó con la maleta de cartón en la mano y el cuello entumecido por el respaldo tan recto del asiento. Ramon arrastraba los pies y bostezaba. Los dos tenían cara de no haber dormido lo suficiente.

Justo a la entrada de la estación, una banda de acordeonistas tocaba una melodía alegre, y las voces —por lo que alcanzaron a oír — no murmuraban: hablaban con claridad. O, Maria no se atrevía a decirlo, con libertad.

Se respiraba un aire liviano, como de domingo por la mañana. Aquella atmósfera los reanimó un poco, pero no tenían tiempo que perder; debían buscar el tren que los llevaría a su destino.

El trayecto hasta París se les hizo largo. Dormitaron a ratos, y Maria notó que tenía los tobillos hinchados de tanto tiempo sentada. Cuando el tren por fin hizo su entrada en la Gare de l'Est, se incorporó un poco, consciente de la aventura que estaban viviendo.

Ramon sacó la cabeza por la ventanilla. No daba crédito ante la magnitud de la estación. Le parecía enorme, no tanto por las dimensiones —que lo eran— como por el ruido de los zapatos sobre

las losas, el sonido de la megafonía en francés, los gritos dispersos de un grupo de soldados y el chirrido de los frenos de la locomotora.

Entraron en la gran sala principal, que los recibió con una luz filtrada por las estructuras de hierro y vidrio del techo. En una de las paredes había un viejo cartel de la SNCF: una locomotora humeante que cruzaba un puente metálico bajo un cielo azul intenso, una invitación a viajar por el corazón de un país herido, antiguo y ahora esperanzado. Las letras color crema, ligeramente comidas por el tiempo, prometían destinos como Champagne-Ardenne, Reims, Estrasburgo…

Maria le tiró suavemente de la manga.

—No te quedes atrás.

Él no dijo nada. Tenía los ojos hundidos, marcados por el cansancio y por la impresión de haber llegado a un lugar desconocido.

Se sentaron en un banco de madera gastada. Maria abrió el bolso y sacó el sobre. Lo sostuvo un momento entre los dedos antes de volver a guardarlo. Era la última carta que él le había enviado. La dirección estaba escrita a mano con tinta azul.

Muy cerca, tras una columna de hierro, John los vio antes de que ellos lo descubrieran. Los reconoció al instante. Ella llevaba el abrigo gris que le había descrito en una de sus últimas cartas —«con un botón que siempre se desabrocha»—, y el niño, quizá algo más delgado de lo que recordaba, más alto y con un aire aún más serio, sostenía la cámara entre las manos. La sujetaba como si fuera una brújula, como si siempre le indicara el camino de regreso.

Un hombre que arrastraba un carrito lleno de maletas rompió el hechizo. John lo observó un momento. No llevaba nada en las

manos: ni una bolsa, ni un abrigo doblado, ni ningún encargo. Solo aquella espera. Seis años escritos en papel, con apenas dos visitas breves y una invitación que había tardado demasiado en hacerse realidad.

Ahora, al verlos, todo le pareció extrañamente familiar y al mismo tiempo completamente nuevo. Quiso retener aquel instante.

Entonces vio que Ramon lo miraba. No directamente, pero sí con esa mirada infantil que escanea el mundo sin hacer ruido. Le hizo una fotografía, y John tuvo la certeza de que acababa de inmortalizarlo.

Dio un paso adelante. Luego otro.

—¿Maria?

Ella se giró despacio, y su rostro se iluminó con esa luz tenue que solo aparece cuando la realidad, por fin, llega. No dijo nada. Solo se levantó y lo miró a los ojos. Ramon se quedó quieto, como si esperara una palabra clave para entender qué ocurría.

—¡Bienvenidos! —dijo John—. ¡Ya estáis aquí!

Maria sonrió. Era la primera sonrisa en muchas horas.

—Sí… Y tú también.

Él le tomó la mano. Solo eso. Y durante unos segundos no existió nada más.

La pensión era sencilla, con paredes delgadas y escaleras de madera que crujían a cada paso. La habitación olía a café tostado y las ventanas daban a un patio interior con ropa tendida. No había mucho silencio, pero sí una especie de calma que les permitió descansar.

Esa noche se lavaron a fondo. Maria llenó la jofaina con agua caliente; luego se quitó la blusa y se recogió el cabello. Se frotó bien los brazos, la nuca, los pies, intentando desprenderse del polvo y del cansancio de los últimos días. Después ayudó a su hijo a lavarse la espalda.

La primera noche apenas hablaron. Ramon dejó la cámara sobre la silla y se durmió enseguida. Con la bata puesta y el corazón desbocado, Maria se sentó al borde de la cama. Se sentía ridículamente viva.

Al día siguiente, con la luz filtrándose entre las cortinas, se levantaron más ligeros. El cuerpo ya no pesaba tanto.

Habían quedado en que John los recogería a las ocho. Salieron aún con restos de sueño en los ojos y caminaron juntos hasta el café de la esquina. Ramon iba captando cada detalle de la ciudad a través del rectángulo que construía con las dos manos o, cuando ya no podía resistirse, tomando alguna foto. Su madre lo vivía con más calma e intentaba no pensar en nada que no fuera el sabor dulce de la mantequilla y el sonido de las sillas arrastrándose por el suelo de baldosas.

Luego cruzaron el puente con John a su lado y llegaron a la Île de la Cité cuando todavía había pocos transeúntes. París se abría ante ellos como una promesa, con esa quietud de las mañanas que aún no han decidido de qué humor estarán.

John lo observaba todo con ese gesto sereno que siempre lo distinguía. Nunca presionaba. Era como si diera espacio a las cosas para que ocurrieran por sí mismas. Y también a ella. La veía descubrir el mundo, y eso era lo que más le conmovía.

—¿Tienen nombre esas barcas? —preguntó Maria, señalándolas.

—*Bateaux-mouches*. Se podría traducir como «barcas mosca». Pero nadie se fija en el nombre.

Ella asintió sin sonreír del todo.

—Es como ver la ciudad sin tener que entrar en ella, ¿no?

John la miró de lado, atento.

—O dejar que la ciudad pase frente a ti despacio.

Maria se echó un poco hacia atrás, casi imperceptiblemente.

—No sé si estoy preparada para eso.

—¿Para qué?

—Para dejarme llevar. No quiero perder el control.

John bajó la mirada un instante, pensativo.

—Yo no te pido nada —dijo—. Solo observar París desde un lugar tranquilo. Con Ramon. Conmigo, si quieres.

Ella giró la cabeza. Ramon, a unos metros, había sentado a dos niñas francesas y les hacía una foto. John le había regalado tres carretes nuevos y ya no tenía que contenerse tanto. Estaba feliz. Reía, natural, como si hubiera nacido allí.

—Él no tiene miedo, ya lo ves —dijo ella.

—¿Y tú?

—Hace demasiado tiempo que lo llevo dentro, el miedo.

Pasó una barca llena de gente. Parecía que celebraban algo; un hombre fumaba en pipa con aire altivo, una mujer se enjugaba las lágrimas. John miró el agua.

—La ciudad no se mueve —dijo—. Eres tú quien decide si quiere acercarse.

Maria respiró hondo. Era cierto que el aire olía a agua, a jabón y a algo nuevo. Volvió a mirar a Ramon, que charlaba con las niñas

aunque, aparentemente, no las entendía del todo. Luego volvió la vista hacia John.

—De acuerdo. Pero solo un rato.

John no hizo ningún gesto exagerado. Solo sonrió con los ojos.

—Solo un rato —repitió—. Desde el río. Con la ciudad… y nada más.

Unos días después, París ya no daba tanto miedo. Había calles que empezaban a ser familiares, rostros que se repetían en el café de la esquina y un río que los saludaba cada mañana con la misma lentitud amable. Caminaban mucho. Comían al aire libre. John les mostraba lugares escondidos, viejos pasajes llenos de libros, jardines pequeños con bancos de hierro, escaleras que no llevaban a ninguna parte.

Aquel día, mientras cruzaban una plaza que no habían visto nunca, Maria se quedó mirando la iglesia que asomaba entre las casas más modernas.

—Se llama Saint-Julien-le-Pauvre —se apresuró a explicar John.

La iglesia era humilde pero firme, como una anciana que ya no pide permiso para existir. A su lado, un árbol de tronco retorcido proyectaba una sombra antigua.

—A san Julián lo llaman «el Pobre» porque era un hostelero que ofrecía refugio a quien no tenía casa. La iglesia se construyó en el siglo doce…, pero debajo hay restos de otra del siglo sexto.

—Como una vida sobre otra —murmuró ella.

John asintió y añadió:

—Y este árbol, el que tenemos al lado, es el más antiguo de todo París. Sobrevivió a la guerra, al frío, a todas las vicisitudes que puedas imaginar.

Ramon siguió su contorno con admiración y les pidió que posaran delante para hacerles una foto.

El sonido del río llegaba amortiguado y una paloma picoteaba el suelo entre las raíces. En la esquina de la iglesia, un hombre de cabellos blancos trabajaba la piedra. Apenas hacía ruido. Tenía un pequeño cincel y un martillo plano, y golpeaba con una cadencia tranquila, casi hipnótica.

—¿Qué hace? —preguntó Ramon.

Maria lo observó un instante antes de responder.

—Tal vez repara un trozo de historia —dijo. Y luego, mirándolo a los ojos, añadió—: Como nosotros en la Sagrada Familia.

John sonrió y miró al artesano como si lo conociera desde hacía mucho tiempo. A Maria le pareció que, por un momento, no eran dos exiliados en París, sino dos piezas que habían encontrado su encaje.

El hombre del cincel levantó la cabeza un instante. Los miró con una especie de saludo mudo. Luego volvió a la piedra, como si la forma que buscaba ya estuviera allí, esperando ser liberada.

El último día antes de partir, Ramon pidió ir con unos amigos de John y sus hijos a visitar un museo. El chico se había ganado la confianza de todos. Maria asintió y le dijo que podía ir, pero que se pusiera la bufanda.

Al quedarse solos, John le propuso que subieran a su casa para dejar unos libros y descansar un rato. En el piso, todo estaba en calma. Maria se quitó el pañuelo del cuello, desabrochó el primer botón y se sentó en el sofá. John puso agua al fuego para preparar té, sin decir nada. Permanecieron así, en silencio. Él en la cocina. Ella mirando por la ventana.

Al volver con la bandeja del té, el hombre se sentó cerca, pero sin tocarla.

—¿Me dejas abrazarte? —preguntó. Su voz era baja, húmeda.

Maria asintió con los ojos. Y entonces, sin prisa, él le puso la mano sobre el hombro.

Ella cerró los ojos.

—No sé si puedo… —dijo en un murmullo.

—Yo no tengo prisa.

La frase quedó suspendida, como una mano esperando. Maria comprendió que no había impaciencia ni pena. Solo una presencia cálida dispuesta a acompañarla.

Se acercó un poco más. Apoyó la frente en su pecho y dejó allí el peso. Y sintió cómo empezaban a deshacerse, una a una, todas las resistencias.

Cuando se tumbaron, él fue desnudándola con una lentitud acogedora, como si juntos borraran el recuerdo de otro cuerpo que nunca fue bienvenido. Y cada gesto, cada mirada era una forma nueva de decirle: «Estás viva, eres tuya».

Él le besó las manos, los codos, el vientre. Cuando acarició la cicatriz de su abdomen, ella no se apartó. Respiró hondo, le tomó la mano y dijo:

—Nunca me había sentido así. Ni antes, ni después.

Él juntó la frente con la suya.

—Quédate, entonces.

Ella sonrió apenas. Y entonces, cuando John le pasó la mano por debajo de los muslos, acogiéndola entera entre los brazos, Maria dejó escapar un suspiro largo.

Él la besó en el cuello, en la oreja, en los pechos y luego en un lugar que nadie había amado nunca. Y ella se dejó. Abrió el cuerpo, abrió la voz.

Permanecieron abrazados mucho tiempo sin hablar. Hasta que ella murmuró con un tono nuevo:

—Esto también es volver a casa.

2026

Aún no sé el nombre de la organista. Solo sé que cada domingo llega con paso ligero para tocar en la misa de las diez en punto. Es como si flotara sobre la piedra fría de la cripta.

Lleva una pequeña bolsa de tela con un cordón amarillo. El cabello negro, liso, recogido con una horquilla de madera. La piel clara. Unos ojos almendrados, de un verde jade muy pálido. Tienen esa quietud antigua que te hace bajar la voz solo con mirarlos.

Cuando se sienta al órgano, parece disolverse en él. O quizá es el instrumento el que emerge a través de ella.

Hoy ha empezado con una pieza que no conozco. Tal vez sea suya. Tres notas sostenidas, espaciadas, y luego una especie de aliento contenido. Una música que no intenta llenar el espacio, sino decir lo que es esencial.

Esa música tan desnuda me hace pensar en Ona; la escucharía sin parpadear, como si el cuerpo fuera antena.

Y me viene a la cabeza John. En casa no se hablaba mucho de él, pero su presencia aún flota en algunos álbumes o en la forma en que mi padre acaricia la vieja Leica. Dicen que era un estudioso de Gaudí, pero sobre todo de la música sacra. De la música como plegaria.

Quizá he pensado en él porque esta organista tiene el aire de alguien que ha vivido en muchos lugares sin moverse del centro.

No sé si me atrae o me desconcierta. Quizá las dos cosas son lo mismo.

VI

Una partitura

Barcelona, 1952

1

La plaza estaba a rebosar. Aún había luz, pero la gente aguardaba el encendido con la emoción contenida de las grandes vísperas. Los niños saltaban por los peldaños de las nuevas escalinatas, recién terminadas, mientras que los adultos permanecían de pie o sentados en grupos, mirando hacia arriba.

Llevaban años trabajando allí, pero ahora todo parecía culminar de un modo casi milagroso.

Los desperfectos causados por la guerra habían sido reparados, y aquella iluminación tenía sabor a renacimiento, a punto de inflexión para recuperar los valores que habían dado origen al templo.

Mercè llegó con Ramon y Eduard cuando ya costaba encontrar sitio. Llevaban días hablando de la iluminación de la fachada y de cómo luciría la torre de San Bernabé, la única que Gaudí había visto culminada. Aquella noche, sin duda, se convertiría en un faro.

Encontraron a Maria y a John al pie de la torre. No iban cogidos de la mano, pero al verlos juntos resultaba imposible no adivinar la complicidad que los unía. Él había llegado hacía pocos días y se alojaba en un pequeño apartamento cedido por el Institut Français de Barcelona, con el que colaboraba en un estudio sobre la acústica en la arquitectura sacra. Quería profundizar en un trabajo que preparaba desde hacía tiempo: la importancia del sonido en la concepción arquitectónica de la Sagrada Familia. No buscaba llamar la atención ni despertar comentarios, y aquel espacio les ofrecía un rincón propio, apartado de las tensiones familiares. El pequeño apartamento era, para ambos, una especie de refugio íntimo.

Ramon estaba radiante y, en cuanto pudo, dirigió la mirada hacia Marisol, que se había sentado con sus padres un par de escalones más arriba. No dijo nada, solo señaló con la cabeza a su madre y al recién llegado, pero se irguió como un pavo real, satisfecho, como si dijera: «Es él, John Samuel Harper, y está aquí. ¡Recién llegado de París!».

Luego los dos grupos se reunieron —Mercè, Eduard, Ramon, Maria y John— y empezaron las preguntas del chico, una tras otra.

—Cuando enciendan las luces, ¿veremos la campana, John?

—No, Ramon. Esa campana es distinta a todas las demás. No es como las que estás acostumbrado a ver en la catedral de Santa Eulàlia o en Santa Maria del Mar.

—¿Distinta? ¿En qué sentido? —insistió Ramon.

—No cuelga de un yugo ni tiene forma de pera. Es circular, como un tubo grueso que vibra cuando lo golpean desde dentro. Gaudí no la concibió para ser vista, sino para ser oída —explicó John en tono casi confidencial.

—¡Tengo ganas de escuchar cómo suena!

—Lo siento, pero eso no será posible… ¡Ya me gustaría a mí!

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Porque esa campana solo ha sonado una vez.

Ramon abrió mucho los ojos y preguntó:

—¿Una sola vez? ¿Cuándo?

—El día en que murió Gaudí. Sonó aquel día como si el templo mismo le dijera adiós.

John se quedó unos segundos pensativo, buscando la palabra.

—¿Cómo se dice? Cuando alguien se va y le haces un gesto, una palabra, como de última vez…

—¿Una despedida?

—Eso. Una despedida —dijo John sonriendo.

Después guardó un breve silencio, alzó la mirada y añadió:

—Fue su último toque. Desde entonces nunca más ha sonado.

Eduard los escuchaba de cerca con el rostro contraído. Siempre había pensado que sería él quien le explicaría el templo a su nieto. Era él quien había trabajado allí toda su vida, de sol a sol, cargando piedra; quien conocía cada rincón y guardaba mil anécdotas. Intentó intervenir, contar algo sobre los días de lluvia o sobre cómo subían los bloques con poleas, pero Ramon ya no lo escuchaba. Estaba absorto con su amigo extranjero.

Mercè los observaba desde hacía rato, en silencio. Miró de reojo a Eduard y le apretó la mano con dulzura, como queriendo reconfortarlo, pero él se apartó con un gesto arisco.

Maria, un poco más lejos, fingía observar los detalles de la fachada, pero no era así; mantenía los ojos fijos en el perfil de John, que sonreía apenas con los párpados, como hacen quienes han

aprendido a hablar con la mirada. Estaba enamorada. Ese amor le ocupaba todo el cuerpo.

Mercè la observó unos segundos. Después miró a su nieto, que no apartaba la vista de John, y luego volvió a fijarse en él. Alargó la mano hacia Maria y se la tomó con suavidad. No hizo falta decir nada. Aquel leve gesto de asentimiento era más bien una rendición tranquila, un «ya lo sé» silencioso.

Al otro lado, fuera de la vista de quienes se habían reunido al pie del templo, todo se orquestaba con una disciplina contenida. Los operarios arrastraban escaleras, montaban andamios ligeros y desenrollaban bobinas de cable grueso con movimientos precisos. Una pequeña caja metálica de conexiones, salpicada de polvo de piedra, centralizaba los puntos de luz que debían encender la fachada. Uno de los hombres, con un delantal manchado de hollín, ajustaba las bombillas dentro de reflectores de carcasa esmaltada. Todo se hacía con sumo cuidado.

Francesc de Paula Quintana supervisaba el conjunto con el silencio que le había enseñado el oficio. No hacían falta órdenes a gritos; una sola mirada bastaba para que el equipo supiera qué debía hacer. A su lado, Puig i Boada, con el plano estirado sobre una mesa plegable, señalaba los puntos de luz previstos con un lápiz de arquitecto, corto y afilado. Lluís Bonet, de pie a la sombra de una columna, repasaba con la mano los escalones recién terminados, comprobando su encaje tras tantos años de interrupción.

—Cuidado con este haz —dijo Quintana en voz baja—. No debe deslumbrar, solo seguir las formas.

—¿Lo bajamos un palmo? —propuso uno de los jóvenes, nervioso.

—Un palmo justo —asintió Bonet—. Que parezca que la luz nace de dentro.

Era una especie de estreno, pero sin telón.

La fachada del Nacimiento iba a iluminarse por primera vez desde la destrucción del 36. Aquello no era solo un ensayo técnico. Era un gesto de continuidad, de persistencia, de una fe trabajada a lo largo de los años. El templo no se había rendido.

Un operario de unos cincuenta años se detuvo un momento ante la fachada. Se acarició la yema de los dedos, como si intentara hacer memoria.

—Cuando destrozaron las escaleras, pensé que nunca más volveríamos a subirlas.

Entonces una voz gritó:

—¡La luz está lista! ¡Espero la orden!

Y ocurrió. Un foco se encendió en la parte baja de la fachada del Nacimiento y, uno tras otro, los elementos fueron ganando relieve. A su alrededor se propagó un «¡oh!» colectivo, un enorme suspiro que se elevó por las torres.

La luz jugaba con los relieves, hacía brillar la piedra mientras las palomas, sorprendidas, alzaban el vuelo. Los grupos escultóricos cobraban vida. El nacimiento, la música, los ángeles: todo parecía respirar.

John alzó la cabeza y dejó caer los hombros. Habría querido detener el tiempo.

—Y esto es solo el principio —murmuró casi para sí.

Ramon lo miró con los ojos brillantes.

Eduard, en silencio, bajó la cabeza.

2

John alzó la vista con el sombrero firme sobre la frente y los ojos clavados en las torres que se alzaban como acordes musicales inacabados. Caminaba por el pasillo de polvo entre la fachada y el acceso lateral, guiado por un joven aprendiz con el mono manchado de cal.

—El señor Quintana le espera en el despacho. Pero no tiene mucho tiempo, se lo advierto.

John asintió con la contención de quien se ha acostumbrado a no molestar, pero que al mismo tiempo no piensa marcharse hasta que alguien haya escuchado todo lo que ha ido a decir. Llevaba una libreta de tapas negras y una cartera fina con varios recortes de prensa. Cuando llegaron a la puerta de madera forrada con papel amarillento, el aprendiz llamó suavemente y abrió sin esperar respuesta.

—El señor de Inglaterra.

—Hágale pasar —dijo la voz cansada de Francesc de Paula Quintana, sin levantar la vista.

La estancia tenía la ventana abierta de par en par para dejar correr el aire, aunque el ambiente conservaba un peso agrio, como de cal apagada. Sobre la mesa se apilaban planos y plumillas, una maqueta con piezas de yeso y una caja metálica abierta. Dentro, compases y reglas de acero reposaban como bisturís en una bandeja quirúrgica.

Quintana se incorporó lentamente. Delgado, de hombros hundidos y ojos vivos, mostraba una vitalidad que parecía sostenerse solo en

la voluntad.

—Siéntese, señor. Me han dicho que tiene preguntas.

John sonrió, algo incómodo, y abrió la cartera con un gesto meticuloso.

—He venido para intentar comprender un proyecto que, en los últimos tiempos, ha dejado de mencionarse. Un proyecto que, según he leído, el propio Gaudí defendió hasta el final: la visión del templo como un instrumento sonoro.

Quintana lo miró con un punto de sorpresa contenida. Se colocó las gafas que tenía sobre la mesa.

—¿Ya se habla de eso fuera? Quiero decir… en el extranjero.

—No mucho. Pero quienes lo entendieron no lo olvidan. En París encontré una reproducción de un artículo del *Petit Journal*, de 1914, sobre un ensayo técnico y acústico de las campanas. Antes de iniciar la fundición y la colocación masiva, Gaudí quiso hacer una prueba real. Necesitaba comprobar la afinación, la potencia y, sobre todo, cómo resonaban dentro del templo hacia el exterior. Después, en Barcelona, consulté los diarios de mayo de 1915 y finalmente supe de un texto del señor Cèsar Martinell. Estoy muy interesado.

Quintana se hundió un poco más en la silla.

—Veo que se ha documentado a conciencia.

—No lo suficiente. Por eso estoy aquí. Quiero saber qué quedó de aquel proyecto: las ochenta y cuatro campanas tubulares, las siete octavas, la intención de convertir este templo en un cuerpo resonante.

Tras un breve silencio, el arquitecto dejó las gafas sobre la mesa y se frotó el entrecejo con el pulgar y el índice. Parecía no encontrar las palabras.

—Tiene usted razón. No era ninguna fantasía. Gaudí lo estudió a fondo. Hizo pruebas, encargó fundiciones, comparó pesos, perfiles, incluso vibraciones. Quiso hacerlo científico y sagrado. Pero después… llegaron la guerra, la muerte, la pobreza. Y con todo eso, las prioridades cambiaron.

—Pero no era una idea menor. Era estructural —insistió John.

—Lo sé.

Quintana se levantó despacio y caminó hasta un mueble repleto de libros y documentos. Abrió un cajón de madera y sacó un pequeño cuaderno gastado. Lo dejó frente al visitante, abierto por una página donde se leía con letra manuscrita de Sugrañes: «La vibración debe ascender como la luz, desde las torres hasta el alma del templo».

—Sugrañes creía en ello, pero no insistió demasiado. Tal vez simplemente no tuvo tiempo.

John leyó la frase con reverencia. La mano le tembló ligeramente.

—Me gustaría retomarlo. Saber si alguien recuerda aún esa idea. ¿Quizá algún músico?

Quintana asintió muy despacio.

—Mosén Baldelló. Un hombre discreto, pero con oído para la esencia de las cosas. Él escuchó aquellos ensayos. Y los recuerda.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—Creo que toca el órgano en Sant Josep Oriol, y también está vinculado a Santa Maria del Pi. Siempre habla de Gaudí como de un «músico del espacio». Me han dicho que vive cerca de Sant Pau del Camp. Quizá podría hablar con él.

—Iré.

—Y, si tiene tiempo, consulte también la información que hay en la Biblioteca de Catalunya.

—He pedido acceso por carta y me han respondido —dijo John, mostrando un pliego con el sello de la biblioteca.

El arquitecto sonrió levemente.

—Señor Quintana, este templo… es como una frase inacabada. Todos se empeñan en ponerle techo. Pero el sonido…, el sonido era su voz.

John miró un instante por la ventana. Los obreros trabajaban como si todo estuviera escrito, pero no era cierto. Entonces, con una chispa en los ojos, dijo:

—¿Y si aún pudiéramos hacerlo sonar?

Quintana lo observó con un brillo inesperado en la mirada.

—Solo si alguien aprende la partitura —respondió.

El sonido de sus pasos sobre el suelo de piedra le resonaba por dentro como si atravesara una iglesia. John cruzó el patio del antiguo hospital de la Santa Creu y subió los peldaños hasta el vestíbulo principal, donde una funcionaria de gafas finas lo esperaba tras el mostrador.

—John Samuel Harper, ¿verdad? Nos escribió desde París. Ya hemos localizado las notas de Sugrañes que solicitó. Es material reservado, eso sí. Debe consultarlo aquí, en la sala de manuscritos.

Le entregó un formulario para firmar y un par de guantes de algodón. John pensó que tanta precaución era excesiva, pero se los puso antes de tocar los documentos.

La sala era amplia, y por las altas ventanas entraba una luz gris, casi monacal. Las paredes sostenían el peso de otros siglos y el eco de páginas pasadas con reverencia.

Una bibliotecaria le llevó una caja forrada de tela gris. John la abrió como quien desvela un secreto. Dentro había cuadernos manuscritos de Sugrañes, planos menores, croquis de formas parabólicas y notas a mano. El olor a papel y tinta antigua era casi musical.

Una página en particular llamó su atención. Era una nota sencilla, sin pretensión alguna:

> El maestro quiere que las torres no hablen solo con la luz, sino con la voz. Cada campana, una letra. Cada torre, una palabra.

John contuvo la respiración. Aquella frase no era técnica, sino una poética arquitectónica. Abrió su cuaderno negro y escribió despacio: «El templo no debía sonar como un reloj. Debía hablar. Y cantar».

Siguió revisando los documentos. Aparecían nombres, como Pallés y Miquel Carreras; comparativas entre pesos y vibración de metales. Más adelante descubriría quiénes eran exactamente: maestros del bronce y del sonido, aliados ocasionales de una arquitectura que aspiraba a ser música. Sugrañes había dejado constancia de las formas hiperbólicas, de los ensayos, de la búsqueda de materiales más ligeros para las campanas tubulares. Había una palabra repetida varias veces en el margen: «Resonancia».

John no quiso esperar más.

A la mañana siguiente, con los papeles ordenados en la cartera y una dirección apuntada en el bolsillo interior de la chaqueta, cruzó la

ciudad hacia uno de los lugares más antiguos y silenciosos de Barcelona, Sant Pau del Camp.

En una pequeña dependencia cercana al monasterio románico, mosén Francesc Baldelló había encontrado refugio y equilibrio. Organista, musicólogo, hombre de fe y de armonías, se había vuelto discreto pero profundamente respetado.

Mosén Baldelló lo recibió con una sonrisa serena. Era delgado, con el cabello gris peinado hacia atrás y unas manos finas que parecían recordar cada tecla del órgano. En el piso flotaba un olor a cera y papel viejo. Un piano deslucido, libros apilados, hojas de música abiertas sobre las sillas. En una esquina, una radio de válvulas emitía una fuga de Bach a un volumen casi inaudible.

—Disculpe el desorden —dijo el sacerdote con una voz que parecía no pertenecer del todo a este tiempo—. Ya no recibo muchas visitas.

—Le agradezco que me atienda.

—No hay nada que agradecer. A veces la música necesita ser escuchada dos veces: por quien la hace y por quien la busca. ¿Qué le trae hasta aquí? Su acento… Inglaterra, ¿verdad?

John asintió.

—Oxford. Me llamo John Samuel Harper y he venido a Barcelona para seguir el rastro de una idea.

—Ah, las ideas… —murmuró el sacerdote, mirando por la ventana —. Son como las notas: sobreviven a quienes las tocan.

Se sentaron frente a frente en sendas butacas de terciopelo gastado, debajo de un retrato de san Francisco. Durante un momento, ninguno habló. La fuga seguía sonando, apenas un hilo de aire.

Finalmente, John explicó su propósito: la investigación sobre el sonido en la obra de Gaudí, los ensayos con las campanas, los escritos de Sugrañes. Baldelló lo escuchó sin mover un músculo. Cuando el inglés terminó, el sacerdote dijo simplemente:

—Gaudí no quería ruido. Quería un silencio que cantara. De ese que te atraviesa por dentro y te obliga a mirar hacia arriba sin saber por qué.

John abrió su libreta, pero no escribió. Solo escuchaba.

—Yo estuve allí, en el quince —continuó Baldelló—. Hicimos sonar una campana tubular recién fundida. Tres golpes. El sonido era puro, como si el aire se detuviera a su alrededor. No era una campana, era una respiración. El templo vibró por dentro.

—¿Y por qué no siguieron? —preguntó John en voz baja.

El sacerdote cerró los ojos. Parecía recordar más con el cuerpo que con la memoria. Abrió un cajón, sacó una partitura breve y la dejó sobre la mesa.

—Tomé cuatro notas aquel día. No sobre lo que oímos, sino sobre lo que debería oírse. Gaudí hablaba de la arquitectura como de una forma del alma. Decía que toda piedra debía tener voz, y esta era la voz que buscaba.

John la observó un instante con un respeto que rozaba el temblor.

—Habría sido la voz de un templo. ¿Le importaría hacerme una copia?

El sacerdote quedó sorprendido ante aquella petición, pero un instante después asintió. Antes de marcharse, John se giró una última vez.

—¿Cree que todavía sería posible que la Sagrada Familia tuviera esa voz propia?

Baldelló se levantó, estiró el brazo y le puso entre las manos la partitura que acababa de copiar de nuevo.

—Cuando una obra habla en voz baja —murmuró—, solo unos pocos la escuchan. Y este templo aún guarda su voz.

3

El café se había enfriado en la taza de Eduard mientras observaba en silencio cómo su nieto cruzaba el comedor con la cámara en las manos. El chico acababa de cumplir dieciséis años y, en pocos meses, había crecido un palmo. La voz le cambiaba.

Llevaba la camisa recién planchada y el cabello aún húmedo. Parecía tenso. Abrió la bolsa de piel y comprobó el contenido: dos carretes, ni uno más. No había margen de error. Cada imagen debía valer por diez.

—¿Todavía no has entendido que no todo merece ser fotografiado? —murmuró Eduard sin levantar la vista del café.

—Abuelo, por favor…

En ese momento, John llamó a la puerta. Llegaba para recoger a Ramon e ir juntos a Montjuïc. Maria lo hizo pasar. Él se quedó de pie en el umbral de la cocina, discreto, casi pidiendo permiso con la mirada.

Ella se inclinó sobre la mesa y colocó en su bolsa un bocadillo envuelto en papel de estraza. Había preparado dos: uno con pan negro, otro con pan blanco, y dentro del segundo había puesto una

ramita de tomillo, como hacía su abuela. John lo agradeció con un gesto mínimo, apenas un pliegue de los labios.

—Hoy es el acto central del Congreso Eucarístico —dijo, solo para romper el silencio—. Tenemos que llegar pronto; los tranvías van llenos. ¿Seguro que no quieres venir, Maria?

—Segurísima —respondió, guiñándole un ojo—. ¡Id antes de que os quedéis sin sitio!

Eduard no pudo contenerse.

—¿Congreso, dices? —bufó—. Una función de títeres bendecidos. Quieren hacer creer que no ha pasado nada, que todo está en orden.

Ramon cerró la bolsa con un clic seco.

—¡Será un espectáculo, abuelo! ¡Viene gente de todo el mundo!

Eduard masculló algo más, pero Maria ya los acompañaba hasta el rellano. En la calle, los vecinos se asomaban a las ventanas. Algunos agitaban pañuelos, otros rezaban. El aire olía a cera y gasolina.

Hacía mucho calor, aunque aún era primavera. En el andén de Urquinaona, la multitud se apretaba con farolillos, mantones y rosarios. Ramon agarraba bien la cámara, temiendo que un empujón la hiciera caer al suelo.

—Es como un río —murmuró John, intentando abrirse paso. Llevaba una libreta en el interior de la americana y una cartera fina de piel inglesa en el bolsillo trasero.

El metro llegó chirriando. Cuando las puertas se abrieron, la gente se lanzó hacia dentro. Los cuerpos quedaron encajados como piezas de un rompecabezas. El aire era espeso, movido por ventiladores que no ventilaban nada.

—Cuando lleguemos a la plaza de España quiero hacer fotos del pasillo de salida —dijo Ramon, entusiasmado, sujetándose a la barra metálica.

John asintió, pero mantuvo la espalda recta y la mirada alerta. Notaba un cuerpo demasiado cerca del suyo. Se giró. Un hombre de pelo corto y rostro afilado le sonrió con una boca sin dientes. Llevaba una americana demasiado grande y un periódico doblado bajo el brazo. Nada, en apariencia, resultaba sospechoso. Pero algo, un instinto antiguo, le hizo contener el aire.

El vagón se sacudió en una curva. El hombre se agachó fingiendo perder el equilibrio. Al mismo tiempo, otro individuo más joven lo empujó desde el lado contrario. John se sostuvo en la barra, pero sintió una presión breve en la cadera. Un movimiento rápido. El toque hábil de unos dedos que sabían lo que hacían.

—¡John! —gritó Ramon, que lo había visto de reojo.

John se giró de golpe, pero el hombre del periódico ya estaba junto a la puerta. El tren se detuvo en la estación de Catalunya. El joven del empujón saltó al andén y ambos desaparecieron entre la gente.

—¡La cartera! —exclamó John, intentando avanzar. Pero estaba atrapado entre dos mujeres con mantilla y un hombre con bastón. Demasiado tarde.

—¿Lo has visto? —preguntó a Ramon, que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Apenas. Era joven. Y rápido.

—Tengo la libreta —dijo John, palpándose nervioso el interior de la americana—, pero la cartera… Allí llevaba el dinero. Y los billetes de regreso a París.

El metro arrancó de nuevo. John se dejó caer contra la pared metálica del vagón. El ruido del tren cubrió su suspiro.

Bajaron en la plaza de España, dejándose arrastrar por la marea humana. El cielo de Montjuïc era blanco, casi líquido. Subieron hasta la grada más alta del estadio. Desde allí, todo parecía una ceremonia vista desde otro mundo.

Ramon ajustó la cámara mientras John observaba perplejo el escenario, aunque no dejaba de pensar en su cartera. Había familias llegadas de todo el país, obispos relucientes, monseñores de capas larguísimas, soldados, monjas… Algunas mujeres repartían hojas con cánticos en latín mientras un grupo de niños con camisa blanca agitaba banderitas desde el pasillo central. El aire olía a cera, sudor y colonia barata. El ruido de los altavoces se mezclaba con los murmullos de la multitud.

Era el 35.º Congreso Eucarístico Internacional. «La paz de Cristo en el Reino de Cristo», decía la pancarta colgada de un arco de triunfo improvisado. El escenario central, levantado sobre la pista de atletismo, era un altar monumental cubierto de cortinajes blancos, candelabros y una custodia dorada que brillaba como un sol artificial. Todo se había preparado para mostrar al mundo una España católica, ordenada y obediente.

John se agachó y abrió la libreta. Escribió despacio: «Voz mecánica. Sin resonancia. Escenario sin hondura». Luego, sin levantar la vista, dijo:

—Fíjate bien, Ramon: no hay silencios entre palabra y palabra. Es como si temieran que alguien pensara.

El chico intentó retener la frase, grabarla en la memoria. Prudente, empezó a disparar con la cámara, cuidando cada toma. Solo podía

hacer doce. Apuntó la mirada hacia lo que no salía en el programa: una anciana con el rostro cubierto, un niño dormido sobre una estera, un guardia con la mirada perdida, el gesto desencajado de un monje que se refugiaba en la sombra.

Desde aquella altura se veía el mar. Entre los tejados, muy lejos, también se recortaba el perfil de la Sagrada Familia. John la contempló en silencio.

—Ella calla, pero guarda una voz que nadie ha sabido escuchar —dijo. Ramon lo miró sin entender del todo—. Una voz que Gaudí imaginó… —añadió casi para sí— y que quizá todavía espera hablar algún día.

Un aplauso rompió los murmullos. Era la entrada del cardenal. El altavoz lo presentó como «el pastor de todos los hombres». Las mujeres no tenían cabida.

John cerró la libreta.

Ramon tomó una última foto.

Después bajaron sin decir palabra.

En la cripta se estaba fresco. Maria había llegado a pie, cruzando calles llenas de gente de todas las edades convocada por un mismo anhelo: encontrar un lugar donde reconfortar el espíritu. O quizá sentirse parte de algo más grande. La cojera la hacía caminar con paso firme pero desigual. La pierna derecha le pesaba más que la otra, un gesto que casi nadie notaba, pero que había aprendido a sobrellevar con dignidad.

En la Sagrada Familia también había movimiento. Peregrinos que hacían cola y miraban las torres con admiración. Un grupo de

mujeres italianas murmuraba un rosario. Unos niños comían pan con chocolate sentados sobre el muro.

Dentro, sin embargo, había silencio. Y sombra. Y una chispa de paz.

Mientras la ciudad se llenaba de voces, consignas y canciones, ella solo daba las gracias. Lo hacía reencontrándose con otro Cristo, el Cristo de sus abuelos Anna y Guillem, muertos en 1936.

Había presenciado su final, pero también había sido testigo de su vida y objeto de su amor. Por eso, y por aquel nuevo amor que la había hecho renacer, daba las gracias.

Encendió una vela. No recitó ninguna oración. Se inclinó lentamente, apoyando una mano en la rodilla dolorida —aquella que su madre tardó tanto en aceptar, como si hubiera sido culpa suya—. La llama tembló un instante y luego se mantuvo firme, como si respirara con ella.

Cuando salió, el sol ya se había puesto. Cruzó entre un grupo de peregrinos que entraban al recinto con banderitas. Nadie la vio. Ella, en cambio, lo veía todo.

2026

Hace una semana que este deseo me habita. Desde que la vi tocar, no me quito de la cabeza sus ojos verdes ni la forma en que dejaba fluir la música. Hoy es domingo y había planeado volver sola, perderme entre la gente y buscar una excusa para acercarme. Pero anoche llamó la cuidadora de mi padre: no puede atenderlo hoy.

Todo se viene abajo. O quizá no. No pienso esperar otra semana. Iré igualmente con mi padre y con Ona. Qué más da si protestan. Quiero hacerlo.

—Vamos, que iremos a misa —digo mientras remuevo el café.

—¿Hoy es domingo? —pregunta él.

—Sí. Y vamos los tres.

Cuando sale, mi hija lleva la mano llena de dibujos con rotulador: estrellas, una clave de sol, un ojo de manga exagerado.

—¿Es permanente? —pregunto.

—Solo si no me lo lavo —responde Ona.

Mi padre busca, una vez más, una bufanda que no existe y se pone los zapatos en los pies equivocados. Me arrodillo y se los cambio. La piel es fina como el papel. Él me mira con una calma que desarma.

Bajamos a la calle. El aire huele a lluvia. El taxi llega enseguida. Lo conduce un hombre con un turbante azul.

—Es muy bonito. ¿Tiene nombre? —pregunta Ona.

—Sí. Dastar.

Él sonríe, y mi padre observa las calles como si cada esquina le dijera una palabra y luego la retirara.

El taxi se detiene frente al templo. Aún faltan unos minutos.

Entrar en la cripta es cruzar un umbral. El ruido queda fuera, el aire se vuelve fresco, huele a cera apagada y a piedra húmeda.

Aoi —ya pienso su nombre, aunque nunca lo haya pronunciado— está en el órgano. Mi padre abre los ojos como si alguien encendiera un lugar que recordaba. Ona se queda inmóvil, el cuerpo un paso adelante.

La música comienza. El sonido me envuelve, pero es el rostro de mi padre lo que me ancla: tiene la mirada fija y una lágrima le resbala por la mejilla.

Cuando termina, espero a que la gente salga y me acerco.

—¿Toca cada domingo? —pregunto.

Ella gira el rostro. Sonríe levemente.

—Sí. En la misa de las diez.

No encuentro la frase que quería decir. Vuelvo con mi padre y con Ona. Él se mira las manos como si las viera por primera vez. Ona le acaricia el dorso con un dedo.

Pienso en todas las historias que han pasado por unas manos: las que levantan piedra, las que sueldan plomo y color, las que sostienen una cámara, las que hacen sonar un teclado. Hoy, sin planearlo, he llevado conmigo todos esos recuerdos.

Quizá también he despertado un recuerdo que todavía no sabe su nombre.

VII

Vitrales y fotografías

Barcelona, 1958

1

El aire frío bajaba de Collserola arrastrando un olor limpio a tierra húmeda. La plaza, embarrada en algunos puntos, conservaba todavía charcos de los aguaceros de la noche. Alzadas contra el cielo claro de invierno, las grúas parecían insectos gigantes esperando una señal.

Un obrero con la cara enrojecida por el frío soltaba maldiciones a sus compañeros. La llave inglesa se le había atascado.

—Ya os lo dije, que la habíais engrasado mal —gritó al chico de al lado.

—¡Vamos, que se nos echa el tiempo encima! —replicó el otro, nervioso.

Maria se ajustó la bufanda y miró hacia arriba, siguiendo la gruesa cuerda que subía hasta el bloque de piedra. El viento hacía chasquear la lona que cubría parte de la escultura. Eduard, con las

manos dentro de la chaqueta, observaba en silencio. Solo de vez en cuando hacía una mueca y se acercaba a Maria para darle una explicación.

—Mira cómo lo hacen, fíjate en el contrapeso… —dijo señalando una polea que chirriaba—. Cómo le habría gustado verlo a tu pobre madre, en paz descanse…

Ella le apretó el brazo. La pérdida reciente de Mercè los había dejado tocados. Después buscó a su hijo, que, con la Leica M3 colgada del cuello, trataba de encontrar el encuadre perfecto. Suspiró. ¡Estaba tan orgullosa de él!

Al mirar por el visor, Ramon vio a dos niñas que cruzaban la plaza, con medias gruesas y los libros bajo el brazo. El viento les levantaba la falda y reían, agarrándose la una a la otra. Disparó.

El bramido de un motor le hizo girar la cabeza. Era una camioneta cargada de bidones de aceite que, al frenar de golpe en la calle Provença, había perdido parte de la carga. Los hombres del bar de la esquina salieron alertados por el estrépito. Uno, de espaldas anchas y con un carajillo humeante en la mano, se detuvo al ver la maniobra de la grúa.

—¡Cuidado con el cable! —gritó un operario.

El grupo escultórico, con san José, la Virgen y el Niño, empezó a elevarse despacio, balanceándose peligrosamente. Alguien echó a correr para ajustar una de las eslingas laterales.

Francesc de Paula Quintana, con el abrigo abrochado hasta el cuello, alzó la cabeza para mirar la plomada y la línea de sombra que el sol débil del invierno empezaba a recortar sobre la fachada del Nacimiento. A pocos metros, Jaume Busquets, con una cinta métrica

colgada del cuello y un lápiz corto tras la oreja, hizo una seña al gruista.

—Despacio. ¡Dos palmos más… y quieto! —dijo—. Ahora sí, por favor. ¡Aguantadla bien recta!

Maria sintió una punzada de frío en los dedos, pero no se movió. El mármol, a la luz de la mañana, parecía más claro que nunca. Eduard soltó un suspiro profundo, como si aquel momento hubiera tardado años en llegar.

El repique de las campanillas de un tranvía en la calle Mallorca corrió amortiguado hasta la plaza. El grupo escultórico ya flotaba sobre la fachada con las figuras envueltas que pronto quedarían al descubierto. Los obreros, con las manos entumecidas, daban órdenes cortas y nerviosas, sin el tono reverencial que alguien podría imaginar.

—¡Más a la derecha! ¡No, coño, a la otra derecha!

—¡Aguanta, aguanta, ya lo tenemos!

Ramon disparó. Maria, sin apartar la vista de la escena, notó que se le aceleraba el pulso. Para ella era ver cómo la historia se colocaba en su sitio, un trozo de memoria anclándose en la fachada para quedarse allí tal vez para siempre.

El aire cambió de dirección y llevó una bocanada de humo de carbón de los pisos cercanos. Los niños que salían de las escuelas del barrio también se detuvieron unos segundos para observar los movimientos de la grúa. Una mujer con delantal, que había salido a regar las macetas, se apoyó en la barandilla y gritó a un operario:

—¡Jefe!, ¿cuándo estará puesto eso?

—¡Si el viento nos deja, antes de comer! —respondió él sin apartar la vista del cable.

Eduard se movió unos pasos, buscando una visión más clara de lo que estaba ocurriendo. Tenía los ojos fijos en el punto donde la piedra y el hierro se encontraban, allí donde las manos de los obreros buscaban la precisión. Murmuró, casi para sí mismo:

—Esto es como cuadrar la carga de un carro.

Maria se dio cuenta, pero no dijo nada. Solo sonrió bajo la bufanda. Su padre aún añadió otro comentario:

—Aquí, justo donde esa mujer ha salido a curiosear, donde hay tantas casas altas y estrechas, Gaudí quería unas escaleras monumentales. Se lo oí contar a tu abuelo: debían ser como un gran acceso, como un brazo abierto a la ciudad, eso había dicho el maestro. Pero ya ves en qué ha quedado todo… —Hizo un gesto breve hacia las fachadas cercanas—. Ropa tendida y niños jugando en los balcones. La ciudad tiene prisa, y estos edificios dan dinero que alguien se embolsa…

Al añadir el último comentario, se le ensombreció el rostro.

Mientras tanto, Ramon había encontrado un rincón elevado, junto a unas cajas de madera, para tener una mejor perspectiva. Se mordía el labio cada vez que ajustaba el diafragma. Lo fotografiaba todo: la cuerda que susurraba al viento, la cara concentrada del capataz, la punta de la fachada que parecía esperar el impacto de la piedra como un músculo en tensión.

De pronto, se oyó un grito seco:

—¡Basta! ¡Para!

El grito cortó el aire. El bloque se balanceó unos centímetros, demasiado cerca del desastre; una ráfaga de viento lo hizo girar como una puerta mal cerrada.

—¡Tirad de las laterales! —bramó alguien.

Dos obreros corrieron hacia las eslingas y las sujetaron para equilibrarlas. Las cintas, planas y húmedas, les quemaban las palmas y amenazaban con cortarles la piel mientras tiraban con todo el cuerpo. Las botas resbalaban sobre las planchas de madera mojadas. El peso de la piedra se resistía; solo cedía a sacudidas, con un crujido seco que hacía cosquillas en el estómago.

Maria se dio cuenta de que había dejado de respirar. La escultura seguía suspendida sobre el vacío, los cables principales tensos como arcos a punto de romperse. El viento aún la empujaba, balanceándola con una lentitud que tensaba los nervios de todos.

Abajo, un grupo de vecinos había formado un corro. Uno decía que era el último elemento grande que subirían ese año; otro recordaba la primera piedra que había visto colocar de niño. Un abuelo con boina y bastón hacía de guía improvisado para un nieto curioso.

—Mira, chaval, esto es trabajo fino… No es como levantar una pared de ladrillo.

Un operario alzó la mano.

—¡Arriba, ahora! ¡Despacio!

La grúa recuperó el movimiento y la escultura, aún envuelta en la lona, comenzó a bajar hasta su encaje definitivo. El silencio se impuso sin que nadie lo ordenara; solo se oía el crujir de las eslingas y el quejido metálico de la polea.

Eduard, con las manos en los bolsillos, sonrió con un punto de timidez.

—Esto lo recordaremos toda la vida.

Maria asintió sin apartar la vista.

El contacto final fue casi imperceptible: un golpe breve, seco, contenido. Los obreros empezaron a aflojar las eslingas y uno de ellos, con las manos llenas de polvo, dio una palmada en el hombro del compañero.

—Ya está.

El viento agitó la lona por última vez, dejando entrever la piedra desnuda. La luz de invierno, limpia y sin sombras duras, se deslizó por la superficie nueva, y la fachada pareció respirar.

Ramon disparó la última fotografía justo cuando un tranvía cruzaba la calle Marina, cuyo sonido metálico se fundió con las primeras voces que rompían el silencio.

A Maria le dio vuelco el corazón. Aquella pieza ya era parte del templo, y ella había estado allí para verla llegar al mundo. Eduard inclinó la cabeza, como saludando a la piedra. Y, sin decir nada más, echaron a andar, mezclándose con la gente que se dispersaba por las calles; en 1958, la ciudad ya rodeaba el templo con una vida que no se detenía.

2

La luz de la mañana entraba perezosa por las ventanas altas de la redacción de *La Vanguardia*. El olor a tinta se mezclaba con el vapor del café rancio y el sudor de oficina. Los teléfonos sonaban breves, impacientes; las máquinas de escribir golpeaban los titulares como timbales de guerra. Ramon iba y venía entre el laboratorio y la

redacción con un fajo de sobres de papel manila bajo el brazo. Aquel era su territorio de aprendiz: revelar placas y carretes, etiquetar negativos, mirar, callar, aprender.

El laboratorio del diario era una cueva roja. La luz mortecina teñía las manos y el aire húmedo hacía que la camisa se le pegara a la espalda.

Pérez de Rozas, con la bata gris salpicada de gotas secas y un cigarrillo apagado en la comisura de los labios, agitaba una cubeta con la experiencia de quien ha revelado más guerras y manifestaciones que bodas. Tenía el ceño siempre fruncido, quizá por el esfuerzo de ver mejor.

—No me empapes eso de baño de paro, chaval —gruñó sin levantar la vista—. Si te pasas, el revelador se come la imagen y te saldrá todo quemado. Y en el periódico, si el negativo es malo, lo único que consigues es que el tipógrafo te maldiga.

Ramon dejó caer la bandeja en la cubeta con más cuidado.

—¿Lo quiere así? —preguntó.

Pérez de Rozas levantó el negativo con las pinzas y dejó que la última gota cayera lentamente.

—Así… sí. ¿Ves? Ahora el proceso se detiene en seco. Esto es como frenar un tren antes de que se coma el andén.

Satisfecho con su explicación, colgó el negativo del hilo, y el rojo del laboratorio le dibujó una sombra feroz en el rostro.

—Me han dicho que buscan a alguien para un reportaje sobre los talleres Bonet. Si quieres ser tú, habla con el jefe de sección. Pero no te presentes pavoneándote, ¿de acuerdo? Que esta juventud…

Ramon sintió un cosquilleo que era pura sorpresa. ¡Los talleres Bonet! Tantas veces había oído hablar de ellos en casa… Su madre

contaba que había trabajado allí cuando era poco más que una muchacha, antes y después de la guerra. Decía también que el olor a estaño y vidrio cortado se pegaba a la ropa y que algunos maestros tenían las manos llenas de pequeñas cicatrices brillantes.

Colgó la bata, se quitó los guantes de goma y salió al pasillo. En la redacción, una radio iba soltando las noticias del mediodía. Almorzó allí mismo, de pie, un bocadillo envuelto en papel de periódico, que calentó sobre el motor de un secador de aire.

Fuera, la ciudad bullía. *La Vanguardia* quedaba en la calle Pelai, con el tráfico denso y el paso constante de los tranvías. Solo tenía que cruzar hasta La Rambla y seguir hacia la sede de la Agrupación Fotográfica de Cataluña, en el corazón del casco antiguo.

La obsesión por la fotografía lo había llevado hasta allí unos meses antes para profundizar en el oficio, más allá del trabajo en el diario, con la misma actitud con la que exploró aquella Agfa Box que le regaló John. Cuando salía de la redacción, iba a menudo a la Agrupación: tardes enteras mirando revistas, revisando contactos, discutiendo sobre encuadres con otros socios. Era su otra escuela, donde la luz tenía tantos maestros como ventanas.

Aquella tarde, un grupo se había arremolinado en la sala de proyecciones. Ramon entró sin hacer ruido. En la pared, alguien proyectaba rápidamente las fotografías que dejaban ver las miniaturas: calles, pensiones, gritos de niños, persianas medio bajadas, ropa tendida que se inclinaba bajo el peso del agua, todo tiñendo de sombras las fachadas.

—Son de Miserachs —dijo alguien.

Ramon se volvió y lo vio allí, joven y seguro, bromeando con otro al que llamaban Masats. Cerca estaba Ricard Terré, con la mirada de

quien lo retrata todo y lo juzga todo. En ese instante, Oriol Maspons llegó con un conjunto de copias húmedas que aún goteaban.

—El pictorialismo, para las postales —cortó Masats—. Calle, ruido y encuadre. El mundo no es limpio ni redondo.

—La luz de Barcelona no perdona —añadió Maspons—. Te lo saca todo.

—No es adornar —remató Miserachs con aquella sonrisa obstinada —, es entender qué pasa y dónde te pones. Ojo y cerebro. La máquina, después.

Terré, que había permanecido callado, mostró tres copias: una plaza vacía, un perro, una sombra que embestía una fachada.

—La poesía está; si la dejas, entra —dijo Terré en voz baja.

Ramon no abrió la boca. Notaba el motor encendido dentro: la urgencia de probar, de equivocarse, de volver a intentarlo. Cuando la sesión se deshizo en pequeños grupos, alguien le pasó un cuaderno de contactos. Acercó el ojo a las miniaturas: vidas enteras en diminutos cuadrados negros. Entendió que la fotografía también era una forma de escuchar.

En el pasillo, dos aprendices hablaban en voz baja.

—¿Te acuerdas de la primera Asamblea Libre de Estudiantes, el año pasado? —dijo el más descarado.

—Chist… Las paredes oyen. De eso, mejor hablar poco o nada — respondió el otro, vigilando la puerta.

Ramon guardó el cuaderno con cuidado. Salió a la calle con la cabeza llena de imágenes y una idea que le pesaba en el bolsillo: pedir el reportaje de los Bonet.

Al llegar a casa, lo recibió un reconfortante olor a sopa. Su madre ponía los platos con aquel gesto que, sin saberlo, marcaba el

compás de la casa. Cuando lo vio entrar con la Leica, sonrió. Aquella cámara había sido el fruto de un gran sacrificio. Fue la abuela Mercè quien, quizá intuyendo que la vida se le escapaba entre los dedos, quiso regalársela. Invirtió los ahorros de muchos años y acompañó el gesto con unas palabras: «Con esto guardarás lo que merece ser mirado otra vez».

Para Ramon era su objeto más preciado, y aquel gesto de abrazarla siempre conmovía a su madre.

—Mamá…, quizá me encarguen un reportaje sobre los talleres Bonet. En *La Vanguardia* quieren hacer un artículo por los treinta y cinco años de su fundación.

Maria se detuvo con la cuchara en el aire.

—¿Sobre los talleres Bonet? —La voz se le ensombreció de recuerdos—. ¿Sabes que hice trabajillos allí de joven? Después de la guerra volví. Había muchos vitrales que reparar. ¡Cómo pasa el tiempo y qué vueltas da la vida!

—Sí, mamá, lo sabía. Y pensé que te haría ilusión. También quería decirte que, cuando empiece a ganar algo de dinero, quiero apuntarme a la Massana.

Ella lo miró sorprendida.

—¿A la Massana? Pero si ya vas a clases de fotografía en la Agrupación…

—Sí, pero allí solo aprendo a mirar. En la Massana me enseñarían a entender los materiales, cómo se comporta la luz en otras superficies. No se trata solo de hacer fotos. Es saber qué tienes delante y cómo cambia cuando la luz pasa a través del diafragma.

La madre sonrió, como si le gustara la idea pero no quisiera darle del todo la razón.

—Comer poco y digerir bien; acuérdate. Pero veo que ya tienes el discurso hecho.

—Solo digo que cuanto más entiendes las cosas, mejor puedes retratarlas, mamá.

—Haz lo que veas, pero no dejes el periódico; el periódico es oficio, hijo. Es lo que te permitirá ganarte el pan.

Ramon la abrazó. Eduard, que fingía dormir en la vieja butaca verde, dejó escapar una sonrisa leve.

El taller Bonet olía a aire templado, a flujo ácido y polvo de sílice. El ruido era como las capas que se apilaban unas sobre otras: golpes secos de martillo sobre el plomo, arañazos del vidrio contra la piedra, murmullos cortados por el roce metálico de las herramientas. Ramon se detuvo un instante en el umbral, sorprendido de que la luz, allí dentro, no fuera una sola, sino muchas: la que entraba oblicua por un vitral a medio desmontar; la de la mesa, blanca y dura; la que se reflejaba en un trozo de cobalto y le devolvía una mancha fría en la mejilla.

—¿Tú eres el del periódico? —preguntó un hombre con delantal y gafas gruesas.

—Sí. El señor Xavier Bonet ya está al tanto. Me ha dicho que lo espere aquí.

—Pues tú mismo. Si necesitas algo, estoy a tu disposición.

El maestro vidriero no se hizo esperar; era el mayor de los dos hermanos y rondaba los sesenta. Se acercó a la mesa donde Ramon revisaba la cámara y le habló con una sonrisa franca, de esas que muestran más respeto que cortesía.

—Estamos en un momento importante —explicó—. Treinta y cinco años de vitral, y ahora introducimos la técnica Tiffany. Llevan un tiempo usándola en Estados Unidos.

Se detuvo ante una mesa donde había unas tiras finas y brillantes. Las tomó y le mostró cómo se adherían al borde de un trozo de vidrio.

—Esto es cinta de cobre autoadhesiva —mostró—. Antes, para esta unión, usábamos papel de estaño y betún de Judea. El betún es una grasa oscura, pegajosa como la brea, que se aplica con la paciencia de un santo… Y te aseguro que, cuando hacía calor, era como trabajar dentro de un tarro de melaza.

Ramon hacía fotos y tomaba notas rápidamente.

—Una vez que tienes la cinta de cobre bien colocada —continuó el maestro—, llega el estañado. Pasamos el soldador, y el estaño fundido recubre la cinta y hace una unión sólida.

Para dejar claro el proceso, le hizo una demostración. El soldador silbó. El humo era fino y, ante sus ojos, el brillo metálico se fue extendiendo con suavidad.

Ramon abrió mucho los ojos; no quería perderse ningún detalle.

—Además —añadió Xavier Bonet—, con esta técnica puedes hacer formas más libres, piezas pequeñas, curvas cerradas…, cosas que con el plomo tradicional serían un trabajo enorme o directamente imposibles.

—Pero eso… —dijo Ramon, levantando la vista del cuaderno— ¿no traiciona el oficio?

El vidriero sonrió brevemente, sin burla.

—En absoluto, joven. Lo que traiciona el oficio son la pereza y las prisas. Esta técnica suma, y hacerla bien exige mano, ojo y

paciencia.

Ramon asintió mientras hacía una última fotografía del maestro, con el soldador aún brillante y la cinta de cobre reflejando la luz de la mesa. De pronto, una idea cruzó su mente: «La técnica al servicio de la belleza». Pensó que sería un buen titular para el artículo, como una frase que Gaudí habría suscrito sin dudar. La anotó en el cuaderno con letras grandes para no olvidarla.

Ya se preparaba para marcharse cuando, al fondo de la gran sala, vio a una joven inclinada sobre lo que parecía un fragmento de vidrio. Ramon buscó una distancia prudente y, por un instante, dejó de hacer fotos para mirarla.

—Clara, este trozo es del frontal —le dijo un hombre de pelo blanco—. El plomo tiene que cerrar limpio. No lo castigues.

—No lo castigo, lo convenzo —respondió ella sin levantar la vista, pero con una sonrisa en los labios.

Ramon entornó los ojos para entender mejor lo que la joven quería decir. Luego se quedó quieto, observándola.

Ella estaba ocupada rellenando la grieta del vidrio con una especie de resina transparente mezclada con un polvo dorado. Sus movimientos eran lentos, casi ceremoniales. Dejaba que la luz del foco se clavara en el hilo metálico antes de cerrarlo y fijarlo con calor. Ramon carraspeó y, con el deseo urgente de saber más, preguntó:

—Eso que haces… no es el emplomado de siempre, ¿verdad?

Clara siguió concentrada.

—El emplomado es la base. Las varillas de plomo en forma de hache sujetan. Con esta resina y un poco de metal en polvo, la línea habla. Brilla. No es habitual —admitió—, pero, cuando luce, la luz

encuentra un camino que antes no existía. Como un *kintsugi*, pero en vidrio —se le escapó.

Ramon se rascó la nuca, avergonzado de no haber oído nunca aquella palabra.

—Perdona…, yo no…

La joven alzó la vista un instante, con una sonrisa leve.

—Una técnica japonesa —explicó— para reparar cerámica con oro. La grieta no se oculta, se declara. Es una forma de honrar la fractura.

—No lo había oído nunca. ¿Y eso se usa mucho?

—No demasiado. Pero aquí dentro, si funciona y el vitral resiste, lo que cuenta es el resultado. A veces también grabamos la grieta con una punta de diamante y aplicamos pan de oro.

Ramon encuadró un primer plano de la mano de Clara, el reflejo del oro en la resina, la línea que se iluminaba como una veta caliente. Disparó. Un martillazo en la mesa de al lado cortó el silencio.

En el rincón, dos aprendices removían varillas y murmuraban, mirando de reojo.

Ramon volvió el cuerpo hacia Clara. La luz de la mesa le acariciaba la mejilla. No era solo habilidad, era la forma en que dejaba pasar la luz por la grieta y le abría una ruta nueva. Pensó, sin atreverse a decirlo, que aquella luz le dibujaba un rostro digno de una Virgen; no vitral ni escultura, sino alguien vivo que, con paciencia, repara lo que es frágil para hacerlo más bello.

—¿Y tú? ¿Por qué fotografías? —preguntó Clara mientras cerraba el canal de plomo con una suavidad obstinada.

—Para entender cómo se mueve la luz. Y porque, cuando la luz toca algo, dice una verdad que yo solo no encuentro.

—La luz tiene sabores —murmuró ella casi sin darse cuenta—. Hay días de almendra tierna; otros, de bronce.

Ramon arqueó una ceja, sorprendido por aquella imagen y por la manera en que se expresaba la joven. Esperó. Ella volvió al trabajo como si nada. No dijo nada más. Él tampoco.

—Si necesitas piezas para hacer pruebas, ahí tienes una caja de recortes —le indicó un maestro a Clara—. Pero no me gastes el cobalto como si fuera tinta, ¿eh?

Ramon disparó otra foto: un triángulo de vidrio verde, la mano de Clara en suspenso, la veta dorada endureciéndose. Intentó encuadrar de modo que la línea reparada fuera el centro de gravedad, el punto al que el ojo no pudiera dejar de caer. Pensó que aquel hilo dorado podía ser una brújula para su serie: seguir las cicatrices, hacerlas hablar. Estaba ansioso por ver cómo quedaría en blanco y negro.

Al final de la jornada, el taller fue apagándose, una luz tras otra. Clara recogió con el mismo orden en el que había comenzado.

—¿Te has quedado con algún trocito por retratar? —preguntó ella, ya con el pañuelo al cuello.

—Me he quedado con la forma en que la luz decide adónde va —dijo él medio en broma, medio en serio.

—Entonces síguela —respondió ella, y salió a la calle.

Ramon cerró el cuaderno de notas. En el margen había escrito: «Líneas de plomo = cicatrices. Resina + metal = voz propia. *Kintsugi* del vidrio». Y en otra esquina, casi sin darse cuenta: «La luz tiene sabores».

Esa noche, en casa, su madre le preguntó cómo había ido.

—¿Volverás? —dijo mientras doblaba el paño de cocina.

—Sí, seguro.

Ella rio, intuyendo un no sé qué en el tono de la respuesta y en aquel brillo nuevo en los ojos de su hijo.

Apagó la luz del recibidor y, con la oscuridad, la casa se convirtió por un momento en un cuarto de revelado. Ramon imaginó que, al terminar aquel reportaje, la imagen saldría nítida de la cubeta: el ojo y la luz, afinados, como dos cuerdas que al final dan la misma nota.

3

Barcelona, 7 de noviembre de 1958

Querido John:

Hoy todo es quietud. Mi padre ya duerme —creo que ha encontrado una posición en la que no le duele la espalda— y Ramon también ha apagado la luz. He querido aprovechar este silencio para escribirte.

Cuando la casa descansa, te siento más cerca. Nuestras cartas son el hilo con el que voy cosiendo los días, y cuando el nudo se hace demasiado grande, lo deshago pensando que pronto volverás.

Aún llevo en la piel la luz de aquellas mañanas en París, cuando caminábamos sin prisa y tú me enseñabas edificios que yo jamás habría mirado. Me hace feliz pensar que quizá, dentro de poco, podamos hacerlo juntos en Barcelona. Sueño con el día en que tu traslado sea posible. Yo, tal

como están las cosas, no puedo dejar a padre, y él nunca aceptaría acompañarnos.

Este año ha sido duro. Perder a mi madre fue perder la primera voz que me dijo quién era. El mundo parece seguir igual, pero todo queda un paso más lejos de casa. A veces todavía me dirijo a ella como si estuviera en la cocina batiendo huevos. O siento su mano en el hombro cuando estoy cansada. Es como si la casa se hubiera encogido un poco sin ella y, al mismo tiempo, se hubiera hecho mucho más grande.

Mi padre está más frágil, pero sigue igual de tozudo. Hoy se ha empeñado en cambiar él solo el tubo de una lámpara —ya lo conoces— y después fingió dormir en el sillón verde mientras yo fregaba los platos. Le quité la manta y me pareció ver cómo se le estiraban las comisuras. No sé si dormía o si, calladito, se reía de mis manías.

De Ramon… ¿qué voy a decirte? Cada día lo veo más erguido y más ensimismado, como si subiera una escalera que yo no alcanzo a entender, pero que él tiene clarísima. Ha encontrado un impulso nuevo con la fotografía: le han encargado un reportaje por los treinta y cinco años de los talleres Bonet, donde yo iba de niña. Y lo veo volver a casa con los ojos llenos de cosas que aún no sabe decir. Sospecho —no quiere confesármelo— que hay alguien detrás de esa luz nueva.

Barcelona no se detiene. La Sagrada Familia avanza despacio pero firme. Ya han comenzado la fachada de la Pasión. De momento solo se ven las primeras estructuras, piedra desnuda que insinúa las líneas que Gaudí había trazado. Aún no hay torres ni figuras; es un esqueleto, pero ya anuncia la severidad y la fuerza que algún día tendrá.

Pienso mucho en eso, en cómo algo tan grande se construye con gestos pequeños, repetidos, y en cómo la belleza necesita paciencia. Me parece que nosotros también funcionamos así.

Quizá por eso me atraen las causas que avanzan lentamente, como la de Montjuïc.

He empezado a colaborar en un movimiento vecinal. Los periódicos no se atreven a dar cifras, pero hay unas seis mil barracas y treinta mil personas viviendo en esas pésimas condiciones. Estamos en marcha; hemos montado una pequeña biblioteca con mesas de segunda mano y estanterías que

parecen bailar más que sostener los libros. También tenemos un grupo musical que se estrenará durante las fiestas del barrio. La alegría siempre es una alternativa y da más juego que la tristeza.

Los libros nos llegan por donaciones: algunos llegan agujereados por la humedad, otros lucen dedicatorias que hablan de su vida anterior.

Me gustaría ir contigo a las barracas de Montjuïc, a Les Banderes o a Can Tunis, el núcleo más grande, donde la gente se organiza en medio de la miseria. Cuando regreses, te presentaré a quienes colaboran conmigo; ya les he hablado mucho de ti.

El otro día, en la biblioteca, vino Teresa, una de las chicas que me resultan más cercanas. Me contó que había asistido a una reunión de amigos —medio clandestina, como tantas cosas ahora— en la que le presentaron a un poeta que hace teatro sin ser teatro, Joan Brossa. No lo conocía, y ella lo describió como algo extraño y fascinante: acciones, objetos, gestos que significan más de lo que aparentan. Hablaba con los ojos muy abiertos, pero también con la cautela de quien sabe que hay oídos en todas partes.

Poco después, la policía detuvo a una chica de su grupo —no por eso, sino porque ya la tenían fichada—, y ahora todos van con más cuidado. Estos brotes de arte diferente son como llamaradas; no sabes si durarán lo suficiente para abrir camino o si se apagarán enseguida. Pero solo saber que existen me reconforta.

Quizá por eso, en el Salón de Mayo sentí lo mismo. No es solo una sala llena de cuadros, es un lugar donde la gente se mira y se entiende sin decirlo todo. El arte es la excusa para encontrarse y resistir.

En Montjuïc también tenemos nuestra manera de «hacer salón»: queremos crear un pequeño periódico, *La Voz de la Montaña*. No será gran cosa, apenas unas páginas que pasarán de mano en mano con noticias del barrio e historias que, de otro modo, no aparecerían en ningún sitio. Cuando veo la ilusión con la que esperan el primer número, pienso que eso también es cultura. Y que tú, aquí, te sentirías como en casa.

Las noticias que llegan de París no son tranquilizadoras. Hablan de tensión en las calles y de disputas que no acabo de entender: unos piden el regreso del general De Gaulle, otros claman por la paz en Argelia; la policía vigila e

intimida, y la cultura hierve como una olla a punto de desbordarse. Cuídate. Cuídate mucho, que yo te espero.

Escríbeme si has ido a alguna manifestación —ya me entiendes— y cuéntame cómo se ve todo de cerca. ¿Has visto el último corto de Godard? Teresa dice que retrata a parejas discutiendo por las calles de París. Aquí todo llega amortiguado, como música a través de la pared.

Te llevo muy dentro. Haga lo que haga, te sé conmigo. A menudo me sorprendo repitiendo tus gestos: la manera en que te apartas el cabello, el hábito de detenerte un segundo antes de entrar en un lugar nuevo para escuchar su ruido, tu manía de ordenar los lápices por el grado de desgaste y tenerlos todos perfectamente afilados.

Te echo de menos de una manera que no es impaciente, pero tampoco se conforma. Una añoranza con oficio: pongo palabras donde no estás, guardo espacio para que lo ocupes, y, cuando el día se acaba, pienso en qué te contaré en la próxima carta. Si pudiera elegir, querría que la próxima no fuera una carta, sino una conversación; pero, hasta que llegue ese momento, haremos del papel un lugar donde sentarnos juntos.

Escríbeme cuando puedas.

Te quiero. Te quiero mucho.

Vuelvo a la imagen de la que te hablaba: nuestro amor, como el templo, no corre; se eleva. Avanza en silencio y trabaja, y en cada piedra que colocamos hay una promesa. Estoy convencida de que algún día, cuando entremos, reconoceremos que es nuestro hogar.

Tuya,

MARIA

Tercera parte

En mitad del invierno descubrí que habitaba en mí un verano invencible.

ALBERT CAMUS

2026

Hoy estrenamos. Ona tiembla por dentro, pero lo oculta tras una frase corta que repite como un talismán. La ha dicho cientos de veces con voz fija, casi automática. Siempre igual. Siempre precisa. Como si repetirla fuera un modo de ponerse a salvo.

La terapeuta dijo que el teatro podía ayudarla: mostrarse, salir del aislamiento, entrar en el juego. En la escuela había un grupo que ensayaba con una profesora entusiasta y, al final, Ona se apuntó. A regañadientes. Las primeras semanas pareció que lo dejaríamos correr, pero hoy estamos aquí: ella, su abuelo y yo.

Mi padre se sienta a mi lado en primera fila, en silla de ruedas. Hoy está especialmente lúcido. Cuando ha visto a Ona con su vestido de papel de colores, ha sonreído con esos ojos que todavía saben decir «te quiero» sin palabras. En esa mirada queda una memoria que aún se asoma. Y entonces llega esa punzada dulce que trae la ternura cuando irrumpe sin avisar.

Se apagan las luces. Empieza la función. Los niños salen, ríen, improvisan, contagian nervios y alegría. Ona no. Se queda inmóvil. Las manos le buscan sitio, como si no supieran dónde estar. Cuando llega su turno, la voz le sale demasiado alta, casi un grito. La sala calla.

Un compañero le tiende la mano. No estaba previsto. Ona lo mira, desconcertada. Durante unos segundos que parecen eternos, duda.

Y al fin acepta. Sigue rígida, pero dice su frase. Exacta. Ni una palabra de más. El público respira y estalla en aplausos.

Para muchos, es solo un gesto tierno. Para ella, es un paso enorme: dejarse tocar, no perder el hilo, sostener una mirada un segundo más de lo habitual.

Mi padre se inclina y me susurra:

—Es valiente, esa niña. Más que muchos adultos.

Y sonrío. Porque tiene razón.

Al salir a la calle, ocurre algo inesperado. Un niño se acerca a Ona y le dice, convencido:

—Tú eres la mejor actriz, porque hablas como un robot de los que molan.

Y sale corriendo sin esperar respuesta.

Ona se queda inmóvil, pero las mejillas se le encienden. Yo no puedo evitar reír. Y pienso que quizá son momentos como estos —grandes, pequeños, brillantes, imprevisibles— los que de verdad mueven el mundo.

En el metro, mi padre se queda dormido con la cabeza ladeada. Ona pasa los dedos por una mancha del asiento metálico. Los miro y pienso que cada uno arrastra su propia historia: pequeña o inmensa, visible o secreta.

Miro a mi alrededor. Un hombre ojea el periódico con gesto agrio, una chica finge estudiar pero escribe mensajes, dos abuelas hablan bajito como si compartieran secretos. Todos llevan historias en marcha. Historias de amor que culminan en un sí, revueltas que nacen de voces que se atreven a hablar… No tengo dudas: la ciudad oscila entre grandes palabras y pequeños actos, y todo late a la vez.

Avanzamos entre acuerdos y desacuerdos, entre sueños compartidos y heridas abiertas. Lo vemos cada día: familias que discuten por lo que callaron durante años, memorias que unos quieren rescatar y otros preferirían enterrar, preguntas sobre qué significa ser de aquí y qué futuro queremos construir. A veces me pregunto si realmente somos tan distintos de quienes nos precedieron, o si solo han cambiado el escenario y las palabras y nos limitamos a repetir tensiones antiguas.

La Sagrada Familia no ha sido una excepción. También ha crecido a golpes, entre visiones y polémicas, pero con terquedad. Ahora que se acerca el final con la colocación de la cruz en la torre de Jesucristo, es fácil olvidarlo. Yo no lo hago. Lo sigo viviendo a través de la memoria de los míos. Sé que no hay final sin un camino largo.

Quizá por eso me reconozco ahí. Mi vida también se ha construido entre la docencia y los recuerdos; entre lunes de visitas guiadas, canciones del coro y miércoles de teatro en la Sala Beckett, donde todavía aprendo a dejarme sorprender. Pero sobre todo en la mirada de Ona, que crece demasiado deprisa y me obliga a improvisar.

Ella llegó cuando Cesca y yo ya no esperábamos que la vida nos regalara nada más. Amar a Cesca fue —o quizá sigue siendo— mi manera de estar en el mundo. Han pasado ocho años desde que la perdí, pero su voz me visita cuando menos lo espero, como una nota suspendida en el aire.

Y, sin embargo, estos días algo vuelve a moverse. He vuelto a ver a Aoi y me puse nerviosa como una niña. Pero lo que ha quedado no es la incomodidad, sino la ligereza. Una alegría nueva. Silenciosa, persistente. No hace ruido, pero endereza la espalda un poco. Te hace fijarte en lo que te pones, en cómo te recoges el pelo.

No sé si pasará algo. Quizá no. Pero este movimiento interno — este deseo que despierta sin prisa— ya es una forma de futuro. Y hacía mucho que no lo sentía.

I

Entre la pasión y la razón

Barcelona, 1966

1

Clara y Ramon tardaron ocho años en casarse, y se les hizo eterno. Se habían conocido en el taller Bonet en el invierno de 1958, pero les llevó tiempo hacer planes: la madre de Clara estaba gravemente enferma y necesitaba cuidados constantes. Clara quería creer que se recuperaría lo suficiente para acompañarla el día de la boda, pero su salud mejoraba y empeoraba sin aviso. Hacía ya un año y medio que había muerto y que ella había quedado huérfana.

Aquella mañana, la familia llegó temprano. Eduard, que cojeaba igual que su hija Maria, bromeó con ella sobre quién de los dos caminaba más deprisa mientras cruzaban la plaza. Al entrar en el recinto, se detuvo un instante para contemplar las obras.

—Ya no las dirige Quintana, ¿verdad?

—No. Ahora son Puig i Boada y Lluís Bonet —respondió John.

El interior del templo seguía siendo un enorme esqueleto de piedra: sin la cubierta completa, sin las naves centrales. Pero la fachada de la Pasión ya dibujaba su forma con las torres en pie y los andamios alrededor. En el museo, inaugurado en 1961, la actividad era constante; las protagonistas eran las maquetas y los planos que guardaban el futuro.

A la entrada de la cripta, Clara esperaba la señal para avanzar.

Su vestido de crepé blanco caía liso hasta los pies; un velo fino le cubría el cabello, sujeto con una peineta de nácar que había pertenecido a su madre. Los guantes de encaje dejaban entrever unas manos largas y finas, nerviosas.

Ramon vestía de oscuro, con camisa blanca impecable y corbata estrecha. La aguardaba en el altar y sonreía, sabiendo que aquel instante justificaba todos los años de espera.

Cuando las puertas se abrieron, los invitados se pusieron en pie: vecinos del barrio, antiguos compañeros del taller Bonet, otros más recientes del movimiento vecinal de Montjuïc, Marisol Alpiste con su marido y sus cuatro hijos, y rostros conocidos que habían acompañado a la familia en momentos importantes.

El pasillo central estaba inundado de una luz que caía en diagonal. En el aire flotaban partículas de polvo suspendidas, como confeti invisible. El silencio se quebró con los primeros acordes del órgano y las voces de un pequeño coro, que comenzó un canto suave, casi íntimo.

A Maria le vino a la memoria el día en que había dado el sí a John, dos años antes, en una ceremonia discreta con solo dos testigos: su padre y su hijo. Aquella boda propició el momento en que el inglés, por fin, se instaló en Barcelona. Ahora, sentado a su lado, le apretó

la mano con la misma firmeza que entonces, como si quisiera compartir con ella la emoción de otro amanecer en la cripta.

Maria no pudo evitar pensar que, muy cerca, Gaudí descansaba bajo tierra y que quizá, de algún modo misterioso, el hombre que había imaginado la Sagrada Familia tal y como la conocían compartía con ellos la alegría callada de un nuevo comienzo.

A cada paso que Clara daba hacia el altar, parecía soltar un poco de aquellos años de espera y recoger, al mismo tiempo, todas las ilusiones guardadas. El sacerdote, con voz pausada, recordó brevemente la importancia del templo para la ciudad y para la fe, y los bendijo con la solemnidad de quien conoce bien su oficio.

Las manos de Clara temblaron cuando pronunció el sí, y Ramon le apretó los dedos con fuerza, como para asegurarse de que aquel instante era real. Un par de vecinas, discretamente, se enjugaron las lágrimas; al fondo, alguien dejó escapar un suspiro contenido.

Cuando el coro entonó el último acorde y el sacerdote cerró el libro, la pareja se volvió para afrontar el pasillo de salida. El eco de las pisadas sobre el suelo frío de la cripta sonó como un latido compartido hasta que cruzaron las puertas.

En el exterior, la luz invernal era limpia y fría. Los invitados comenzaron a salir en grupos pequeños con esa mezcla de formalidad y entusiasmo que acompaña las celebraciones íntimas. La nueva pareja recibió las felicitaciones de amigos y conocidos mientras los niños lanzaban puñados de arroz que dibujaban arcos efímeros sobre las cabezas.

Clara, del brazo de Ramon, parpadeó un instante, sorprendida por un estallido de colores que solo ella percibía: sentía el blanco suave de la luz de la mañana como un acorde de piano, y el azul frío del

cielo le dejaba un sabor a menta en la lengua. Sonrió por dentro; siempre había creído que aquel templo no se construía solo con piedra, sino también con sonidos y sabores imperceptibles para los demás.

Ramon, sin la cámara, la miró como si quisiera encuadrarla en su memoria: el velo moviéndose con el viento, la luz recortando su perfil y al fondo las columnas que se alzaban como árboles gigantes. Calculó mentalmente el punto exacto donde, si tuviera su herramienta de trabajo y de placer, la luz le caería sobre los ojos. Pensó que aquella imagen, sin poder fijarla, era quizá la más valiosa de todas.

Esteve, amigo de Ramon y fotógrafo del diario, se abrió paso sonriendo entre los invitados.

—No te preocupes —dijo levantando la cámara—, esta imagen sí que la tendrás para siempre.

A pocos pasos, Maria observaba a la pareja. A su lado, John la atrajo suavemente hacia él.

—Este lugar tiene algo único —murmuró en un catalán todavía torpe y con aquel acento que ya era medio suyo.

En los ojos claros de John, ella vio el mismo brillo reverberante que él había buscado tantas veces en libros, planos y archivos. El inglés conocía cada detalle del templo; había profundizado en su concepción como caja de resonancia, imaginándolo lleno de un sonido que, pese a sus deseos, nunca había llegado a escuchar.

Ahora, de pie junto a Maria, aquel espacio le hablaba con una voz nueva. No era solo la idea de Gaudí, sino la vida que se celebraba allí, en ese instante.

Eduard se acercó a su hija y le habló al oído:

—¿Quieres que vayamos a ver las Escuelas donde trabajaba tu madre? Hace años que no voy.

Maria asintió. Estaban muy cerca, a pocos pasos de la cripta, y el movimiento de gente alrededor del templo aún permitía caminar sin llamar demasiado la atención. Los invitados que no eran familia directa empezaban a dispersarse, mientras que Clara y Ramon aún recibían felicitaciones en la puerta.

Cruzaron la plaza. Desde fuera, las Escuelas conservaban su modestia: muros de ladrillo visto, la cubierta ondulada y las ventanas alargadas por donde entraba una luz invernal suave. El edificio había resistido más de dos generaciones con la misma discreción de siempre.

—Aquí tu madre era feliz —murmuró Eduard, apoyando la mano en la pared tibia—. Conocía a todos los alumnos por su nombre, y también venía algún sábado cuando ya no trabajaba aquí. No solo daba clase; también organizaba fiestas, hacía teatro con ellos… Se inventaba cualquier cosa para hacerlos sonreír.

Maria se acercó a uno de los cristales y vio bancos y pupitres sencillos en el interior, una pizarra con letras medio borradas y un mapa colgado en la pared. Aún se usaba para las clases de refuerzo, las reuniones y las actividades parroquiales; se había hablado más de una vez de trasladar el edificio para avanzar en la construcción de la fachada de la Gloria, pero de momento todo seguía igual.

Permanecieron unos segundos en silencio, con el rumor lejano de la plaza y el viento frío rozándoles los tobillos. Eduard miró el reloj.

—Vamos, que el personal debe de estar esperándonos.

Cuando regresaron, la comitiva ya se encaminaba hacia Cal Ferrer. La fonda, a dos calles del templo, tenía una fachada amarillenta con

letras pintadas a mano que anunciaban comidas caseras y vino de la casa. Dentro, la sala era larga, con mesas de mármol y manteles blancos no del todo bien planchados. La dueña, Rosa Ferrer, recibía a los invitados con una sonrisa amplia y una voz que se elevaba por encima del bullicio.

Se sentaron todos juntos, con la pareja presidiendo la mesa. El olor de la escudella hirviendo llenaba el aire. Los platos fueron llegando rápidamente: sopa humeante con *galets* grandes, carne de cocido bien tierna, pollo asado con ciruelas y piñones y, de postre, crema catalana con el azúcar caramelizado justo antes de servir.

Entre bocado y bocado, las conversaciones se mezclaban con las risas. Eduard, con la copa de vino en la mano, la levantó apenas.

—¡Os deseo lo mejor! Que sea solo el primero de muchos buenos momentos.

Todas las miradas se dirigieron a Clara y Ramon. Durante un instante, la mesa quedó en silencio, antes de que las risas volvieran a llenar la sala.

La casa olía a madera nueva y a ropa que aún conservaba la rigidez del pliegue recién salido de la tienda. Los pasos de Ramon resonaron sobre el mosaico mientras cerraba la puerta con llave. Clara se quedó quieta en medio del salón. Quería retener ese instante antes de comenzar su nueva vida. El silencio de la calle contrastaba con el bullicio del día, y el recuerdo de los brindis y las risas ya sonaba como un eco lejano.

Ramon se acercó sin prisa. La observó con la precisión con que miraba a través del objetivo. Buscaba la luz justa, el gesto que

quería guardar para siempre. Pensó que aquella imagen —ella, con el velo doblado sobre un brazo, el cabello ligeramente despeinado y los ojos brillantes— no necesitaba ninguna cámara. Se le quedaría grabada para toda la vida.

Clara, que había pasado todo el día bajo las miradas, notó que la piel se le calentaba ante aquella atención silenciosa. Dentro de ella, el aire se teñía de un dorado suave, como el que atravesaba la cripta muy de mañana. La voz baja de él tenía sabor a miel, y su cercanía le pintaba el cuerpo de un azul oscuro y profundo, como el de un cielo antes de la tormenta.

Cuando Ramon le colocó las manos en las caderas, ella respiró hondo. No era un gesto brusco, sino una manera de atraerla lentamente hacia su cuerpo. Él necesitaba confirmar que, por fin, compartían aquel espacio solo para ellos dos. Clara sonrió con la certeza íntima de que aquel era su hogar.

Se quitó la peineta de su madre, la que le recogía el cabello, y la dejó sobre la mesilla. Él siguió cada movimiento con los ojos mientras ella se descalzaba. Los colores dentro de la cabeza de Clara estallaron: un verde tierno como hojas después de la lluvia, mezclado con un naranja cálido. Y mientras la noche se extendía fuera, se dejaron llevar por el deseo con la calma de quien sabe que no hay prisa, con el hambre de quien ha esperado mucho tiempo. El silencio, en aquella habitación, no estaba vacío; era piel, respiración y entrega.

El convento de los Capuchinos de Sarrià se alzaba al final de una calle empinada, con una fachada austera y muros de piedra clara. Para llegar, había que subir desde la plaza de Sarrià y encarar un par de tramos flanqueados por casas bajas y naranjos hasta que el barrio quedaba atrás y solo el convento permanecía a la vista. La entrada, discreta, era una puerta gruesa de madera con una campanilla metálica.

Aquella mañana, algunos estudiantes llegaban de dos en dos, fingiendo que paseaban; otros subían solos, con el abrigo bien ceñido y libros y carpetas bajo el brazo. Pero no eran los únicos. También había hombres que caminaban muy pegados a la pared, con el sombrero ladeado como en una película de Bogart. Y si uno se quedaba un rato, podía descubrir mujeres bien vestidas que aparentaban dar un simple paseo por el barrio. Todos ellos, sin embargo, terminaban ante la puerta del convento y, antes de llamar con la campanilla, repetían el mismo gesto: mirar rápidamente a sus espaldas.

Los capuchinos habían aceptado acoger la asamblea sabiendo el riesgo que corrían. No era la primera vez que daban refugio. Durante años habían abierto el convento a reuniones sindicales, encuentros culturales prohibidos y personas perseguidas por el régimen. Su situación, aislada y protegida por muros gruesos, hacía del convento un lugar idóneo para una reunión clandestina; su determinación garantizaba que no se delataría a nadie.

Ramon llegó con la cámara colgada y el viento de marzo aún en la cara. Cruzó el pequeño jardín hasta la entrada y un fraile le abrió sin hacer ninguna pregunta. Luego lo condujo por un pasillo de madera encerada.

Olores de cera y de café se mezclaban con la humedad que provenía del claustro. En el vestíbulo latía una expectación contenida: estudiantes, profesores, algún periodista y rostros que él solo había visto en fotografías o contracubiertas. Las carpetas golpeaban con un ruido seco en los bancos; alguien tosió, otro bajó la voz.

—Pasen dentro —dijo un fraile—. En silencio, por favor.

La madera del pasillo crujió bajo las suelas. Aquel olor a café recién hecho se mezcló con un incienso antiguo. Ramon se situó junto a una puerta lateral lo bastante discreto para observar sin estorbar. Reconoció a Maria Aurèlia Capmany, escritora combativa y voz incómoda para el régimen, que cruzó como una cuchillada entre abrigos oscuros. Llevaba un bolso grande lleno de papeles balanceándose del brazo.

En otro extremo, Pere Quart, poeta de lengua afilada e ironía corrosiva, conversaba con su compañero de letras Salvador Espriu, discreto y contenido, como si pesaran cada palabra. Montserrat Roig, una joven periodista que empezaba a hacerse un nombre en los círculos culturales, escribía apoyada en una columna, el lápiz corriendo ágil sobre el papel.

—Llega más gente —susurró un estudiante que sostenía una carpeta.

—¡Y aún llegaremos más! Tenemos derecho a reunirnos sin miedo, a elegir a nuestros representantes.

—La universidad es nuestra. No es justo que nos releguen al silencio ni que nos amenacen con castigos —añadió una chica con voz ardiente mientras todos prestaban atención a lo que ocurría en el estrado.

El provincial hizo un saludo breve y seco. Se oyó el giro de unas sillas y un crujido de abrigos. Ramon encuadró con la Leica sin disparar, solo para calibrar el rectángulo.

Al fondo de la sala, Roig abrió una libreta y empezó a tomar nota de todo lo que pasaba. Sonrió a una chica que le preguntó:

—¿Qué apuntas?

—Lo que no nos dejan decir —respondió—. Y lo que diremos igualmente.

A media tarde, la certeza llegó antes que el temblor en las manos. En los jardines, un fraile inició una carrera desesperada con el hábito recogido.

—Estamos rodeados —dijo, sin aliento.

El claustro se llenó de voces de golpe, como si alguien hubiera roto un cristal invisible. Los pasos resonaron contra la piedra, carpetas y hojas cambiaban de manos y un centenar de conversaciones se mezclaron en un murmullo espeso, como de respiración contenida y papeles rozando piedra. Un estudiante gritó que cerraran las puertas; otro pidió calma sin que nadie lo escuchara. Los frailes intentaban cruzar entre la multitud.

Los quinientos estudiantes, profesores e intelectuales ocupaban cada rincón del recinto. Llevaban horas discutiendo cómo enterrar el viejo Sindicato Español Universitario franquista y fundar otro que fuera democrático, libre y representativo.

Ramon se acercó a la reja. Lo que se murmuraba era cierto. Frente a él se extendía una hilera doble de la Policía Armada: cascos pulidos, correas ceñidas, gestos aprendidos. Había caballos golpeando la piedra con las herraduras, *jeeps* y furgones con los motores en marcha. Una vibración grave se clavaba en la piel.

Un camión de la compañía telefónica apareció al otro lado de la calle. Dos operarios bajaron con herramientas y escaleras. Uno de ellos abrió una caja metálica pegada al muro y empezó a manipular haces de cables. Poco después, los teléfonos quedaron mudos.

—¡Han cortado las líneas! ¡Quieren aislarnos!

—¡Están en todas las salidas! —añadió otro con la voz rota.

—No se saldrán con la suya —dijo alguien detrás.

—O sí, pero hoy no —replicó un cuarto.

El comisario Vicente Juan Creix, con abrigo oscuro y gafas ahumadas, apareció como si siempre hubiera estado allí. Casi sin hablar, señaló con dos dedos y la geometría del cerco cambió. La orden cayó como una losa.

—A partir de ahora, nadie entra ni sale —informó un fraile, más pálido que su cordón—. Si tenemos que movernos, esperad a mi señal.

—Esto no es un cerco, es un ensayo general de lo que vendrá —dijo en voz baja Maria Aurèlia Capmany a Oriol Bohigas, arquitecto y profesor universitario.

—O un aviso —respondió él, sin apartar la vista de la reja.

Ramon repasó las caras a su alrededor: estudiantes, profesores, escritores, frailes. Todos compartían aquel espacio como piezas de una misma obra todavía por terminar. Le vino a la mente la cripta de la Sagrada Familia, donde hacía poco había prometido una vida con Clara. También el templo era una obra lenta hecha con manos anónimas e interrumpida a menudo, pero que no se detenía. Quizá la libertad fuera eso mismo: una obra lenta hecha con manos anónimas y destinada a seguir levantándose incluso cuando ellos ya no estuvieran.

Las horas empezaron a estirarse. La gente formaba pequeños núcleos para organizarse. Mientras unos redactaban textos, otros discutían el orden del día. Muchas manos temblaban, más por las expectativas que por el frío.

—Si entran, no corráis —dijo Xavier Folch delante de Ramon. Folch era un estudiante y activista conocido por sus discursos claros y directos—. Nos quieren rotos; nos encontrarán juntos.

—Terminemos la asamblea —dijo Teresa Juvé, pedagoga antifranquista—. Si quieren callarnos, solo conseguirán que gritemos más fuerte.

Lo que había empezado como una reunión clandestina salió de aquellas paredes con nombre propio, el Sindicato Democrático de Estudiantes.

Una chica abrió un diccionario pequeño y lo usó de soporte para firmar. El lápiz de Montserrat Roig seguía deslizándose sin perder detalle.

—¿Qué escribes ahora? —le preguntó el estudiante de antes.

—El futuro, si salimos de esta —dijo ella. Y nadie rio.

Ramon buscó ángulos: el cristal sucio de las ventanas, la luz cayendo sobre los rostros, el gesto de las manos que no sabían adónde ir. Hizo unas cuantas fotos, a ratos, y a ratos solo memorizó. Se preguntaba dónde escondería los carretes si era necesario. Se tocó el bolsillo interior de la americana. Demasiado evidente.

—¿Tienes confianza, fotógrafo? —le dijo un fraile de ojos cansados.

—Tengo prisa —respondió—. La confianza vendrá después.

Al anochecer, la temperatura cayó. El claustro parecía más grande y más vacío. Fuera, las botas producían un eco metálico. Dentro, las

conversaciones se volvieron más cortas y densas. Había quien rezaba sin voz. Otros bromeaban entre dientes, solo para no callar.

—No se atreverán —murmuró un joven.

—Se atreven siempre… —le cortó una mujer mayor—. Y hoy tienen tiempo.

—No es solo por nosotros —dijo con voz grave Joaquim Molas, crítico y profesor universitario—. Quieren que todo el mundo sepa lo que pueden hacer, hasta dónde son capaces de llegar.

La noche se alargó en aquel claustro como una espera interminable. Entre el frío y la tensión, nadie sabía a qué hora darían el siguiente paso.

Los frailes, previsores, repartieron mantas, bocadillos de queso, café en termos, galletas María y alguna naranja. Todos buscaron un sitio para cerrar los ojos y descansar el cuerpo. De vez en cuando, alguien se levantaba a estirar las piernas, atravesando la sombra alargada de las columnas.

Así pasaron dos noches.

La mañana del 11 de marzo, las noticias del exterior llegaron como una serie de puertas cerrándose de golpe. Eran ruidos secos, rítmicos. La madera, al tercer embate, crujió. Al cuarto, cedió.

—¡Que nadie se mueva! —bramó alguien desde el fondo.

Los agentes entraron con el fusil en la mano y la mirada gélida. Ocupaban los espacios como si ya los conocieran. Pisaron alfombras y apartaron sillas, abriéndose paso a codazos. El comisario Creix no gritó; no le hizo falta.

—Documentos —ordenó un agente, con una caja metálica en la mano.

—Formen una fila —dijo otro.

Ramón sintió, a la espalda, el susurro de una voz:

—No corráis.

—No corremos —respondió otra, con decisión.

Las manos empezaron a entregar carnés. Uno a uno, fueron cayendo dentro de la caja, con ese ruidito de chatarra que se pega a la memoria. Un agente tomaba los nombres en una libreta de líneas anchas. El lápiz marcaba con fuerza, dejando surcos.

—Este es un lugar sagrado —dijo un sacerdote alto, con temblor contenido.

El comisario Creix ni lo miró.

Un policía siguió los pasos de Ramón.

—Dame la cámara —ordenó, arrancándole la Leica de las manos.

—Sí, hay que recordar —añadió Ramón.

El agente tomó la cámara, abrió la tapa sin mucha pericia y sacó el carrete con un gesto mecánico. Lo dejó colgando unos segundos, expuesto a la luz.

—Ya recordaremos por ti —replicó, devolviéndole la Leica vacía y registrándole los bolsillos sin encontrar nada.

—¡Arriba! —dijeron fuera.

Las furgonetas DKW esperaban con un olor acre a gasóleo y la madera húmeda en los bancos. Empujaron a la gente hacia dentro. Ramón miró atrás un segundo y vio a un fraile agachado al pie de un pilar, con las manos ocultas entre los pliegues del hábito. De allí sacó carretes fotográficos envueltos en papel de periódico. El fraile alzó una ceja. Ramón asintió, casi imperceptiblemente. Una rendija de victoria en medio del fango.

—¡Arranca! —dijo el conductor.

La comisaría se hizo presente como una pesadilla conocida: pasillos largos, puertas que no se ven desde fuera. Les hicieron esperar de pie, sentados, de pie otra vez. Interrogatorios cortos, preguntas repetidas, la misma trampa cambiando de lugar. Multas que dolían solo con oírlas. Un agente ofreció un vaso de agua sin mirar a quién. Otro hizo un chiste malo. Nadie rio.

—Nombre.

—Ramon…

—Más fuerte.

—Ramon.

—¿Tienes algo que declarar?

—Que estábamos ahí.

—Eso nos consta.

—Mejor.

Cuando lo dejaron salir, el cielo tenía un peso de estaño y un olor de lluvia a punto de romper. La ciudad se le apareció muda y limpia como una playa de invierno. Caminó sin prisa, con la cámara fría contra el pecho. Buscó la primera cabina y metió una moneda para marcar un número conocido…

—¿Clara?

—Sí.

—Ya está…

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y ahora qué?

—Ahora lo damos a conocer.

Colgó, respirando hondo. El ruido de botas ya no estaba, pero llevaba el eco dentro. Miró la Leica, aún sorprendido de que no se la

hubieran confiscado, y calculó rutas, casas, manos por las que hacer pasar los carretes sin ruido.

—Eh, fotógrafo —dijo una voz a su espalda.

Era el estudiante de la carpeta. Tenía el gesto cansado y la mirada despierta.

—Dime.

—¿Nos volveremos a ver?

—Sí —respondió Ramón—. Si lo hacemos bien, nos veremos por todas partes.

Le guiñó un ojo y caminó hacia la lluvia. Cuando las primeras gotas tocaron su chaqueta, tuvo una certeza fría y obstinada: lo que había visto —las manos, las voces, el miedo— no se perdería. A pesar de todo, quedaría escrito. Y cuando alguien lo leyera, sentiría también el ruido metálico de una caja llena de carnés, la presión de unos dedos anónimos apretándole la mano.

3

Los sobres se fueron apilando sobre la mesa central del museo como ladrillos de papel. Los había de todos los tamaños y tonos: blancos, beis, amarillentos, algunos de simple papel de estraza y atados con un cordel fino. A un lado, una caja de madera con una ranura rebosaba hasta el borde.

Una de las secretarias de la Junta, con un pañuelo de lana al cuello, abrió el primer sobre con una pequeña navaja. De dentro

salió un fajo de billetes ajados, algunos tan gastados que apenas conservaban su antiguo verde. Otros sobres contenían monedas envueltas en papel de periódico, con anotaciones minúsculas: «Para que no se detenga nunca», «De parte de mis abuelos, que la vieron empezar», «¡Viva Gaudí!».

A un lado de la sala, Puig i Boada observaba el montón con una satisfacción serena. Las manos a la espalda, la columna ligeramente vencida. El sombrero reposaba sobre una mesita cercana.

Frente a él, Lluís Bonet repasaba la libreta de cuentas, columna tras columna.

—Este año… —empezó, sin cerrar la frase.

—Inigualable —completó Boada—. Jamás habíamos recaudado tanto.

En el fondo de la sala, un maquetista trabajaba encorvado sobre una pieza de yeso. El polvo le manchaba el delantal y se le acumulaba entre los dedos. Al oír el comentario, levantó la cabeza y se secó la frente con el dorso de la muñeca. Luego se acercó a la mesa con la pieza aún en las manos.

—Curioso, ¿verdad? —dijo depositándola sobre un paño limpio—. El año pasado, tras el manifiesto, muchos creímos que la gente nos daría la espalda.

En la misma mesa, un joven delineante fingía trabajar sobre unos planos, pero estaba pendiente de la conversación. Finalmente levantó la vista.

—Todavía no entiendo bien qué pasó con ese manifiesto. Solo he oído hablar de él.

Bonet lo miró con leve asombro.

—¿No lo has visto? ¿En serio?

—No… Solo me dijeron que había nombres importantes y que era contra las obras.

Boada soltó una risa breve y seca.

—¿Importantes? ¡Estaban todos! Ven, vamos a enseñártelo.

Atravesaron la sala, donde la luz baja iluminaba maquetas de torres, molduras y fragmentos que parecían huesos de un gigante dormido. Las vitrinas mostraban fotos en blanco y negro: Gaudí ante el taller, la fachada del Nacimiento antes de la guerra, modelos chamuscados del 36.

En el suelo, la piedra fría amplificaba el ritmo lejano de los canteros.

Llegaron a un pequeño despacho. Boada abrió un archivador metálico, buscó entre los recortes y sacó un papel doblado. El título aún se leía con claridad: «Cartas a *La Vanguardia*». Fecha: 9 de enero de 1965.

—Aquí lo tienes —dijo—. Te aseguro que dio la vuelta al mundo.

Desplegó la hoja. Los nombres que firmaban aquel manifiesto ocupaban media página en una columna interminable. Boada recorrió la lista con el dedo.

—El presidente del Colegio de Arquitectos, Antoni de Moragas. Alfons Serrahima, del FAD. Roberto Terradas, decano de Arquitectura. Coderch, Bohigas… Y mira ahora más abajo: Le Corbusier, Gio Ponti, Zevi, Vittorio Gregotti… Y no nos olvidemos del mundo del arte: Tàpies, Miró, Espriu, Joan Oliver, Joan Brossa. Y escritores como Camilo José Cela, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma. Es un atlas intelectual completo.

El joven abrió mucho los ojos.

—Pero… esto es media Europa.

—Y media Barcelona —añadió Bonet—. Todos diciendo: «Detened las obras». Y ya ves que no eran cuatro gatos.

Se trataba de las voces más reconocidas de cada despacho, de cada diario y de cada estudio de arte. Era como un eco repetido de Barcelona a París, de Roma a Londres.

Boada leyó algunos fragmentos subrayados:

—«Sin Gaudí, toda continuación es improvisación». «Un templo así no cabe en la ciudad moderna». «Hoy ya nadie quiere gastar millones para redimir pecados».

El delineante silbó bajo.

—¿Y luego?

Bonet sonrió sin alegría.

—Luego… les salió el tiro por la culata. La gente reaccionó. Sobres, colas para entrar, gente que quería colaborar con lo poco que tuviera. Recuerdo aún el domingo siguiente a la publicación; una multitud esperaba en la plaza. Una anciana me dijo: «No sé leer manifiestos, pero sé que esto es de Dios y hay que terminarlo». Un chico dejó un sobre y me susurró: «De parte de mi abuelo. Se refugió aquí durante la guerra. Quería que sus nietos la vieran acabada». Una niña que no levantaba un palmo del suelo entró acompañada de su madre. Del cuello le colgaba un collar hecho con chavos agujereados, tres monedas de veinticinco céntimos. Tengo muy presente su gesto pausado al dárnoslo, como si nos confiara un tesoro. Y en verdad lo era.

Aquel fervor duró unos meses. La voz corrió como la pólvora. Llegaba gente de fuera de Barcelona solo para dejar una moneda o un sobre. «Porque es de todos», decían. Lo que empezó como la defensa de un arquitecto se convirtió en la defensa de la ciudad.

Bonet cerró la libreta con un golpe seco.

—Magnífico —dijo Boada—, pero no olvidemos que la discusión sobre cómo debemos continuar no está cerrada. No podemos confundir dinero con unanimidad.

—Mientras tanto, levantamos torres —respondió Bonet.

Boada guardó el recorte con cuidado.

—En una ciudad sin debates públicos reales, esto pesa más que cualquier posicionamiento político. El templo es una obra de la gente.

Volvieron a la sala. Una restauradora ajustaba un fragmento diminuto en una bóveda. Probó tres veces hasta que encajó.

—Así —dijo—. Como si hubiese estado aquí siempre.

Boada examinó la junta invisible y asintió.

—Eso: la pieza justa en su lugar. Ni más ni menos.

Desde el pasillo llegaron pasos y voces contenidas. La puerta del museo se abrió. Ramon entró con su Leica y una libreta.

—Buenos días —saludó—. Vengo de *La Vanguardia*. Un año después del manifiesto…, quieren saber qué ha cambiado.

Bonet lo recibió con una sonrisa irónica.

—¡Menudo valor! Ellos lanzan la piedra y ahora quieren… En fin. No es culpa tuya, Ramon. Bienvenido. Justo hablábamos de ello.

Señaló la caja rebosante de sobres. Ramon tomó una fotografía y siguió al arquitecto. Al fondo, alguien retocaba un capitel con la gubia. La cadencia que la piedra devolvía marcaba el aire como un metrónomo. Las maquetas brillaban tras el vidrio. El trabajo fluía con una mezcla de rutina y reverencia, como un oficio sagrado.

Ramon se acercó a la maqueta principal. Enfocó la mano blanca de polvo de la restauradora mientras encajaba otro fragmento. Clic.

El destello del flash congeló un instante.

Al salir, observó por última vez la fachada. Las torres del Nacimiento, firmes como centinelas. Detrás, muros nuevos ganaban altura, piedra sobre piedra. En la plaza, una cola modesta avanzaba. Arquitectos extranjeros, novios recién casados, niños con los ojos abiertos como ventanas. Cada uno llevaba algo: un sobre, una moneda, una fe sencilla y una mirada de pertenencia.

Entre el ruido de carretillas y el golpe de los mazos, había urgencia y, a la vez, una obstinación antigua, la de una obra que avanzaba porque muchos creían en ella.

2026

En el centro cívico del barrio llevan a cabo una recogida de ropa, zapatos y medicamentos para Gaza. Lo he visto en el tablón. Decido que es la excusa perfecta para vaciar los armarios de la casa de mi padre. Me parece increíble que aún hoy tengamos que juntar mantas para las víctimas de la avaricia humana. Pienso en los niños durmiendo bajo los escombros. En los gritos ahogados en hospitales sin luz. Me entran ganas de gritar. Pero también sé que hay manos que cosen. Que reparten. Que abrazan. Quizá nuestro grano de arena sea una chaqueta gastada. Un blíster de calmantes. Un gesto.

Ona y yo nos ponemos al fondo. Ella ríe, recordando cuando de pequeña se metía en el nórdico como si fuera una cueva y yo tenía que rescatarla. Salíamos enredadas, riendo sin medida. Durante un instante, la memoria es fiesta.

Amontono mantas, jerséis, zapatos. Dentro de una manta gruesa, encuentro un paquete pequeño envuelto en papel de seda y atado con un cordel. El corazón se me acelera. Le digo a Ona que mire un rato la tele. Me siento en el suelo. Lo desato despacio, casi con reverencia.

Dentro hay una fotografía de mi madre. Desnuda. Embarazada.

Me falta el aire. Pienso en Klimt. En aquel cuadro que vi con Cesca en Ottawa. Mujer desnuda, vientre pleno, manos sobre la vida que crece. Mirada antigua, frontal, desafiante, como si hablara desde el centro del tiempo.

La foto de mi madre tiene esa misma fuerza. El cuerpo lleno. La piel luminosa. El pecho tenso, la aureola rosada. El pubis rizado. El cabello rojizo cubriéndole un pecho mientras el otro se ofrece, sereno. Los ojos brillan de una felicidad honda. Las manos en el vientre, como si ya me acariciaran antes de existir. Tiemblo. Yo viví ahí. Dentro de ese cuerpo inmenso y bellísimo.

El golpe es doble: conmueve y duele. La maternidad biológica me fue negada como un tajo. He gestado otras cosas: proyectos, deseos, la vida con Ona. Pero el milagro de un latido dentro de mí me fue arrebatado. Aún hoy supura.

Miro la foto y pienso en todas las mujeres: las que quieren y no pueden; las que pueden y no quieren; las que son obligadas; las que recurren a la ciencia; las que alquilan un vientre; las que abortan y se juegan la vida o la libertad. El cuerpo de la mujer. Siempre en disputa. Siempre campo de batalla.

Paso el pulgar por el borde de la foto, como si quisiera guardar su textura en la piel.

Cuando el cuerpo se ofrece así —desnudo, pleno— es un templo antiguo. Mi madre, desnuda y embarazada, me habla todavía. Me recuerda que yo también nací de esa belleza. De ese misterio no vivido en carne propia, pero vivo en ella, en su imagen, en mi existencia.

Quizá esta sea mi forma de gestar: rescatar memorias. Poner palabras donde hubo silencio. Alumbrar historias donde hubo sombra. Mi maternidad es esta: la de una mujer que no ha parido, pero que aprende a dar vida con la voz. Con la escritura. Con el amor.

Con la memoria. Siempre con la memoria.

II

Vidas nuevas, proyectos nuevos

Barcelona, 1976

1

Siete meses de embarazo hacían que Clara se moviera de otro modo: más lenta al agacharse, más cuidadosa al girar la silla, más firme al fijar la mirada en el vidrio.

Antes de empezar la jornada, realizó su pequeño ritual: ajustar la pinza, probar el pulso sobre una pieza de ensayo, escuchar el crujido del plomo y el roce suave de la grisalla. Todo debía encajar en su compás interno.

Se acomodó en el banco. La luz que entraba por la ventana alta la recortaba a contraluz; su vientre sobresalía con nitidez, como una esfera translúcida. Había en él una quietud clara, parecida a la del vidrio cuando lo atraviesa el sol.

Empezó a trazar en el vitral las sombras delicadas de un rostro de ángel. Cada pincelada pedía calma. Montserrat, siempre atenta, le acercó una prueba de color antes de volver a su mesa.

—A ver si este tono te encaja.

—Sí, gracias —respondió Clara, siguiendo el ritmo de su respiración.

Un recuerdo fugaz la atravesó: el abuelo de su marido, Eduard, muerto hacía apenas cuatro meses, se había despedido feliz al saber que tendría un bisnieto o una bisnieta. La imagen regresó entera mientras seguía pintando.

De fondo, el roce del papel de lija, el crujido del plomo, el sonido apagado de un fragmento cayendo al cubo llenaban el taller. A pocos metros, un aprendiz murmuraba colores mientras etiquetaba bolsas de retales: «Azul cobalto, verde botella, ámbar ahumado…». Para Clara, todo aquello era música.

Josep Maria Bonet, propietario del taller, se detuvo detrás de ella.

—¿Esa sombra la harás en dos pasadas?

—Sí. Una cocción corta primero y luego repaso la comisura. Si lo hago de una vez, perdemos la textura antigua.

—De acuerdo. Y documenta el proceso, por favor.

Clara abrió la libreta y anotó: «Pieza A-17, grisalla en dos pasadas, cocción corta». Solía apuntar más de lo necesario: el color de la luz, la hora, alguna sensación. Sus compañeros reían, pero para ella era un ritmo propio, casi una oración.

De repente, la puerta se abrió y entró un sacerdote. Llegaba sofocado.

—Si no tenemos el vitral a tiempo, la parroquia buscará otro taller. El Vaticano exige geometría clara y colores sobrios. Todo ha dado un giro inesperado.

Bonet lo calmó con su tono firme:

—Lo tendremos, mosén, pero la cocción necesita su tiempo.

El sacerdote se marchó dejando un murmullo de quejas.

Bonet siguió su ronda. Y pocos minutos después, John cruzó la puerta. Llevaba la chaqueta en la mano y una carpeta bajo el brazo, el pelo ligeramente despeinado.

—No vengo a molestar —dijo mientras avanzaba entre las mesas —. Solo quiero dejarte algo.

Clara lo miró sorprendida.

—¿A mí?

—Si me concedes unos minutos, te lo explico.

Con su asentimiento, continuó:

—He estado releyendo las notas de mosén Francesc Baldelló. Tengo una partitura suya, inspirada en los estudios sonoros de Gaudí. Lo visité hace más de veinte años y hablamos largo rato. Aún vive, muy mayor pero lúcido. No entiendo cómo en la Sagrada Familia nadie presta atención al proyecto de las campanas. No me escuchan y ya no sé con quién hablar.

Clara dejó el pincel y respondió serena:

—Un templo sin voz es medio templo, ¿no?

Él arqueó las cejas y sonrió apenas.

—Sí. Sin voz es ciego. Y sin luz, mudo.

Hubo un instante de complicidad. Él provenía del sonido; ella, de la luz.

John dejó el diagrama de los tubos sobre la mesa.

—Si montamos cuatro tubos de prueba, podremos medir armónicos y proyección. Este espacio tiene el techo lo bastante alto. ¿Qué te parece?

—Mañana a primera hora —respondió Clara.

—Lo escucharemos juntos.

En los ojos de John se encendió una alegría contenida.

Al final del día apagaron el horno. Un vapor cálido llenó el aire, dejando motas suspendidas. El taller se fue vaciando despacio mientras Clara, aún sentada, miraba una pieza a medio hacer.

—Coser el tiempo —susurró—. Tal vez eso es lo que hago.

Aún no había amanecido cuando John, con la ayuda de Maria y Ramon, llevó los cuatro tubos metálicos al almacén anexo del taller Bonet. El techo alto y el frío de la madrugada daban al lugar un aire de nave en espera, deseosa de expandirse con aquel sonido nuevo. Bonet había accedido, serio pero complacido, a que hicieran la prueba antes del inicio de la jornada.

Desplegaron las herramientas con discreción. John, carpeta en mano, parecía nervioso y emocionado a la vez. Clara, sentada en una silla, observaba en silencio con la mano apoyada en su vientre redondeado. Mosén Baldelló, casi como un convidado de piedra, ocupaba un taburete en una esquina.

—Este proyecto no es un capricho, creedme —dijo John mientras ajustaba un tubo. Su voz, en aquel espacio vacío, parecía querer convencer también a los que nunca lo habían escuchado—. No entiendo cómo nadie tiene en cuenta las campanas —añadió casi en un lamento—. Tenemos que hacernos oír.

Alzó un pequeño mazo y golpeó el primer tubo. Sonó grave, metálico, largo. La vibración subió por las paredes como si se abriera una grieta invisible en el aire. A su lado, Ramon preparó la cámara y disparó con avidez. Maria observaba a John emocionada, con una sonrisa contenida.

John prosiguió:

—Gaudí quería ochenta y cuatro tubos, siete octavas, como un piano que hiciera hablar el templo. Pensadlo: no solo bronce y peso. Ligereza, resonancia, proyección… El templo no es solo piedra, también es una voz que nos convoca.

En ese momento, Bonet apareció en la puerta. Avanzó con paso corto y la mirada desconfiada. Se detuvo. Al sonar el segundo tubo —una nota más aguda, limpia—, se quedó inmóvil con las cejas alzadas, casi incrédulo.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó, más fascinado que molesto.

Clara lo miró de reojo y dijo en un susurro:

—La voz que faltaba.

Poco a poco, otros trabajadores, atraídos por el sonido, fueron asomándose. Se colocaron alrededor, primero en silencio, luego murmurando, sorprendidos por aquella música tan extraña y tan nítida.

Animado por la atención, John continuó combinando tonos. Las notas graves se elevaban mientras, fuera, la luz comenzaba a teñir los vidrios altos. La oscuridad se rompía despacio; la música parecía subir al ritmo del día. Mosén Baldelló —lo vio Clara de reojo— lloraba en silencio en su rincón.

Ramon, sin dejar de disparar, anunció:

—Esto no es un ensayo. Es un despertar.

Abrió la libreta y escribió deprisa. Ya imaginaba un titular: «La Sagrada Familia busca su voz». Aquella mañana no podía quedar en secreto. Debía contarse.

Clara, con la mano sobre el vientre, pensó que, quizá, el hijo que esperaba también lo estaba escuchando.

2

Las contracciones empezaron temprano, aquel domingo 4 de julio de 1976. Clara estaba en la cocina, recogiendo las tazas del desayuno, cuando una punzada la atravesó por dentro. Apretó los dientes y se agarró al mármol del fregadero, como si el dolor pudiera partirla en dos.

Cuando pasó el primer envite, permaneció unos segundos con los ojos cerrados, respirando entrecortada. Pero, a medida que el dolor regresaba, buscó otro modo de sostenerlo: llenó los pulmones, contuvo el aire y lo dejó salir lentamente, intentando habitarlo en lugar de combatirlo.

Ramon, inquieto, no sabía qué hacer. La observaba de reojo, preguntándose si ya había llegado el momento, si debían salir corriendo. Cuando la vio doblarse de nuevo, con el rostro tenso y la respiración profunda, fue hacia la bolsa de maternidad que tenían preparada y la agarró con las manos temblorosas.

—Vamos al hospital, Clara —dijo con voz trémula—. Todo irá bien.

Casi sosteniéndola, la ayudó a bajar las escaleras. Cada peldaño pesaba. Cada tres escalones, tenían que parar. Al llegar al último, Clara sintió el agua cálida correrle por las piernas.

Se quedó quieta con los ojos muy abiertos.

—Ramon…, he roto aguas.

Él la miró sin saber reaccionar, aún con la bolsa colgando, y solo acertó a repetir:

—Todo irá bien…, todo irá bien…

En la calle había más movimiento de lo habitual. Varias mesas improvisadas exhibían libros de tapas sobrias, panfletos ciclostilados y banderolas caseras. «*Llibertat, amnistia, Estatut d'Autonomia*», leyó Ramon en una pared mientras ayudaba a Clara a avanzar hacia el coche. La gente hojeaba, compraba deprisa, discutía en voz baja.

Solo hacía un año que el dictador había muerto, y la ciudad hervía. Pero en aquella mañana, para Ramon, la urgencia era otra.

Subieron al Seat 600, estrecho como una caja de zapatos, que aún parecía más pequeño con el vientre redondo de Clara y sus espasmos de dolor.

Arrancaron por la calle Gran de Gràcia y enseguida se toparon con la multitud. Gritos, banderas, pasos decididos. «*Poble català, posa't a caminar!*», coreaban. La Marcha de la Libertad llenaba las calles; las sirenas policiales cortaban el aire.

—No me lo puedo creer… Todo este tiempo esperando y tenía que ser justo hoy —murmuró Ramon, desesperado, buscando una ruta alternativa.

Recordó la Capuchinada, diez años antes, y un escalofrío le subió por la espalda. La historia avanzaba a saltos, y ese día parecía entrelazarse con su vida sin avisar.

Clara, ajena a lo que sucedía en el exterior, apretó los dientes durante otra contracción y se aferró al asiento. El reflejo del cristal le devolvía el rostro pálido.

A trompicones, esquivando grupos de manifestantes, lograron avanzar. Más adelante, sonaron las sirenas de la policía y la multitud se abrió por un momento. Ramon aprovechó el hueco. Quizá el país caminaba a empujones, pero ellos también.

Cuando por fin alcanzaron la Travessera de Dalt, Ramon soltó el aire con alivio.

—Ahora sí, Clara…, ya llegamos.

En el hospital de Sant Pau aún resonaban ecos lejanos de la marcha. O quizá era él, y los gritos de libertad le seguían retumbando dentro.

Los pasillos eran amplios, con vitrales que teñían de color las paredes. El olor a desinfectante lo impregnaba todo.

Una enfermera los recibió con eficacia calmada.

—¿Contracciones cada cuánto?

—Cada cinco minutos —se adelantó Ramon—. Cada vez más fuertes.

Llevaron a Clara hacia el pasillo. Al fondo, el sonido metálico de una camilla se perdía entre columnas modernistas. Ramón miró alrededor. Tras un instante de desorientación en el vestíbulo, corrió hacia el mostrador y pidió permiso para llamar. Allí había un teléfono negro, de disco, pesado como una herradura. Tomó el auricular con la mano húmeda y comenzó a girar el disco metálico con prisa. El dial avanzaba con una calma mecánica que contrastaba con la urgencia que le hervía por dentro.

—Mamá…, soy yo. Estamos en Sant Pau. Clara está de parto.

Silencio contenido al otro lado. Luego, Maria, en un tono de voz más cálido, dijo:

—Vamos enseguida, hijo. No sufráis.

John tomó el teléfono después.

—Ramon, ya lo he oído. Llegamos pronto.

En la sala de espera, las horas eran densas. Hombres y mujeres caminaban en círculos fumando caladas cortas, como si cada una apagara un miedo.

A las doce en punto, sonaron tres toques agudos, nítidos. Una pausa. Tres más y otra pausa. Y tres finales, que se fundieron con la campanada grave del ángelus. Las columnas modernistas del hospital parecieron vibrar.

La respuesta llegó desde la parroquia de Sant Josep de Calassanç, más cercano y familiar. Y casi al mismo tiempo, el llanto agudo de una criatura abrió el aire de la sala de partos.

La vocecita de la bebé se calmó en cuanto la comadrona la depositó sobre el pecho de Clara. La madre, exhausta, la acarició con las manos temblorosas y murmuró:

—Ya estás aquí…

Poco después, Ramon tomó a la niña en brazos. Emocionado, tardó unos segundos en hablar, como estuviera saboreando cada palabra antes de pronunciarla.

—Anna Maria —dijo con la voz rota.

Clara sonrió, rendida pero luminosa. Era un nombre lleno de memoria, de mujeres que ya no estaban pero entraban con ellas en esa sala.

En un pasillo cercano, la radio de un celador repetía fragmentos de las Jornadas Catalanas de la Mujer. Clara, mirando a su hija, añadió en un susurro:

—Que siempre puedas decidir sobre tu vida…

Cuando todo se calmó, dejó caer la cabeza sobre la almohada, agotada pero en paz. La criatura tenía la piel rosada, los ojos aún medio cerrados y el puño apretado como si quisiera retener el mundo entero.

Le sonrió dulcemente.

—Todo encontrará su sitio… poco a poco, hija mía —murmuró Clara.

En el pasillo, Maria esperaba junto a John. El tiempo allí era otro, hecho de silencio y memoria. Ella había pasado media vida esperando: noticias, calma, aire para seguir.

Su propio parto había sido un castigo. Le arrancaron aquel hijo no deseado sin ternura. Luego, los ojos azules del niño, recordándole al agresor. Cada vez. Cada día. Durante años.

Su madre, Mercè, siempre cerca, también miraba con reproche. La hija coja. La hija marcada. Ese juicio se le había clavado como una espina.

Y aun así, la vida —caprichosa, obstinada— había traído luz. John, primero, con su paciencia hecha refugio. Su hijo, después, cuando un día le sonrió limpio, sin rastros del pasado. Y ahora, Clara, su nuera, de piel extremadamente blanca, que la llamaba «madre» con una confianza que la desarmaba, como si nunca hubiera existido el miedo, como si lo único que contara fuera el presente. Como si el amor no tuviera cicatrices.

Maria bajó la vista a las manos, que reposaban en el regazo. Habían temblado, rechazado, empujado, pero habían aprendido a sostener. Fuera, la ciudad seguía gritando. Dentro, ella sentía una

calma inédita, como si aquel estruendo ya perteneciera a otro tiempo. Tal vez la vida no le había dado lo que soñó, pero la había llevado hasta allí, a esperar un nuevo llanto sabiendo que esa vez habría unos brazos abiertos.

En aquel pasillo, solo pudo dar gracias con el corazón a rebosar.

3

El viento hacía volar una bolsa de papel y tres palomas jugaban a esquivar el cochecito. Dentro, Anna Maria dormía con los labios apenas abiertos, emitiendo un leve ruido de succión, como si aún buscara el pecho de su madre.

John y Maria, abuelos primerizos, habían salido a pasearla. Los padres trabajaban y les habían confiado a la niña unas horas. Salir a la calle había sido el último recurso, y esperaban que el aire de la tarde ayudara a que siguiera dormida. El cochecito, con capota de lona azul y ruedas altas que chirriaban sobre el empedrado, había sido un regalo suyo.

Maria levantó un poco la sábana y sonrió al mirarla.

—Tiene el mismo hoyuelo que su padre cuando era pequeño.

John le apartó un mechón de la frente.

Más adelante se detuvieron frente a la fachada de la Pasión. Las cuatro torres, aunque terminadas, se alzaban desnudas, sin esculturas. John fijó la mirada en las aberturas de los campanarios, imaginando los tubos que llevaba dibujados en su carpeta.

De pronto, una voz lo arrancó de sus pensamientos.

—¡John!

Se volvió sobresaltado. Era un hombre delgado, con gafas redondas y la chaqueta llena de polvo de yeso. Uno de aquellos técnicos que siempre rondaban por la obra. Se acercó a paso rápido.

—Ven, tenemos que enseñarte algo. Es en el café de enfrente… La revista *CAU* ha sacado un número especial dedicado por entero a la Sagrada Familia. Tienes que verlo.

John miró a Maria. Ella le hizo un gesto tranquilo, empujando suavemente el cochecito.

—Ve. Yo doy una vuelta por la plaza.

Él asintió agradecido.

El local hervía de voces y humo espeso. Las tazas tintineaban en los platillos y, detrás de la barra, la máquina de café cromada bufaba bajo el silbido del vapor. El camarero golpeaba el portafiltros contra el cajón metálico; el sonido seco del dispensador, con el café usado, se mezclaba con el aroma del recién molido.

En la mesa del fondo, cuatro arquitectos hojeaban la revista.

—Mirad… «La Sagrada Familia, ¿para qué y para quién?» —leyó una mujer de pelo corto, señalando el titular con un dedo manchado de nicotina—. No es un artículo, es un mazazo.

—Todo el monográfico —añadió otro, pasando páginas con rapidez —. Más de setenta páginas poniendo en cuestión el urbanismo, la continuidad, la dirección de la obra…

El veterano, con las gafas empañadas, golpeó la mesa con la mano.

—Hace cinco años, después de aquel primer artículo en *La Vanguardia*, lo dijimos claro: ciento veintitrés arquitectos,

¿recordáis? Hay que parar las obras, ceder el templo al Ayuntamiento, restaurar lo que dejó Gaudí y convocar un concurso internacional.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿No ves que lo que dices es un disparate? —lo cortó un joven, con la chaqueta arrugada—. ¿Pararlo todo? ¿Dejarlo a medias? ¿Qué sentido tiene?

—Nadie dice que debamos dejarlo como una ruina —respondió el veterano alzando la voz—. Hablamos de dignidad y coherencia. Continuar sin criterio fue y sigue siendo un error social y urbanístico.

La mujer levantó la revista para que todos vieran la doble página.

—Aquí lo dice sin rodeos: «La ciudad no puede quedar hipotecada por un monumento interminable». Es un clamor ciudadano, no un capricho de arquitectos.

El joven bebió un sorbo, se limpió el bigote con el dorso de la mano y encogió los hombros.

—Todo el mundo opina. Lo que toca es avanzar. Seguir.

Un hombre mayor, con la voz gastada por el tabaco, intervino buscando calma.

—No os dais cuenta… ¿Quién dice que avanzamos a ciegas? Gaudí no era un visionario bohemio; dejó un sistema geométrico riguroso, una modulación precisa. No es un juego, son proporciones que se repiten como una partitura. Eso nos dice que sí, que hay base para continuar.

El veterano frunció el ceño.

—Repetir proporciones no es un plan de obra. Falta demasiado por decidir.

John, que había hojeado la revista en silencio, levantó la mirada.

—Quizá todos tengáis una parte de razón… La geometría puede guiar, pero también puede quedarse muda si no encuentra su voz.

—¿Su voz? —preguntó la mujer, intrigada.

—Sí. Gaudí imaginó un carillón que diera voz al templo. Aún no hemos conseguido hacerlo sonar. Nos hemos llenado de fachadas y polémicas… y su sonido sigue ausente.

El joven soltó una risa breve.

—Un músico hablando de arquitectura…

—No —replicó John, sereno—. Un enamorado de Gaudí defendiendo un proyecto inacabado. El sonido también es arquitectura. Y si el templo tiene algo que decir, será con la voz que pensó el propio artista.

Hubo un silencio. Alguien dejó de remover el café. La mujer cerró la revista y dejó su frase suspendida en el aire:

—Quizá sea ese el debate pendiente.

Las voces se fueron diluyendo entre el tintineo de las cucharillas y el chirrido de la puerta. Uno de ellos le dijo:

—Llévatela. Pero devuélvela mañana. Será una pieza de colección.

John tomó la revista con cuidado. El veterano añadió:

—Hablas bien, pero procura que te escuchen. Los memoriales también duermen en cajones.

John asintió. Dejó unas monedas y salió a la calle.

Barcelona rugía: autobuses, sirenas lejanas, un vendedor voceando «¡*La Vanguardia*!» en una esquina.

Respiró hondo con la revista bajo un brazo y su carpeta roja bajo el otro. Pesaban como piedras: una, llena de dudas; la otra, de sonidos que aún no existían.

En casa, Maria le acercó una taza de café con leche. La niña dormía otra vez en el moisés con la mejilla pegada al cojín. John desplegó la carpeta: hojas pautadas con frecuencias a lápiz, esquemas de los campanarios, flechas que salían de las aberturas, curvas sobre cómo la piedra podía abrazar el sonido y proyectarlo. Palabras subrayadas: tornavoces, losas inclinadas, interferencia acústica.

—Si los tubos están aquí —dijo señalando un círculo— y la abertura trabaja así, el sonido no se quedará dentro. Saldrá. No tiene que ser fuerte, tiene que ser claro.

Al anochecer, cuando Clara y Ramon llegaron para recoger a la niña, el plano seguía abierto sobre la mesa. Como si quisiera corresponderle, Clara abrió su cuaderno de muestras con vidrios pegados y notas al margen. Sacó una copa del mueble, la acercó a la oreja y la tocó con la uña. Sostuvo el sonido hasta que se disolvió con el ruido de la calle.

—Si encuentras el ángulo, el vidrio responde. —Sonrió—. Y la piedra también, cuando descubres el suyo.

John supo que tenía razón y empezó a redactar el memorial. Cuando terminó el primer borrador, lo leyó en voz alta. Todos escucharon. Al llegar al final, Clara tomó el papel y escribió a un lado con letra limpia: «Que el templo hable con la voz que Gaudí imaginó».

John asintió. Dobló el memorial.

—Si logramos que la nota suene clara, la ciudad la reconocerá como reconoce el olor del pan.

Clara acarició la frente de la niña antes de cogerla en brazos. Admiraba a su suegro por su constancia y esa fe tan obstinada.

—Cuando suene —susurró a Anna Maria, como si fuera un secreto —, tú ya correrás por las calles.

John la escuchó y pensó que esa voz del templo también sería un regalo para quienes aún no habían llegado.

Fuera, Barcelona seguía con su ruido de siempre. Dentro, la promesa de un sonido nuevo esperaba su momento.

2026

La misa ha terminado hace un rato. Espero apoyada en la pared, fingiendo interés por las baldosas y por la luz que cambia cuando la cripta se vacía. Cuando ya no queda nadie —solo el eco de pasos—, bajo las escaleras.

Aoi sigue allí, sentada al órgano, ordenando las partituras con esa delicadeza tan suya, como si cada hoja fuera sagrada. Lleva el cabello recogido con sencillez y el rostro se le ilumina con una claridad líquida que se cuela por el vitral. Me detengo antes de que me vea. La observo. Hay en ella una belleza quieta, como si todo el cuerpo respirara con otro ritmo.

Me acerco.

—¿Puedo ayudarte?

Levanta la cabeza. Asiente con una sonrisa suave. Recojo unas hojas; se me escapan y caen. Nos agachamos las dos. Nuestras manos se tocan sobre el suelo frío.

El contacto es leve, pero un hilo eléctrico me recorre la espalda. Dejo la mano un instante más. El gesto es frágil; la intención, ambigua. El corazón me late en las sienes.

Ella no se mueve. No se aparta.

Creo que ya conozco la textura de su piel. No sabría decir de dónde: es como un acorde antiguo. Uno de esos sonidos que, de niña, me llegaban con colores.

En su mirada no hay extrañeza. Solo un suspiro contenido.

Entonces habla. No explica, deja salir algo guardado hace tiempo.

—En Kioto —dice— me enseñaron a no hacer ruido. A caminar como si el suelo fuera de papel. A no hacer preguntas.

Calla unos segundos.

—Mi madre tocaba el shamisen*. Mi abuela también.*

Ya me tiene atrapada. Espero.

—Cuando llegué aquí…, me senté al órgano y supe que esa era mi voz.

El tono es sereno, pero tiembla algo mínimo: quizá no la frase, sino el aire. Sus ojos parecen más claros. Más lejos.

—Mis ojos verdes no vienen ni de mi madre ni de mi abuela —murmura mirando al vacío.

Hace una pausa.

—Vienen de un hombre desconocido. De una presencia fugaz.

No lo entiendo todo, pero entiendo lo esencial: linaje de silencio, música heredada, vacío como origen. Y ella, al órgano, con el pasado resonando en cada tecla.

Sin pensarlo, le aprieto la mano. Ahora no por accidente. Ella no se aparta.

Cuando el beso llega, no lo buscamos: nos encuentra. Primero, un roce lento, tímido, con olor a incienso y piedra húmeda. Luego, un gesto más hondo, como si la boca recordara lo que las manos ya habían dicho.

Salimos de la cripta sin palabras. La ciudad nos recibe con motores y voces. Camino con cuidado, con la sensación de pisar papel de arroz. Llevo su nombre dentro no como un recuerdo, sino como una espera.

III

Entre el orgullo y la desconfianza

Barcelona, 1986

1

Anna Maria acababa de cumplir diez años. Aquella mañana llevaba dos trenzas bien tensas, hechas con la paciencia minuciosa de Clara, y una cinta blanca que le daba un aire mitad travieso, mitad solemne. Vestía un vestido sencillo de algodón azul con flores diminutas y unas sandalias que le bailaban un poco en los pies. Caminaba dando pequeños saltos, atrapada entre la curiosidad de descubrirlo todo y la tímida vergüenza de encontrarse en un lugar tan imponente.

Clara y Ramon la llevaban de la mano cuando cruzaron el portal de la Sagrada Familia. El templo era aún un bosque a medio levantar: martillos que repicaban, polvo que se alzaba como incienso y eco constante de los canteros.

Y en medio de aquel universo antiguo, había una nota nueva: el zumbido eléctrico de teclados y pantallas. A un lado de la nave,

sobre unas mesas, los ordenadores brillaban como insectos extraños dentro de la piedra.

Un arquitecto joven de voz segura y cabello espeso se acercó.

—Ahora podemos calcular cualquier curva —dijo, entusiasmado—. El cálculo paramétrico nos da precisión absoluta. La máquina sustituye al compás y a la plomada. Nos ahorra tiempo y muchos ensayos previos e inútiles.

Clara se mordió el labio. Aquel mismo lunes tenía en el taller Bonet un encargo delicadísimo: una ventana diseñada por Ramon Calsina, el pintor de mirada evocadora. Recordaba esos dibujos suyos de realismo mágico, suspendidos entre la serenidad y el misterio. Ella trabajaba despacio: pintura al fuego, grabados finísimos, esgrafiados que exigían una mano firme y una respiración lenta. Una paleta cálida, otoñal, capaz de hacer vibrar la luz como un poema.

Miró la pantalla verde, que escupía líneas perfectas, y sintió una punzada extraña. Sí, era nuevo, era brillante, pero tan distante…

Con su Leica al cuello, Ramon empezó a disparar fotos. Quería retener aquel contraste: la mano antigua y la máquina nueva.

La niña, fascinada, se acercó a la pantalla. Observó las líneas verdes que se cruzaban y sonrió.

—Los números son rojos y pinchan… como espinas.

El arquitecto joven se giró bruscamente, sin disimular el desdén.

—Qué tonterías. Eso no tiene ni pies ni cabeza.

El silencio cayó de golpe. Anna Maria abrió los ojos, desorientada, y buscó la mirada de su madre como si necesitara refugio. No entendía qué había hecho mal. Una tristeza nueva le pesó en el estómago, como un paso en falso visto por todos.

Clara sintió exactamente la misma punzada que años atrás, aquel desprecio mudo que ella se había tragado en silencio tantas veces. Quiso hablar, pero la voz no le salió.

El hombre ya miraba otro plano. La tensión quedó suspendida en el aire. Con una sonrisa incómoda, Clara tomó la mano de la niña. Se despidieron y salieron hacia la calle.

—¿Quieres que compremos garrapiñadas? —preguntó la madre, buscando arrancar aquella pena de sus ojos.

La niña asintió, todavía mirando al suelo. Ramon las alcanzó y juntos caminaron por la calle Provença con el olor dulce del azúcar pegándoseles a los dedos.

Al llegar a casa, Clara preparó una cena rápida: tortilla de calabacín y pan con tomate. Anna Maria, con las trenzas medio deshechas, se dejó caer en el sofá, rendida.

Clara se sentó a su lado y la miró de frente.

—Mira, hija. Lo de hoy… A veces es mejor no decirlo todo. Hay quien no sabe entender ciertas cosas y puede hacerte daño.

La niña frunció la nariz, confusa.

—Pero yo no he dicho nada malo…

—Lo sé, cariño. Solo que… no todos ven el mundo como tú. Y eso está bien, pero has de saberlo.

Anna Maria bajó la mirada. Al rato subió a su habitación, seria.

Cuando Clara comprobó que dormía, cerró la puerta con suavidad y se dejó caer en la silla del comedor. Ramon tecleaba en su máquina de escribir. La lámpara de la habitación formaba un círculo de luz sobre las páginas.

—¿Qué haces? —susurró ella.

—Una columna para *La Vanguardia*. Sobre lo que hemos visto hoy…, los ordenadores en la Sagrada Familia.

Le tendió la hoja. Clara la leyó entre el cansancio y la incredulidad.

> Hoy, en la Sagrada Familia, no solo suena el martillo del picapedrero y flota el polvo de la piedra. También se ven ordenadores. En la mesa donde antes reposaban planos y escuadras, ahora brillan pantallas verdes que calculan curvas y tensiones con una precisión que ninguna mano humana puede igualar en poco tiempo…

Cuando terminó, dejó el papel sobre la mesa.

—Da miedo, Ramon. Que las máquinas acaben decidiendo cómo debe ser un templo.

Él le tomó la mano.

—Es el tiempo que vivimos. Algunos lo ven como progreso, otros como pérdida. Yo solo intento contarlo.

Ella guardó silencio unos segundos. Bajó la mirada antes de revelarle con voz tenue lo que le pesaba desde hacía días.

—Me preocupa Anna Maria. El episodio con el arquitecto ha sido muy desagradable. La gente puede ser cruel, lo sé. La etiqueta de loca es muy fácil. Yo he resistido, pero… —Se le humedecieron los ojos—. Verlo ahora en ella… me rompe. Querría evitárselo.

Ramon se levantó y la abrazó.

—Pediré cita con el médico —dijo ella.

—¿Seguro? ¿Lo crees necesario?

—Dormiré más tranquila.

—Está bien. Pero no dejes que te asusten.

Tres días después, en la sala del pediatra, Anna Maria leía *Mortadelo y Filemón* mientras Clara observaba los carteles

descoloridos de las vacunaciones. Las butacas de piel desgastada chirriaban con cada movimiento y el tictac del reloj de pared agrandaba la impaciencia.

El médico escuchó las explicaciones de Clara, se encogió de hombres, sonrió condescendiente y dijo:

—Señora, imaginación infantil. No se preocupe. Se le pasará.

Clara abandonó la consulta con un nudo en la garganta. El neurólogo, días más tarde, fue igual de contundente.

—Fantasías. La niña está sana. No le dé más vueltas.

Salieron con la misma mezcla de rabia e impotencia. Ya en la calle, Anna Maria solo preguntó:

—¿Cuándo vamos a por garrapiñadas?

Clara y Ramon se miraron fijamente. Esa ingenuidad dulce era su único consuelo.

Pasaron seis meses hasta que lo entendieron. El 7 de mayo, cerca del final de curso, Teresa Serra, la tutora de Anna Maria, convocó a Clara. Ramon no pudo asistir porque cubría una noticia insólita: un tal Manuel Vital, activista y conductor, había secuestrado un autobús y se lo había llevado hasta Torre Baró para exigir mejoras en el transporte público.

En la sala de reuniones, junto a la tutora, había una chica rubia muy joven, con gafas redondas y una libreta bajo el brazo.

—Señora Clara, siéntese —dijo la maestra con un tono cansado—. De este tema ya hemos hablado otras veces. Su hija dice cosas que desconciertan y sus compañeros no siempre lo entienden. Hoy, sin embargo, quiero que escuche también a Emily, que nos acompaña.

La joven sonrió. Su catalán era dulce y torpe.

—Mucho gusto. Soy Emily Miller. Estoy aquí para realizar unas prácticas y vengo de Estados Unidos. —Dudó un momento, pero prosiguió con entusiasmo—: Allí trabajé con un neurólogo, Richard Cytowic, que estudia casos de sinestesia.

Clara parpadeó.

—No sé si la sigo…

—Quiere demostrar que la sinestesia no es una fantasía, sino otra forma de percibir el mundo. Son sujetos con una configuración cerebral distinta.

—¿Entonces tiene nombre lo que le pasa a mi hija? —susurró Clara, incrédula.

—Claro que sí. —Sonrió Emily con timidez—. Y no es una enfermedad. Es una manera distinta de sentir.

A Clara le temblaron las manos. Fue como si alguien le levantara una piedra del pecho. Se secó los ojos deprisa. Antes de irse, apretó fuerte las manos de la joven estadounidense, quien le prometió que le enviaría más información.

En la calle, la luz le pareció más clara, casi nueva.

2

La sala, en el sótano del recinto, era pequeña. Un proyector viejo, una pantalla enrollable y dos máquinas que zumbaban con la tapa abierta, soltando aire templado. El olor a polvo de piedra se

mezclaba con un tufo metálico de electrónica caliente. Fuera, se oía el martillo neumático, tozudo, como un corazón antiguo del templo.

Entraron de dos en dos: un par de maestros picapedreros con el abrigo puesto, dos arquitectos jóvenes cargados de carpetas, un ayudante con la nariz roja por el frío y un hombre mayor apoyado en un bastón. Al fondo, de pie, Jordi Bonet —al frente del proyecto desde hacía un año— miraba la pantalla plegada como quien observa un telón antes de levantarse.

—Vamos allá —dijo el técnico, con un bolígrafo entre los dientes.

Sacó una disquetera, insertó un disco flexible y pulsó una tecla. La máquina hizo clac y una lucecita verde parpadeó.

—Este es el famoso 3D —murmuró un picapedrero, entre divertido y amenazante.

—El 3D es una proyección, un modelo —explicó una joven colaboradora recién salida de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona—. Nos enseña la forma, las cargas, lo que pasará cuando pongamos peso.

El técnico desenrolló la pantalla. La tela crujió como una sábana fría. Apagó los fluorescentes y la sala quedó en penumbra; solo quedaban las luces de las máquinas y el rectángulo en blanco esperando la imagen.

—Cuando quieras —dijo Bonet.

Primero apareció una retícula. Después, líneas finas entrelazándose. Un hilo blanco subió desde abajo describiendo una curva hasta convertirse en un arco que se estiraba como una columna perdiendo la timidez.

El hombre del bastón resopló, inquieto.

—Esto son catenarias, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Esther—. La línea invertida de una cadena. Lo que Gaudí hacía con saquitos y un espejo, aquí lo vemos en tiempo real. Y podemos girarlo.

El técnico movió un mando. El arco giró despacio. El hilo se llenaba y se vaciaba de puntos, como si respirara.

—Si esto es verdad —murmuró un picapedrero al compañero—, nos ahorramos semanas de prueba y error.

—O nos quita el pan —gruñó Andreu, medio en broma, medio en serio.

Bonet dio un paso adelante con las manos quietas, pegadas al cuerpo.

—Aquí nadie pierde el pan. Esto es un aliado. Nos ayuda a ver la forma antes de mancharnos las manos. Luego ya vendrá el polvo.

El técnico abrió un segundo archivo. Una torre en líneas de alambre, planos superpuestos, una bolita en la punta y una ventana en diagonal.

—La conocéis —dijo Esther—. Un fragmento de la torre de Santo Tomás, en la fachada de la Pasión.

—Así no pesa —dijo un maestro, palpándose la barbilla—. No hace sombra.

—Aún no —respondió ella—. Miren ahora…

La figura adquirió un tono gris de piedra virtual. Una luz lateral cayó sobre el volumen y las sombras cruzadas aparecieron como carne súbita. El hombre mayor apretó el bastón. Alguien susurró un «joder» bajísimo.

—Podemos simular el sol de invierno y de verano —dijo el técnico —. Podemos ver si este plano pesa demasiado o si la sombra devora el acceso.

—Eso es hacer trampas —dijo Andreu.

—Entonces Gaudí también hacía trampas, Andreu. —Sonrió Bonet —. Ponía el mundo del derecho mirándolo al revés.

Se rieron, y la risa destensó el ambiente.

La pantalla cambió: una fotografía digitalizada de la maqueta antigua. Se veían los hilos, los saquitos, el espejo debajo. Aquella ingeniería humilde y exacta brilló como una reliquia viva.

—Esto lo vi de joven, cuando Quintana aún pasaba por aquí —dijo el hombre mayor—. Nadie tocaba aquello. Pero nadie dejaba de mirarlo.

—Escaneamos y vectorizamos —explicó Esther—. Pasamos las trayectorias a un modelo. Es imperfecto, pero se aproxima.

El técnico hizo una superposición. La catenaria real y el modelo coincidieron casi como dos manos encontrándose a mitad de camino. Un joven chasqueó los dedos, contento. Andreu dio un paso, como si quisiera tocar la pantalla.

—Así sabremos si el arco aguanta.

—Sabrás dónde empezar y dónde afinar —dijo Bonet.

Nueva pieza: una escalera helicoidal, una voluta subiendo como un caracol obstinado que hubiese aprendido geometría. Esther señaló unos puntos rojos.

—Zonas de riesgo. Vibraciones, fisuras. Si giramos medio grado, desaparecen.

—Medio grado no es nada —dijo el ayudante.

—Medio grado lo es todo —respondió Andreu, seco—. Sobre todo cuando no lo ves y resulta que ya estás metido hasta el codo.

En la sala se hizo ese silencio que llena los espacios cuando la gente comprende algo. El proyecto, hasta entonces una palabra

grande, se había convertido en un gesto pequeño.

Medio grado: la diferencia entre caer o sostener.

Se encendieron los fluorescentes para que pudieran tomar notas. La luz blanca rompía el hechizo sin borrarlo del todo. Un arquitecto joven sacó un *plotter*; el papel salió con agujeritos laterales, como arrancado de un cuaderno escolar.

—¿Alguien quiere una copia del *plotter*? —preguntó, casi orgulloso.

—¿Esto vale más que un plano? —cuestionó el hombre mayor.

—No vale más. Vale distinto —respondió el arquitecto—. El plano es una foto. Esto es una película: vemos cómo evoluciona.

—Vayamos a la fachada de la Pasión —propuso Esther—. La proyectaremos como la tenemos modelada. Solo un fragmento. No es para decidir nada hoy, solo para que veáis cómo podemos hacer pruebas con las relaciones, las sombras, las proporciones.

La pantalla se llenó de un volumen irregular: planos que se entrecruzaban, un vacío central, unos travesaños que parecían huesos. No había figuras, solo arquitectura.

—Sin dedos… —murmuró Andreu—. Sin esculturas es como una mano sin dedos.

—Hoy solo miramos la mano, no ponemos los dedos —dijo Bonet, breve.

Esther hizo correr la «luz» digital simulando un sol de invierno. La sombra oscureció un tramo y limpió otro. El conjunto, aún frágil, ganaba orden y perdía ruido.

—Aquí la piedra se come el aire —dijo el hombre mayor, golpeando el suelo con el bastón—. Habría que rebajar arriba.

—Si rebajamos, este arco sufre.

—Probemos —dijo Esther.

El modelo dio un salto mínimo, milímetros que en la pantalla parecían un mundo. La sombra avanzó. El hueco tomó aire. Andrés apretó los labios, sorprendido y algo aturdido.

—Esto me gusta —dijo, sincero—. Pero no me vendáis que es lo mismo que una buena plantilla. Cuando te agarras a la piedra, lo sabes o no lo sabes.

—Y cuando lo sabes —respondió Bonet—, mejor haberlo visto antes.

El hombre mayor alzó la mano, cortando el aire con ella.

—He visto a demasiada gente equivocarse con fe ciega. Si esta cosa —señaló el proyector como si fuera un animal— evita un error grande, le beso la carcasa sin vergüenza.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Un chico de la casa asomó la cabeza con un recado. Bonet le hizo un gesto para que esperara dos minutos. Esther cerró la sesión. La pantalla se apagó. Los fluorescentes volvieron a encenderse con ese destello lechoso que deja el mundo sin secretos.

—Gracias por venir —dijo Bonet—. Mañana otra prueba. Si queréis, repetimos con variantes.

Al salir, algunos doblaron el *plotter* que les habían dado, otros rozaron el proyector con la yema de un dedo para comprobar si era real. Andreu tardó en ponerse el abrigo.

Cuando se vació el sótano, Esther plegó la pantalla y el técnico extrajo el disco.

—Ha ido bien —dijo Esther.

—Ha ido —replicó el arquitecto—. Mañana, mejor.

Bonet se quedó mirando el techo. Arriba seguía el martillo neumático, un sonido viejo, tenaz. Y, entre ambos, el zumbido nuevo de la máquina enfriándose. Dos tiempos sosteniéndose. Medio grado para que el futuro cupiera en la piedra.

3

Barcelona vibraba bajo los andamios y las grúas. Los obreros trabajaban a buen ritmo y el ruido de las herramientas se mezclaba con las bocinas en un murmullo constante. En los quioscos, los titulares gritaban: «Europa», «CEE», «Referéndum sobre la OTAN». En la radio, el mismo runrún: modernización, cambio, futuro. Todo el mundo tenía algo que decir.

Ramon caminaba deprisa, con la Leica colgando del cuello y un sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

Salía de la redacción de *La Vanguardia*, en la calle Pelai. El edificio de esquina se reconocía enseguida por la fachada modernista: vitrales de colores, piedra labrada, tribunas de hierro forjado. El portal, ancho y en penumbra, olía a papel viejo y a cera. Siempre entraba y salía gente: redactores con el café en la mano, repartidores, curiosos. A dos pasos, la plaza de Cataluña devoraba a cualquiera en su hormiguero.

Agachó la cabeza para esquivar un empujón y dejó atrás el orden aparente de la redacción para fundirse con el desorden vivo de la calle.

Los autobuses, abarrotados, se arrastraban por la plaza como bestias cansadas. Las palomas estallaban en vuelo y volvían a manchar el suelo. Las Ramblas hervían de floristas, estudiantes con carpetas llenas de pegatinas y turistas primerizos con cámaras enormes y ojos abiertos como platos.

Un rótulo amarillo de McDonald's brillaba sobre un local a rebosar. La cola llegaba hasta la acera. Una madre tiraba del brazo de su hijo, embelesado con el cartel luminoso y las fotos brillantes de menús y patatas fritas. Ella negaba con la cabeza, atrapada entre la prisa y la resignación.

Ramon levantó la Leica. Clic. Una escena mínima pero reveladora: fascinación y rechazo, lo nuevo llamando a gritos y lo antiguo resistiendo.

Unos metros más allá, una fachada sucia lucía un cartel gigante de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92. Los cinco aros de colores llamaban la atención de los transeúntes. Justo al lado, un grafiti hecho en negro y con rabia: NI OLÍMPICOS NI CAPITALISTAS.

No dudó. Volvió a levantar la Leica.

Clic. Futuro y disidencia pegados en la misma pared.

Ya tenía las dos imágenes que articularían el reportaje: Barcelona, atrapada entre el orgullo y el recelo, entre el barniz brillante de la modernidad y una vida antigua que se negaba a desaparecer.

Cuando llegó a casa, subió las escaleras despacio, cargando con el peso del día y un sobre —ahora en la mano— con sello francés. Ya lo había abierto por el camino. Lo dejó en la mesa del comedor y se quitó la chaqueta sin prisa.

—¿Carta de los abuelos? —preguntó Anna Maria, que había oído la puerta y acudió corriendo.

—Sí. —Sonrió—. ¡De Occitania!

Clara asomó desde la cocina con las manos aún mojadas.

—Hacía días que no sabíamos de ellos. ¿La has leído? ¿Qué cuentan?

Ramon suspiró. Se pasó la mano por el pelo y miró el sobre unos segundos antes de responder.

—Es larga. Si queréis, os leo un trozo.

Las dos dijeron que sí a la vez y se sentaron, inclinadas hacia delante, con los ojos clavados en el sobre.

Ramon lo abrió con cuidado y sacó unas hojas con la caligrafía clara de su madre. Las desplegó y su voz llenó la habitación.

> Querida familia:
>
> Estamos bien y pensamos mucho en vosotros. Aquí el tiempo pasa de otra manera y cuesta explicarlo. Tras unos meses en el priorato de Marcèvol, las paredes siguen respirando humedad y el tejado deja pasar la lluvia, pero cada día colocamos una piedra nueva.
>
> John, los voluntarios y yo hemos limpiado el refectorio y hemos abierto el claustro a la luz. Al anochecer nos reunimos en la capilla: él toca el órgano pequeño y la música se derrama por las bóvedas románicas como si hubiera sonado aquí desde siempre. La vida es sencilla pero plena. Este lugar, hijo mío, nos está regalando una segunda vida.

Clara se secó las manos en la bata y se acercó.

—Viven como monjes, ¿no?

—No exactamente. —Sonrió Ramon—. Es una comunidad pequeña: músicos, jóvenes que ayudan a restaurar, gente del pueblo que pasa temporadas. Comparten comida y tareas. Ya nos lo contaron. Están bien.

Anna Maria se puso de rodillas en la silla, dudosa.

—Papá…, ¿seguro que están bien? ¿No estarían mejor aquí, con nosotros?

Ramon se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—Están donde quieren estar, cielo. Mira: dicen que desde la ventana ven el Canigó. Por la mañana entra una luz dorada y por la noche parece que el viento haga cantar las piedras.

Clara asintió con una media sonrisa.

—¿Y dicen algo del huerto?

—Sí. —Rio Ramon—. Han vuelto a plantar patatas y coles. Y tu abuela adoba aceitunas en tarros de cristal, como le enseñó la abuela Mercè. Dice que trabajar la tierra le da una paz que no había sentido nunca.

Clara asintió con la cabeza. No necesitaba ninguna explicación más para entender el momento que atravesaba su suegra.

Anna Maria seguía dándole vueltas y recorriendo con avidez el texto que sostenía con las dos manos.

—Aquí pone lo del órgano… ¿De verdad tienen uno?

—Uno pequeño, restaurado entre todos —dijo Ramon—. Por las noches tu abuelo lo toca. Y parece que la capilla recuerde cantos de otros siglos.

La niña se quedó embelesada.

—Quiero escucharlo.

Clara dejó escapar un suspiro y volvió a fijarse en la letra de su suegra.

—También habla de un incendio antiguo y de pinturas escondidas —añadió, intentando animar a la niña, que tenía un gesto de añoranza.

Ramon señaló la frase.

—Sí. Sospechan que detrás de una pared hay murales quemados durante la guerra. Y John ha encontrado un libro viejo lleno de notas sobre campanas y órganos. No sabe de dónde ha salido y está intrigado. Imagina, con lo que le obsesiona el sonido…

—¡Un libro secreto! —Rio la niña, con los ojos brillantes.

Ramon también se echó a reír y le besó la frente.

—Vaya usted a saber, pequeña.

Anna Maria dejó la carta sobre la mesa con un gesto lento.

—¿Y dicen si van a volver?

Ramon guardó silencio un segundo.

—No lo dicen. Pero lo importante es que están bien —respondió.

La niña apoyó la barbilla en la mesa, tozuda.

—Entonces… ¿cuándo iremos nosotros?

Ramon se levantó y se acercó a la ventana. Fuera, la ciudad rugía: obras en las rondas, tráfico espeso, unos punkis gritando en la esquina. Dentro, el eco de la carta.

No contestó. Pensó en la distancia inmensa entre aquella Barcelona en transformación y el silencio del priorato frente al Canigó.

2026

Hoy he subido las escaleras de casa de mi padre de dos en dos. De dos en dos y silbando, como si volviera a tener quince años. He imitado el silbido que él hacía cuando subía la calle al llegar del trabajo. Mi madre decía: «Ya lo tenemos aquí, mira que no falte nada en la mesa». Yo me asomaba al balcón y reía; me costó aprender a silbar como él.

Al entrar en el comedor, lo he visto sentado con la cabeza bien erguida. La cuidadora estaba con un sudoku *en el móvil. Otro día le habría dicho que hay que hablarle; hoy solo le he dado permiso para irse. Cuando he oído la puerta, he estampado un beso ruidoso en la mejilla de mi padre. Ha hecho ese gesto tan suyo, como si el chasquido lo ensordeciera. Igual que cuando, de niña, le daba besos a propósito cerca del oído.*

—¿Papá? —he preguntado, como si necesitara la certeza de que es él quien habita ese cuerpo.

Se ha incorporado y ha respondido:

—Nena.

Una sola palabra. Un relámpago. He detenido dos lágrimas en la frontera. Nos hemos cogido las manos y nos hemos reconocido. El azul de sus ojos, antes tan vivo, ahora es más claro, más frágil, casi aguado. Pero busca anclarse.

Aprovechando el instante, he sacado la caja de fotos y recuerdos. Las manos, nerviosas, buscan acertar con una imagen que lo

despierte. Cojo una y la dejo. Podría entristecerlo. Otra lo confundiría. Me veo como aquella niña abriendo los regalos de Reyes y pidiendo solo unos minutos más con su padre.

—¡Esta!

Ha hecho un gesto de reconocimiento.

—Hiciste un artículo con fotos de este traslado y yo te ayudé con el texto. Ya había terminado Historia…

—¡El traslado de las Escuelas! Debió de ser…

—En 2002, papá.

—Sí. Tu abuela aprendió a leer allí…

—Y la bisabuela Mercè daba clase, ¿recuerdas?

—Pásame las gafas, hija.

Se las paso. Las manos le tiemblan mientras se acerca la fotografía a los ojos.

—Las empaquetaron —dice, sonriendo.

—Sí. La grúa levantó las Escuelas desde abajo. Fue una operación delicada y emocionante. Algunas partes pesaban más de catorce toneladas. Lo que se pudo, se trasladó entero para construir la fachada de la Gloria; las piezas frágiles se numeraron.

—Sí, sí…, y se encargaba aquel arquitecto tan simpático. Ramon, creo.

—Ramon Espel. Sigue trabajando allí. Lo veo a menudo cuando hago las visitas; siempre pregunta por ti.

Asiente y, con una seguridad inesperada, exclama:

—Niña, ¡este templo es un milagro!

Entonces hablamos de los cimientos, de cómo los reforzaron perforando hasta el freático y de los materiales nuevos que usaron para sostener la altura. De la fragilidad de la fachada del Nacimiento,

tantos años sin apuntalar; del trabajo invisible que permitía avanzar: la cimentación robusta de las naves, la adaptación a nuevas normativas… Lo dejo hablar, sin corregir. Disfruto. Podría sentarme en su regazo.

Me mira fijamente y dice:

—Es como una antorcha.

Me tenso. Vuelve el miedo a perderlo, a verlo desconectarse otra vez de la realidad. Me quedo en suspenso, intentando descifrar si esas palabras provienen del padre de antes o de un recuerdo turbio.

—¿Cómo dices, papá?

Pero no se aparta ni un milímetro. Mantiene la mirada clara, firme. Y entonces, con calma sorprendente, añade:

—¿No lo ves? Uno la lleva, el otro la recoge.

Entiendo. Sigue ahí. Lo que creía apagado aún arde.

Lo abrazo. Juntos repasamos a Subirachs y a Vila-Grau. Cómo cada uno, a su manera, recoge la antorcha: la fachada de la Pasión dura y desnuda; los vitrales que hacen estallar la luz.

Le llevo zumo de naranja y brindamos de forma absurda, y él acepta con el labio torcido.

—Ya lo sabes…, el médico dijo nada de alcohol.

—No le des más vueltas… y brindemos igualmente —responde, repitiendo aquella frase de mi madre que todavía me calienta el corazón.

Entonces aprovecho para sacar el tema de Aoi.

—¿Recuerdas a la organista del domingo en la cripta?

Me mira de reojo. No sé leer esa expresión, pero prosigo, decidida a contarle la conversación de ayer.

—Hablamos de los claustros en los monasterios budistas, donde los corredores de madera rodean jardines tranquilos. Dice Aoi que allí el silencio es tan esencial que incluso el sonido de los pasos entra en la meditación.

Como mi padre no dice nada, continúo:

—He investigado y en los grandes templos hindúes pasa igual: hay corredores cubiertos alrededor del santuario y la gente camina en círculo, como una oración.

—Claro —dice—, Gaudí ya lo escribió.

—¿Qué dices, papá?

—El camino litúrgico de Gaudí, un corredor alrededor del templo. Como un rito antes de entrar.

Doy las gracias, en voz baja, a quien sea. Y lo abrazo más fuerte de lo que su cuerpo puede soportar sin dolor. Pero no se queja.

IV

Claroscuros

Barcelona, 1999

1

Anna Maria Orteu estudiaba Historia en la Universidad de Barcelona, en el Palau de les Heures, en plena avenida Diagonal. Cursaba cuarto curso y tenía veintidós años. Aunque aún se sentía a medio camino entre la timidez y la convicción, había empezado a buscar espacios en los que el estudio de la historia saliera de las aulas y de los grandes convencionalismos para dialogar con el presente. Por eso se había inscrito en el ciclo del Centre de Cultura Contemporània sobre Barcelona después de los Juegos Olímpicos. Quería entender cómo estaba cambiando la ciudad y qué ocurría con la memoria cuando las fachadas se repintaban y los espacios mudaban de fisonomía.

Aquella tarde la envolvía el barrio del Raval con su mezcla de suciedad y encanto. Las paredes de piedra ennegrecida, salpicadas de grafitis y carteles despegados, olían a cerveza derramada y

comida india. Los bares alternativos tenían las puertas abiertas, y en las escaleras del MACBA se acurrucaban jóvenes con pantalones anchos y walkmans en los bolsillos. Al cruzar la plaza dels Àngels, Anna Maria vio cómo una niña con chador jugaba a la pelota con dos chiquillos sudamericanos. Todo se le hacía parte de una ciudad en transformación, llena de voces nuevas que reclamaban un espacio propio.

En la sala del CCCB, los focos proyectaban una luz tenue sobre el rostro de los asistentes. El conferenciante hablaba de los grandes proyectos urbanísticos de los noventa, de los vacíos que habían dejado en el tejido de la ciudad y de cómo algunos espacios emblemáticos habían sido recuperados o reimaginados.

En el turno de preguntas, un asistente mencionó la Sagrada Familia como ejemplo de monumento que seguía creciendo y que encarnaba, a la vez, pasado y futuro. Aquella referencia llevó a Anna Maria a un pensamiento íntimo. Sin duda, tal como había oído siempre en casa, el templo formaba parte de su propia historia.

Un chico de cabello rizado y mirada viva la observó de reojo y le susurró:

—Al final, todos los debates sobre la ciudad acaban pasando por Antoni Gaudí. Aunque no queramos.

Se llamaba Nil Batlle y estudiaba arquitectura en la ETSAB. Había acudido al ciclo porque formaba parte de un proyecto sobre memoria urbana, y llevaba una libreta llena de bocetos y anotaciones. Empezaron a hablar en voz baja. Para los de arquitectura, la Sagrada Familia era un campo de tensiones y Gaudí seguía generando debates apasionados.

Anna Maria le dijo que, para ella, el templo era más que una obra arquitectónica.

Cuando la sesión terminó y los asistentes salieron al patio interior, Nil le contó que él y unos compañeros habían organizado un debate sobre Josep Maria Subirachs y el cambio estético que representaba su obra en la fachada de la Pasión. Habían conseguido autorización para visitar al día siguiente el taller del escultor y plantearle preguntas.

—Si quieres, puedes venir con nosotros —dijo él con una sonrisa franca—. Hemos pedido permiso y nos han dicho que nos recibirá encantado. Creo que te gustará.

Anna Maria sintió una excitación nueva. Habló con el responsable del ciclo, que le dio el visto bueno sin hacer demasiadas preguntas. Al salir a la calle, con los olores mezclados del Raval, los gritos de los niños y los acordes lejanos de una guitarra, tuvo la sensación de que entraba en un camino distinto. Un camino que la hacía mirar el templo con otros ojos, desde una nueva realidad.

Aquella tarde, al llegar a casa, Anna Maria entró en el comedor sin dejar el bolso en la entrada, como solía hacer. Tenía los ojos brillantes y empezó a hablar deprisa, todavía con la emoción a flor de piel.

—¡Y me han dejado unirme al grupo! Mañana mismo iremos al taller de Subirachs, dentro de la Sagrada Familia…

Su padre, Ramon, que había dejado de limpiar la cámara para atenderla sin distracciones, la miró con una sonrisa cansada pero orgullosa.

—Eso sí que es un privilegio, hija.

Clara tenía delante la taza agrietada de la abuela. Con un pincel, trazaba una línea dorada dentro de la fisura. Cuando Anna Maria la vio, se le nubló un instante la alegría.

Su madre la miró de reojo y murmuró:

—Las grietas no esconden nada, solo recuerdan que hemos vivido. Nada más, Anna Maria.

Después, con voz serena, añadió:

—Aprovecha cada momento. Hay experiencias que no vuelven. Mira con atención, escucha con paciencia y, si puedes, guarda algún detalle que luego nos puedas contar.

Anna Maria asintió y siguió hablando con un estallido de alegría que hacía tiempo que sus padres no le veían. Aquella noche, la casa respiró una especie de orgullo antiguo y compartido, como si, de algún modo, la historia del templo volviera a escribirse a través de ella.

Al día siguiente, entró en el recinto de la Sagrada Familia con Nil y tres compañeros más. Subieron al taller, dentro mismo de la obra. Al fondo, se oía el crujido de las estructuras.

Subirachs los esperaba en el umbral, erguido y silencioso, con esa presencia austera que impone sin esfuerzo alguno. Los ojos claros, de un azul algo frío, contrastaban con la piel pálida y el cabello encanecido antes de tiempo. El rostro delgado y la nariz prominente le daban una expresión austera, casi ascética, que parecía reflejar la desnudez misma de la fachada que esculpía. Caminaba con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si siempre fuera en busca de la piedra, y sus manos, largas y huesudas, parecían hechas más para empuñar una herramienta que para saludar.

—Adelante —dijo con un gesto breve.

Los condujo por un pasillo estrecho hasta unas escaleras que descendían al taller interior, el espacio donde todo comenzaba.

Era un espacio sencillo y pulcro. Nada de ostentación ni de caos. La atmósfera era limpia, concentrada. Sobre unas bases de madera reposaban las figuras de yeso a tamaño real, cubiertas en parte con telas gruesas. Algunas mostraban cabezas; otras, pies, torsos o gestos suspendidos. También había estudios a medias, anotaciones y, sobre todo, dibujos.

Uno de los estudiantes, conmovido, se detuvo frente a uno de aquellos papeles. Se llamaba Aleix Morell y estudiaba Bellas Artes. Los trazos eran contundentes, geométricos, reducidos a la esencia.

—Son como esculturas a punto de nacer —murmuró.

—Exacto —dijo Subirachs, y por un momento pareció que sonreía —. Siempre comienzo así. No trabajo desde maquetas, sino desde el dibujo. El dibujo es el primer gesto. A veces basta por sí solo; otras reclama cuerpo. Estas figuras han vivido muchas veces en papel antes de volverse carne de piedra.

Anna Maria dijo en voz baja:

—Este espacio donde estamos es, a la vez, su vivienda y su refugio creativo.

—Vivo aquí desde hace más de diez años —confirmó Subirachs sin alterar la voz.

—Aquí es donde empiezo a trabajar con arcilla —prosiguió Subirachs con voz grave pero clara—. Doy forma a los primeros modelos. Cuando ya tienen cuerpo, Ramon Millet los pasa a yeso. La arcilla es demasiado blanda para tomar medidas precisas. El yeso da firmeza y permite fijar puntos para pasar después a la piedra.

—¿Y dónde están las figuras en piedra? —preguntó Nil.

—Todo tiene su proceso, muchacho. Aquí se piensa, se forma, se corrige. La piedra viene después.

—Después ¿dónde? —insistió Júlia.

—En el taller de piedra, que se encuentra al mismo nivel que el patio, a unos cincuenta metros de aquí—respondió señalando—. Justo al lado del de los canteros del templo. Allí sí que hay ruido, aire comprimido, máquinas, polvo… Compartimos instalaciones porque, al fin y al cabo, hacemos lo mismo: dar cuerpo a una visión. Solo que aquí la visión aún es tierna. Allí ya se ha endurecido.

Aleix retrocedió un paso, intentando abarcarlo todo con la mirada.

—En este sitio… da la sensación de que todo está a punto de nacer —murmuró.

—Quizá sí —dijo Anna Maria con cierta emoción—. Es un espacio de gestación.

Fuera, los andamios crujían como una gran bestia viva. Dentro, la calma era casi absoluta. Una calma que hablaba de la paciencia del arte, del tiempo lento de la piedra y de la fidelidad al primer gesto.

Subirachs hizo un gesto para que lo siguieran. Subieron de nuevo las escaleras y recorrieron el pasillo hasta salir al exterior, donde los condujo al taller de piedra. Allí el ambiente cambiaba por completo; el silencio se rompía al ritmo de los martillos y el zumbido de las máquinas.

A un lado, grandes bloques de piedra esperaban su turno. Algunos estaban vírgenes; otros, marcados con trazos de cera roja o azul, listos para ser esculpidos. Sobre las mesas, ordenadas con cuidado, reposaban las herramientas: cinceles de varios tamaños, mazas de madera, limas metálicas, sierras eléctricas, martillos neumáticos. Las poleas colgaban del techo para mover los bloques más pesados. Era

una coreografía entre el hombre y la materia, una danza de fuerza y delicadeza.

Ellos guardaron silencio. Anna Maria, junto a Nil, vio cómo una nube de polvo se levantaba con cada golpe sobre la piedra.

Cuando regresaron arriba, al taller principal, Subirachs hizo un gesto hacia una pieza cubierta.

—Muéstrala —dijo a un ayudante.

El joven apartó la tela. Apareció un rostro monumental, tallado con ángulos secos y ojos vacíos, como una calavera viva. Salvo la túnica, todo parecía acabado.

—San Bartolomé —dijo Subirachs—. Una de las cuatro imágenes que coronarán las torres de la Pasión. Las otras serán Felipe, Tomás y Santiago el Menor. Los veréis juntos, arriba, cuando llegue el momento.

Los estudiantes contuvieron la respiración. Uno se atrevió a preguntar:

—¿Son rostros inventados o se ha inspirado en personas reales? He leído que los escultores antiguos, como los Matamala, a veces usaban caras de familiares…

Subirachs sonrió apenas.

—Siempre vienen de la vida. No se puede escapar de ella. No diría que son retratos. Pero sin duda en ellos habita la dureza, la fuerza o la fragilidad de alguien cercano.

Otro estudiante sacó un recorte: «Esto no es Gaudí. Una afrenta arquitectónica».

Silencio. Subirachs respiró hondo.

—Gaudí escribió que la fachada de la Pasión debía ser desnuda, un esqueleto que diera miedo. Yo lo he respetado con mi lenguaje.

Exigí libertad, y la libertad incomoda. —Hizo una pausa antes de proseguir—: Si el arte no provoca, puede quedarse en simple decoración. Lo que ofende hoy quizá mañana sea historia.

El chico quedó desarmado. Anna Maria habló entonces, más valiente de lo que esperaba:

—Toda mi vida he oído decir a mi abuela que su padre era carretero. Que subía y bajaba la ciudad llevando piedra desde Montjuïc, que se dejó la piel en ello. Para mí este templo es parte de mi historia. Me gustaría preguntarle qué significa para usted vivir y trabajar tantos años a pie de obra, como Gaudí.

Los ojos de Subirachs se tensaron y luego se suavizaron.

—Significa dejarse la vida. ¿Cómo te llamas?

—Anna Maria Orteu.

—Mira, Anna Maria: yo habría querido estudiar arquitectura, pero no fue posible. Mi familia era obrera y estudiar era un lujo. A los catorce años entré a trabajar con un dorador.

Un estudiante alzó las cejas. Subirachs añadió con ironía suave:

—Un dorador aplica pan de oro sobre marcos y retablos. Yo lijaba la madera y luego la cubría de oro con el pincel. Un trabajo paciente, delicado.

Suspiró.

—Después pasé al barro y al mármol. Aprendí con maestros como Monjo y Casanovas. Ese era mi mundo: la materia. La escultura ha sido más que un oficio, ha sido mi camino. Por eso vine a vivir aquí. Era la única forma de asumir el encargo sin imitar a nadie. Aquí, a pie de obra, cada día me reconozco más en lo que hago.

—He leído que trabaja con muchos materiales. ¿Por qué eligió la piedra? —preguntó un estudiante, inseguro.

—He trabajado con barro, yeso, bronce, hierro, mármol, madera, piedra volcánica… Pero en la piedra encuentro algo más que forma. ¿Sabéis qué es?

La pregunta flotó en el aire, pero todos acabaron encogiéndose de hombros. Subirachs añadió:

—Resistencia —respondió él mismo—. Una batalla y, a la vez, una promesa. La piedra te obliga a luchar por lo que buscas. Y, cuando llegas, te lo concede.

Al terminar, nadie se movió. Las frases aún pesaban, como si pidieran ser pensadas, cuando se abrió la puerta. Un joven de ojos claros y paso decidido entró a formar parte de la escena. Se llamaba Ramón Espel y, con apenas veinticinco años, ostentaba un cargo de gran responsabilidad en la obra del templo. Tenía una mirada franca, limpia, de esas que no necesitan hablar mucho para hacerse entender.

—Perdone, no sabía que tenía visita…

—Pasa, pasa. Son estudiantes, cualquier aportación será bienvenida.

—La estructura ya está lista. Cuando quiera, puede subir a ajustar el friso de la última cena.

Subirachs levantó la vista e hizo un pequeño gesto de aprobación, casi imperceptible.

—Gracias, Ramon. Dame unos minutos.

Antes de despedirse, Subirachs concluyó:

—Arcilla, yeso, piedra. Es retirar lo que sobra. Nada dura para siempre. El tiempo, la lluvia, la contaminación… Todo erosiona, pero una obra debe resistir, aunque se desgaste. Si cae, que caiga con

dignidad. Y si permanece, que siga hablando. El arte no es un capricho, jóvenes, es una manera de entender la vida.

Al salir, Anna Maria vio unas letras de yeso perfectamente ordenadas en una mesa lateral. Algunas estaban alineadas; otras formaban palabras inacabadas.

Tocó una con delicadeza. Era ligera pero sólida, con los perfiles limpios.

—Una pregunta… La última —añadió disculpándose—. Perdón… ¿Y estas letras?

Subirachs se acercó al lugar.

—No se te han pasado por alto, ¿verdad, Anna Maria? Me alegra que te hayas fijado —dijo él—. Con ellas modelamos la puerta central.

Ella ladeó la cabeza como si el gesto la ayudase a entender mejor las palabras del maestro.

—La última puerta es la más compleja. Será un libro abierto en bronce. A un lado, habrá fragmentos del Evangelio según san Mateo. Al otro, del Evangelio según san Juan. Estas letras se moldean en cera y luego se funden en Valls, en la fundición Vilà. Es un proceso lento que requiere una gran precisión.

—¿Nos lo puede explicar con más claridad? —preguntó Anna Maria.

—Puedo, pero… cómo hacerlo comprensible. Digamos que la palabra nace primero en cera, frágil y precisa como un trazo escrito a mano. El molde la recoge y, puesta al fuego, la cera se escurre dejando un vacío. En ese vacío, el bronce toma cuerpo para siempre.

—Bueno, es otra manera de decirlo. Pero lo que importa ahora es que esto es un trabajo impresionante. Más o menos, ¿de cuántas

letras estamos hablando? —preguntó Nil.

—Según mis cálculos, unas diez mil. Repartidas en las seis hojas de las tres puertas.

Anna Maria seguía con la letra en la mano. No compartía aquella reflexión de Nil, tan centrada en el número. Sentía que el proceso pedía otra mirada.

—¿Hay algún fragmento que sea especial para usted?

Subirachs hizo una breve pausa antes de responder.

—Varios. Algunos irán en oro para atraer la mirada. Uno será una pregunta que aparecerá en el centro: «¿Qué es la verdad?».

Los recorrió con la mirada, pero se detuvo especialmente en Anna Maria.

—Tal vez no tenga respuesta. O tal vez sí, pero no siempre la misma —remató el escultor.

Ella fue la última en salir. Miró una vez más el rostro duro del apóstol de piedra. Al fondo sonaba la voz de Subirachs hablando con sus ayudantes.

Anna Maria entendió que aquella obra no era fruto de un solo hombre. Era voluntad compartida: manos, silencios, renuncias e ideas encarnadas en piedra. Y ella, de algún modo, había sido testigo.

2

Cuando Anna Maria abrió la puerta, se encontró a John en el rellano. Llevaba el abrigo aún húmedo y los hombros vencidos, como si algo se le hubiera roto por dentro. Los ojos le brillaban de un modo extraño, pero ella no lo advirtió al primer momento.

—¡John! —dijo con el rostro iluminado.

Miró detrás de él, como si esperara ver asomar a la abuela con su paso lento e irregular. Pero detrás solo estaban la escalera gris y el olor a lluvia.

John dejó la maleta en el suelo. En aquel gesto ya habitaba el dolor. Clara lo entendió nada más verle los ojos.

—Tu abuela…, tu abuela ha muerto —dijo con la voz rota.

Anna Maria se quedó inmóvil. El mundo se estrechó un instante. Luego dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos, y John entró.

—No…, no puede ser… ¿Qué ha pasado? —balbuceó.

Empezó a dar vueltas, como si le faltara el aire. Le temblaban las manos; las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No…, no ahora…

Clara la detuvo, la tomó de los hombros y la guio hasta la silla. Anna Maria se resistió unos segundos, pero al final se dejó caer. Lloró con un llanto convulso que le sacudía el cuerpo entero. Los gemidos llenaron la estancia. John, sentado al otro lado, no se atrevía a acercarse.

Cuando amainó el sollozo, Anna Maria se levantó sin decir nada y se encerró en su habitación. La puerta sonó seca. Se dejó caer boca abajo sobre la cama, con la cara hundida en el cojín.

Clara y John se quedaron solos en el salón. Ella entrelazó las manos sobre las rodillas.

—Sabía que algún día pasaría —murmuró—, pero nunca estás preparada.

John apartó la mirada y asintió despacio.

Transcurrió más de una hora hasta que volvió a abrirse la puerta del piso. Era Ramon. Entró con paso firme mientras se quitaba la chaqueta.

—¡John! —exclamó, alegre—. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo no habéis avisado? Habríamos ido a recogeros a la estación.

Avanzó para abrazarlo, pero se detuvo. Sintió el aire denso de la estancia. Clara bajó la mirada. John no se movió.

—Me estáis asustando… ¿Dónde está mamá? —preguntó con la voz casi rota.

John respiró hondo.

—Maria… nos ha dejado.

Ramon cerró los ojos, como si las paredes se le echaran encima. Al oír la voz de su padre, Anna Maria volvió al salón y se agarró al respaldo de una silla. Ramon apretó la mandíbula y salió al pasillo. Se plantó frente a la ventana, respirando hondo, mirando la calle sin verla.

Clara se acercó a John, necesitaba saber.

—¿Sufrió?

—No. Se fue en paz. Estaba agradecida. No la dejamos sola ni un instante. Todo el mundo la quería.

Cuando Ramon regresó, tenía los ojos rojos pero la voz firme.

—Cuéntanos cómo fue.

John abrió la maleta y sacó un pañuelo doblado. Dentro había tres objetos. Los colocó sobre la mesa, uno a uno.

—Maria quiso que os los trajera.

Primero tomó un trozo de vidrio irregular con reflejos azules y verdes. Se lo dio a Clara.

—Lo encontró entre las ruinas de una masía. Dijo que era para ti: que tú sabrías ver luz donde otros solo verían una simple esquirla.

Luego sacó una fotografía antigua en blanco y negro, algo amarillenta. Se la ofreció a Ramon.

—La tenía siempre en su mesita. Decía que sabrías qué hacer con ella.

Por último, puso una libreta pequeña, de tapas verdes, delante de Anna Maria.

—Me la confió hace tiempo. Dijo que debía dártela cuando llegara el momento. Fue de Mercè, tu bisabuela.

Anna Maria retiró la mano, sorprendida. Luego pasó la yema de los dedos por la libreta, como si albergara un latido. Sus ojos quedaron fijos en el verde de la tapa.

—¿Dónde…? —susurró.

—En el priorato de Marcèvol. Era media tarde. La luz caía suave y apenas había viento. Nuestra amiga Claire y yo estábamos con ella, y el padre Basile dijo unas palabras. Cerró los ojos como quien descansa. Cuando el último aliento se la llevó, yo le sostenía la mano. Y dejó unas palabras para vosotros.

Hizo una pausa.

—La despedimos sin ruido. La enterramos mirando al Canigó. Ese fue su deseo.

Anna Maria estalló.

—¡Tenía que haber estado aquí, con nosotros!

John la miró con tristeza.

—No lo dudes: os tuvo presentes hasta el último aliento. Fue decisión suya no llamaros. Tenía miedo de que fuerais a toda prisa con las carreteras inundadas, pasamos tres días aislados. Y no quería que el último recuerdo fuera el dolor. Porque lo que queda al final es lo que perdura.

Ramon se llevó la mano a la nuca y bajó la cabeza.

—Es muy duro no poder despedirte de tu madre.

John respiró hondo y asintió.

—Ella lo sabía —dijo—. Me pidió que no os quedarais con remordimientos.

Entonces Clara propuso celebrar una misa en la cripta. Nadie se opuso. El aire, por fin, se aflojó un poco. Ramon aceptó y añadió que diría unas palabras.

—Le gustaría —dijo John.

Se sentaron.

La tarde fue avanzando sin prisa. John fue contando a intervalos cómo habían transcurrido los últimos días. Respiró hondo antes de proseguir:

—Los aguaceros lo arrasaron todo. Los caminos desaparecieron bajo el agua, las vides quedaron medio arrancadas, las casas se llenaron de barro. La gente buscaba refugio, pero había heridos, ancianos, niños… Y Maria no quiso parar. No hubo forma.

Hizo una pausa, como si la tuviera delante.

—Cargaba mantas empapadas con los pies hundidos en el lodo. Decía que hacían falta manos. Estaba agotada, pero persistía. Luego vino la fiebre. La neumonía se la llevó rápido. Al final… solo hubo calma.

Ramon se levantó, abrió un cuaderno y escribió una palabra: «Madre». Lo cerró.

—Mañana lo pondré por escrito. Ahora no.

John se levantó.

—No me demoro, debo regresar al priorato. Queda mucho trabajo…

—Pero esta noche duermes aquí —dijo Clara, tocándole el brazo—. Ya sabes que esta es tu casa.

Él asintió.

—Lo sé.

Entonces sacó una piedra pequeña del bolsillo con una franja blanca.

—Claire puso tres en la tumba. Esta era de Maria. Me pidió que os la trajera.

Anna Maria la tomó y la apretó. Era fría y pesada.

—Gracias —susurró.

Enseguida, Clara y Ramón le dijeron que le preparaban la habitación, y él lo aceptó en silencio.

Aquella noche, Anna Maria ojeó la libreta verde y la guardó bajo la almohada. Pensó en el Canigó, en la piedra, en el vidrio, en la flor seca. Y tardó en dormirse; todo eso le ocupaba el pecho.

A la mañana siguiente, los cuatro caminaron juntos hacia la Sagrada Familia. El día amaneció claro y frío. El templo se alzaba como una presencia que atravesaba generaciones. Al entrar allí, con ese propósito, se sintieron pequeños.

La cripta estaba casi vacía. El sacerdote les dedicó una leve inclinación de cabeza. Clara encendió una vela, dejándola junto al altar. El humo subía lento y recto.

Llegado el momento, Ramon se puso en pie. Tenía el cuaderno en la mano. Lo abrió.

—Madre…

La voz le salió más firme de lo esperado. Habló de cómo reía Maria, de esa risa que era música breve; de cómo se anudaba el pañuelo cuando hacía viento; de sus manos sobre el pan, como si lo acariciara; de las tarjetas de tren guardadas en una caja metálica; de cómo reñía a quien comía de pie.

—Madre, todo eso permanece. También en nosotros.

Cerró el cuaderno.

Clara bajó la cabeza. Sus dedos buscaron en la memoria la taza agrietada que había dejado en casa. Anna Maria, con la libreta verde en el bolso, ya no pudo contener las lágrimas. El sacerdote recitó una oración breve. John permaneció en silencio con un ligero temblor en las manos.

—Gracias —susurró luego. Y ya no añadió nada más.

Al salir, la luz fría de la mañana les golpeó el rostro. La ciudad arrancaba indiferente. Ellos caminaron juntos y despacio, con la sensación de que el templo había acogido su duelo y lo guardaría en la piedra, como una voz más entre tantas.

En el paso de peatones, John respiró hondo, como para retener la ciudad antes de marcharse.

—Hablaba de ti a todo el mundo —le dijo a Anna Maria—. Estaba muy orgullosa.

A ella se le quebró la voz al responder.

—Yo también la echaré de menos.

—Cuando esto suceda, abre la libreta. No verás solo a tu abuela ni a tu bisabuela; estarán todas. Es un hilo que ha pasado de mano en mano. Ahora es tu turno.

Siguieron hasta la esquina, donde esperaban Clara y Ramon. John dijo que era hora de ir a la estación. Se abrazaron por última vez.

Se marchó sin mirar atrás, con aquella bolsa pequeña como único equipaje. A cada paso se desdibujaba entre la gente, hasta que desapareció como un extranjero fiel que solo vino a dejar memoria y a poner, en manos de Anna Maria, el eco de una voz callada, la del templo que, según él, aún esperaba ser escuchado.

3

El suelo vibró bajo los pies. Una grúa acababa de colocar una pieza de piedra de trescientos kilos al pie de una columna nueva, y el andamio metálico chirrió como un barco antiguo. Aunque era temprano, la actividad era frenética en la Sagrada Familia. La llenaban órdenes, golpes secos de maza y el chirrido del acero contra el acero. El templo no descansaba.

Joan Vila-Grau, pintor y diseñador de vitrales, cruzó la nave central con paso rápido y ojos curiosos, esquivando materiales y

obreros. Llevaba bajo el brazo una carpeta amplia, repleta de bocetos, y un fular que empezaba a empolvarse. Se detuvo ante una columna recién limpiada.

Una voz familiar lo llamó desde el centro.

—¡Joan! ¡Aquí!

Era Jordi Bonet, arquitecto director, que llevaba el casco bajo el brazo y una tiza en la mano. Marcaba una línea sobre una plantilla de madera y estaba al pie de una de las columnas centrales. En ese punto, la estructura no subía recta, sino que giraba levemente, como una danza contenida.

—¿Ves esto? —dijo Bonet, señalando el eje—. No es una columna, es un giro. Una doble hélice, como dos formas que se enrollan una sobre la otra. Cada pieza se desplaza según una inclinación que Gaudí fijó hace más de un siglo. Nosotros solo la seguimos.

—Impresionante… ¿Y si nos desviáramos un grado?

—Imposible. Si nos desviamos aunque sea un grado, el templo no cerrará. La naturaleza misma rechaza el error. Es como un germen: ya lleva escrita toda su forma.

Vila-Grau guardó silencio. Observaba a un cantero colocar una pieza de la bóveda catalana con el gesto preciso propio de quien trabaja la madera, no la piedra. Todo parecía ligero.

Un crujido repentino hizo girar todas las cabezas.

—¡Parad!

Un soporte había cedido levemente. Por suerte no hubo ninguna desgracia, aunque el ambiente se tensó. Los operarios acudieron enseguida. Bonet mantenía la calma; su voz transmitía firmeza.

—Es el peso. Esta piedra es basalto, mucho más denso que las otras. No tolera errores.

—¿Y todas son distintas?

—Sí. Cada grupo de columnas tiene un origen, una función, una carga. Mira —dijo señalando hacia levante—: pórfido de Irán, rojo como la sangre, durísimo. Al oeste, basalto negro volcánico. Cerca, granito rosa de Figueres…

—Pero ¿por qué tantos colores?

Bonet sonrió.

—Mira quién lo pregunta, itú, que trabajas con la luz! Nada es casual. Las negras de basalto arraigan y sostienen; las rojas, de pórfido, hablan de sacrificio; las rosadas evocan amor y resurrección, y las más claras se abrirán a la luz de los vitrales.

Vila-Grau recorrió con la mirada aquel orden cromático aún inacabado. Tardó en hablar y, cuando lo hizo, la voz le salió lenta, como si la visión se le abriera en ese instante.

—Entiendo. Me parece verlo… Al amanecer, el templo se llenará de azules y verdes, como un inicio íntimo y fresco. Al atardecer, el fuego de los rojos y naranjas encenderá el poniente. El templo será un reloj solar, un camino de luz que acompañará las horas. Y en lo más alto, vitrales blancos. La luz pura, sin teñir, directamente del cielo.

Bonet lo observó con una amplia sonrisa.

—Exacto. Gaudí quería que la diversidad fuera visible, pero que naciera de un origen común.

—De hecho, soñó un templo imposible de realizar en aquella época.

—Sí, pero confió en que el tiempo traería las herramientas. Y así ha sido. Hoy modelamos estas formas con programas de ingeniería aeronáutica, y llegarán otros mejores. Suele ocurrir: cuando la dificultad nos cierra un paso, aparece otra vía, como si la propia obra

guiara. Al final, todo se sostiene en tres palabras sencillas: piedra, luz y fe.

Bonet dejó la tiza y se apoyó en el pie de una columna, como si quisiera sentir su peso.

—¿Crees que algún día se terminará? —preguntó Vila-Grau en un murmullo, alzando la vista hacia la claridad que entraba en aquel templo aún sin techo.

Bonet tardó en responder, con la serenidad de quien está habituado a los tiempos largos.

—Sí. No sé cuándo, pero se terminará. Lo que hoy parece imposible mañana encuentra una solución. Gaudí ya lo sabía.

Se alejó unos pasos, mirando la nave como un todo, más allá de los andamios.

—Confía. La clave es seguir al maestro. La geometría es la guía. Las inclinaciones, los giros… Si nos desviamos, aunque sea un solo grado, el templo no se cerrará bien. Es como si la propia naturaleza rechazara el error.

Un golpe seco de martillo resonó en la bóveda. Vila-Grau alzó los ojos tras escuchar al arquitecto, y la densidad del aire suspendido le pareció una constelación.

—Entonces no construimos —dijo—. Leemos la forma.

—Exacto. No somos creadores. Somos intérpretes.

Un obrero gritó desde el andamio. Bonet respondió con un gesto y, antes de volver a subir, añadió:

—Cuando las ramas se encuentren, cuando la bóveda se cierre…, será como si el templo hubiese crecido solo. Como un árbol antiguo que no recuerda de dónde viene, pero sabe perfectamente adónde va.

Vila-Grau lo siguió con la mirada. La carpeta bajo el brazo, llena de colores que aún no existían. Y pensó que, el día que el templo se cerrara, los nombres quizá se olvidarían. Solo quedaría la voz de la piedra.

Cuando llegó a casa, Vila-Grau dejó caer la carpeta sobre la mesa del comedor. Saludó brevemente a su mujer, besó a su hijo y, tomando el portafolio de nuevo, subió hacia el estudio. Aún llevaba en el cuerpo el ritmo de los martillos y la voz profunda de Bonet, pero ahora, al cruzar la puerta de lo que eran sus dominios, el ruido del templo quedaba atrás y comenzaba otro tipo de música.

El espacio estaba lleno de luz. Una ventana amplia, dividida en pequeños cuadrados, esparcía manchas de sol sobre las estanterías cargadas de libros y la mesa de trabajo. En las paredes colgaba un mosaico de bocetos coloreados. Representaban ventanas alineadas en una secuencia cromática, de amarillos a naranjas y de verdes a azules, con variaciones leves que recordaban el paso de una nota a otra.

Se sentó. Sin quitarse aún la chaqueta, empezó a desplegar hojas en blanco. Sobre el caballete había acuarelas apenas esbozadas, y en la mesa, pequeños frascos con pigmentos, pinceles gastados, muestras de vidrio con tonalidades apenas distintas.

Refugio, banco de pruebas, espacio de creación… Aquello era su paraíso.

Con el pincel húmedo, trazó una mancha intensa de azul y, sin levantarlo, la deslizó hasta un verde suave. El agua hacía el resto.

Disolvía los límites, convertía el paso del color en un movimiento delicado. Era lo que buscaba. Un flujo. Una transición viva.

A su lado, había preparado una serie de cartones negros con aberturas rectangulares que imitaban los ventanales de la Sagrada Familia. Tras cada abertura encajaba pequeñas pruebas pintadas. El contraste entre el negro y los colores multiplicaba el efecto y parecía la luz del templo atravesando el vitral.

Se incorporó para tomar perspectiva: los degradados se ordenaron en una sucesión rítmica, casi musical. No eran colores sueltos; eran frases, compases. La luz bailaba como una voz que se estira y cambia de registro.

Luego permaneció inmóvil, mirando cómo la luz de la tarde atravesaba las pequeñas muestras y proyectaba manchas de color en la pared. Era solo un ensayo, pero ya contenía, en miniatura, la respiración del templo.

Dejó caer el pincel en el vaso de agua y observó cómo el pigmento se disolvía lentamente y creaba otro degradado, espontáneo e imprevisible. Y sonrió. Incluso en aquel gesto mínimo estaba la misma ley de la naturaleza que Gaudí quiso aplicar a la piedra.

Vila-Grau fue al taller de los Bonet, maestros vidrieros, con su carpeta inseparable bien cerrada, como si fuese una extensión del proyecto. Ya conocía el recorrido, un pasillo entre cajas y estantes por el que solo cabía una persona, pero esa mañana el espacio parecía más lleno. Un aprendiz cortaba una plancha con el diamante, y el chasquido del vidrio se mezclaba con el zumbido agudo de la

muela. A un lado, un soplete crepitaba al fundir el estaño sobre los plomos.

Josep Maria Bonet se quitó las gafas de cerca al verlo llegar.

—¿Más bocetos? —preguntó con una sonrisa cansada pero sincera.

—Sí, y también algunas dudas.

Clara, inclinada sobre la mesa, revisaba muestras de color. Al oír la carpeta posarse, se volvió como si lo aguardara.

—Hemos revisado las piezas nuevas —dijo Vila-Grau, tendiéndole un vidrio azul cobalto. Lo hizo girar entre los dedos y la luz le bailó en la cara.

El gato blanco y gris, residente habitual, apareció entre las cajas y saltó a la mesa con aire solemne. Bonet le acarició el lomo.

—Es nuestro inspector. No deja pasar una.

—Míralo —dijo Clara, sonriendo—. Sus ojos parecen cambiar con la luz. Es lo que buscamos en el vidrio, ¿no? Colores que nunca sean del todo iguales.

Un ayudante dejó sobre el banco una lámina grande que vibró. Bonet la señaló con gesto severo.

—A propósito, tenemos un problema con algunas de estas láminas. Las burbujas.

El vidrio, verde esmeralda, brillaba con pequeñas burbujas atrapadas. Vila-Grau lo observó con interés.

—Son bonitas. Tienen presencia —expuso Clara.

—Sí, pero también lo debilitan —respondió Bonet—. Si son pequeñas, no pasa nada; pero si aparece una grande al cortar, el vidrio puede abrirse por donde no quieres.

Clara pasó los dedos por encima, apenas rozándolo.

—Podríamos aprovecharlo como recurso: una burbuja dentro de un degradado puede sugerir movimiento, un soplo de aire.

Bonet la miró, incrédulo.

—Encuentras poesía hasta en los defectos.

—No es poesía —respondió ella con calma—, es realidad. El vidrio no es perfecto. La luz tampoco. Y eso da carácter.

Vila-Grau añadió el recuerdo de su propia técnica.

—Con los esmaltes vitrificables pasa lo mismo. Tú propones un gradiente, pero cuando el horno se cierra, el flujo queda libre. Y es el imprevisto lo que determina el resultado.

Bonet suspiró, resignado pero atento.

—De acuerdo. Pero nos llevará tiempo. Habrá que revisar y recortar cada lámina, y, si hace falta, reforzarla con vidrio industrial más grueso.

Sacó varias muestras y las fue alineando.

—Este es soplado artesanal, el antiguo: irregular, con vetas naturales, vibra por su cuenta. Este otro es el industrial: laminado y más estable, útil para piezas grandes y resistentes. Y estos están tratados químicamente: más fríos pero muy duraderos.

Clara juntó uno soplado y otro industrial, y observó cómo la luz se entrelazaba en nuevos matices.

—Es como música a dos voces —murmuró como si pensara en alto.

Vila-Grau, aún con los bocetos delante, dijo en voz baja:

—He pensado que en las partes inferiores podríamos grabar nombres: santos, santuarios, lugares nuestros. Que el visitante, al mirar el vitral, encuentre también un recuerdo propio, reconocible.

Bonet tamborileó en la mesa.

—Abajo, de acuerdo: nombres grandes, legibles, con color más intenso. Pero más arriba no conviene cargarlo. La luz debe quedar libre, transparente, elevarse.

Clara sonrió, cautivada.

—Entonces sería como un recorrido. Abajo, la historia y la comunidad, y, a medida que asciendes, todo se disuelve en luz hasta tocar el cielo.

Vila-Grau asintió, conteniendo el entusiasmo.

—Exacto. Es como un camino. Primero miras lo que tienes cerca: tu gente, tus raíces. Y a medida que subes, la mirada se pierde en lo que ya no es solo nuestro. Es el paso de lo humano a lo divino.

El gato, mientras tanto, tiró un cartón con la cola y arrancó las risas.

—Hasta él quiere participar —dijo Vila-Grau.

Clara, con los ojos fijos en las muestras, murmuró:

—Esto no será solo un vitral. Será un recorrido de luz que respirará diferente cada día.

Bonet cerró la caja con decisión.

—Entonces habrá que hacerlo crecer con paciencia. Si el templo se alza con la lentitud de la piedra, los vitrales deben crecer con la lentitud de la luz.

Se miraron en silencio. A sus pies, el gato cerró los ojos como si aprobara el acuerdo.

2026

Es domingo por la mañana. Estoy en la cripta, en el banco del fondo, mientras el órgano se prepara para la misa de las diez. Las notas me hacen compañía mientras abro La resistencia íntima*. En la página marcada, leo que los gestos forman más que informan. Que la memoria no es archivo, sino presencia y cuidado.*

Cierro el libro. El templo está vacío, pero la música y las palabras de Josep Maria Esquirol me sostienen. Una basílica también es esto: una casa hecha de gestos, de manos y de voces que guardan el tiempo.

Pienso en mi padre, con la cámara colgada aquel noviembre de 2010, el día de la consagración. Él quería atrapar la luz para siempre. Hoy, cuando le enseño las fotos, ya no sabe si son suyas. La basílica nace para durar; él, en cambio, se ha ido deshaciendo. Vivo entre esos dos polos: la obra que aspira a permanecer y la vida que se borra.

Esquirol me acompaña: resistir íntimamente es sostener, con gestos pequeños, lo que sigue importando. En mi caso, es ordenar cajas de negativos, poner una mano en el hombro de mi padre mientras le digo quién aparece en la foto, calentar la voz antes de cantar, recordar a mis alumnos que la historia está hecha de personas concretas, no de fechas. Gestos frágiles que forman recuerdos.

Una lámina de luz se cuela por el vitral y, por un instante, la percibo como un hilo de cobre vibrando en el aire. No sé si es herencia o deformación, pero a veces el cuerpo entiende antes que el pensamiento.

Me gusta imaginar que en ese hilo cabemos todos: quien acompaña a un padre que se apaga, quien canta en un coro, quien entra en el templo con los ojos abiertos, quien trabaja con las manos, quien sale a la calle para hacerse oír. Memoria colectiva y fragilidad individual, dos formas del mismo deseo de permanecer.

Por eso escribo desde el presente. Para sostener el equilibrio entre templo y recuerdo, para abrazar las memorias que resisten. Si el templo es la casa grande, yo guardo la cámara pequeña: la de mi padre, la de nuestra historia. Y confío en que, al nombrarla, algo quede.

Como queda la luz cuando se vuelve fotografía. Como queda suspendido un acorde cuando la voz calla.

V

Nace una basílica

Barcelona, 2010

1

La lluvia caía fina sobre las calles desiertas. Eran casi las doce de la noche cuando el primer camión dobló por la calle Marina con las luces de emergencia encendidas. La pieza que transportaba era tan valiosa como frágil. Descansaba dentro de una caja de madera y metal hecha a medida, envuelta en capas de goma, telas y film.

En el exterior brillaban las etiquetas rojas:

FRÁGIL. NO VOLTEAR.
ESTE LADO ARRIBA

También se veían los sensores de impacto e inclinación, listos para delatar cualquier sacudida.

El camión se detuvo en la zona de carga y descarga, frente al templo. Allí lo esperaban ingenieros, operarios y dos gruistas.

Revisaron el registro de humedad y temperatura antes de abrir la caja. Todo estaba dentro de los márgenes.

Ramon, con el abrigo oscuro abrochado hasta el cuello y el sombrero empapado, observaba la escena desde un lateral. Lo habían invitado sus antiguos compañeros de redacción: el viejo periodista y fotógrafo que había seguido la evolución del templo durante décadas merecía contemplar aquel momento. Tenía las manos hundidas en los bolsillos, buscando calor, pero también era su gesto habitual cuando olía un titular.

Clara, con paraguas negro y bufanda gruesa, lo miraba de reojo. También tenía motivos para estar allí: restauradora de vitrales y colaboradora de los Bonet, quería ver cómo encajaba la pieza llamada a transformar el espacio de la Sagrada Familia.

—No lo reconocerás, pero estás igual de nervioso —bromeó Clara.

—¿Nervioso yo? Solo rezo para que no la dejen caer. Todavía me faltan fotos para cerrar mi colección —respondió, mostrando la cámara compacta que llevaba escondida.

—¡Comprobemos los sensores! —gritó un técnico mientras golpeaba la caja, todavía mojada.

Otro levantó una linterna y giró el medidor de humedad.

—¡Correcto!

—¡Documentadlo! ¡Fotos, ya! —La voz del jefe de turno resonó entre camiones y grúas.

Un chico con el jersey empapado iluminaba raso y disparaba la cámara mientras otro anotaba el código de la pieza.

La zona de carga y descarga bullía de actividad. Las cajas de madera y metal se alineaban como bestias al acecho, y los trabajadores corrían alrededor con los ojos rojos de cansancio.

Llevaban dos días intentando encajar la pieza final; el transporte había retrasado el proceso.

—¡Eslingas! ¡Cuidado con la piedra! —ordenó el arquitecto Ramon Espel por el *walkie-talkie*.

Los operarios cortaron el film a cuchilladas. El crujido del plástico tensado rompió el aire. Un olor a goma mojada se mezcló con el polvo de la piedra.

A resguardo bajo un plástico y con el abrigo largo, Ramon seguía la operación de su tocayo. Tosió, se quitó el sombrero y disparó la cámara con una media sonrisa.

—Están agotados, pero no pueden parar —dijo Clara, apretándole el brazo.

—Nadie puede. Gaudí decía que su dueño no tenía prisa, pero en este caso… el papa sí la tiene. —Sonrió con ironía.

—¡Prueba de elevación! —gritó el gruista.

La grúa tensó el cable y la pieza se alzó diez centímetros. Todos quedaron inmóviles: ojos en alto, puños cerrados. Un silencio largo.

—¡Equilibrada! —confirmó un ingeniero.

—Adelante —ordenó Espel.

La pieza comenzó a ascender, lenta, pesada. Los operarios seguían cada movimiento, corrigiendo las oscilaciones.

—¡Un metro más!

—¡Frena!

—¡Gira dos grados!

Clara echó la cabeza hacia atrás; le crujió el cuello. Ramon murmuró buscando un titular para un artículo que jamás escribiría:

—Como una herida cosida con acero…

La grúa rechinó, la pieza giró de más y alguien gritó:

—¡Cuidado!

Espel apretó con fuerza el botón del *walkie-talkie.*

—¡Corrige! ¡Despacio!

El bloque recuperó el eje y un suspiro colectivo recorrió el grupo. Cuando finalmente encajó, un golpe profundo, metálico, resonó dentro de la nave.

Bastó un instante para ver que todo había cambiado. La lluvia seguía repicando fuera, pero ya no entraba. Por primera vez en más de un siglo, la nave central estaba cubierta.

Clara bajó el paraguas, alzó la mirada y se secó las manos en el pañuelo.

—Ahora sí parece una basílica… —murmuró, emocionada.

El vidrio translúcido filtraba una claridad apagada, fría, como un amanecer sin color.

Luego añadió, casi en un susurro:

—Pero aún le falta vida…

Ramon encogió los hombros, convencido.

—Los colores llegarán. Los vitrales aún tienen mucho que decir.

También él sentía el peso del momento. Recordaba cuando el cielo era techo y todos éramos huéspedes de la lluvia y el viento. Aquella noche de octubre con frío y prisas, algo había cambiado para siempre.

Al apuntar el nuevo día, el bullicio volvió con fuerza.

—¡Más agua aquí! —Un voluntario arrastraba un cubo mientras dos chicos fregaban el suelo con cepillos anchos. El polvo de cemento se levantaba y volvía a caer pegándose a todo.

—¡Los bancos tienen que estar secos antes del mediodía! —ordenó una mujer con chaleco amarillo y escoba en mano.

La nave central era un hormiguero. Unos subían y bajaban andamios auxiliares; otros descargaban cajas con ornamentos: el baldaquino envuelto en plástico de burbujas, las figuras de los evangelistas, san Pedro y san Pablo, capiteles decorados… Técnicos con *walkie-talkies* gritaban por encima del ruido:

—¡Cuidado, es muy frágil!

—¡El baldaquino tiene que estar montado hoy mismo!

—¡Fotos del desembalaje, ahora!

Ramon y Clara observaban desde el pasillo lateral. Habían dormido poco y mal. El templo marcaba el ritmo y nadie parecía notar su presencia. Él se apoyaba en el bastón con los ojos hundidos de cansancio, pero también de orgullo; ella memorizaba detalles como si un día pudieran servirle para un futuro vitral.

—Trabajan con el tiempo pisándoles los talones —murmuró Ramon.

—Es la única forma de llegar —respondió ella sin apartar la vista del busto del evangelista aún dentro de la caja.

Minutos después, una veintena de cantores se reunió en la zona del coro con las partituras en la mano. Anna Maria apretaba la carpeta contra el pecho. Se recogía el pelo detrás de la oreja y repasaba en silencio los primeros compases, buscando aire como quien se prepara para un salto. Sentía la emoción y también el peso del lugar, del instante; cantar allí era prolongar un hilo ancestral invisible.

El director levantó la mano.

—Somos solo el preludio. Mañana llegarán el Orfeó, la Coral Sant Jordi, la Escolanía… Más de ochocientas voces. Necesitamos medir tiempos y eco.

Las miradas se cruzaron, nerviosas. Anna Maria respiró hondo. Comenzaron con un acorde sencillo. El sonido corrió por las bóvedas recién cerradas y volvió multiplicado como una ola que respira.

—¡Más fuerte, más limpio! —pidió el director.

Un escalofrío recorrió la nuca de Anna Maria. Su voz se disolvía en aquel cuerpo inmenso de piedra y aire. Recordó la historia tantas veces escuchada, la de la tatarabuela Anna cruzando el barrio con un fardo para llevar el almuerzo a su padre, albañil en la cripta. Una hilera de mujeres sosteniendo la vida mientras los hombres alzaban la piedra.

—Cuántas manos invisibles —susurró con los ojos cerrados.

Al abrirlos, vio a sus padres al fondo. Clara sonreía; Ramon levantó el bastón en un gesto de complicidad, como diciendo: «Todavía estamos aquí».

Cuando la última nota se apagó, el silencio se posó en la nave. Fuera seguían el alboroto de las cajas y los gritos, pero dentro solo quedaba esa vibración prendida en las columnas.

—Lo que parecía imposible ya está aquí, Ramon —murmuró Clara.

—Cierto, y aún queda mucho por ver —respondió él con cansancio y brillo en los ojos.

En el exterior de la Sagrada Familia, la ciudad respiraba diferente. Las calles circundantes estaban cortadas con vallas metálicas y bloques de hormigón. Policías locales, *mossos d'esquadra* y vigilantes de seguridad privada repetían órdenes con voces mecánicas por la radio:

—Perímetro sur, cerrado.

—Acceso solo para acreditados.

—Ningún vehículo sin permiso por Marina.

Sirenas lejanas. Los silbatos de los agentes desviando el tráfico. Las arterias del Eixample, colapsadas. Los conductores, desesperados, tocaban el claxon antes de rendirse.

Aunque faltaba un día, en las esquinas ya había grupos de peregrinos cargados con mochilas y banderas, que esperaban pacientes. Algunos rezaban en voz baja; otros cantaban. Muchos llegaban de Zaragoza, Valencia, Bilbao, Lisboa… Ventanas de autobuses empañadas, caras cansadas, pan envuelto en servilletas.

—No queda ni una habitación —decía un taxista por la radio—. Los hoteles están llenos hasta Sant Adrià. Hay gente durmiendo en la playa.

Los bares hacían su agosto: cafés rápidos, bandejas interminables de cruasanes, bocadillos envueltos en papel de aluminio. Los camareros no daban abasto. Vecinos y turistas, confundidos en la misma multitud.

—Ni comprar pan se puede, esto es un caos.

—¿Caos? —respondió un hombre mayor—. Esto es historia, mujer.

Los helicópteros sobrevolaban en círculos. Los perros olfateaban las mochilas. Policías de paisano entraban y salían de los portales. La ciudad era una coreografía de vigilancia y espera. Todo debía estar impecable. Llegaba el papa.

En la fachada del Nacimiento, la multitud ya era visible. La masa humana se movía como una ola impaciente y emocionada. Muchos alzaban cámaras, móviles, rosarios. Algunos se arrodillaban sobre el asfalto húmedo y se santiguaban en silencio.

Mientras tanto, en los hoteles de la zona, el personal de limpieza y de cocina trabajaba a un ritmo frenético. Todo reservado, todo ocupado, todo vendido. Barcelona hervía de expectación y cansancio.

En la plaza, la multitud ya era marea. Cámaras, móviles, rosarios. Alguien arrodillado sobre el asfalto mojado. Y murmullos, suspiros, expectación.

Era una vigilia de alerta más que de fiesta, pero había entrega. Masa viva. Espera.

Llegó el gran día. Las nubes de la noche se habían disipado y el primer sol se filtraba tímidamente entre los edificios del Eixample. Dentro de la basílica, el aire aún olía a cemento húmedo y a madera recién desembalada. Clara y Ramon entraron sin pedir permiso; no hacía falta, todos los conocían allí.

Clara fue la primera en alzar la mirada. Un rayo de luz azul —limpio como un pensamiento que acaba de nacer— atravesaba algunos de los vitrales recién instalados. La nave, todavía fría, empezaba a teñirse poco a poco, como si una presencia antigua despertara en la piedra.

—Mira, Ramon…, ya empieza a hablar —susurró con los ojos brillantes.

Ramon, apoyado en el bastón, esbozó una media sonrisa.

—Ya tienes el titular, Clara: «El sol inaugura la basílica antes que el papa».

Levantó la cámara y disparó, aunque la mano le tembló un instante.

Anna Maria apareció en ese momento. Había quedado temprano con los músicos para el último ensayo, antes de que llegara el resto del coro. Con la carpeta aún bajo el brazo, soltó un suspiro largo.

—Es como si la voz de ayer se hubiera quedado aquí… y ahora la luz la acompañara.

Se mordió el labio, sorprendida de oírse decirlo en voz alta.

Entonces entraron en silencio los Bonet —los maestros vidrieros— y el diseñador Joan Vila-Grau. Se detuvieron ante el vitral, muy cerca de Clara y Ramon. Vila-Grau, con un gesto orgulloso y contenido, señaló la franja de azul intenso.

—Es el tono que abre el día. Gaudí quería que el templo despertara con la primera luz, y hoy tenemos la primera prueba.

Clara dio un paso hacia delante, conmovida.

—Es frío y, a la vez, puro. Tiene el aire de algo que empieza.

Los Bonet asintieron sin decir nada. Vila-Grau añadió:

—Con el paso de las horas, el sol subirá y el azul se fundirá en verdes y amarillos. Esto es solo el preludio.

Clara permaneció quieta, atrapada por aquel azul que empezaba a teñir las columnas. Ramon murmuró con una ironía afectuosa:

—Si esto es solo el preludio, preparémonos para la ópera entera.

Anna Maria apoyó la mano en el hombro de su padre y lo miró con ternura.

—Entonces que no nos pase de largo, papá.

Los tres quedaron inmóviles, casi suspendidos. Clara, con los ojos húmedos, se apoyó suavemente en los hombros de Ramon. No hicieron falta palabras; era el gesto de quien sabe que está viviendo algo más grande que uno mismo. Anna Maria los observó, sonrió y pensó en marcharse pronto para el ensayo.

El primer sol del día trepaba por las columnas y comenzaba a adueñarse del templo.

2

La gente se movía como un río denso, con oleadas lentas que avanzaban y se detenían según la presión del pasillo. Los voluntarios se esforzaban. Con chalecos amarillos, levantaban los brazos para indicar el camino, pero sus voces se apagaban bajo el bullicio de la multitud. Alguien perdía el equilibrio y, de forma inevitable, se apoyaba en un desconocido; otro murmuraba una oración con los ojos cerrados. Cada paso era un esfuerzo y una pequeña victoria, y la impaciencia por encontrar sitio se mezclaba con la ilusión de haber entrado en el templo el día de la consagración.

Ramon, al borde del pasillo, observaba medio escondido tras el visor. Cazaba escenas mínimas: la mano de una abuela acariciando la nuca del nieto, un cura joven peinándose con los dedos, una mujer gritando que le habían robado la cartera, la discusión de unos hombres por un asiento. Sabía que la historia también se construye con esos detalles.

Las cámaras de televisión retransmitían en directo y ocupaban un espacio importante, dentro y fuera del recinto. La consagración de la Sagrada Familia había generado una enorme expectación. Los vecinos y muchos peregrinos sin entrada se amontonaban tras las vallas metálicas. Algunas personas empezaban a sentirse incómodas.

Un hombre con un fajo de periódicos bajo el brazo murmuraba que aquello era un despropósito. Un grupo de niños se colaba entre las piernas de los adultos, buscando el mejor hueco para mirar, aunque fuera a costa de perder de vista a sus padres.

Los vecinos eran los más disconformes. En la valla no faltaban los insultos y las maldiciones. ¿Quién sino ellos había soportado tantos años de obras, polvo y ruido? ¿Quién sino ellos tenía más derecho a estar allí?

—Ahora vienen todos, discursos y bendiciones… Y cuando a las seis nos temblaban los cristales, ¿dónde andaban? —murmuró un hombre con la gorra torcida y la voz cansada.

Una mujer asintió a su lado con los brazos cruzados.

Un poco más allá, un abuelo con boina miraba en silencio, los ojos vidriosos por los años, mientras su nieta le tiraba del brazo. Quería ver «al papa de verdad», pero les pudo el alboroto.

Ajeno a las quejas, el despliegue de cámaras y focos mostraba la solemnidad del interior.

El presbiterio resultaba imponente. En el centro, el papa Benedicto XVI, con casulla dorada y mitra blanca; a su lado, el arzobispo Lluís Martínez Sistach. Detrás, un mar blanco de obispos y arzobispos; alrededor, casi un millar de sacerdotes. El altar de pórfido, sobrio y poderoso, aguardaba como piedra viva. En el primer banco, los reyes ocupaban su lugar.

Jordi Bonet i Armengol, arquitecto director, avanzó con las llaves del templo en la mano. Las ofreció al papa con un gesto sobrio. El pontífice las recibió, las besó y se las entregó a un sacerdote diocesano. Ramon pulsó el disparador tres veces. Clara, en mitad de

la nave, sintió un escalofrío. Era evidente: aquel gesto tan simple cerraba un recorrido de más de un siglo.

Anna Maria estaba en la tribuna del coro, una galería a quince metros de altura que recorre el templo en forma de u. Gaudí la concibió para que los paraboloides hiperbólicos de las bóvedas proyectaran el sonido. Los niños, desde el ábside, esperaban para responder. El anillo sonoro que Gaudí había soñado estaba a punto de desplegarse.

Apenas abrió la boca, una vibración le recorrió el cuerpo. A su derecha, una vidriera con la palabra «Montserrat» se encendía en tonos verdes y amarillos y le teñía la piel. Antes de separarse, su madre le había dicho: «Estaré en la nave central, en la cuarta fila, cerca del pasillo derecho».

Desde arriba, Anna Maria distinguía un mosaico de cabezas que ondulaba con cada movimiento: cabellos blancos, ancianas con mantillas, niños en las rodillas de sus padres. Entornó los ojos hasta encontrarla.

Clara estaba de pie, serena. Sabía que llevaba el pañuelo dorado heredado de Maria bien atado en la nuca. Y era posible que un rizo rojo se le escapara detrás de la oreja, como un hilo vivo entre tanta solemnidad. Ajena a la mirada distante de su hija, Clara se ponía la mano en el pecho como para contener la emoción.

Aun con la distancia, Anna Maria lo supo: el hilo invisible ya estaba allí, atravesando la memoria de la madre y conectándola con todos los acontecimientos que le habían contado desde niña. El templo guardaba una parte de ella, pero aquello era casi un secreto que nadie quería airear demasiado.

El papa empezó la homilía con voz grave y pausada. Hablaba de la creación, de la luz, de la necesidad de belleza. Y de Gaudí, de cómo había vuelto a los orígenes, de la fe y la naturaleza… Clara bajó la mirada y se secó una lágrima con la manga.

—Abuela, ¿qué dice? —preguntó un niño cercano con voz clara.

—Que esta casa es de Dios —le respondieron sin apartar la mirada del altar.

Llegó la hora del crisma. Doce obispos y arzobispos bajaron en procesión, con paso medido. Un diácono llevaba una ampolla transparente; el aceite dorado brillaba bajo la luz. El papa sumergió los dedos y ungió el altar; después los obispos trazaron cruces en las doce columnas. El aroma del bálsamo se extendió, dulce y persistente.

Una mujer llenó los pulmones con deleite.

—¡Mamá, huele a miel! —dijo otro niño, alzando la nariz.

—Consagran el templo, hijo —respondió el padre, arrodillándose.

Delante, el turíbulo oscilaba lentamente. El humo blanco se elevaba y se abría en haces al tocar la luz de las vidrieras. No había alfombras rojas ni flores excesivas: solo algunos ramos blancos, discretos, junto al altar.

Ramon avanzaba por el lateral. Había conseguido una acreditación especial y estaba orgulloso. Captó a una mujer mayor con las palmas abiertas como si sostuviera la música, a un niño siguiendo el humo con el dedo, a Marisol Alpiste —bisnieta de los primeros cuidadores del templo— con los ojos húmedos.

Mientras la gente del barrio se apretujaba en el exterior, dentro el silencio se volvió denso, casi físico. De pronto, ni un movimiento, ni una cámara. Incluso los niños callaron, como si algo invisible hubiera

decretado una pausa absoluta. Un rayo de luz, oblicuo y cálido, se filtró por la vidriera del ábside y fue a morir justo sobre el altar. Clara lo vio y por un instante creyó reconocer allí la mano de Maria, como una caricia antigua sobre las cosas sagradas.

El órgano hizo temblar el suelo. Y entonces, sin pausa, empezó el canto del *Virolai*. No hubo distinciones entre coro, clero, fieles…, dentro y fuera en un solo clamor. *Rosa d'abril, morena de la serra…* Anna Maria, en el coro, se concentró en la vidriera de Montserrat. En la nave, Clara cantaba con voz frágil pero decidida. El templo, en cambio, resonaba como una sola voz.

Unos segundos después, estallaron los aplausos, que sacudieron la nave. Ramon hizo una última fotografía: el papa y el arzobispo de Barcelona en el centro, el altar brillante de crisma y el mar blanco de concelebrantes.

Anna Maria bajó de la tribuna con paso firme. Clara la esperaba de pie, con las manos frías. Se abrazaron con fuerza.

—Te he visto —dijo Clara.

—Lo sé, mamá. Lo sé.

Ramon disparó sin avisar y congeló el gesto. Luego bajó la cámara.

Fuera, la gente del barrio aguantaba junto a la valla y saludaba a quienes salían. Marisol Alpiste levantó la mano y Clara le respondió con un gesto breve. Un niño preguntaba si aún sonarían las campanas.

—Sí, aún —respondió la madre—. Escucha.

Clara cerró los ojos. Por un instante, oyó la voz de Maria como en un susurro antiguo: «Cuando el templo cante, sabrás que formas parte de él».

Al pie del altar, casi invisible, asomaba una flor amarilla. Nadie la vio. O nadie lo dijo, ni fue objeto de ninguna cámara. Anna Maria sintió un escalofrío. Era la memoria de otra flor, depositada en la cripta muchos años antes. Sonrió sin saber por qué.

El círculo se cerraba.

3

Ramon Espel abrió de golpe la puerta del despacho. El aire hizo volar unos planos arrinconados en la estantería.

—Apuntad la fecha, compañeros: 10 de marzo de 2011. ¡Hoy Óscar Tusquets ha rectificado! —gritó blandiendo abierta la revista *Domus*, como si le quemara en los dedos.

Los arquitectos se giraron. Sobre la mesa se amontonaban carpetas llenas de notas, un cordel con pesa de plomo, escuadras y, en el centro, el compás. El compás de Gaudí, que la luz del ventanal hacía brillar.

—Lo dice aquí —continuó Espel, golpeando las páginas—: que la nave de la iglesia lo dejó «anonadado», que no se esperaba tal majestuosidad.

Jordi Bonet levantó las cejas y sonrió, cansado.

—Treinta años criticándonos… Y ahora, de repente, nos bendice. Ya era hora.

El arquitecto adjunto a la dirección, con las manos sobre una carpeta, habló con calma:

—Será un gran año, estoy convencido. Tenía que llegar. La actitud del consistorio no puede ser más favorable.

—¡También a ellos les ha costado! —gruñó Bonet, moviendo la cabeza con un balanceo suave, casi burlón.

—Todos estamos de acuerdo: nos lo han hecho pasar mal, pero hemos conseguido el Premio Ciudad de Barcelona de Arquitectura. Y, la verdad, que los detractores se rindan es la guinda del pastel —remató Espel, juntando el pulgar y el índice con un gesto exagerado. Después, con una sonrisa más contenida, añadió—: El tiempo juega a nuestro favor.

—El tiempo… Hemos tenido que esperar tres décadas para tener a la ciudad y a los críticos de nuestro lado. ¿Recordáis cuando decían que esto era un disparate imposible? —masculló Bonet entre dientes, sin ceder terreno.

El arquitecto hizo una mueca divertida y las gafas le resbalaron por la nariz.

—Y ahora todos quieren firmar.

Una risa breve. Después el silencio recuperó su sitio.

Fuera, las grúas seguían con su movimiento lento. Y el martilleo de los operarios se colaba amortiguado en el despacho, recordando que la obra continuaba avanzando con o sin bendiciones.

Ese ritmo obstinado latía como un pulso de fondo.

Otro más frágil fue el sonido de una taza cuando Clara la dejó sobre su platillo. Habían hecho una pausa en un bar cercano. Desde hacía un tiempo se tomaban la vida con más calma.

—Esta manzanilla me sentará bien —murmuró.

Ramon, que había pedido un cortado, la observaba mientras el vapor le empañaba las gafas.

—Cariño, si te vas a cansar, mejor cogemos un taxi —le dijo.

Ella sonrió apenas, con un gesto leve.

—Necesito ir al taller. Es donde mejor respiro.

Ramon la miró de reojo. Ambos habían alcanzado los setenta, y él daba gracias a Dios cada día por tenerla a su lado.

Tras el último sorbo, dejaron atrás la caricia del sol en el cristal y salieron a la calle. El aire, ligeramente más fresco, los recibió como parte del ritual.

Ramon alzó el brazo y un taxi se detuvo enseguida.

—Por favor, calle Asturias número 6, en Gràcia —dijo al conductor con la serenidad de quien sabe adónde va, incluso cuando no tiene prisa por llegar.

En menos de diez minutos llegaron al portal.

Dentro del taller, los aprendices discutían sobre una franja azul que no encontraba su lugar.

Cuando Clara se quitó la chaqueta y se acercó a la mesa, el ruido se apagó. Aunque estaba jubilada, todos la conocían. Alzó el fragmento de vidrio y lo giró hacia la luz del ventanal.

—No lo mováis —dictaminó—. Salta a la vista que ese azul hace cantar al verde.

El maestro Bonet asintió con esa gravedad contenida que hacía innecesarias las palabras. Los jóvenes se miraron, resignados. Sabían que con Clara Gispert no había margen para el debate.

En un rincón, Teresa, que acababa de empezar unas prácticas, tomaba notas en una libreta pequeña, concentrada, en contraste con

la tensión del ambiente. Clara, tras observarla unos segundos, le hizo un gesto para que se acercara.

—Sostén este ámbar —dijo dejándolo en su mano—. Y junta los dos colores.

La chica la miró con cautela.

Clara le rodeó la muñeca con una fuerza inesperada.

—¿Sabes qué no debes pasar por alto cuando lo encuentres en los libros, Teresa? —preguntó, mirándola a los ojos—. Que el color no es nada sin la luz que lo acompaña. Cada vidrio cambia según la hora, si llueve o hace sol, y según el ánimo de quien lo mira.

Teresa tragó saliva sin saber qué responder.

—Eso no se puede escribir —añadió Clara soltándole la muñeca—. Solo se puede ver. Mira cada pieza como si te fuera a contar un secreto y sabrás dónde pertenece.

La joven bajó la cabeza, emocionada.

—Gracias.

—No a mí. Dáselas a la luz. Ella es la verdadera maestra.

Teresa dudó un momento y, en voz baja, se atrevió a preguntar:

—Cuando ha dicho que el azul hace cantar al verde…, ¿qué quería decir?

Clara le puso una mano en el hombro y respondió con sencillez:

—Que un color solo puede ser bonito. Pero cuando pones otro al lado, quizá despierta, quizá brilla más. El verde junto al azul, por ejemplo, parece respirar. Los colores viven unos para otros, como las voces de un coro.

A Teresa le brillaron los ojos. Por un instante, todo cobró sentido.

Ramon, apoyado en la pared, observaba la escena sin intervenir. Disparó la cámara, aun sabiendo que perseguía lo inasible.

¿Cómo atrapar en una sola imagen la admiración que sentía por su esposa? ¿Cómo contener esa manera tan suya de convertir luz y color en voz?

Cuando Teresa salió del taller con la libreta llena de notas, Anna Maria acababa de llegar. La vio sonrojada, radiante.

—¿Primer día? —le preguntó.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? Y he aprendido más en una hora que en tres años de estudio.

Anna Maria sonrió al pensar que, de un modo u otro, el templo siempre encontraba a quien pasar el relevo. Quedaban muchos vitrales por colocar y su madre disfrutaba de un descanso merecidísimo. Aunque no era justo que fuera un descanso definitivo, claro…

Había tenido suerte con la llamada de sus padres. Estaba muy cerca del taller Bonet, en casa de una amiga. Los saludó y les advirtió que no la esperaran para comer. Tenía que corregir exámenes y se comería un bocadillo de camino a la facultad.

Mucho antes de llegar a la plaza de Cataluña, sintió el bullicio. El aire estaba lleno de tambores improvisados y de gritos. Las tiendas de campaña ocupaban el espacio y las pancartas colgaban de los árboles y de las barandillas.

Una sábana blanca bien visible proclamaba: NO SOMOS UNA MERCANCÍA EN MANOS DE POLÍTICOS Y BANQUEROS.

—¡Profesora! —gritó Aina.

Anna Maria se volvió y la joven la hizo sentarse sobre una manta extendida en el suelo. A su alrededor había rotuladores destapados, tijeras, cartones a medio escribir y un par de vasos de plástico

vacíos. Alguien había dejado allí un paquete de tabaco y un encendedor.

Marçal, exaltado, exclamó:

—¡Esto es historia!

Otro, con voz más firme, añadió:

—Usted habla sobre Gaudí y la paciencia de un siglo. Nosotros no tenemos siglos. Tenemos el ahora y prisa. Tenemos mucha prisa.

Anna Maria lo miró fijamente.

—Sin la paciencia de quienes nos precedieron, no habría templo. Y tienes razón: sin vuestra prisa, quizá no haya futuro.

El joven calló. Cuando por fin abrió la boca, después de pensarlo, Anna Maria ya le daba la espalda.

Lluís Anguera, compañero de redacción de su padre, la reconoció y le hizo un gesto.

—Ven. Esto hay que verlo desde arriba. Luego, cuando llegues a casa, ¡cuéntaselo a Ramon!

Subieron a una terraza. Desde allí, la plaza se abría como un mosaico abigarrado. Del pavimento original apenas quedaba nada a la vista. Ni rastro del gran círculo central ni de la estrella de ocho puntas incrustada con motivo de la Exposición Internacional de 1929. Todo había quedado oculto bajo un enjambre de tiendas, pancartas y carteles improvisados.

Cabezas cubiertas con gorras, pañuelos o cabellos vivos iban y venían, trazando caminos entre los obstáculos.

El fotógrafo preparó el trípode.

—Josep Brangulí retrató la Semana Trágica con una inmensa marea de sombreros panamá. En su imagen todo parece uniforme, da la impresión de que las personas (la mayoría hombres, claro)

están cortadas por el mismo patrón. Ahora mira esta extensión que tenemos delante: son colores, diversidad. Pero es la misma Barcelona, la que tanto amamos y odiamos a la vez.

Pulsó el disparador. El clic congeló la escena.

Meses más tarde, esa misma sensación de tiempo suspendido se vivió en la sala de los arquitectos. Jordi Bonet depositó el compás del maestro sobre la mesa. Lo hizo con un gesto lento, como merecía un objeto de tanto valor sentimental. Sus dedos tardaron un momento en soltarlo, y en la sala se hizo un silencio expectante. Miró al joven arquitecto a los ojos.

—Es tu turno. Te paso el testigo.

Él se puso en pie. Durante unos segundos no habló; parecía pesar cada palabra antes de pronunciarla. Repasó los planos, las maquetas y los rostros de quienes lo escuchaban. Finalmente, con voz clara, dijo:

—Espero ser digno de tan gran legado. Si somos capaces de mantener el ritmo, las seis torres centrales podrán estar levantadas en 2023, y el templo, en 2026.

Un murmullo recorrió la sala. Fuera, las grúas alzaban piezas prefabricadas con precisión. Los operarios lanzaban órdenes cortas: «Arriba, un poco a la izquierda, aguanta». Las piedras encajaban con una exactitud que ya parecía rutina.

2026

Hay una idea que solemos atribuir a Gaudí y que siempre vuelve cuando entro en la Sagrada Familia: ninguna obra humana puede superar la de Dios. Por eso el templo no es —ni será— más alto que Montjuïc. Apenas unos centímetros menos, y basta. Después de siglo y medio de piedra sobre piedra, el techo siguen siendo la montaña y el cielo. Más que una medida, es una lección de límites.

Eso es lo que suelo decir cuando cruzo la nave con los grupos y descendemos hacia la cripta. Me gusta empezar con una idea que les abra los ojos más allá de la piedra. Ya en uno de los rincones escondidos, añado:

—Al bajar aquí, me invade siempre la misma impresión: es como entrar en un vientre. No hay nada espectacular. Piedra oscura. Silencio. Pero aquí, bajo tierra, el templo empezó a respirar. Todo lo que veis arriba —cada torre, cada vidriera— nace de este lugar oculto.

Luego guardo silencio y los dejo mirar. Alguien se santigua. Alguien alarga la mano para tocar la pared, como si quisiera comprobar que aún conserva un latido dentro.

Señalo el medallón de la Anunciación.

—Todo empieza con un sí. Maria acepta, y ese gesto humilde enciende una línea invisible. Imaginad un hilo de luz que asciende desde aquí, cruza la bóveda, sube por las columnas, perfora la

piedra, atraviesa siglos y generaciones… y culmina allá arriba, en la estrella que corona la torre de la Virgen.

Entonces algunos alzan la cabeza, como si intentaran ver ese hilo sin forma.

De vez en cuando alguien replica:

—Eso se lo inventaron después de la guerra, ¿no? Con el incendio se perdió todo.

No es mala pregunta. Y aquí explico lo que no sale en las guías.

—En 1936, la cripta y el taller ardieron. Muchos lo dieron por perdido. Pero al día siguiente ya había gente aquí. Entre ellos, mi bisabuelo, Eduard Orteu, carretero. Recogieron todo lo que pudieron, como fragmentos y moldes, y lo pusieron a salvo enterrándolo. Gracias a ese gesto se han podido reconstruir partes esenciales.

Cuando salimos al exterior, la tarde acostumbra a teñir la fachada de luz dorada. Señalo las piedras cubiertas de hojas y frutos que rodean las vidrieras.

—Entre la vegetación hay símbolos de oficios: un martillo, unas tijeras, una sierra. Cada piedra es un homenaje a los artesanos. Pero hay otra voz que no sale en las rutas oficiales: este templo también se ha construido con silencios. El silencio de los que murieron en el andamio, de los que perdieron una mano, de los que respiraron polvo hasta ahogarse. La belleza no debe tapar ese dolor, tiene que elevarlo.

Callo. Lo demás lo dice la piedra.

También explico la estrella de la torre de María: doce puntas, siete metros de diámetro, cinco toneladas y media. De día deja pasar la luz; de noche brilla desde dentro. Une la ciudad con el cielo.

Y yo, al terminar la visita, inevitablemente pienso en mi padre. Él eligió salvar fragmentos antes que olvidar. Él, con imágenes y palabras. Yo, con la voz y la memoria. El templo lo dice con piedra y vidrio.

Yo solo intento que no se rompa el hilo.

VI

Un legado

Barcelona, 2020-2021

1

Ramon entró en la nave con paso lento, apoyándose en el bastón. Lo acompañaban dos fotógrafos, uno de ellos hijo de un viejo conocido del periódico.

Aquel silencio le pareció irreal. La basílica, casi siempre llena de turistas o de actividad de obra, era ahora un desierto de piedra. De tarde en tarde, la quietud se quebraba con el golpe metálico de un operario encaramado a la torre de la Virgen.

Los fotógrafos se dispersaron por el espacio, emocionados. Por fin podían trabajar sin esquivar grupos, gritos ni visitantes que solo miraban hacia las bóvedas. Y por una vez, sin prisas.

Captaban la luz que caía en diagonal tras atravesar las vidrieras, revelando la geometría desnuda de las columnas y los vacíos infinitos entre las bóvedas de las naves.

—Los sueños han quedado aplazados, ¿verdad? —murmuró Ramon, más para sí mismo que para los demás.

El hijo de su antiguo compañero se giró y asintió con una sonrisa triste, de esas que esconden más recuerdos que palabras.

—Nos dicen que ahora todo pasa por la torre de la Virgen —explicó el fotógrafo—. Ahí concentran los últimos recursos. Quieren culminarla en 2021, si no hay más tropiezos.

Ramon los siguió con la mirada. Se apartó un poco y, desde un banco de piedra de los que hay en los laterales del templo, quiso observar cómo trabajaban.

De pronto lo invadió la confusión; le pareció ver, tras la cámara, a su amigo de juventud. Sonrió e incluso alzó la mano, pero enseguida se dio cuenta de que era el hijo, bastante más alto, aunque con el mismo porte.

Sintió una punzada extraña, que algo por dentro se le vaciaba de repente y sin aviso.

Durante unos segundos no supo con exactitud en qué año estaba, como si de pronto eso tuviera una importancia vital. Cruzaron en su mente las imágenes de la antigua cámara de su amigo, una foto en blanco y negro, una conversación junto a un café… Le costó un momento volver al presente.

Aquel desconcierto lo desestabilizó, pero no reaccionó. Permaneció inmóvil, con el bastón entre las manos, y quiso pensar que tal vez solo era una bajada de tensión. Respiró hondo, intentando reconectar con el ahora.

Entonces se dijo, con esa serenidad que llega cuando todo pesa y nada ya consigue asustarte, que quizá aquella sería la última vez que pisaba la basílica.

Había envejecido al mismo ritmo que las piedras del templo, con la misma lentitud obstinada con la que la Sagrada Familia se levantaba. Ahora, recién cumplidos los ochenta y tres, sentía que había compartido una vida entera con aquella obra inacabada. Y, pese a la pandemia, agradecía haber llegado hasta allí.

Quiso vivir aquel momento como un encuentro íntimo, como si la basílica, por primera vez, se hubiera quitado el velo ante él. Sin turistas y sin el eco perdido de las voces, parecía hablarle solo a él.

Cada columna le recordaba a una etapa de su vida. Cada haz de luz filtrado por las vidrieras le hacía aflorar recuerdos antiguos: un artículo escrito con pasión, una tarde compartida, una pérdida.

Estaba solo, sin su querida Clara. Ella no había podido superar aquella extraña enfermedad que había sacudido el mundo. Aun así, no se sentía abandonado. Cuántas veces lo había acogido aquella creación inmensa que pisaba ahora y que, aunque fuera solo por unos instantes, se volvía enteramente suya.

Durante el otoño de 2020, las obras apenas se reanudaron. El ritmo era lento, casi simbólico, marcado por protocolos estrictos y equipos reducidos. Con la llegada de enero, y pese a los aforos limitados y a las medidas sanitarias todavía vigentes, la construcción fue estabilizándose poco a poco. Pero la basílica seguía cerrada al público.

En la primavera de 2021, pocos días antes de la reapertura parcial, se convocó una reunión larga y restringida, esta vez en formato virtual. En la pantalla, solo se veían torsos encuadrados,

camisas formales y una familiaridad involuntaria —la que solo permiten las reuniones a distancia—.

Se habló de recorridos, de mascarillas, de colas que avanzaban con orden. De dinero que no llegaba y de fechas que volvían a alejarse. Se admitió que aquel horario no cubriría los gastos. También que no se podía esperar más.

Alguien puso palabras a una ausencia compartida: el vacío del templo había hecho daño. Meses sin gente. Meses sin colocar piedra. Nadie había vivido —ni siquiera imaginado— una parada así.

La decisión se tomó sin entusiasmo, pero con determinación: había que reabrir. Con cuidado. A ritmo reducido, si era necesario. Volver a activar aquel cuerpo adormecido.

También se abordó el estado real de la obra. Para no dispersar esfuerzos, todo se había concentrado en un solo punto: la torre de la Virgen. Ya no faltaba mucho. Los niveles estructurales llevaban meses colocados; solo quedaban el tramo final, el pináculo, los últimos metros y la estrella de doce puntas que debía coronarla. Si no surgían más contratiempos, todo podría estar terminado antes de acabar el año.

La idea flotó en el aire unos instantes, cargada de una emoción contenida, como si se intuyera la proximidad de un gesto largamente aplazado. Pero enseguida se impuso la cautela: cada pieza requería recursos, talleres, manos expertas. Había que avanzar sin forzar, al ritmo que el momento permitía.

A la mañana siguiente, la nave se mostró como nunca: inmensa, diáfana, atravesada por una luz azul y suave que caía desde las vidrieras altas como un aliento sostenido. Parecía que el espacio hubiera vuelto a despertar.

Fuera, las colas avanzaban con lentitud y orden, como una procesión laica. Cada persona esperaba su turno a la distancia marcada. No había gritos ni empujones. Solo silencio y contención. Casi reverencia.

Cuando empezaron a entrar, los primeros pasos resonaron sobre la piedra y rompieron la quietud. La hilera de visitantes serpenteó la nave como un rosario que se desplegaba grano a grano. Caminaban con pasos pequeños, respiraciones contenidas, miradas que se alzaban hacia las bóvedas como si buscaran una respuesta.

El espacio inmenso, mudo durante meses, volvía a acoger a la gente. No era la multitud de antes. Era una presencia nueva. Una presencia lenta, atenta.

Detrás de las mascarillas, los ojos decían aquello que las palabras aún no encontraban. La emoción estaba allí, presente, pero sin nombre.

La nave se dejaba recorrer con lentitud. Cada visitante era un grano de aquel rosario invisible que, paso a paso, iba desgranando sus misterios —los de gozo, dolor, gloria y luz— como si, al caminar, los rezaran con una sola voz callada.

2

Cuando empezó el confinamiento, Ona solía pegarse al cristal de la ventana. La escalera era un desierto; la calle, un sueño detenido.

Una tarde, mientras Anna Maria recogía la mesa, la niña preguntó:

—Mamá, ¿y Àngel? ¿Cómo podrá ir a buscar el pan?

Ona veía con claridad al vecino del quinto: el pelo blanco, los pasos lentos, siempre agarrado a la barandilla. Lo recordaba bajando con la espalda ligeramente encorvada, los labios apretados por el esfuerzo y la respiración pesada cada vez que el ascensor se estropeaba. Sus ojos, pequeños y acuosos, parecían medir la distancia que aún le quedaba por descender. Pensaba a menudo en él: un hombre solo, con sus hijos lejos de Barcelona.

Entonces Anna Maria abrió un cajón, sacó un papel y escribió el número de teléfono de casa.

—Ven —le dijo a Ona.

Salieron al rellano. Con un gesto casi conspirador, la niña deslizó el papel por debajo de la puerta. Enseguida Anna Maria llamó suavemente con los nudillos.

—Cualquier cosa que necesite, somos las vecinas del segundo.

Desde aquel día, cada vez que volvían del súper, dejaban una bolsa en la puerta de Àngel con lo que él había pedido. Ona siempre añadía un detalle: una flor nacida junto a la acera, un dibujo o una ramita del tomillo que tenían en una maceta.

Àngel, desde el quinto, había ideado un sistema para pagar sin moverse del piso. Preparaba una bolsita de tela con el importe exacto y la hacía descender con una cuerda hasta el segundo. Cuando Anna Maria la cogía, él la hacía subir lentamente. Y siempre había un pequeño tesoro para Ona: un caramelo envuelto en papel brillante.

—¡Mira, mamá! —gritaba ella cada vez, con los ojos abiertos como naranjas.

El anciano reía desde la ventana.

—Siempre guardo alguno para ti —le decía con voz ronca—. Un caramelo no arregla nada, pero endulza un poco la vida.

Aquel intercambio de caramelos se volvió tan ritual como los dibujos de Ona o las notas que hacía sonar con la flauta desde el balcón. Cuando tocaba cuatro notas, el abuelo abría su ventana para escucharla. Luego lo hacía otro vecino. Y otro. La escalera, antes tan callada, se convertía en un pequeño anfiteatro improvisado.

Para Anna Maria, aquella red humana fue un bálsamo. Venía de meses duros. Su madre, Clara, había muerto al comenzar la pandemia. El recuerdo de Cesca, su pareja, seguía siendo una herida viva desde el accidente de tráfico de tres años atrás. Y su padre, cada vez más apagado, se perdía en silencios que ella ya no sabía si eran de olvido o de dolor.

Durante semanas, Anna Maria había vivido sin ganas. La ropa le colgaba del cuerpo, y hasta el café de la mañana había dejado de tener sabor. Poco a poco fue recuperándose. Volvía a disfrutar de las comidas y había podido retomar las clases de teatro, aunque para volver a cantar con la coral tendría que esperar. Las voces colectivas seguían amordazadas por los embates de la pandemia.

Una tarde de octubre, al volver del mercado con una bolsa de manzanas, oyeron ruido de cacerolas y sirenas en la Gran Via.

La gente corría en todas direcciones. Algunos llevaban pancartas improvisadas: QUEREMOS TRABAJAR, NO MÁS RESTRICCIONES. Unos jóvenes con pañuelos en la cara arrastraban una valla metálica para hacer

una barricada. Los antidisturbios avanzaban con escudos relucientes bajo la luz de las farolas. El aire olía a humo y a miedo.

—Mamá… —susurró Ona, apretándole fuerte la mano.

—No te separes de mí.

Se refugiaron bajo el toldo de una farmacia. Anna Maria veía pasar las escenas como relámpagos: camareros aún con la chaqueta de trabajo puesta, ancianos con banderas, chicos lanzando conos de plástico. Entre el tumulto también había mujeres repartiendo botellas de agua y un hombre que ayudaba a una chica a levantarse del suelo.

Cuando estalló la carga, Anna Maria tiró de Ona hacia una esquina. El corazón le golpeaba en el pecho. «Cuánta rabia, cuánta fragilidad», pensó. Pero también: «Cuánta obstinación en resistir».

La vida empezaba a reanudarse poco a poco. Para Anna Maria, eso significaba volver a las clases, reencontrarse con los estudiantes y buscar un nuevo ritmo. Los pasillos de la universidad todavía olían a gel hidroalcohólico y resonaban semivacíos. Al entrar en el aula, descubrió a los alumnos sentados en filas separadas, solo los ojos visibles por encima de la mascarilla.

—Buenos días —dijo con una voz que sonó más baja de lo que recordaba.

La miraban con una intensidad nueva, como si cada palabra contara más que antes.

—Sé que no es fácil —añadió, dejando el bolso sobre la mesa—. Nos han quitado los abrazos, los cafés, las celebraciones…, pero todavía podemos pensar juntos.

Un chico del fondo levantó la mano.

—Profesora, ¿usted cree que todo esto nos cambiará de verdad?

Ella lo miró unos segundos en silencio.

—Todavía no lo sé. Pero creo que nos ha enseñado a no dar nada por garantizado.

Sintió que la sala recogía sus palabras y las hacía suyas.

En junio de 2021, cuando el curso terminaba y el calor empezaba a adueñarse de los pasillos vacíos, Anna Maria decidió sacar a sus alumnos del aula. Habían pasado demasiado tiempo encerrados y necesitaban ver, más que escuchar.

Los llevó al Museo Nacional de Arte de Cataluña, a la Sala Oval, donde aquel verano se exhibía una instalación impactante.

Al entrar, la inmensidad del espacio los dejó mudos.

La luz caía por los ventanales sobre dos réplicas de aviones soviéticos: un Túpolev suspendido en el aire y un Polikárpov en el suelo, como si se hubiera estrellado. El Katiuska y el Mosca, como los llamaban en el bando republicano. El metal brillaba frío, imponente, casi hostil. Y por encima de todo, presidiendo la escena, una figura monumental de Cristo clavado en la cruz boca abajo, el cuerpo tenso, los brazos extendidos, como si aún sufriera.

El efecto era inquietante.

—Lucharon en la Guerra Civil —explicó Anna Maria—. Aquí no vuelan. No pueden. Pero así, suspendidos, todavía nos interrogan.

Una alumna frunció el ceño.

—A mí me parece que están castigados, como si fueran culpables…, y eso me parece injusto. Hacían su trabajo.

—Yo no lo veo así —replicó otro—. Para mí es un homenaje, como si fueran soldados caídos. Mártires.

Un tercero se rio por lo bajo.

—O grotescos. Mirad a Cristo boca abajo. ¿Qué clase de redención es esa?

Las voces se solapaban. Alguien dijo que era arte sacrílego, otro que era memoria necesaria. Al fondo, un alumno dejó caer lo bastante alto para que todos lo oyeran:

—O quizá solo es espectáculo. Los muertos cuelgan aquí para que alguien venga a hacerse fotos.

Un murmullo de protesta recorrió el grupo. Ella no lo corrigió. Solo dijo:

—Tal vez tengas razón. Tal vez la memoria sea eso: una lucha entre quien quiere recordar y quien prefiere mirar de pasada.

Se hizo un silencio denso. El Túpolev seguía inmóvil, pero parecía vibrar con todas las voces que lo rodeaban. Anna Maria pensó que aquel debate valía más que cualquier apunte tomado en clase. La historia no solo se estudia; se vive, se discute, tiene un peso que a veces puede dolernos.

Una tarde, mientras respondía correos, recibió la confirmación de que pronto reanudaría las visitas guiadas a la Sagrada Familia. Lo leyó dos veces con una sonrisa que se le escapaba en los labios. Llevaba meses esperándolo, y aquel mensaje le pareció una pequeña victoria, una ventana que por fin se abría. Dejó la pantalla encendida, dejándose llevar por esa alegría.

—¡Mamá! —gritó Ona.

La niña apareció con una hoja doblada y la desplegó sobre la mesa. Las mejillas le brillaban manchadas de ceras de colores. En el dibujo había una torre alta, coronada por una estrella, y una fila de

personas separadas por líneas irregulares. En un lado se leía, con trazo inseguro: «Sagrada Familia».

—Mira —dijo señalando una figura de pelo rizado—. Esa soy yo. Estoy haciendo cola, pero no tengo miedo. ¿Será porque llevo una galleta en el bolsillo?

—Puede ser, Ona. Quizá la galleta sea como un pequeño escudo crujiente. No espanta a los monstruos, pero nos recuerda que todo está bien. Y a veces con eso basta para no tener miedo.

Anna Maria se agachó. En el dibujo también había vitrales de colores, una nube con forma de perro, una paloma sobre un andamio.

—Tiene una estrella… —murmuró.

—Es para señalar el camino —dijo Ona, seria—. Si te pierdes, puedes mirarla y sabrás hacia dónde ir.

Anna Maria la abrazó con fuerza.

—¡Tú sí que eres una estrella, mi estrella!

La niña se dejó envolver en aquella caricia y, en voz baja, como si hablara consigo misma, añadió:

—Cuando vengas de noche, te haré una señal desde el balcón con una lucecita. Podemos usar una de las que colgamos en el árbol de Navidad. La tendré a mano, solo para ti. Será nuestro secreto, ¿vale?

Anna Maria cerró los ojos. En aquel instante, le pareció que la oscuridad del mundo entero podía iluminarse con aquella pequeña luz.

Anna Maria llegó a casa de su padre a media tarde. El rellano olía a chocolate caliente; la vecina lo preparaba cada semana cuando iban los nietos a merendar. Ramon la recibió en la puerta, la condujo hasta la sala donde trabajaba y apartó una pila de revistas de la silla para que ella pudiera sentarse. Abrió y cerró la boca como si quisiera decir algo, pero no le salieron las palabras.

—¿Todo bien? —empezó ella.

Él asintió con una sonrisa tensa.

—Me perdí, nena… En el interior. Allí, en la basílica.

Anna Maria sintió un golpe en el estómago, pero se obligó a respirar.

—¿Qué pasó?

—Entré y… me resultó extraño. No recordaba dónde estaba la salida. Empecé a dar vueltas como un turista. Hice hasta voz de francés: *Pardon, monsieur, la sortie?* ¡Qué vergüenza!

Ella se levantó tendiendo los brazos para abrazarlo. Él dio un paso atrás y alzó la mano.

—No… Por favor. No quiero venirme abajo.

La palabra quedó en el aire, como una pieza suspendida. Anna Maria recogió los brazos lentamente.

—De acuerdo —murmuró—. Siéntate a mi lado.

Durante unos segundos no hablaron. Solo se oía el ruido lejano de la calle y el clic irregular de un radiador antiguo.

—No quiero ser una carga. Ni para ti ni para nadie. Solo fue un rato; luego me orienté. Pero durante unos minutos lo pasé fatal.

—Te asustaste.

—Sí…, y me dio rabia. ¡Yo, perdido en un sitio que conozco de memoria!

Anna Maria lo miró con los ojos húmedos; comprendió el vértigo de quedarse sin puntos de referencia, el miedo mudo de no encontrar el camino.

—Hay maneras de orientarse —dijo intentando devolverle algo de control—. Si quieres, abro un grupo de WhatsApp solo para nosotros dos.

—No sé a qué te refieres…

—No me he explicado bien. Es sencillo: cada vez que entres en algún sitio o salgas de casa, te envías la ubicación. Así queda guardada y, si te desorientas, abres el chat y vuelves al punto de inicio.

Anna Maria esperó unos instantes para ver su reacción. Luego añadió:

—Y si ves que no te aclaras, me llamas y te guío.

Ramon se tocó el bolsillo de la camisa, se arregló el cuello y asintió con la mirada algo inquieta.

—Si te deja más tranquilo —añadió ella, suave—, podemos hacer una placa pequeña, tipo colgante, con tu nombre y mi teléfono. Discreta. No hace falta llevarla siempre, solo cuando tú lo creas…

Él frunció el gesto entre el agradecimiento y el orgullo herido.

—No sé si estoy para colgantes. Gracias, lo pensaré.

De pronto se levantó como si recordara algo urgente.

—Tengo que mostrarte una cosa. Ven…

La condujo por el pasillo estrecho hasta el estudio. En la esquina estaba el armario metálico de siempre, con la cerradura algo oxidada. Revolvió dentro de un vaso con bolígrafos, sacó una llave y, tras dos intentos, acertó en la ranura.

—Esto —dijo mientras abría.

Dentro todo seguía un orden: cajas de archivo con etiquetas («1978-Barcelona-Andamios», «1984-París-Puentes», «Retratos-Clara», «*La Vanguardia*-Encargos», «Detalles-Templo-Puertas»), carpetas con fundas de plástico, tiras de negativos bien conservadas, sobres de papel kraft con hojas de contactos fijadas en cartulina y anotaciones al margen con letra menuda y firme. En la balda inferior, un par de cajas amarillas de Kodak y un estuche negro con la correa ya gastada.

Entre las cajas señaló una más grande, sellada con cinta marrón y sin etiqueta. Ramon la apartó y la empujó hacia un rincón del estudio.

—Esa la dejamos para más adelante —dijo en voz baja—. Hay originales frágiles y cosas de familia. Mejor preservarla así, de momento.

—¿Es la Leica? —preguntó ella, señalando una más pequeña.

—No. La que tú conociste se estrelló contra el suelo en una carga policial. Corría para proteger los negativos, me golpearon el brazo… No llegué a tiempo. Guardo un trozo en una caja. Nunca tuve valor para tirarlo.

Se hizo un silencio breve, cargado de todo lo que no hacía falta contar.

—Pero esta… —añadió, acariciando el cuerpo metálico de la cámara que tenía en las manos— todavía cumplió con su deber. Y la buena, la que me regaló John, está en la otra caja. Mira.

La sacó como si fuera un animal dormido al que no quería despertar. La sostuvo con las dos manos.

—Esto. Todo esto es lo que puedo dejar; lo que quiero dejar. Y quiero hacerlo en vida, hija. Quiero decidir adónde va, firmarlo sin

prisas. No quiero que un día lo abráis sin saber qué es cada cosa. No quiero que se pierda.

A Anna Maria le escocieron los ojos. Abrió una caja al azar. Eran los contactos de un viaje a París: la torre Eiffel desde la explanada, las sombras de un puente, una mano con un café junto al Sena. Al lado, un sobre con el texto: «Mercè y Maria-Escuelas-1952». Frotó con el pulgar la tinta seca de las anotaciones.

—De acuerdo —dijo—. Lo haremos bien.

Empezaron a sacar sobres y a hacer montones. El pecho de Anna Maria se fue encogiendo. Mientras él hablaba de series y de años, sintió que una oleada le subía a la garganta. Fingió buscar un bolígrafo en el bolso.

—Padre, bajo un momento a por pósits —dijo—. No tengo suficientes.

—Creo que tengo aquí… —empezó él, abriendo un cajón.

—Así respiro un poco de aire —dijo ella con una sonrisa—. Vuelvo enseguida.

La calle le pareció demasiado luminosa. Entró en el bar de la esquina: barra de madera oscura, cuatro jubilados jugando al dominó, la radio susurraba una canción antigua. Pidió un café, fue al baño y lloró con el rostro entre las manos. El espejo estaba agrietado y el agua del grifo salía helada. Se mojó la cara y se repitió en silencio: «Es su legado».

Al día siguiente, ya en casa, encendió el ordenador. Abrió pestañas, escribió correos, hizo llamadas. El Arxiu Fotogràfic de Barcelona le pareció el lugar más adecuado: un espacio de piedra vieja, riguroso; un claustro que había sentido pasos de décadas y guerras.

Le explicaron las condiciones: había que hacer un inventario previo, documentar los negativos, clasificarlos por años, donar primero una parte de prueba. También existía la opción de derivar material a *La Vanguardia*, pero Anna Maria entendió que aquel fondo debía quedar abierto al público, con consulta y memoria cívica.

Cuando se lo explicó a su padre, él escuchó sin interrumpir. Solo dijo:

—Hagámoslo.

Concertaron una cita.

La mañana acordada, Anna Maria llegó temprano con cajas nuevas. Se sentaron en el estudio y empezaron a cerrarlas.

—Esta serie es: «París-1984». Lugar, año, notas —dijo ella escribiendo con letra clara una etiqueta.

—Apunta: «El puente visto desde la sombra». Y: «No tengas prisa», que me lo dijo John —añadió él, medio riendo.

Revisaron negativos, comprobaron fundas, pegaron etiquetas rectas. Respiraron hondo. El aire olía a cartón y a ese jabón antiguo que él aún usaba para limpiar la mesa. Al cerrar la segunda caja, Ramon pasó la mano por encima, como quien alisa la arruga de una sábana.

—¿Vamos? —dijo ella.

—Vamos.

En la calle, Anna Maria detuvo un taxi. Las cajas quedaron entre los dos en el asiento trasero.

Al llegar al recinto del archivo, el patio interior los recibió con una sombra fresca. El claustro, con arcos y piedra fría, resonaba con una leve reverberación de pasos y voces bajas. Había placas antiguas en

la pared y una puerta de vidrio que emitió el sonido seco de los edificios que guardan cosas importantes.

Una mujer con bata clara y guantes de algodón salió a recibirlos. Tenía el pelo recogido y una pequeña libreta en la mano.

—Buenos días. ¿El señor Ramon Orteu?

Ramon asintió levemente.

—Vengo con mi hija, Anna Maria Orteu.

—Sí, tuvimos un primer contacto por correo. Bienvenidos. Pasen, por favor. Por cierto, tenemos algunos admiradores suyos entre el personal del Arxiu Fotogràfic…

Lo dejó en el aire con una sonrisa amable mientras el rostro de Ramon se relajaba casi imperceptiblemente. Luego los condujo por un pasillo silencioso hasta una sala con mesas amplias y una luz limpia que entraba por las ventanas. En las paredes, armarios metálicos con cierres numerados. Sobre la mesa, dos pares de guantes, una lupa y una bandeja de plástico.

—Las llaves y el metal, aquí, por favor; no dejamos objetos metálicos sobre la mesa para no rayar el material —dijo la archivera, señalando la bandeja—. Gracias por la confianza. Revisaremos una de las cajas para registrar la entrada y, después, haremos el papeleo con calma.

Anna Maria colocó la caja sobre la mesa y Ramon hizo lo mismo con la otra, como si fueran ofrendas. La mujer abrió una con precisión, sacó un sobre, comprobó una tira de negativos, acercó la lupa. Hizo una anotación y asintió.

—El estado es muy bueno. Gracias por las fundas nuevas. Aquí tienen el documento de cesión provisional. Cuando terminemos la primera evaluación, firmaremos el acta definitiva. Si están de

acuerdo, lo consignaremos como «Fondo Ramon Orteu (donación en vida)». El acceso público será consultable con cita previa y respetando las restricciones que ustedes han indicado.

—Quisiera… —dijo Ramon, recomponiendo la voz— que constara que la familia tiene derecho de consulta libre. Y…, si puede ser, que la fotografía de Clara trabajando abra el catálogo.

—Lo anotamos —respondió la mujer con una sonrisa discreta.

Dejó frente a ellos una estilográfica y dos hojas. Anna Maria firmó primero. Ramon tomó la pluma con una mano que le temblaba apenas. Soltó un breve suspiro y dirigió la punta hacia la línea para escribir su nombre con lentitud y letra firme.

—Ya está —dijo, levantando la cabeza.

La mujer volvió a cerrar la caja y pegó una etiqueta con un código y la fecha. Luego preguntó:

—¿Les gustaría acompañarme hasta el depósito?

Respondieron que sí.

Atravesaron otro pasillo más fresco, con olor a piedra y a papel viejo. La luz era tenue. Entraron en una sala amplia con estanterías altas, cierres anónimos y un silencio que resonaba.

La mujer señaló un espacio vacío a media altura.

—Aquí —dijo—. Bienvenidas.

Con un gesto preciso, introdujo la primera caja hasta el fondo de la estantería. Ramon sostuvo la segunda un instante más, los dedos en las esquinas, y la empujó él mismo con esa delicadeza que se reserva para las cosas que se dejan y no vuelven.

Las dos cajas reposaban ahora a la misma altura, rectas, con la etiqueta mirando hacia fuera. Padre e hija permanecieron unos

segundos en silencio. El aire era fresco; se percibía una vibración leve, quizá de un climatizador que trabajaba para la memoria.

—Gracias —dijo la mujer, rompiendo el silencio con el tono justo —. Esto es la historia de la ciudad.

Cuando salieron al claustro, la luz había cambiado de ángulo y dibujaba formas sobre las losas. Volvieron a la sala de recepción para recoger la minuta. En la puerta, Anna Maria tocó el brazo de su padre.

—¿Quedamos el sábado para seguir? —dijo—. Dos días por semana, unas horas. Prepararemos la siguiente tanda: «Templo-Puertas», «*La Vanguardia*-Encargos».

—El sábado —dijo él—. Y el martes por la tarde. Mientras la cabeza aguante.

—Aguanta.

Él hizo una media mueca en plan humorístico.

—Y, si no, pondré voz de parisino…

—Y yo vendré a rescatarte —dijo ella, guiñándole un ojo.

Salieron a la calle. El taxi tardó unos minutos y los dos se sentaron un rato en el banco de piedra del patio exterior. Ramon miró el cielo un momento, como queriendo asegurarse de que todo seguía en su sitio. Anna Maria percibió el gesto, pero no dijo nada.

De pronto recordó lo que le rondaba por la cabeza.

—Padre… —dijo, rompiendo la quietud—. Aquello que te conté a medias sobre la obra teatral en la que me gustaría trabajar en la Sala Beckett, ¿recuerdas?

Ramon asintió con una sonrisa leve y le puso la mano en la nuca un segundo, como un discreto «adelante».

—Lo recuerdo. Tienes la cabeza viva y esa curiosidad de cuando eras niña y preguntabas el porqué de todo. No cambies nunca, hija.

—Gracias, padre —dijo ella, esforzándose por mantener la voz firme—. ¿Me harás un favor? Elige una imagen para proyectar y dame una palabra. Con eso empiezo.

Él hizo un pequeño gesto, como si la palabra ya le rondara por dentro.

—Piedra obstinada.

Anna Maria sonrió, sorprendida, y abrió la libreta verde. Escribió «piedra obstinada» y lo subrayó una vez. Luego alzó la vista y dijo, decidida:

—Me gusta.

Se miraron con esa complicidad que se habían ganado más por silencios que por discursos. Cuando el taxi se acercaba, Anna Maria sacó una fotografía de la carpeta que llevaba —una copia hecha en casa— y la puso sobre su rodilla: ella, de pequeña, sentada en el escalón; él, agachado, atándole un zapato.

—Mira, padre. Ya sé que nunca he sido la hija típica. Ni muy normal, tampoco.

Él frunció el ceño, como si la palabra chirriara.

—¿Normal? ¿Y eso qué quiere decir? Las columnas de Gaudí tampoco son normales y mira qué fuerza tienen… Y tu madre tampoco lo era. Clara era distinta, única. De eso me enamoré. Tú y yo siempre nos hemos entendido fuera de lo previsto.

Ella bajó la cabeza con una sonrisa de esas que son medio llanto.

Durante el trayecto, Anna Maria creó en su móvil un grupo de WhatsApp para los dos.

El taxi se detuvo con un chirrido breve frente a la casa de Ramon. Él bajó y le dio un beso en la frente.

—Dale otro a Ona de parte del abuelo, ¿eh?

—Lo haré. ¿Nos vemos el sábado?

—Hasta el sábado, hija.

El taxi arrancó. Anna Maria pidió al conductor que la dejara unas calles antes de llegar a su portal. Necesitaba estirar las piernas y unos minutos de soledad.

Respiró hondo. Le parecía que la mañana tenía el peso de los días importantes. Luego caminó despacio, con el sobre de la fotografía aún en la mano. En el semáforo la miró una última vez: ella, una niña con el zapato desatado, y su padre, inclinado, abrigándole el pie.

Cruzó a la otra acera y, sin pensarlo mucho, guardó la imagen en la libreta verde, justo debajo de donde había escrito «piedra obstinada».

Todo estaba en su sitio.

VII

Allí donde todo se encuentra

Barcelona, 2026

Con las primeras luces del día, la casa parece suspenderse en una quietud antigua. El aire está limpio y la ciudad respira con baja intensidad, como si alguien le hubiera puesto la mano sobre el pecho. Yo también respiro despacio. Aún estoy en la cama. Miro a Aoi, a mi lado.

Una franja de luz amarilla que se cuela por la persiana le atraviesa el rostro. Tiene los ojos cerrados y la línea del párpado es precisa, como un trazo de carboncillo.

La contemplo sin moverme y escucho el ruido casi imperceptible de la calle. Algunas decisiones solo pueden tomarse así: en un ángulo que aún no se ha enderezado.

—Si el templo quisiera comunicarse con nosotros… —le digo en voz baja—, empezaría con un olor a romero.

Aoi abre los ojos lentamente y hace un gesto de extrañeza que me encanta: una leve elevación de cejas, una duda en los labios…

—¿Romero? —repite medio dormida.

—Sí. Por el lugar donde se puso la primera piedra. La Sagrada Familia nació entre matorrales, polvo y calor tibio. Creo que estaría bien comenzar la obra con un perfume, no con una nota ni con una voz.

Vuelve a cerrar los ojos, pero no se desentiende. Cuando los abre de nuevo, hay un pequeño asentimiento, sin prisa.

—Imagina —añado— que esta luz amarilla que ahora te toca la mejilla nace en una escena diminuta, en un rincón que nadie mira, y se hace flor. Una flor amarilla mínima, que solo existe si la contemplas.

—Creo que necesito un café —murmura.

—¿Qué camisa quieres?

Se pone una blanca, mía, que le queda grande. Se remanga y la huele. Me da un beso breve en los labios.

Nos sentamos en la cocina, con el pelo todavía húmedo. La cafetera chisporrotea y el olor del café llena el aire. Anoto mentalmente que la pieza debería tener algo doméstico, mínimo, que luego se despliegue.

El templo también es casa. Cobijo y refugio. Gaudí hizo de él su hogar hasta los últimos días. Mi familia ha estado unida a él desde siempre, y también los Alpiste, que vivieron y murieron a pie de obra. Subirachs trasladó su estudio allí y se quedó veintidós años. Y más allá de los nombres conocidos, tantos otros —hombres y mujeres, canteros, maestros, arquitectos, escultores, monaguillos— pasaron allí más tiempo que en su propia casa.

Ona entra en la cocina con los ojos aún pegados de sueño e interrumpe mis pensamientos. Lleva la camiseta de Kaori Miyazono,

la protagonista del manga *Your Lie in April*, su favorito. Una flauta le cuelga de la mano.

—¡Buenos días, preciosa! —exclama Aoi.

Ona hace un gesto con la mano libre.

—Estamos dando forma a una idea —dice Aoi—: la Sagrada Familia hablando con voz propia. ¡No nos ponemos metas pequeñas!

Ona no le sigue la broma, pero Aoi no se rinde.

—¿Qué sonido tendría según tú?

—No lo sé, pero tengo hambre —dice Ona llevándose una mano al vientre.

Da un mordisco y sentencia:

—Si lo explicáis demasiado, aburrirá.

Nos miramos con una sonrisa que disimulamos. Tiene razón.

Cuando salimos de casa, el sol es amable. Vamos a buscar a mi padre. Nos espera en su silla de ruedas, inquieto y radiante. Sabe que hoy veremos la cruz colocada en lo alto de la torre de Jesucristo.

Preferimos no asistir a la ceremonia oficial: demasiada gente para él. Mejor a nuestra manera, juntos, con calma.

La calle bulle, pero él está tranquilo y se deja llevar. Ona le habla con aires de locutora. No improvisa; lleva días consultando datos. Lo ha preparado para impresionarlo.

En la plaza nos detenemos casi al mismo tiempo. Frente a nosotros se alza la cruz. Inmensa, blanca, solemne. Bajo el resplandor de la mañana, la torre se muestra con una fuerza nueva. Nos quedamos mudos, atrapados entre la reverencia y la sorpresa, con la sensación de ser testigos del capítulo final de un viejo sueño.

Ona carraspea.

—Atención, abuelo, crónica especial… Esta cruz mide diecisiete metros de altura y trece y medio de anchura. Con ella, la torre alcanza los ciento setenta y dos metros y medio: ahora sí, la iglesia más alta de Europa.

Mi padre abre la boca, sorprendido. Ella continúa:

—La cruz pesa más de cien toneladas…, pero nadie lo diría. Parece que flota.

—¿Sabemos de qué está hecha? —pregunta él.

—Por fuera, de vidrio y cerámica blanca; por dentro, de hierro, que lo sostiene todo. De día refleja, de noche se enciende. Abuelo, ¡es tan impresionante que parece imposible!

Mi padre ríe despacio, con los ojos húmedos. Al cabo de un instante, la sonrisa vacila.

—¿No esperamos a tu madre? —me dice en voz baja.

El silencio se espesa. Aoi le acaricia la espalda. Ona se muerde el labio. Nadie responde. No hace falta.

Nos quedamos un buen rato en la plaza. Mi padre se adormece y Ona le sostiene la mano como si quisiera retenerlo despierto.

Cuando se repone, buscamos un lugar donde comer algo sencillo. Luego lo llevamos de vuelta a casa. Se le ve cansado, pero su rostro irradia una paz que llega de muy lejos.

Al atardecer volvemos a la Sagrada Familia, solo nosotras tres. El aire es más fresco y la plaza está casi vacía. Nos sentamos en los escalones. La cruz ya no refleja, ahora emite luz.

Ona saca la flauta y toca tres notas breves.

Se detiene. Tiene la expresión cambiada, como si algo la hubiera tocado por dentro.

—Os parecerá absurdo, pero… por un momento me ha parecido que alguien me cogía la mano —dice en voz baja—. Era una mano pequeña, de niña.

Sonríe, sorprendida de sí misma, con una chispa de humedad en los ojos, y añade:

—Lo más extraño es que he tenido la sensación de conocerla. Llevaba…, creo que llevaba un hatillo colgado del brazo.

No dice nada más. No hace falta. La abrazo y dejo que guarde el secreto.

Una nube pasa y el blanco de la cruz cambia de tono.

—Cuando suba, quiero ir justo al centro —dice—. Donde decís que todo se encuentra.

—¿Al mirador? —pregunta Aoi.

—Sí, en el punto exacto, dentro de la cruz. Donde se cruzan los cuatro brazos. Será visitable. No mucha gente, solo once personas al mismo tiempo… Pero yo quiero estar allí. Quiero saber qué se siente.

—Iremos —le respondo.

La noche llega sin prisa. Una a una, las luces de la cruz se encienden. El vidrio brilla con un resplandor blanco y sostenido, casi como un faro dentro de un sueño.

Cerramos los ojos. Por un instante, siento que el templo también nos mira.

Sus torres imposibles guardan la memoria, proyectan lo que somos y lo que aún está por venir.

Notas de la autora

He dedicado muchos años de mi vida literaria a la Historia, especialmente a la edad media, cuando las catedrales tardaban décadas y, a menudo, siglos en ver la luz. Siempre me ha fascinado aquella manera de trabajar: el maestro de obras que iniciaba una nave no sería quien la vería terminada, y un escultor podía dar vida a un tímpano sabiendo que sus nietos pasarían por debajo. Una catedral era un acto colectivo de fe, de arte y de perseverancia.

Esa lentitud, la humildad ante el paso del tiempo, siempre me han parecido profundamente humanas. Son parte del espíritu que me ha traído hasta aquí.

La Sagrada Familia no es una catedral medieval, pero comparte la mirada larga y la tenacidad de las empresas que atraviesan varias generaciones. Con los años ha despertado fascinación, incredulidad o incluso la idea de un propósito excesivo.

Pienso a menudo que eso tiene que ver con la vida y con los personajes de esta novela. Cada cual contempla su proyecto desde un lugar distinto y asume su coste como puede. Yo también he escrito este libro así, edificando una idea y dejando que el tiempo me mostrara cómo hacerla posible.

Escribir sobre un templo iniciado hace más de 140 años y sobre un linaje que transcurre al mismo ritmo ha sido una manera de seguir explorando los temas a los que vuelvo libro tras libro: la

memoria, el tiempo, las relaciones, las pérdidas y ese viaje interior que nos transforma y nos empuja a avanzar.

Montserrat, Reus y Barcelona conforman un triángulo geográfico y vital que ha ido modelando mi manera de escribir. También esta novela. Montserrat me ha mostrado cómo los lugares sagrados se cargan de memoria. Reus es mi punto de partida emocional. Y Barcelona es la ciudad donde la Sagrada Familia se ha ido alzando ante generaciones. La han visto crecer como quien contempla una promesa que no depende de un solo tiempo ni de una sola vida.

Me gusta imaginar que, hace muchos años, mi tatarabuelo y un Gaudí todavía niño pudieron haberse cruzado por las calles de Reus y compartir el mismo paisaje urbano: el tránsito de los carros resonando sobre los adoquines, las rejas de hierro en las ventanas, los sacos de avellanas apilados en las tiendas y ese olor a aguardiente que impregnaba la ciudad. Una ciudad viva, en movimiento, que los contenía a los dos sin saber qué llevarían dentro cuando crecieran. Es una imagen que me habla de un origen común, de un territorio que ha alimentado historias, oficios y esperanzas.

En *El sueño de Gaudí* he querido unir estas dos arquitecturas: la del templo, que avanza con la tenacidad del tiempo largo, y la de quienes construyen lo que aman con silencios, deseos y gestos pequeños.

Un agradecimiento muy especial a todos los que me han ayudado en esta aventura literaria. Gracias, siempre, a mi compañero, Xulio Ricardo Trigo, que me ha sostenido a lo largo del camino y ha sabido aportarle talento y calma. Muy agradecida a Francesc Miralles por su confianza, que ha sido la semilla de este proyecto. A Ramon Espel,

jefe de obras de la basílica desde hace más de treinta años, por guiarme por la Sagrada Familia, escuchar esta historia en gestación y compartir conmigo su sabiduría. A Josep Genescà, capaz, con su generosidad, de conectar arquitectura y literatura. Al arquitecto José Manuel Almuzara, que vela desde hace años por mantener viva la memoria y el sentido de la obra de Gaudí, por su disponibilidad y por ayudarme a llegar más al fondo del templo. Y a la amiga y escritora Marga Codina, que me facilitó el contacto.

No quiero olvidarme de Jordi Bonet, del taller de vidrieras Bonet, un espacio que mantiene vivo el oficio desde hace más de un siglo y que ha sido escenario de muchas de las historias que recorren esta novela. Heredero de una saga que ha dignificado la vidriera, le agradezco sus comentarios y su buena disposición.

Quisiera añadir que la presencia de personas actuales vinculadas a la Sagrada Familia y a su entorno profesional quiere ser un reconocimiento a la labor que han llevado a cabo a lo largo de los años. Muchas de ellas han tenido la amabilidad de responder a mis consultas y orientarme en detalles del proceso; gestos discretos que también han enriquecido este libro. Las conversaciones, situaciones y reflexiones que aparecen en la novela son, naturalmente, recreaciones literarias, siempre escritas desde el respeto, el cuidado y la voluntad de mantener la verosimilitud.

A Maria Carme Roca, escritora y amiga, por la lectura generosa de esta novela y por la complicidad de regalar una cita para la solapa.

A mi primer lector, desde aquella *La princesa de jade* de 2010, Joan Bruna. Su lectura precisa y su entusiasmo fueron un primer impulso. El calor con que recibió esta novela me allanó el camino.

A todas las personas que han enriquecido este viaje con su manera de mirar: Jean Pierre Marty, Arnau Colominas, Gerard Elies, Jordi Salbanyà, Maite Crespo y Lluís Piqué; cada uno ha dejado su granito de arena, un gesto concreto que ha afinado el trayecto en el momento justo.

A Maite Gaudí, por abrirme las puertas de su casa y regalarme una conversación cercana y generosa.

A mi agente literaria, Sandra Bruna, por más de quince años de confianza que han aportado sensatez y claridad a mi camino literario. A mis editoras, Mireia Lite y Ana María Caballero, por un acompañamiento que siempre he sentido respetuoso y cercano. Y a Joan Riambau, director literario de Penguin Random House, por creer en este proyecto y por una exquisitez en el trato que hace más llevadero cualquier esfuerzo.

Este libro también es el resultado de muchas manos invisibles. Correctores, maquetadores, diseñadores y otros profesionales que, con rigor y sensibilidad, han hecho un trabajo impecable. A todas estas personas, gracias.

Y muy especialmente, a mis lectores y lectoras, por la fidelidad con que me han acompañado novela tras novela. Os debo más de lo que puedo explicar.

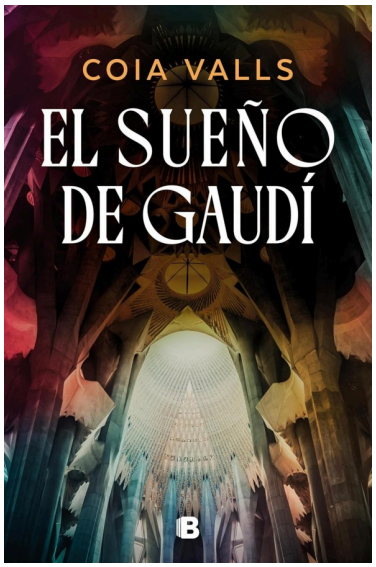
Quisiera añadir un recuerdo que me acompaña: el de mi madre, a quien dedico este libro, que nos dejó hace poco y a quien echo de menos cada día. También a mi abuela Pepeta, que trabajaba en un almacén de avellanas y me enseñó, sin grandes palabras, qué significa la fuerza de la gente humilde. Dos mujeres fuertes y generosas que han dejado una luz que todavía me guía.

Y quiero añadir también a Gaudí, que supo ver más allá de su tiempo y confiar en las manos futuras.

Este libro es un homenaje a todo ello: a las obras lentas, a las familias que perduran, a los lugares que nos han hecho como somos… y a la determinación humana de seguir construyendo, con piedras o con palabras, aquello que merece perdurar más allá de nosotros.

COIA VALLS

Un viaje emocional que habla de aquello que perdura cuando la vida se quiebra: los lazos que nos sostienen, la pasión que nos impulsa y el propósito que da sentido a nuestro camino.



Barcelona, 1883. El encargo de un templo todavía inimaginable cambiará el destino de una saga que crecerá al ritmo de la Sagrada Familia. Cinco generaciones marcadas por el amor, la pérdida y el peso de la historia verán cómo esta joya arquitectónica se convierte en el hilo invisible que las une.

Desde Anna y Guillem, testigos de los primeros años de la construcción, hasta Anna Maria, el eslabón que mantiene viva la memoria familiar, *El sueño de Gaudí* recorre más de un siglo de Barcelona: epidemias, guerras, silencios y renacimientos. Y lo hace

convirtiendo la Sagrada Familia en un personaje más, capaz de dejar huella en todos los que se acercan a ella.

Coia Valls (Reus, 1960) es escritora y actriz. En 2010 recibió el premio Néstor Luján de novela histórica por *La princesa de Jade*. Desde entonces ha publicado, entre otras, las obras *El mercader* (2012), traducida a varios idiomas y merecedora del premio de los lectores de *L'Illa dels Llibres*; *Las torres del cielo* (2013), *Los caminos de la luz* (2018) y *La alquimia de la vida* (2022). También ha escrito literatura inspiracional, como *Si tú me escuchas* (2017), y varios libros en el ámbito de la literatura infantil y juvenil, entre los que destaca la novela en catalán *Pantera* (Premio de la Crítica, 2021).

En su faceta teatral, ha adaptado y dirigido *Solitud*, de Víctor Català. También ha llevado a escena muchas de sus obras como *El mercader*, *La cocinera*, *Amor prohibido* y *Etheria*. Como actriz, además de sus participaciones en el teatro, ha rodado el largometraje *Ventre blanc* bajo las órdenes del escritor y cineasta Jordi Lara.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Coia Valls
Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Begoña Berruezo Sánchez
Imagen de portada: © Victor Korchenko / Arcangel. Imagen autorizada por la Basílica de la Sagrada Familia, 2026 (www.sagradafamilia.org)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8391-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El sueño de Gaudí

Árbol genealógico

Primera parte

- I. El encargo
- II. La fe y la piedra
- III. Rebeliones y esperanzas
- IV. El corazón de la ciudad
- V. Dos ciudades, un templo
- VI. Huellas en la fachada
- VII. Todo el peso del sueño

Segunda parte

- I. Un final, un inicio
- II. Tiempos de oscuridad
- III. Lo que arde y lo que permanece
- IV. Un encuentro en la cripta
- V. Un viaje
- VI. Una partitura
- VII. Vitrales y fotografías

Tercera parte

- I. Entre la pasión y la razón
- II. Vidas nuevas, proyectos nuevos
- III. Entre el orgullo y la desconfianza
- IV. Claroscuros
- V. Nace una basílica
- VI. Un legado
- VII. Allí donde todo se encuentra

Notas de la autora

Sobre este libro

Sobre Coia Valls

Créditos